SHOUT
SHARE
IT

OBRAS COMPLETAS DE DON JOSÉ MILLA

II

LOS NAZARENOS

PARIS. — IMPRENTA DE LA V^da DE CH. BOURET.

DON JOSÉ MILLA.

NAZARENOS

OBRAS COMPLETAS DE DON JOSÉ MILLA

LOS

NAZARENOS

NOVELA HISTÓRICA

POR

SALOMÉ JIL

(DON JOSÉ MILLA)

SOCIO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
DELEGADO EN GUATEMALA DEL CONGRESO DE AMERICANISTAS DE BRUSELAS
MIEMBRO HONORARIO DE LA SOCIEDAD LITERARIA INTERNACIONAL DE PARÍS
MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE BELLAS LETRAS
DE SANTIAGO DE CHILE
ASISTENTE DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA, DE LA DEL PORVENIR DE GUATEMALA
DEL ATENEO DE LEÓN, ETC., ETC.

TERCERA EDICIÓN

GUATEMALA
E. GOUBAUD Y CIA
EDITORES
1897

Colección Luis Luján Muñoz
Universidad Francisco Marroquín
www.ufm.edu - Guatemala

Es propiedad. — Reservados todos los derechos, queda hecho el depósito que previene la ley.

Se han tirado doce colecciones en papel Japón fino. Encuadernación en marroquín con esquinas, cabeza dorada, margen sin cortar.

ADVERTENCIA

DE LA EDICIÓN DE 1867

Nuestras antiguas crónicas, publicadas ó inéditas, dan noticia sucinta de graves perturbaciones que ocurrieron en el Reino, durante la presidencia del Conde de Santiago de Calimaya, con motivo de las desavenencias y duelos entre dos familias nobles: las de los Padillas y los Carranzas. Las pocas palabras que encontramos en esos documentos, respecto á los dos bandos que en aquellos tiempos se hicieron cruda guerra, y la noticia, harto breve también, que da el P. Fr. José García en su *Historia Bethlemítica*, impresa en Sevilla en 1723, acerca de D. Rodrigo de Arias Maldonado, han servido de base á esta novela.

Existieron, pues, realmente algunos de los personajes principales que en ella figuran. Ha sido, sí, necesario alterar ligeramente el orden cronológico de los hechos, teniendo que enlazar los pasajes de la vida del protagonista, que estuvo en Guatemala por los años de 1666, con los acontecimientos que tuvieron lugar bajo la presidencia del Conde de Santiago, que gobernó el Reino de 1654 á 1657.

En cuanto á algunos acontecimientos sobrenaturales

que se leerán en esta obra, baste decir que los hemos recogido, ó de las tradiciones populares, ó de las crónicas, y que los damos únicamente como hechos admitidos por la opinión pública en el tiempo en que se dice sucedieron, por lo que en ellos hay de poético y por su interés dramático.

Escribiendo una novela, y no una historia, y siendo desgraciadamente tan reservados y concisos nuestros cronistas, especialmente en todo aquello que tocaba con las personas que ejercían autoridad é influencia en el Reino, nos hemos creído autorizados en esta obra, como lo hicimos en la *Hija del Adelantado*, á hacer enteramente un trabajo de imaginación, con los escasos datos que suministra la ligera y muy descarnada relación que contienen las crónicas, que por su naturaleza y objeto, y por las circunstancias en que se escribieron, no podían entrar en ningún género de pormenores.

PRÓLOGO

Bastante se ha escrito sobre el mérito de la novela histórica y sobre las cualidades de que ha de estar adornado quien se dedique á este género de composiciones. La novela es una reproducción de la vida real, una pintura de las grandezas y miserias del hombre, una historia de las borrascas de su alma: decir esto es decir que pocas producciones se leen con tanto interés como una novela bien escrita. Pero, ¡qué difícil es llegar á producirla! Talento natural, sensibilidad exquisita, profundo conocimiento del hombre, sólidos estudios literarios y una instrucción casi universal, son, con otras muchas, cualidades indispensables en el novelista. Dios y la naturaleza, la ciencia y el arte, la filosofía y la historia, nada debe serle extraño. Las dificultades suben de punto si ha de escribirse una novela histórica: el autor en este caso no forja los sucesos ni crea los personajes á su antojo; ha de recibirlos (al menos los principales) de manos de la severa historia: tiene que embellecerlos sin desfigurarlos, hacerlos interesantes sin que dejen de ser ellos mismos. Y como ha tomado su asunto en los sucesos de siglos pasados, tiene que retratar, no la sociedad contemporánea, que conoce, pues que vive en medio de ella; sino una sociedad

extinguida, la vida de generaciones que se han hundido en los siglos. Debe conocer, pues, sus ideas, creencias, preocupaciones; debe conocer al hombre, no sólo en sus caracteres constantes é idénticamente manifestados en todos tiempos, sino también modificado por la ilustración, las instituciones y el sentimiento religioso de la época en que ha de pintarle.

Si podemos aventurar una opinión en esta materia, todo eso se ha conseguido en *Los Nazarenos*. Se encuentra en ellos un perfume de antigüedad que encanta; el lector se siente transportado á esos tiempos de ignorancia y de opresión, pero también de grandes hazañas, virtudes heroicas y nobles sentimientos. Además, viendo que entonces los hombres sufrían lo mismo que hoy sufren, y algo más, se siente un amargo consuelo en los padecimientos presentes, porque consideramos que no resultan sólo de lo desgraciado de las circunstancias, sino principalmente de la índole misma de la humanidad, y que nuestra sociedad es hoy más rica, despreocupada, ilustrada y libre, y por consiguiente más feliz, de lo que lo era en el siglo XVI.

Don Rodrigo de Arias Maldonado, Don Silvestre Alarcón y el Adelantado de Filipinas, son las tres grandes figuras de esta novela.

El primero, galante, generoso, altivo, emprendedor y valiente á toda prueba, es el tipo del caballero de aquel tiempo. Entusiasma ese joven que á la edad de veintidós años era Gobernador de una provincia y la había dotado con un puerto en el Atlántico, y antes de cumplir veintisiete sometió con un puñado de hombres, pueblos numerosos y aguerridos, proporcionándoles los beneficios de la

civilización y del cristianismo. Con tales precedentes y sus cualidades y prendas personales, no era extraño que excitara la admiración y la simpatía de todos, ni que inspirara dos amores que de tan diverso modo influyeron en su vida. El Adelantado de Filipinas forma con el joven héroe un contraste notable. La ambición le devora y no repara en medios para satisfacerla: en su egoísmo glacial no ama ni á su padre, á quien domina completamente, ni á su hijo, en quien sólo ve un instrumento para conseguir sus fines. Paga insignes criminales para que asesinen al amante de su esposa, no por vengar su amor ultrajado, pues ella le era indiferente; sino porque, orgulloso é implacable, no puede sufrir que otro le sea preferido y le exponga á la burla de las gentes. Duro, violento y nada escrupuloso, conoce tan sólo dos clases de medios: la baja intriga y la fuerza descarada. Alarcón, personaje de fantasía, carácter profundo y original, está pintado de mano maestra. Su clara y activa inteligencia, su imaginación inagotable le hacían el hombre de las circunstancias apuradas: consideraba con serena calma los acontecimientos más inesperados y terribles y tomaba sin vacilar resoluciones enérgicas é instantáneas. Para él no había bueno ni malo, sino conducente ó inconducente: la obligación de veinte mil pesos firmada con agua, pinta por sí sola una faz de su carácter; es el Felipe Villani de Guatemala, defraudando á su acreedor por un medio verdaderamente ingenioso. Su voluntad de hierro quebrantaba todos los obstáculos; la palabra *imposible* le era casi desconocida. De él podía decirse, como dice Dumas del banquero Danglars, que había venido al mundo con un tintero en lugar de corazón y una pluma detrás de la oreja; pero Alarcón

era más que negociante: en la esfera en que ejercitó sus facultades fué un conspirador terrible; en un teatro más vasto habría sido una notabilidad política, poco menos que un Maquiavelo.

Al lado de estos notables personajes brilla doña Elvira de Lagasti, hermosa, simpática y agitada por pasiones tempestuosas; y á su derredor se agrupan: Palomeque de Vargas, impío y sanguinario; D. García de Altamirano, melancólico poeta de diez y ocho años, que guarda en su pecho un afecto funesto que le mata; D. César de Carranza, noble joven que murió loco de amor; el infame Guzmán, envidioso y cobarde, una víbora, menos en el arrojo; y doña Guiomar de Escalante, una de las más bellas creaciones del autor, alma escogida que se sacrifica por el hombre que ha llenado su existencia. Interesa profundamente esa joven, mártir del amor, asediada por un hombre que la horroriza, abrasándose en silencio por D. Rodrigo de Arias, y sufriendo el tormento indecible de verle poner á los pies de otra mujer su corazón y su vida, mientras que para ella ni una palabra, ni una mirada. Dos veces le salva de la muerte, comprometiendo su propia reputación y la de su padre; y cuando los sufrimientos de un amor ignorado han quebrantado su delicada constitución y yace en el lecho moribunda, ve llegar de tarde en tarde el hombre á quien ama y que le debe su existencia, frío, indiferente, cumpliendo no más que con un deber de cortesía.

El Dr. Escalante es un tipo de antiguo magistrado, que desgraciadamente no debía ser raro en aquellos tiempos. « Era, dice el novelista, un anciano de mediana estatura y de fisonomía poco agradable, y un observador perspicaz habría adivinado fácilmente, bajo aquel exterior, frío en

apariencia, un carácter apasionado y violento. Pasaba entre sus compañeros por letrado de mucha ciencia en el derecho y de gran rectitud como magistrado, pero quizá aquellos buenos señores tomaban por sabiduría una erudición indigesta y poco filosófica, y consideraban como rectitud del juez, lo que era simplemente probidad del hombre. El Dr. Escalante sabía lo que disponían las leyes para todos ó la mayor parte de los casos que solían presentarse en el tribunal; y á esto se reducía su ciencia. No podía comprársele con dinero ni con dádivas: y esa era su rectitud. Carecía completamente de ese criterio ilustrado que sirve al juez como de una antorcha cuando está llamado á penetrar en cierto modo en la conciencia del reo para buscar los datos que deben servirle para la declaratoria de la culpabilidad ó para la aplicación de la pena; circunstancias en que la magistratura se eleva al rango de un verdadero sacerdocio. El Dr. Escalante aplicaba, como una máquina, las disposiciones de la ley de Partida ó del Fuero Juzgo, sin tomar en cuenta la condición social del acusado, su ignorancia involuntaria ó la perversión de sus ideas. Esclavo ciego de la justicia, desconocía completamente la equidad: ejecutaba, sin sospecharlo siquiera, verdaderas iniquidades y dormía tranquilo, con la conciencia de haber acomodado con exactitud material la *ley* al *hecho*. El Dr. Escalante no quiso encompadrar con un vecino principal de la ciudad, porque se lo prohibía una ley de Indias. En una ocasión en que uno de sus amigos le obsequió con unas naranjas de su huerta, las devolvió en el acto, porque otra ley de Indias le prohibía recibir regalos. Aquellos hechos, que se publicaron en todo el Reino, dieron al Magistrado grandísima reputación, y poco

faltó para que se le llamase, por ellos, como á otro Arístides, *el justo*. Pero el Dr. Escalante había abrazado con decisión el partido de los Carranza contra los Padilla, y en todos los negocios que solían presentarse en que tuviesen intereses aquellas dos familias enemigas, se descubría su indulgencia respecto á los primeros y una severidad con los segundos que nadie acertaba á comprender en aquel hombre tan recto. No diremos que aquel juez fuese un hipócrita. Engañaba á los demás; pero el más engañado de todos era él mismo. »

El asunto de la novela no podía ser mejor escogido; no ciertamente porque nuestras crónicas suministren gran copia de noticias sobre aquellos remotos acontecimientos; harto escasas son por el contrario, sino porque, siendo tan nacional como podía serlo para nosotros, debía interesarnos más que otro alguno. Mayor trabajo para el novelista; pero interés mayor para los lectores. El plan está perfectamente desarrollado; todos los sucesos se ligan al hecho principal, todos concurren al desenlace y lo preparan. La trama que resulta es ingeniosa y complicada, tal vez demasiado : los incidentes se acumulan ó se suceden rápidamente; pero si esta circunstancia obliga á fijar más la atención, en cambio mantiene vivo el interés.

La situación del joven Altamirano, apasionado locamente por la esposa de su padre, es dramática en sumo grado. No sólo alimenta un amor sin esperanzas, no sólo ve á un extraño dueño del corazón que él compraría con su vida; sino que, ¡cosa horrible! se expone á tener celos de su mismo padre. D. César de Carranza, descubierto el secreto fatal de su nacimiento, viendo abrirse un abismo entre él y Doña Violante, y perdida la esperanza de

volverla á ver en la tierra, sucumbe á tantos infortunios y pierde la razón. Su desgracia nos conmueve; pero sentimos cierta satisfacción al ver los terribles efectos de esa locura y asistimos sin lástima á la muerte de Guzmán, expiando sus crímenes con horribles sufrimientos que sólo pudo inventar la imaginación delirante de un enajenado. La escena del subterráneo revela un estudio detenido de las alteraciones mentales, de sus progresos, y de las diversas formas que pueden tomar : lo mismo decimos de todas aquellas en que figura el desgraciado Carranza después de recibir el paquete de la cinta negra.

Hay escenas en que se pintan superiormente sentimientos profundos y exaltados. El mismo Don César, de rodillas ante la imagen de su amada, besándole el pie y diciéndole un adiós eterno; Doña Elvira de Lagasti, ora torturada por los celos, ora oprimida de angustia al saber los peligros que cercan á su amante; Alarcón, que sufre como un héroe tormentos atroces y encuentra fuerza para lanzar á su verdugo un desafío postrero con el santo y seña de los conjurados; son una muestra de la fuerza á que pueden llegar nuestras facultades y afectos.

Pero séanos lícito hacer una observación. Doña Elvira, á quien su pasión perturba, echa llave á su cuarto para evitar que prendan á Don Rodrigo, que abriendo una ventana le dice :

— Pues bien, ya que no queréis darme la llave, me arrojaré á la calle por este balcón; pues prefiero que me encuentren muerto al pie de esa ventana que oculto en vuestra alcoba.

— ¿Qué vais á hacer, insensato? exclamó Doña Elvira; deteneos, y puesto que lo exigís, tomad la llave.

En un momento de tanta agitación, en que las palabras apenas pueden seguir al pensamiento, estas expresiones "deteneos, y puesto que lo exigís," tal vez debilitan la impresión que en nosotros ha producido esta animada escena.

Después de recibir Don Rodrigo de Arias la noticia de haber muerto el Presidente al firmar la orden de prenderle, se verificó en su alma una revolución precursora de su reforma definitiva. Engolfado en los recuerdos que en él había despertado el peligro que acababa de correr, oyó en el silencio de la noche el tañido de una campanilla, y vió venir por la calle solitaria, á la indecisa claridad de un cielo nebuloso, el misterioso personaje que ya dos veces encontrara. La impresión que le produjo entonces fué tan profunda, que cayó sin sentido. Hay en este pasaje talento descriptivo y gran conocimiento del corazón. Sentimos que un hombre en las circunstancias en que se hallaba D. Rodrigo, debió experimentar lo que él experimentó, y estamos seguros de que un pintor podría trasladar al lienzo el cuadro que ha trazado la pluma.

La tortura ha suministrado al novelista un medio poderoso de conmover. Indignación y lástima sentimos al ver en el potro á D. Dieguillo; su crimen se borra á nuestros ojos y sólo vemos en él al hombre, que sufre, puesto entre un dolor intenso é inmediato y una muerte más lejana, pero segura. Por lo que hace á Alarcón verdaderamente nos admira: en esa situación suprema, desaparecen los lados sombríos de su carácter; brilla sobre aquella voluntad firme, incontrastable como una roca, que sofoca en el pecho los gemidos del dolor y manda á la organización que sufra y calle. Alarcón no era caballero, no sacaba su

constancia de los sentimientos de honor que en los nobles de aquel tiempo hacía prefiriesen la muerte, si bien cruelísima, á la infamia : Alarcón no habría deshonrado á su clase aunque hubiese confesado; pero un acto de debilidad repugnaba invenciblemente á su entereza y altivez indomable. Este resorte dramático ha sido tocado frecuentemente y siempre con buen éxito; su empleo es laudable, porque estigmatiza y cubre de execración esa institución atroz y absurda, que afea, como sangrienta mancha, el semblante austero de la Temis antigua.

La narración es sabrosa, llena de gracia y de sencillez; está salpicada de consideraciones filosóficas, observaciones agudas y pensamientos profundos : los diálogos son animados y bastante cortos para no fastidiar nunca, el lenguaje castigado y elegante, sin dejar de ser natural. En toda la obra se manifiesta un exacto conocimiento de las localidades en que pasan las escenas que se refieren, y están relacionadas éstas con tal viveza, que podríamos reconstruir con la imaginación los edificios arruinados y asistir á la acción de los personajes. Las descripciones son perfectas; entre todas sobresalen la del gran salón del palacio de los Capitanes Generales, y de la fiesta de la jura, llenas de *color local;* la de la selva en que mató Macao al tigre, y del combate del negro con la fiera. Hay en esta última algo imitativo; las cláusulas cortas con que concluye le dan una rapidez que nos representa la que debió tener aquella terrible lucha.

También los hechos sobrenaturales han hallado lugar en la acción. La novela comienza con un milagro y concluye con otro. La cadena de Palomeque y la resurrección de Doña Elvira, son tradiciones populares

consignadas en las antiguas crónicas. Por otra parte, tales sucesos entran en el orden de la posibilidad y contribuyen á dar á la obra su carácter genuino : nada tenemos que decir.

La tendencia moral de esta obra es evidente. En el violento choque de intereses más ó menos rastreros y de pasiones nobles ó degradantes, se ha levantado victoriosa la virtud, y el crimen ha recibido su condigno castigo. El ambicioso que no reparaba en medios, vió escapársele la presidencia del reino; el joven mundano que no respetó la santidad del matrimonio, fué después un dechado de mortificación y de caridad, y las odiosas asechanzas del primero no contribuyeron poco á producir este resultado; el Presidente injusto y duro murió instantáneamente, emplazado por su víctima; el conspirador inteligente y enérgico fué cogido en sus propias redes; el falso amigo, dos veces delator, sucumbió á la venganza del infeliz á quien volvió loco, y sin quererlo, sus infamias repararon una injusticia, haciendo restituir bienes dolosamente poseídos. Es verdad que Doña Guiomar de Escalante, ese corazón heroico y tierno, se extingue consumida por el dolor; pero ¿puede compararse la felicidad que le negó el mundo con la que halló en el seno de Aquel que es el amor en su más pura esencia? Sobre esa turba que se agita movida por contrarias aspiraciones, se ve descollar un hombre insignificante en apariencia: de aquéllos, unos fueron vencidos, á otros los perdió su triunfo; todos se engañaron en sus proyectos : sólo él, ignorante y humilde, vió su objeto, los medios que habían de hacérselo conseguir, y los últimos resultados de su victoria, porque Dios se complacía en iluminar con su espíritu aquella alma

abrasada de amor por sus hermanos, y encaminaba las acciones que dictara el interés ó la pasión, al fin anhelado por su siervo; para él trabajaron todos: el hermano Pedro brilla con suave y severa luz en aquel tenebroso horizonte, y personifica la acción providencial de Dios en la vida humana.

El autor de *Los Nazarenos* nos ha dado á conocer, adornados con las galas de la ficción, notables acontecimientos de nuestra historia: ha enriquecido además la literatura patria con un género de obras de que antes carecía, abriendo así nueva senda á los ingenios. ¡Ojalá sean muchos los que le sigan en ella!

Guatemala, 27 de Abril de 1868.

Ricardo Casanova y Estrada.

LOS NAZARENOS

CAPÍTULO PRIMERO

Donde el lector comienza á hacer conocimientos con uno de los ricoshombres de la muy noble y muy leal Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala.

Aquellos de nuestros lectores que, por motivos de devoción, por negocio ó por simple curiosidad, hayan visitado la villa de Esquipulas, saben perfectamente que por una cuesta bastante empinada, que termina cerca de la población, se baja al valle pintoresco donde está situado ese lugar, tan célebre en todo el país. No son, seguramente, las dos ferias que se verifican en Esquipulas en diferentes épocas del año, las que le han proporcionado esa fama de que no disfruta otro alguno de nuestros pueblos. Es la antiquísima imagen de Cristo crucificado, que allá se venera, la que atrae millares de peregrinos, que acuden desde los puntos más distantes. Si la romería precedió á la feria, ó si ésta es anterior á aquélla, no lo sabremos decir con entera certeza; pero es lo más probable que la fama de los milagros obrados por el "Señor de Esquipulas" fuese atrayendo á los feriantes en pos de los romeros, y que la numerosa reunión de los devotos, que, según lo asegura uno de nuestros cronistas, pasaba en otros tiempos

de ochenta mil personas, abrió un campo vasto á la codicia de los especuladores. La imagen fué construída en la Antigua Guatemala, en 1595, por un célebre escultor portugués, llamado Quirio Cataño, y colocada en la iglesia parroquial de Esquipulas; siendo desde luego objeto de los más fervientes cultos. La piedad del Arzobispo Pardo y Figueroa hizo construir, andando el tiempo, un magnífico santuario, cuyas torres, que se elevan esbeltas sobre los cuatro ángulos del edificio, llaman la atención del viajero, que las divisa desde la cuesta que, como hemos dicho, domina todo el valle. Los acontecimientos que forman el asunto de esta narración, ocurrieron ciento tres años antes de que se concluyese el santuario, cuya dedicación se verificó en 1758.

El 14 de Enero de 1655, á eso de las cinco de la tarde, dos caminantes acababan de bajar la cuesta y estaban á muy poca distancia de las primeras casas del pueblo. El uno parecía tener de sesenta á sesenta y cinco años; era alto, bien formado y aunque bastante obeso, la elevación de su estatura hacía que no pareciese desproporcionado. El color del rostro y de las manos era moreno, aunque no tanto que pudiese dar lugar á que se tomara al sujeto por hombre de raza mezclada. Á primera vista se advertía que corría por sus venas sangre española, y que el tinte oscuro de sus facciones, era efecto de su temperamento, y más aún de la acción del sol, que había ido poco á poco tostando y ennegreciendo su cutis. La fisonomía de aquel individuo no presentaba rasgo alguno que pudiese revelar á un ojo observador uno solo de esos nobles instintos del corazón que, reflejándose en el rostro como en un espejo fiel, hacen interesante y atractivo el aspecto de un hombre. Todo parecía denotar en él un carácter irritable y dominante, la ausencia completa de la afición á los goces delicados que proporciona la inteligencia y una propensión marcada á la sensualidad. Vestía un jubón de camelote oscuro, con botones de acero y calzón de la misma tela; unas enormes

sobrebotas de montar, de ante color de canela, muy finas y bordadas de seda de colores vivos, le cubrían las piernas, subiendo hasta los muslos, donde terminaban en un gracioso recorte. Pendiente del lado izquierdo, llevaba una larga espada de esas que llaman de *guacal*. Anudado al derredor del cuello, sobre la gola de encaje, se veía un gran pañuelo blanco de algodón, bordado de colores, que usaban en aquellos tiempos casi todos los caminantes y que llamaban *paño de sol*. Cubríale la cabeza un sombrero negro de lana, de faldas muy anchas y con plumas negras. El cabello, lo mismo que el bigote y la perilla del viajero, estaban ya completamente canos. Una capa muy corta, del mismo género del resto del vestido, completaban el traje, bastante lujoso para un caminante. Sobre la frente, atada con unas cintas, en derredor de la cabeza, tenía una visera ó antifaz de cartón forrado de tafetán verde, como para templar la fuerza de los rayos del sol, y defender los ojos, en los que se observaban todos los síntomas de una oftalmía muy aguda.

Al llegar al pie de la cuesta, el caballero, pues todo indicaba que por tal debía tomársele, se apeó, con más agilidad de la que hubieran podido prometer sus años, de la fuerte y hermosa mula que montaba. Una vez apeado el jinete, podía observarse la montura, que estaba en armonía con el traje de aquél. No es fácil describir la forma de la silla, pues toda ella estaba cubierta con una gualdrapa de ante del mismo color y con bordaduras idénticas á las de las botas del caballero. Sobre la rica mantilla salían las pistoleras, cuyas coberturas eran de paño carmesí, adornadas en toda la orilla con un fleco de oro. Por ambos lados descendían las correas de cuero negro, que sostenían dos curiosas estriberas de hierro cincelado y calado, que tenían bajo el hueco donde se apoyaba el pie, dos piezas que formaban ángulos agudos, con el vértice hacia abajo.

El otro individuo que, según hemos dicho, acompañaba al sujeto á quien hemos procurado describir, parecía tener menos

edad que éste; su traje era más sencillo, su cabalgadura y los jaeces mucho más modestos. Su aire era el de un hombre de la clase media, y su fisonomía, que estaba muy distante de ser abierta y franca, denotaba cierto grado de astucia y una falta completa de elevación de espíritu. Por la actitud respetuosa que conservaba delante del otro caminante, cualquiera habría comprendido desde luego que ocupaba en la escala social un rango inferior al de éste y que si no era un simple criado, por lo menos desempeñaría las funciones de administrador, mayordomo, ó dependiente de confianza.

Luego que se hubo apeado el caballero, acudió el otro á tomar la brida de la mula, que aquél puso en manos de éste con aire distraído, como quien estuviese acostumbrado á recibir semejantes servicios. Después de un breve rato de silencio, el caballero dijo con impaciencia dirigiéndose á su compañero:

— Gonzalo, tú que, gracias al diablo, tienes sanos los ojos, procura ver si divisas en el camino á ese condenado negro, que debía ya habernos alcanzado, y que no parece todavía. ¡Maldito sea él y toda su raza!

Al decir esto, apretó los puños y rechinó los dientes, como poseído de rabia; y podemos sospechar que si el individuo á quien se dirigía aquella imprecación se hubiera encontrado presente, no se habría limitado el caballero á aquel desahogo verbal, y que el pobre negro hubiera tenido que sufrir las terribles consecuencias de la cólera de su violento amo.

— Señor, contestó el otro después de haber mirado por un rato hacia la cuesta; no le veo venir; pero tal vez no tardará. Reflexionad que la jornada que hemos hecho hoy es de catorce leguas, y que por mucho que se haya empeñado Macao, no es fácil que llegue al pueblo antes de las ocho de la noche.

Aquella observación, hecha en el tono más comedido y humilde, lejos de calmar al hidalgo, no hizo sino aumentar su impaciencia. Así fué que, dando una fuerte patada en el suelo, dijo:

—¡Por vida de Barrabás! Quince horas para andar catorce leguas, con seis de las mejores mulas de las cuatrocientas que tengo en el camino del golfo, ¿te parece poco todavía, y te atreves á disculpar á ese canalla, ladrón y borracho? Te prometo que en llegando á Esquipulas le he de despellejar vivo. Me arrepiento una y mil veces de no haberle metido en el molino, para hacerle criba, como estuve á punto de ejecutarlo, castigo que le tenía recetado y de que le libró, ¡Dios se lo perdone! aquel alma de cántaro de Fray Tomás.

Después de aquella andanada, el sujeto á quien se había designado con el nombre de Gonzalo, no consideró, sin duda, oportuno el replicar, ya que sus observaciones producían un efecto enteramente contrario al que se proponía, y adoptó el prudente partido de guardar silencio.

Dejaremos para el siguiente capítulo el hacer que nuestros lectores acaben de conocer al personaje á quien hemos puesto en escena y que debe representar un papel algo importante en esta narración.

CAPÍTULO II

El voto.

El Sr. D. Juan de Palomeque y Vargas, uno de los principales vecinos de la ciudad de Guatemala, y á quien ahora seguimos en el camino que conduce á Esquipulas, poseía, además de las cuatrocientas mulas que, según le hemos oído á él mismo, se ocupaban constantemente en la conducción de mercaderías del comercio entre la capital y el golfo dulce, grandes estancias de ganado mayor en la serranía de Canales, molinos de trigo en el valle de Mixco, unos ochenta esclavos y dos ó tres casas espaciosas en la ciudad; todo lo cual, con el dinero efectivo que se le calculaba, hacía subir su caudal á unos ochocientos mil pesos, más bien más que menos. Pertenecía á una familia antigua y respetable, de origen español, hoy enteramente extinguida; pero él había nacido en Guatemala. Era, con algunos años más, con un aumento considerable de bienes de fortuna y con sus malas propensiones bastante desarrolladas, el mismo sujeto á quien, por su nombre y apellido principal, y llamándole amigo suyo, menciona el padre Tomás Gage en el capítulo tercero del tomo segundo de la curiosa descripción de sus *Viajes en la Nueva España*. Los veinticuatro años que habían transcurrido desde que el buen religioso conoció y trató á D. Juan de Palomeque, lejos de haber dulcificado su carácter y moderado sus pasiones, le habían hecho más violento é intratable.

Don Juan era soltero y continuaba, á pesar de su edad, en la vida licenciosa de que habla también aquel anecdotista con su acostumbrada franqueza y semi-candorosa mordacidad. En el único punto en que las habitudes del D. Juan habían experimentado variación notable desde la época en que lo conoció Gage, era en aquella propensión al aislamiento y poco gusto por la vida de la capital que mostraba por los años de 1629. Palomeque fué haciendo poco á poco más frecuentes sus viajes á la ciudad, y al fin hubo de establecerse definitivamente en ella, yendo á sus haciendas muy de tarde en tarde. Verdad es que su presencia no era ya necesaria en las fincas, pues la fortuna le había deparado un hombre á medida de su deseo. Gonzalo Méndez, hijo de un antiguo arrendante de una de las posesiones de la familia Palomeque, llamó la atención del amo por su vivacidad é inteligencia para el manejo de las cosas del campo; y de simple caporal, fué elevado al rango de administrador, y lo que es más, de confidente del patrón. Era, según decían, su brazo derecho, le había pisado la sombra y hacía lo que quería de su señor.

Los ociosos y malintencionados, de los cuales había ya un número algo considerable en aquellos dorados tiempos, atribuían á diferentes causas la influencia que ejercía Gonzalo sobre D. Juan. Unos decían que el criado tenía cogido al amo en negocios de la mayor gravedad, y á eso atribuían el favor de que aquél disfrutaba; otros, juzgando más caritativamente, suponían que Gonzalo era hijo bastardo de D. Juan, sin advertir que la diferencia de edades no era tal que pudiese autorizar aquella sospecha; y por último, no faltaban algunos, y esa era la opinión más acreditada, que aseguraban que el astuto administrador tenía pacto con el diablo, que era un grandísimo hechicero, y que á fuerza de brujerías y de sortilegios, había logrado dominar al caballero. No sabremos decir cuál de esas aserciones fuese la verdadera; lo cierto es que D. Juan de Palomeque y Gonzalo Méndez eran uña y carne, y que, aun

cuando se murmurase del administrador, todo el mundo le mostraba consideración y le bailaban el agua, llamándole por ironía el amo de su amo.

Ya fuese resultado de algunos excesos, ó ya porque Dios quiso, Palomeque había comenzado á sufrir de una aguda fluxión de ojos, que fué agravándose, hasta tomar el carácter de una verdadera oftalmía. Los más hábiles facultativos de la capital, los adivinos ó *zajorines*, como los llamaba el pueblo, más acreditados, habían ensayado en vano sus medicinas y bebistrajos, sin alcanzar á curar al pobre caballero, que por último se había decidido á ofrecer una visita al Señor de Esquipulas, en quien fiaba ya únicamente su restablecimiento. Tal era, pues, el objeto de aquella devota romería, que D. Juan debió haber emprendido con un espíritu más humilde y cristiano que el que le hemos visto mostrar en los momentos en que estaba para llegar al término de su peregrinación. Pero es el caso que Palomeque había acompañado á la oferta de la visita, la de una cadena de oro de tres varas de largo y del correspondiente grosor; y mediante esa dádiva aquella alma mezquina consideraba el asunto de su curación como un simple *negocio* entre el Señor de Esquipulas y él. De consiguiente, juzgaba que si obtenía su restablecimiento, quedaría tan obligado al Señor, como lo estaría respecto á un marchante que le comprase por su justo precio la cosecha de trigos del año, ó al que le tomase doscientas mulas á flete.

Resuelto á observar todas las formalidades del contrato, acababa de echar pie á tierra, y no bien hubo concluído con sus imprecaciones contra el esclavo conductor del equipaje, cuya tardanza le sacaba de su juicio, Palomeque se puso de rodillas, y en aquella devota actitud, tan poco conforme con el estado de su alma, comenzó á andar lentamente el corto espacio de tierra que le separaba de la iglesia. Gonzalo seguía á poca distancia con las cabalgaduras.

— Señor de Esquipulas, decía el caballero, tú no has de ser

como esos malditos médicos de la ciudad, que tanto me han martirizado inútilmente. De tu mano espero únicamente la conservación de mi vista... Gonzalo, ¿no viene ese perro caribe todavía?

El administrador movió la cabeza en señal de negación, y Palomeque añadió con ira:

— Le voy á desollar, por vida de la madre que me parió... Señor, ahora tienes una ocasión para acreditarte y hacer que aumente la devoción y las ofrendas de los peregrinos... ¡Maldito negro!... Pintarán el milagro en un cuadro que pondrán en la pared de la iglesia, y la fama llegará hasta México... Una cadena de oro de valor de ciento y tantos pesos no es para desperdiciarse; y con sólo querer tú, Señor mío Jesucristo, yo quedaré bueno y sano. Es mucha la falta que me hace la vista; ¿qué será de mis intereses si la pierdo?... ¿No parece, Gonzalo, con todos los diablos?

Al decir esto, el obcecado caballero había llegado delante de la puerta de la iglesia, donde se agrupaba multitud de peregrinos, que, justo es decirlo, acudían á pedir el alivio de sus males ó el socorro de sus necesidades, con un espíritu muy diferente del que inspiraba á aquel mal caballero.

Los últimos rayos del sol, próximo ya á ocultarse detrás de los elevados cerros que circulaban el valle, iluminaban con claridad dudosa el grupo de peregrinos arrodillados delante de la iglesia, que ocupaban centenares de devotos. Gonzalo Méndez, después de haber atado á un árbol las dos mulas, se colocó delante de su patrón, para hacerle paso, entre la masa compacta de los romeros, que empujados por el administrador, caían á un lado y á otro, abriendo calle al orgulloso señor, que continuaba caminando de rodillas, pues tal era el voto que había hecho al salir de Guatemala. Llegó por último á situarse delante del camarín, donde estaba colocada la imagen. Don Juan hizo una breve oración y depositó la cadena al pie del

crucifijo. Instantáneamente el velo opaco que cubría sus ojos desapareció como por encanto, y sintió al mismo tiempo como si un aura suave hubiese templado el fuego ardiente que abrasaba sus pupilas. Estaba físicamente curado; pero el desgraciado conservaba la peor de las cegueras: la del alma.

CAPÍTULO III

La cadena.

Palomeque salió de la iglesia lleno de gozo y se dirigió á la casa que se le tenía preparada, y que era una de las mejores del pueblo. Si en aquel momento se hubiese presentado Macao, tal vez se habría salvado del castigo; porque ¿quién es el hombre tan duro de entrañas que no se sienta inclinado á la compasión en los momentos en que su alma aspira á torrentes la felicidad? Pero la desgracia del pobre negro quiso que retardase su llegada cuatro horas más. La casa estaba sin muebles, pues camas y butacas venían con el equipaje; y D. Juan tuvo que permanecer todo aquel tiempo en pie, abrumado de cansancio y lleno de impaciencia.

Á las diez de la noche se oyó el chasquido del látigo del desventurado conductor de las mulas; y no bien lo hubo escuchado Palomeque, se lanzó á la calle precipitadamente. El negro, cubierto de sudor, fatigado con la jornada de catorce leguas que había rendido á pie, haciendo esfuerzos sobrehumanos para lograr que anduviesen las mulas, tres de las cuales se habían cansado, estaba apoyado en una de las bestias, que acababa de descargar. La luna alumbraba el rostro del esclavo, en el que se pintaba la expresión del más profundo abatimiento. Cuando vió que el amo se dirigía hacia él rechinando los dientes y apretando los puños de rabia, Macao se incorporó y, cruzando los brazos sobre el pecho, aguardó impasible á su señor.

— Negro condenado, dijo D. Juan, ¿por qué vienes hasta ahora?

— Señor amo, contestó Macao, sin variar de actitud, tres de las bestias se cansaron, y nada bastó á hacerlas andar más de prisa.

— ¿Y por qué no pusiste la carga sobre tus hombros, perro vil? contestó fuera de sí Palomeque, ¿crees que vales algo más que una de mis mulas?

Al decir esto el caballero, agarró al esclavo por el cuello y, á pesar de la corpulencia y vigor del negro, dió con él en tierra y le molió las espaldas á coces. En seguida tomó el látigo con que arreaba las mulas y le azotó cruelmente durante más de un cuarto de hora. El dolor no arrancó un solo gemido á aquella desventurada criatura, en cuyo rostro pudiera haber visto cualquiera que se hubiese tomado el trabajo de examinarlo, las muestras inequívocas de un odio reconcentrado y de una sombría desesperación.

Cuando el cruel amo hubo desahogado su cólera, mandó á otros cuatro criados que venían con Macao, que atasen á éste fuertemente á un árbol que había en el patio de la casa, para que pasase allí la noche y continuar el castigo al siguiente día. Palomeque fué obedecido inmediatamente y el negro se dejó ligar, sin oponer la más pequeña resistencia. Hecha esta operación, aderezado el lecho del caballero y servida la cena, Don Juan recobró en gran parte el buen humor en que le había puesto su repentina y milagrosa curación, y después de haber conversado un breve rato con Gonzalo, se metió en la cama y no tardó en caer en profundo y tranquilo sueño.

Dos horas después todos dormían en la posada del rico caballero; todos, menos el desgraciado que se encontraba atado á un árbol, como una bestia feroz. Macao velaba y meditaba. Luego que pudo convencerse de que amos y criados estaban ya entregados al sueño, comenzó á trabajar por desasir una de sus manos de la ligadura que la sujetaba; y al fin,

después de cerca de una hora de pacientes esfuerzos, logró quedase suelta la izquierda. El esclavo sofocó un grito de alegría feroz, que estuvo pronto á escapársele; metió la mano bajo la correa de cuero crudo que le servía de ceñidor y sacó un pedacito de *chaye*, ú obsidiana, y con el filo de esa piedra fué cortando poco á poco el cordel que le sujetaba la derecha. Pudo al fin romper la cuerda, y libres ambas manos, con la mayor facilidad desató las ligaduras de la cintura y de las piernas. Púsose en pie con ligereza, cruzó los brazos como lo había hecho cuando esperaba á su amo, y dirigió hacia la pieza donde dormía el caballero una mirada semejante á la que echaría una pantera herida al cazador, ya inerme, á quien se preparase á devorar. Los criados ocupaban un rancho ó galera que estaba en el patio. Allá se encaminó Macao con cautela, y como la servidumbre estaba rendida de fatiga, pudo llegar sin ser advertido y tomó uno de los mosquetes con que iban armados los criados libres. Luego que se hubo apoderado de aquella arma, el negro se dirigió al cerco de arbustos que cerraba el patio de la casa, y salvándolo con la mayor facilidad, se encontró en la calle y se salió inmediatamente de la población, tomando el mismo camino por el cual acababa de pasar. Subió lentamente, con su mosquete al hombro, como unas quinientas varas de la cuesta, y apartándose del camino real, se internó en un bosquecillo, en un sitio de los más ásperos y agrestes de aquellos contornos. Desgajó dos ramas de un árbol y las despojó de los retoños pequeños. Después hincó en tierra los extremos y, reuniendo las otras puntas, formó una horquilla, atando los dos palos con su ceñidor. Hechos estos preparativos, se sentó tranquilamente, con el mosquete atravesado sobre las piernas, y se puso á contemplar, con la impasibilidad que parecía ser el rasgo dominante de su cáracter, el horizonte infinito, que la aurora comenzaba á teñir de gualda y de carmín.

Entretanto el administrador y los criados de Palomeque, gente acostumbrada á madrugar, se habían levantado ya y

advertido la fuga del esclavo y la falta del mosquete. Dos horas después, el amo estaba también en pie y recibía el informe de la desaparición del negro. Don Juan no parecía dar demasiada importancia á aquel incidente. Dijo que el temor del castigo que tenía merecido era únicamente el que había originado la fuga del esclavo, y que habría tomado el mosquete para cazar algunos venados en el monte. Por último, expresó su convicción de que Macao debía haberse ocultado en alguna de las inmediaciones opuestas al camino real, por donde el caballero debía regresar. Hechos estos cálculos, el hidalgo hizo llamar á su presencia al alcalde del pueblo, le dió cuenta de lo ocurrido y le encargó, ó por mejor decir le previno que hiciese salir la ronda en busca del fugitivo, indicándole los puntos donde le debían encontrar, enteramente opuestos á aquel en que se hallaba el negro. Después, D. Juan no volvió á pensar en Macao, seguro de que no tardaría la celosa autoridad en presentarle su víctima, atada como una bestia salvaje.

El viaje de Palomeque no tenía otro objeto que el cumplimiento del voto solemne hecho al Señor. Así, dispuso descansar en Esquipulas aquella mañana y salir, después de comer, de regreso á Guatemala. Á las tres de la tarde las mulas de carga estaban listas y las de silla aguardaban, enjaezadas ya, en el patio de la casa. Después de haber dormido la siesta y recibido los informes del alcalde, que no había podido dar con el fugitivo, Palomeque montó, vomitando injurias y amenazando al pobre funcionario con terribles castigos, si dentro de ocho días, á más tardar, no le remitía á Macao bien asegurado. Púsose en camino, con Gonzalo, siguiéndolos el equipaje y criados á unos cincuenta pasos. La conversación del amo y el administrador recayó pronto sobre los prodigios obrados por la bendita imagen y en particular sobre aquel con que se veía favorecido el caballero, que de seguro iba á hacer mucho ruido en todo el reino. En esta conversación iban engolfados, cuando se acercaron á una estrecha garganta dominada por la

espesa arboleda desde la cual acechaba Macao, completamente oculto. Habiendo podido divisar á su amo desde que comenzó á subir la cuesta, el esclavo, resuelto á tomar una terrible venganza de tantos ultrajes, se puso en pie, examinó el arma, y convencido de que todo estaba en regla, hizo descansar el cañón sobre la horqueta que había formado, y esperó tranquilamente que pasase el amo.

— ¡ Qué chasco, Gonzalo ! decía D. Juan burlándose con buen humor; ¡qué chasco para los doctores, el verme volver completamente curado! Ya se convencerán de que no hay gota serena, ni nubes, ni cataratas que valgan. ¡Y ver que me han chupado esos judíos más de ochocientos pesos entre honorarios y medicinas! ¿Qué dirán ahora esos mentecatos?

— Señor, contestó el administrador, lo principal es vuestro restablecimiento y dejad que los facultativos digan lo que quieran. Por lo demás, no puede negarse que lo que no alcanza la sabiduría humana, es porque está reservado al poder de Dios. Así, señor amo, dad infinitas gracias al Señor de Esquipulas, y sed siempre devoto suyo.

— ¡ Gracias al Señor de Esquipulas! replicó el hidalgo, con una carcajada irónica ; gracias más bien á mi cadena de oro, querrás decir.

El administrador volvió la cabeza horrorizado, al escuchar aquellas expresiones, en que la ingratitud iba agravada por la blasfemia ; y no contestó una sola palabra.

Al pronunciar la impía frase, D. Juan metió la mano derecha en el bolsillo del calzón, y al momento la retiró horrorizado, sacando un objeto que jamás hubiera imaginado encontrar allí. ¡Era la cadena de oro que el día anterior había colocado á los pies de la imagen de Jesucristo! Don Juan vió perfectamente aquella alhaja, enrollada en sus dedos como una culebra, y luego que la hubo visto y reconocido perfectamente, una densa oscuridad cubrió sus ojos, como si el sol se hubiese hundido

repentinamente en el horizonte. Palomeque dió un grito de horror y exclamó :

— ¡Ciego! completamente ciego! ¡Ah! ¡desventurado!

Al decir esto, cayó de la mula, en brazos de Gonzalo, que se había apresurado á socorrerle. En aquel mismo instante se oyó la detonación de una arma de fuego, y una bala, disparada desde la montaña que dominaba la cuesta, pasó silbando sobre la cabeza del hidalgo; pero sin tocarle. El tiro estaba perfectamente dirigido; el movimiento que hizo Palomeque al caer, le salvó de la muerte.

Aturdido el administrador con el extraordinario suceso que acababa de privar á su amo de la vista, apenas puso atención de pronto en el incidente del tiro. Llamó á los criados para que le ayudasen á socorrer al caballero y viendo la cadena, que permanecía enrollada en los dedos crispados de la mano de D. Juan, murmuró entre dientes, con una sonrisa irónica :

— El Señor de Esquipulas ha deshecho el trato.

CAPÍTULO IV

La tertulia del Presidente.

Más de dos meses habían transcurrido ya desde el día en que se verificó el extraordinario acontecimiento que hemos referido en el capítulo anterior. El asombro de la noticia que aquel prodigio había causado en todo el país, fué el que debía esperarse; refiriéndose por todas partes y pasando de boca en boca, más maravilloso aún por los pormenores, enteramente fabulosos, con los cuales se le acompañaba. No obstante el escándalo que el hecho había producido, la importancia social de Palomeque hacía que no se hablase de él sino sigilosamente, contribuyendo aquellas precauciones á hacer más misterioso y extraño el acontecimiento. Nadie se había atrevido á hablar de él al hidalgo, quien se limitaba á atribuir su completa pérdida de la vista á la irritación causada por el sol en su viaje á Esquipulas. Por lo demás, el caballero, lejos de aprovechar aquel castigo del cielo, se mostraba más y más dominado cada día por las malas pasiones que se habían enseñoreado de su alma.

Pero dejemos por un momento á ese desventurado hidalgo, á quien poco tardaremos en volver á encontrar, y entremos ya á hacer conocimiento con otros personajes de los que han de figurar en esta historia.

Una de las últimas noches del mes de marzo de aquel año, que, como ya hemos dicho, era el 1655, domingo de Pascua de

Resurrección, se esperaba una reunión escogida y numerosa en los salones del palacio del Presidente y Capitán general del reino. La sala principal, destinada á las tertulias y saraos, estaba toda tapizada con ricos guadamaciles, que eran unas piezas de cabritilla adobada, en que estaban estampadas con prensa varias figuras. Grandes espejos de marcos de vidrio azogado adornaban el salón, en cuyas dos testeras se veían dos cuadros de la escuela sevillana, que representaban al monarca reinante, Felipe IV, y á la archiduquesa Dña. María Ana de Austria, su segunda esposa. Había también en los intersticios que dejaban los guadamaciles, algunas buenas pinturas de pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, en cuadros de marcos preciosos de concha, de carey y de plata, curiosamente cincelada. Los muebles eran enteramente del gusto de la época. Grandes canapés, sillas y taburetes de nogal, forrados de terciopelo de Utrecht, mesas de la misma madera, alfombras y los demás objetos que constituían en aquellos tiempos el lujo y la elegancia de las habitaciones de los grandes personajes.

Los otros dos salones, más pequeños y alhajados con menos esmero, estaban destinados al juego. Estas tres piezas eran las que quedaban en el segundo piso, entre la puerta de los coches y la esquina de la Catedral, haciendo frente al Seminario, y que hoy se ven en el Palacio de la Antigua completamente arruinados.

Eran las siete de la noche; los salones estaban ya iluminados por la luz de centenares de bujías, colocadas en arañas y candeleros de plata. Dos caballeros conversaban paseándose por la sala del sarao. El uno tenía setenta y cinco años; su aspecto era distinguido, y aunque su fisonomía no revelaba expansión y franqueza, había en toda su persona algo que dejaba ver desde luego al hombre de elevada condición social. Vestía un traje de terciopelo leonado y ostentaba sobre el jubón la espada roja y la cruz verde flordelisada, que denotaban pertenecer el

que llevaba aquellas insignias á las órdenes de Santiago y de Alcántara. El otro caballero, muy parecido en el rostro al anciano, indicaba tener unos cuarenta años; vestía un traje militar y llevaba al pecho la cruz llana de gules en una medalla de oro cuadrada, pendiente de un ángulo, distintivo de los caballeros de la orden de Montesa. Cualquiera que no hubiese conocido á aquellos dos señores, no habría vacilado al verlos, en asegurar que fuesen padre é hijo. Y era así en efecto. Llamábase el anciano D. Fernando en Altamirano y Velasco, Conde de Santiago de Calimayà, á la sazón Capitán general del reino de Guatemala y Presidente de su Real Audiencia. El otro era su hijo D. Enrique, Adelantado de Filipinas.

— ¿Y vendrán todos esta noche? preguntaba el Conde al Adelantado, con aire inquieto.

— Pienso que sí, señor, respondió D. Enrique. Además de vuestra invitación, tienen recomendación especial mía de no faltar.

— Bien, Enrique, dijo el Presidente; apruebo todas tus medidas; es necesario oponer la astucia á la intriga, y sirviéndonos siempre de algunos de estos hidalgos orgullosos, ir adelante en nuestros proyectos. Sobre todo, conviene no descansar hasta coger los hilos de esa vasta y misteriosa asociación, cuya existencia me ha sido denunciada, en la que, según me dicen, están afiliados muchos de los sujetos más importantes del reino, y cuyos planes verdaderos y jefes principales no se han llegado á descubrir.

— No dudéis, señor, replicó D. Enrique bajando la voz, como si temiese ser escuchado; no dudéis que anda en todo esto la mano de D. Diego de Padilla, quien jamás podrá perdonaros las señaladas pruebas de deferencia que, de algún tiempo acá, habéis dado á toda la familia de sus rivales, los Carranzas. Don Diego, bajo ese exterior afable y cortés, tiene muy malas entrañas y oculta las más pérfidas intenciones.

Por lo demás, señor, esa discordia nos conviene, y persuadido de eso, he procurado fomentar el odio hereditario que existe entre esas dos familias altivas. Esta noche se encontrarán aquí los individuos de los dos bandos, y podremos juzgar del efecto que hayan podido hacer mis últimos trabajos. Veremos... pero oigo ya los coches en el patio. Comienzan á llegar los convidados.

Era así efectivamente. Los primeros que se presentaron en el salón fueron D. Pedro Criado de Castilla y D. Simón Frens Porté, caballero del hábito de Santiago, que desempeñaban aquel año los importantes cargos de Alcaldes ordinarios. En seguida fueron entrando otros muchos sujetos principales, entre ellos los oidores, individuos del Ayuntamiento y otros funcionarios. D. Francisco de Fuentes y Guzmán, y su hijo el futuro cronista del reino, que á la sazón tenía doce años de edad ; los Aguilares de la Cueva y los Guzmanes de Alvarado, descendientes del Adelantado por su hija Dña. Leonor que casó con D. Francisco de la Cueva ; los Laras Mogrobejos ; los Vázquez de Coronado ; los Cárdenas de Mazariegos ; los Gálvez ; los Arrivillagas y otros muchos caballeros de la primera nobleza, acudieron á la tertulia del Presidente, con sus esposas é hijas. Con distinción cortesana hacía los honores de la casa la bella Dña. Elvira de Lagasti, esposa del Adelantado de Filipinas, única señora que habitaba en Palacio, pues el Conde de Santiago era viudo hacía muchos años.

Á las nueve de la noche veíase reunido en los tres salones cuanto había en Guatemala en aquella época de más notable por el rango, por la sangre y por la belleza. Dña. Elvira de Lagasti presidía aquella pequeña corte, desde el estrado, donde estaba rodeada de varias damas principales, colocadas en ricos taburetes, teniendo en derredor un extenso círculo de jóvenes señores. Los de más edad habían acudido á las salas destinadas al juego, en una de las cuales estaba el Conde y en la otra su hijo el Adelantado. En el grupo de caballeros que ro-

deaban el estrado se veían tres jóvenes, como de veintidós años el mayor, y algo menores los otros dos, que conversaban, cogidos de las manos con amistosa familiaridad. Llamábase el de más edad D. Fadrique de Guzmán y Alvarado, vástago de una familia ilustre, siendo, como era, descendiente del conquistador. El otro era D. García de Altamirano y Contreras, hijo del Adelantado de Filipinas, habido en un primer matrimonio, predilecto de su anciano abuelo, y el tercero llamábase Don César de Carranza y Medinilla, también de una de las principales familias del reino.

Dña. Elvira, aunque había cumplido ya veintinueve años, conservaba todo el brillo y la frescura de la primera juventud. Era de mediana estatura, pálida, de ojos avellanados, y su cabello, de un blondo oscuro, caía en elegantes rizos sobre el cuello perfectamente delineado. En un grupo de cincuenta ó sesenta jóvenes, la mirada del hombre más frío é indiferente se habría detenido de seguro en aquella mujer encantadora, de la cual era muy difícil separar los ojos, una vez que se hubieran puesto en ella. Vestía un traje de terciopelo color de cereza, con corpiño de tisú de plata, cortado conforme á las reglas más rigurosas de la moda de la época. Dña. Elvira había residido durante algún tiempo en Madrid, habiendo sido su madre camarista de la princesa Isabel de Francia, primera esposa de Felipe IV. Los más claros ingenios de aquella corte caballeresca y literata, admitidos en el Buen Retiro por el Rey poeta, habían puesto á los pies de Dña. Elvira el homenaje de su talento, y varios de los jóvenes señores más distinguidos por su posición y por su cuna, solicitaron su mano, sin que ella pareciese participar del afecto que inspiraba. Su familia se decidió al fin á casarla con el hijo mayor del Conde de Santiago de Calimaya, que, aunque viudo, era todavía joven, pero á quien Dña. Elvira conocía apenas, y por quien sintió la más invencible repugnancia desde el momento en que le vió. Tuvo, sin embargo, que obedecer á sus padres y entregó su mano al

que estaba muy distante de poseer su corazón. Don Enrique de Altamirano, por su parte, no tardó en convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos para conquistar el amor de su esposa, y pronto llegaron á ser completamente indiferentes el uno para la otra. El Adelantado se ocupaba exclusivamente en el juego y en las intrigas políticas, y Dña. Elvira iba cayendo poco á poco en una languidez mortal, hija del fastidio intolerable que roía su alma. Este había subido de punto desde el mes de mayo del año 1654, en que llegó á Guatemala, en compañía de su esposo y del Conde, que había obtenido la gobernación del reino; y durante los primeros meses de su residencia en el país, permaneció completamente retirada, llegando su salud á resentirse seriamente de aquella situación. Pero desde principios de 1655, la bella señora cambió repentinamente su método de vida. Se relacionó con las familias notables, tuvo reuniones brillantes y recobró como por encanto la alegría. En vano se procuró adivinar la causa de tan súbita variación; ella era un misterio aun para el esposo y para el padre político de la joven señora, que procuraban empeñosamente fomentar ese gusto por la sociedad que mostraba Dña. Elvira y de que participaban así el anciano como su hijo.

La joven parecía aquella noche inquieta y distraída; y si bien procuraba mantener la conversación y dirigía á señoras y caballeros expresiones corteses y delicadas, un observador atento habría podido advertir sin gran dificultad que su pensamiento íntimo estaba muy distante de aquel grupo de jóvenes que se esforzaban por agradarla.

Entre éstos había uno que, dirigiéndole la palabra muy de tarde en tarde y con visible timidez, casi no separaba sus ojos de la bella dama. Era éste el hijo de su marido, D. García de Altamirano, quien, como hemos dicho, se encontraba en el círculo, en unión de sus dos íntimos amigos, Guzmán y Carranza.

Á medida que avanzaba el tiempo, la inquietud de Doña

Elvira subía de punto, y la frente de D. García parecía cubrirse de una espesa nube. Á eso de las diez se oyó el ruido de un coche que entraba en el patio. Dña. Elvira, que conversaba con la esposa de D. Pedro Criado de Castilla, guardó silencio y pareció concentrar todas las facultades de su alma en un solo objeto, fijando la vista en la puerta principal del salón que daba á la escalera. Podían haberse contado los latidos de aquel corazón agitado por la más violenta tempestad; pero afortunadamente para ella, aquella escena muda no encontraba, en aquel grupo de personas indiferentes y alegres, más que un solo testigo, cuya mirada dolorosa y penetrante parecía leer en lo más íntimo del alma de la joven. Ese testigo era D. García.

Las puertas del salón se abrieron de par en par y un lacayo de Palacio, vestido con una lujosa librea, dijo en voz alta:

— El Gobernador D. Rodrigo de Arias Maldonado.

Sensación notable produjeron aquellas pocas palabras en las señoras que ocupaban el estrado. Aun las menos pretensiosas dirigieron con disimulo una mirada á los espejos, como para cerciorarse de que sus trajes y tocados estaban en toda regla. Dña. Elvira únicamente no mostró aquel instinto de coquetería femenina; un ligero rubor encendió sus mejillas, fijó los ojos en otra parte y dejó caer el abanico, objeto cuyo uso había sido recientemente importado de Francia en España. Uno de los caballeros que estaban más inmediatos se apresuró á recogerlo.

Don García, pálido y profundamente abatido, exhaló un suspiro y se apoyó en el brazo de D. César, á quien dijo en voz muy baja y balbuciente:

—¿Puedes dudarlo todavía?

Dejaremos para más adelante el hacer conocer á nuestros lectores el notable personaje que acababa de entrar en escena.

CAPÍTULO V

Los juegos de Palacio.

Antes de decir quién era el caballero que se anunció con el nombre de D. Rodrigo de Arias Maldonado, y con el título de Gobernador, conviene que nuestros lectores nos acompañen en una excursión ligera por las dos salas donde estaban colocadas las mesas de juego, á cuyo derredor se encontraban los personajes principales, ya que no los más jóvenes de la reunión.

En la primera sala, contigua á la de la tertulia, estaban el Conde de Calimaya, D. Simón Frens Porté, D. Luis de Gálvez, D. Diego de Padilla, y frente á éste, D. Tomás de Carranza; dos individuos del Cabildo eclesiástico, á saber: el Chantre Dr. D. Melchor de Tafoya y el Tesorero, D. Diego Salazar Monzalve; D. Domingo de Arrivillaga, D. Marcos Dávalos y Rivera, D. Antonio Campuzano, del hábito de Santiago, D. Roque Malla Salcedo, que llevaba la cruz de Alcántara, y otros señores. En la otra pieza, jugaban, con el Adelantado de Filipinas, D. Antonio Justiniano Chávarri, D. Francisco Aguilar de la Cueva, el Alcalde D. Pedro Criado de Castilla, D. Lorenzo de Betancurt, D. Celedonio de Santiago, D. Juan de Roa y Bárcena, D. Antonio de Estrada y Medinilla, D. Pedro de Lara Mogrobejo, D. Martín Guzmán de Alvarado y algunos otros más, de cuyos apellidos apenas se conserva hoy uno que otro, habiéndose

extinguido casi todas esas familias, en el espacio de poco más de doscientos años que han transcurrido desde la época en que pasaron aquellos acontecimientos.

En uno de los extremos de la mesa se veía á un caballero de fisonomía bondadosa y simpática, frente espaciosa y mirada que reflejaba el noble entusiasmo por las bellas artes. Era el capitán D. Antonio de Montúfar, de familia ilustre y rica, pintor por afición, que después de haber hecho un viaje á Italia y España, perfeccionándose en los principios del arte, é inspirándose con el estudio de los grandes modelos, habia vuelto á su patria. El capitán Montúfar, de quien da estas y otras noticias el cronista Vázquez, se ocupaba en aquel año 1655, según el mismo autor, en concluir su magnífica colección de grandes cuadros de la pasión del Salvador, que trabajaba gratuitamente para la iglesia del Calvario, donde se colocaron en 1657.

En la mesa en que jugaba el Conde estaba un anciano, junto á otro sujeto de algo menos edad, que advertía á aquél qué clase de carta era la que le tocaba en suerte, como también cuándo ganaba y cuándo perdía. Se jugaba ese antiguo juego de naipes llamado *lansquenete*, que hoy está enteramente en desuso. Uno de los jugadores distribuía las cartas y cada cual ponía sobre la suya, en dinero ó en unas fichas de marfil, la cantidad que quería apostar. Si salía carta igual á la que tenía el que llevaba la mano, perdía y pagaba á todos; si, por el contrario, era carta igual á la que tenía alguno de los otros, ganaba lo que éste hubiese apostado.

¿Por qué aquel anciano jugador tenía necesidad de que se le advirtiese cuándo ganaba y cuándo perdía, en un juego tan sencillo y comprensible como el lansquenete? No es difícil adivinarlo. Para saber uno si pierde ó si gana, es necesario ver las cartas, y para ver las cartas, es indispensable estar en posesión del órgano de la vista. Pero por desgracia aquel caballero era ciego, y de ahí la necesidad que tenía de jugar

con lazarillo. El ciego jugaba fuerte. Para aquel hombre, ávido de sensaciones, la incertidumbre natural del azar del juego estaba reagravada con la que le ocasionaba la falta de la vista. El individuo que se sentaba á su lado y que no jugaba, le advertía con exactitud si la suerte se le mostraba adversa ó favorable. Y no era hombre aquel para disimular sus impresiones. La caprichosa fortuna le era decididamente contraria aquella noche, y cada vez que el otro le decía: "perdisteis," que era muy frecuentemente, el ciego apretaba los puños y rechinaba los dientes, como si cada carta le llevase una porción considerable de su haber.

—Estáis esta noche desgraciado, dijo al anciano D. Diego de Padilla, con una sonrisa en la cual la cortesía disimulaba apenas cierto espíritu burlón.

— Es verdad, contestó el ciego con impaciencia. En menos de tres horas llevo perdidos cerca de quinientos doblones. Pero ¿qué queréis, D. Diego? en el juego, como en todo lo de la vida, es menester que unos pierdan para que otros ganen.

No sabemos si algunos de los jugadores comprendieron la intención maligna que encerraba aquella frase; pero ello es cierto que el anciano Presidente se puso encendido como la grana y se mordió ligeramente los labios. En aquel momento un extraño personaje se acercó á la mesa y colocó ambos brazos cruzados sobre el respaldo de la silla que ocupaba el Conde de Calimaya. Aquella familiaridad no pareció llamar la atención á ninguno de los concurrentes. El recién llegado era un viejecillo de pequeña estatura, cara picada de viruelas, ojos vivos y penetrantes y labios delgados, entreabiertos siempre por una sonrisa burlona. Su traje era de colores muy vivos y de un corte extravagante.

— ¡Ah! ¿Eres tú, D. Dieguillo? dijo el Presidente sin volver la cara, mientras barajaba el naipe. ¿Cómo no juegas esta noche?

— Así, contestó el viejecillo, como lo ves, Conde, no jugando. Veo que está aquí D. Tomás de Carranza, y donde él se halla, es necesario hacer pacto con el diablo, si se quiere ganar un solo albur.

— Pues si así hubiese de ganarse, dijo el ciego, era yo capaz de hacerlo, pues de otro modo, temo que voy á dejar aquí hasta el pellejo.

— ¡Oh! Vos no tenéis necesidad de eso, caballero, contestó el D. Dieguillo. Más bien que con el diablo, haced pacto con el Señor de Esquipulas; ofrecedle alguna cosa, una cadena de oro, por ejemplo, y que me claven en la frente la carta con que volváis á perder.

Al oir aquellas palabras, el anciano, á quien sin duda han conocido ya nuestros lectores, saltó sobre su silla como si le hubiese mordido una víbora, y pálido de coraje, parecía querer buscar con los ojos al insolente que había tocado así la fibra más delicada de su corazón. Pero aquellos ojos, claros y sin expresión alguna, estaban completamente muertos y para nada servían ya al desventurado Palomeque.

Los circunstantes guardaron profundo silencio, y Gonzalo Méndez, que era el que se hallaba colocado al lado de su amo, y á quien se permitía alternar con aquellos caballeros, únicamente porque sin él no habría concurrido Palomeque al juego, tiró con disimulo á su señor de la capa y le dijo en voz muy baja :

— Calma, señor, calma; las cosas cambiarán.

Entretanto el Presidente, que no había parecido escuchar las palabras pronunciadas por el administrador, dijo al anciano :

— No hagáis aprecio, señor D. Juan, de las extravagancias de este loco.

Y volviéndose á D. Dieguillo, añadió :

— Y vos, truhán, reportaos, si no queréis ir á dormir esta noche á donde no tendréis con quien lucir vuestras bufonadas.

Don Dieguillo se escurrió inmediatamente y fué á agazaparse en un rincón de la sala, gruñendo como un perro á quien se hubiese pisado el rabo.

Por lo demás, la observación hecha al principio por aquel personaje, que, á título de loco, tenía facultad de decir cuanto se le venía á la cabeza, era muy exacta. Con excepción de uno que otro albur de poca importancia, casi siempre ganada Don Tomás de Carranza, ó alguno de los individuos de su numerosa familia, que estaban presentes. Don Diego de Padilla y los suyos perdían gruesas sumas, pero no parecían dar importancia alguna á aquellas pérdidas.

—¿ Sabéis, señor Doctor, preguntó el Presidente al canónigo Tafoya, quién inventó el lansquenete?

— ¡Oh! el lansquenete es muy antiguo, contestó el Chantre, á quien le pareció de perlas aquella oportunidad para lucir su erudición. Como lo sabéis muy bien, se llama lansquenetes á los soldados de infantería en Alemania. En su origen los lansquenetes eran una especie de pajes ó criados de á pie, que seguían á los caballeros en las guerras é iban armados con picas. Más tarde se organizaron en cuerpos de tropas y varios monarcas de Europa los tomaron á su servicio...

— Pero el juego, interrumpió Carranza con alguna brusquedad; el juego es lo que se os pregunta quién lo inventó:

— *Festina lente*, señor don Tomás, *festina lente*, replicó Tafoya. Si nos separamos de las reglas de la dialéctica, somos perdidos. Los naipes remontan á la más alta antigüedad. Según el historiador Polydoro Virgilio, los lydios, habitantes de una provincia del Asia menor, inventaron un juego de tabletas con figuras pintadas, *tabulæ sigillatæ*, durante una horrorosa carestía de víveres que experimentaron, y con aquella distracción casi no sintieron los desastrosos efectos del hambre...

— Por eso es, sin duda, que los jugadores, interrumpió uno de los caballeros, nos pasamos hasta hoy en claro los días y las noches sin probar bocado.

— Precisamente, dijo el Chantre; pero volviendo al origen de los naipes, la opinión más acreditada es que vienen del oriente, y hay autor, muy erudito, que atribuye su invención á los egipcios.

— Pues yo, dijo á la sazón D. Juan de Palomeque, apostaría cuatro de las mejores mulas que tengo en el camino del golfo y diez fanegas de harina de mis molinos de Mixco, á que los inventores de este maldito juego no fueron los egipcios, ni los moros, ni esos otros que ha mentado el padre, sino los judíos. Sólo á éstos les podía haber ocurrido la idea diabólica de apoderarse, á título de diversión, de lo ajeno, contra la voluntad de su dueño.

— *Nego majorem*, señor don Juan, replicó el Chantre, dando una palmada sobre la mesa y preparándose á argüir en toda forma silogística; pero no pudo proseguir, porque los otros jugadores celebraron con ruidosas carcajadas la ocurrencia del malhumorado Palomeque.

En la otra sala la suerte se mostraba igualmente adversa á los Padillas, que perdieron aquella noche una suma considerable. Por último, á eso de la una de la madrugada, se dispuso terminar el juego y se presentó el mayordomo de Palacio con un gran libro forrado de terciopelo verde, con broches de plata, en el cual fueron asentando, de su puño y letra, todos los que habían perdido, las cantidades que quedaban debiendo, pues generalmente jugaban al crédito, y por medio de fichas que representaban diferentes valores.

Levantáronse los jugadores para retirarse. Palomeque se apoyó en el brazo de Gonzalo Méndez, que desvió á un lado la silla que ocupaba su amo. Dió éste dos pasos hacia atrás, y tropezando con un bulto que estaba tendido en el suelo, vaciló, no pudo guardar el equilibrio y cayó de espaldas sobre el objeto que ahí estaba atravesado. El anciano lanzó mil imprecaciones y juramentos, y el bulto se levantó dando gritos y haciendo contorsiones. Era D. Dieguillo, que se había ido arrastrando

poco á poco, desde el rincón de la sala, hasta situarse, fingiéndose dormido, detrás de D. Juan. Cuando éste, á quien ayudó á levantar Gonzalo, volvió la espalda, maldiciendo al loco, D. Dieguillo dejó de llorar é hizo un gesto al ciego, que salió de la sala muy mohino, apoyado en el brazo de su administrador.

CAPÍTULO VI

Donde verá el lector curioso quién era Don Rodrigo de Arias.

En la costa del mediterráneo hay una ciudad, perteneciente á la provincia de Málaga, y poco distante de la de este nombre, que se llama Marbella y es de muy antigua fundación. En aquella ciudad vivía, á mediados del siglo XVII, la ilustre familia de los Arias Maldonado, emparentada con los duques de Alba y con los condes-duques de Benavente. Don Rodrigo, á quien tenemos ahora, en el año 1655, en el palacio de los Presidentes de Guatemala, era hijo de D. Andrés de Arias Maldonado y de Dña. Melchora de Góngora, y manifestó desde su tierna edad decidida inclinación á la carrera de las armas, á que le llamaban la nobleza de su origen y los ejemplos de su ilustre padre, que había prestado ya importantísimos servicios á su rey. Diez y nueve años de edad contaba solamente D. Rodrigo cuando fué promovido D. Andrés al empleo importante de Gobernador y Teniente de Capitán general de la provincia de Costa-Rica. Al venir á posesionarse de aquellos empleos, D. Andrés se trajo consigo á su hijo, quien obtenía ya el grado de alférez. Contando con bienes de fortuna considerables y sintiendo hervir en su pecho el noble anhelo de distinguirse, D. Rodrigo levantó á su costa una compañía de soldados, de la que fué nombrado capitán. Emprendió y llevó á término feliz, á fuerza de ímprobo trabajo,

el establecimiento de un puerto en la costa del norte de aquella provincia, servicio importante que premió el monarca, concediendo á aquel animoso joven el empleo de corregidor de Turrialba, cuando aun vivía su padre. Habiendo éste enfermado y muerto á poco tiempo, el rey consideró que nadie tenía mejores títulos y más indisputable derecho al puesto vacante y le nombró para que lo desempeñase, encontrándose así Don Rodrigo Gobernador de provincia y Teniente de Capitán general á la temprana edad de veintidós años.

El genio altivo y emprendedor que inflamaba el alma de aquel joven, le indujo á intentar una empresa heróica que había de ser célebre en los anales del país. Tal fué la conquista de la Talamanca, comarca poblada de indios montaraces, que permanecían, hacía más de cincuenta años, en rebelión abierta contra las autoridades españolas. Con un pequeño cuerpo de tropas de ciento diez hombres, el Gobernador ocupó aquel territorio y venció los inmensos ejércitos de los salvajes, á quienes, después de reñidas y peligrosas batallas, dominó completamente. Don Rodrigo fundó poblaciones, levantó templos y llevó misioneros que esparcieron entre aquellos idólatras la fecunda semilla del Evangelio. No menos notable que el pensamiento elevado de aquel joven guerrero, y que el valor heroico con que lo puso en ejecución, fué su desinterés y liberalidad, pues sufragó de su propio peculio los gastos de toda aquella expedición, invirtiendo en ella más de sesenta mil pesos.

Terminado el tiempo de su gobierno en Costa-Rica, Don Rodrigo de Arias se dirigió á la capital del reino, donde llamó extraordinariamente la atención. La noticia de sus hazañas en la Talamanca, su juventud, pues apenas contaba veintisiete años, su porte caballeresco, la elegancia de su figura y traje, la liberalidad con que derramaba el oro, y más que todo, su espíritu aventurero y galante, hicieron de D. Rodrigo, á quien por cortesía continuaba llamándose *el Gobernador*, el

hombre á la moda, el modelo de los jóvenes señores y el favorito de las damas.

Hechas estas explicaciones, nadie extrañará, sin duda, la sensación que causó en el estrado de la esposa del Adelantado de Filipinas la aparición de D. Rodrigo, en la noche en que se abrieron las tertulias de palacio, cerradas durante las funciones de la Semana santa.

Don Rodrigo saludó á Dña. Elvira con cortesana amabilidad y tendió la mano con desembarazada franqueza al hijo del Adelantado, á D. César de Carranza y á D. Fadrique de Guzmán. Los dos últimos estrecharon con efusión la mano del valiente joven; pero D. García, sin faltar en lo más pequeño á lo que exigía la urbanidad, hizo un saludo tan cortés como frío á D. Rodrigo.

— Algo habéis tardado esta noche, D. Rodrigo, dijo Doña Elvira, sin fijar los ojos en el Gobernador, y alguien os echaba de menos ya en la tertulia.

Al decir esto, la esposa del Adelantado dirigió una mirada furtiva, pero profundamente indagadora, á una joven morena, de ojos y cabellos negros, que ocupaba un taburete á poca distancia de la señora de la casa. Llamábase aquella joven Dña Guiomar de Escalante, y era hija de uno de los letrados que componían la real Audiencia.

— Es mucha fortuna la mía, bella Dña. Elvira, contestó Don Rodrigo con galantería, que haya quien se digne acordarse de mí, en una tertulia en la cual se halla reunido lo más florido que encierra esta ilustre capital, por la cuna, por la belleza, por el valor y por el ingenio. Pero no me es difícil adivinar quién es el que advertía mi ausencia.

— Pues yo me atrevería á apostar á que no lo acertáis, Don Rodrigo, contestó Dña, Elvira, ruborizándose.

— Señora, dijo el Gobernador, perdonad si os contradigo; pero no creo engañarme; y tomando la mano de D. García, añadió:

— No diréis que me equivoco, si aseguro que es mi amigo Altamirano el *único* que aquí ha extrañado mi ausencia.

Por la manera en que D. Rodrigo acentuó la palabra que hemos subrayado, pudo advertirse que ella encerraba algún sentido particular, que se escapó á todos los circunstantes, menos tal vez á D. García y á su madrastra.

— Efectivamente, contestó el hijo del Adelantado con tristeza. No puedo ocultar que notaba vuestra tardanza. Nos hacéis la honra de ser siempre tan puntual en nuestras reuniones desde que estáis en Guatemala, que nos habéis dado ya el derecho de quejarnos cuando, como ahora ha sucedido, venís un poco tarde. Por lo demás, D. Rodrigo, vos no ignoráis, sin duda, que cuanto más se ha deseado ver á una persona y más se ha retardado su llegada, mayor es el placer que sentimos al verla. ¿No es verdad, señora? dijo D. García, dirigiéndose á Dña. Elvira, con la expresión del más profundo abatimiento.

— Lo que decís debe ser cierto, en lo general, respondió la joven algo desconcertada; pero en cuanto á mí puedo aseguraros que, temprano ó tarde, recibo con igual placer á todas las personas que tienen derecho á mi estimación.

La conversación se hizo general mostrando en ella D. Rodrigo agudeza de ingenio, instrucción, gracia y naturalidad. Pasando de un asunto á otro, llegó á hablarse de un incidente que ocupaba por entonces la atención en la ciudad, y era tema común de las conversaciones. La aparición de unos cuantos *Nazarenos*, ó penitentes, vestidos con túnicas de color violado, cubiertas las cabezas con capuces y con grandes cruces al hombro, que habían recorrido las calles en las noches de la Semana santa. Nadie había podido averiguar quiénes fuesen aquellos pecadores, ni qué género de culpas estuviesen purgando. Pero se creía que su número debía ser considerable, pues se habían encontrado muchos por diferentes partes; y aunque no faltaron curiosos que los siguieron con empeño, no se había logrado averiguar de dónde salían, ni dónde entraban.

Se habló en seguida de una casa antigua del barrio de Santiago, (hoy enteramente arruinado) que había quedado deshabitada por las extrañas apariciones que se veían en ella todas las noches, lo que retraía á cuantos querían arrendarla. Esa casa era ya conocida por *la de los espantos*. Cada cual refirió algún hecho terrible de los que habían ocurrido en aquella casa, de donde se aseguraba no volvía á salir ninguno de los que tenían el arrojo temerario de pasar sus umbrales. La esposa de D. Simón Frens Porté tomó la palabra y dijo que el lance más extraordinario de todos era el que había ocurrido pocas noches antes á D. Baltasar Hurtado de Mendoza, quien apostó con algunos jóvenes amigos suyos á que iría á dormir á la casa de los espantos.

Excitada vivamente la curiosidad con aquellas palabras, se suplicó á la señora refiriese lo ocurrido, y continuó diciendo:

— Aceptada la apuesta, se dirigió D. Baltasar á la casa y penetró en ella fácilmente, pues se mantiene abierta, aunque completamente amueblada. Subió al dormitorio, situado en el segundo piso, encendió una bujía y se acostó en la cama, después de haber puesto junto á la cabecera su espada desnuda y dos trabucos cargados. Don Baltasar no tardó en sentirse acometido del sueño, apagó la luz y se durmió tranquilamente. Á poco fué despertado por un ruido como de cadenas que arrastrasen sobre el pavimento. El caballero no hizo el menor caso de aquello y se volvió á otro lado para seguir durmiendo. Pero aun no había cerrado los ojos, cuando advirtió que iluminaba la pieza una débil claridad, y repentinamente vió, como si hubiese salido de la pared, una fantasma blanca, con una *N* roja en el pecho y una linterna en la mano. No se arredró Mendoza á la vista de aquel espectro. Tomó resueltamente uno de sus trabucos y apuntando á la fantasma, hizo fuego. ¡Cuál sería el asombro del pobre D. Baltasar, al ver que salía una mano pálida y descarnada debajo el manto blanco en que estaba embozado *el espanto*, y que esa mano le

devolvió, ya fría, la bala que acababa de despedir el arma!

Las señoras todas, que escuchaban la relación que hacía la esposa del alcalde, se santiguaron y ésta continuó diciendo:

— Pero no creáis que se dió con esto por vencida la temeridad de Mendoza. Cogió el otro trabuco, y avanzando dos pasos, hasta tocar casi con aquella que sería sin duda una alma en pena, volvió á disparar y recibió segunda vez la bala fría, que rodó por el suelo, después de haberle tocado ligeramente el pecho. La fantasma entonces apartó lentamente el embozo que le cubría la cabeza y dejó ver el rostro pálido y descarnado de un esqueleto. Mendoza sintió que la sangre se helaba en sus venas, un sudor frío corrió por su frente, sus piernas vacilaron y cayó en tierra sin sentido. Cuando recobró el conocimiento, se encontró en la calle, á poca distancia de aquella temible casa, sin saber cómo ni por quién había sido sacado de ella. Los jóvenes sus amigos, que aguardaban el resultado de la aventura, le transportaron á su habitación, donde se halla aún postrado con una fiebre. Ha podido referir lo que pasó aquella noche, y yo he sabido el lance por uno de los caballeros con quienes hizo la apuesta.

Con la mayor atención escuchó D. Rodrigo de Arias aquella extraña aventura, y luego que la señora concluyó su narración, dijo el Gobernador:

— Pues yo, señora, no tengo el menor motivo para poner en duda la veracidad de la historia que habéis referido; pero querría convencerme por mí mismo de la existencia de esos vestiglos y fantasmas, y de que la visión no ha sido puramente efecto de la imaginación preocupada del bueno de D. Baltasar. Estoy, pues, resuelto á pasar una noche en la casa de los espantos, y espero, con el favor de Dios y la ayuda de mi espada, salir sano y salvo de cualquier peligro.

Al oir aquellas palabras, las damas, en quienes, como hemos dicho, excitaba el joven Gobernador las más vivas simpatías, hicieron un movimiento de asombro y horror. Dña. Elvira de

Lagasti se puso pálida como un muerto y dijo á D. Rodrigo:

— Reflexionad, caballero, que tentar á Dios, no es valor, sino temeridad, y desistid de un propósito que causará una angustia mortal á cuantos se interesan por vos... esto es, á todos vuestros amigos.

El joven Altamirano inclinó la cabeza al oir aquella observación, hecha en el tono de la súplica más efectuosa, y ahogó un suspiro en lo más hondo de su lacerado corazón. Don Rodrigo, sin parecer advertir lo que pasaba, replicó:

— Mis amigos, bella Dña. Elvira, no tienen por qué inquietarse. Estoy acostumbrado á los peligros, puedo decir que los amo, pues mi alma goza en ellos un deleite que yo mismo no acierto á explicarme. Así, quedo formalmente comprometido á llevar á cabo lo que no pudo realizar D. Baltasar de Mendoza.

En esto se acercaron al estrado los caballeros que acababan de salir de las salas de juego, é informados de la intención del Gobernador, procuraron hacerle desistir de lo que todos consideraban como un arrojo impío. Don Rodrigo no desistió de su propósito y reiteró la oferta formal de visitar de ahí á tres noches la casa de los espantos.

Ninguno de los presentes, (con excepción acaso de Doña Elvira,) advirtió que la joven morena llamada Dña. Guiomar de Escalante había perdido el color, y próxima á caer, dominada por un vértigo, tuvo que apoyarse, con disimulo, en el hombro de una de sus amigas, que estaba próxima á ella.

CAPÍTULO VII

Un odio hereditario.

Hemos dicho ya en alguno de los anteriores capítulos que había en Guatemala, en la época á que se refiere la presente historia, dos familias poderosas entre las cuales existía un odio inveterado. Los Padillas y los Carranzas, de cuyas casas creemos no queda hoy ni memoria, reconocían un origen común en una familia noble de Castilla, algunos de cuyos vástagos pasaron á las Indias en la época de la conquista. Divididos aquéllos desde entonces por causas que no nos han sido reveladas, encontramos ya, en algunos manuscritos del siglo XVII, formados dos opuestos bandos, que dividían no solamente la capital, sino otras ciudades principales del reino, y que se componían de los deudos y amigos de las dos casas rivales. En Guatemala, donde residían los respectivos jefes, aquella odiosidad era más acerba y más marcada, no perdonando ni unos ni otros medio alguno para destruirse. Las autoridades españolas mismas no podían permanecer neutrales en la lucha, y los diversos Presidentes que en aquellos tiempos gobernaron el reino, no dejaron de afiliarse en alguno de los dos partidos, con más ó menos decisión, prestándole el importante apoyo del poder. Como los Güelfos y Gibelinos que dividieron la Italia en los siglos XII, XIII y XIV, aquellas dos familias enemigas traían revuelto el reino, haciéndolo sufrir gravemente en el incesante combate de sus pasiones y sus intereses.

Cuando el conde de Santiago de Calimaya vino á gobernar estas provincias, en el año 1654, la lucha entre Padillas y Carranzas se había amortiguado algún tanto. El odio recíproco, que sus individuos recibieran de sus antepasados como una herencia funesta, estaba, no apagado, sino oculto, y pronto siempre á hacer explosión, á la manera de esas materias incandescentes que por algún tiempo permanecen encerradas en el seno de los volcanes que parecían extinguidos. El hijo del conde, D. Enrique de Altamirano, ya fuese porque no encontró en los Padillas una sumisión servil, ya por considerar conveniente á sus intereses y los de su padre mantener la división entre esas dos familias poderosas, inclinó al Presidente á abrazar con decisión el partido de los Carranzas. Alentados éstos con tan importante y poderoso auxiliar, creyeron llegada la ocasión de acabar para siempre con sus antiguos rivales. Éstos, sin embargo, sin dejarse arredrar por las graves dificultades en que los ponía la protección dispensada á sus enemigos por el Presidente, cobraron nuevo ánimo y se propusieron emplear todos los medios que estuviesen á su alcance para sobreponerse.

Una circunstancia fortuita y extraordinaria había ido á complicar la situación de las cosas y á hacer más intransigible la lucha entre las dos familias. Para explicar esto, tenemos necesidad de retroceder unos veinticuatro años. Sucedió que un caballero emparentado con una y otra familia, soltero y único poseedor de una considerable fortuna, llamado D. Juan de Balmaseda, murió en 1632, dejando todos sus bienes, cuyo monto ascendía á unos ochenta mil pesos, á su primo Don Tomás de Carranza, que acababa de casarse con Dña. Gertrudis de Medinilla. El testador estableció, como condición expresa, que si á los cinco años, D. Tomás y su esposa no tenían sucesión, pasase la herencia, que consistía en haciendas, casas y otros bienes, á su otro primo, D. Diego de Padilla, pues su intención era que se fundase un mayorazgo en una de las dos

familias, aunque siempre prefiriendo á la de Carranza, pues la de Padilla pasaba por ser bastante rica por sí misma.

Don Tomás entró, pues, en posesión de los bienes de Balmaseda, fijando la esperanza de su conservación en la de que Dios querría bendecir su matrimonio con un hijo. Pasó el primer año sin que esta esperanza se realizase. Sucedió lo mismo en el segundo y el tercero, y por último estaba para expirar el cuarto, sin que llegase el hijo tan deseado. Iba aproximándose el tiempo en que debía cumplirse el plazo fatal fijado por el testador, y D. Tomás de Carranza, lo mismo que su esposa, veía venir con espanto el día en que les sería forzoso desprenderse de aquella fortuna, quedando reducidos a una posición cercana á la miseria, en tanto que sus implacables rivales aumentarían con ella el lustre de su casa, y lo que era peor aún, los medios de dañar á la familia desposeída.

La desesperación de ambos esposos no conocía ya límites: muchas veces habían maldecido la suerte que se empeñaba en mostrárseles implacable, y una noche, solos en la pieza que les servía de dormitorio, se ocupaban en hacer las más aflictivas consideraciones sobre la desgracia que consideraban inevitable. Era á mediados del mes de Septiembre; el agua caía á torrentes, azotando los vidrios de las ventanas que daban á la calle de Santo Domingo, donde estaba situada la casa de Carranza, como la mayor parte de las de la nobleza, antes de la ruina de la antigua capital. Los relámpagos rasgaban de vez en cuando el espeso velo que cubría el firmamento y los truenos hacían despertar los dormidos ecos en las vecinas montañas.

Don Tomás, sentado en un sillón, tenía la cabeza apoyada en sus dos manos, y su esposa, no menos preocupada que él, había dejado caer un trabajo de tapicería con que entretenía sus largas horas de fastidio.

— Preciso es que nos resignemos al fin, dijo Dña. Gertrudis; Dios nos niega la única esperanza de salvación con que contá-

bamos. Un año más y estaremos condenados para siempre a la humillación y á la ruina.

Dos lágrimas rodaron lentamente por las mejillas de la infeliz señora.

— Sí, esposa mía, contestó D. Tomás, con desesperación; sí; es necesario comenzar á desprendernos de todos estos objetos que nos han proporcionado bienestar, consideración é independencia. Yo tendré que ganar el pan con el sudor de mi rostro y esa orgullosa familia se gozará en nuestra desgracia. Un hijo nos habría salvado; pero Dios no ha querido concedérnoslo. Señor, Señor, añadió el pobre caballero, levantándose con presteza y cayendo de rodillas delante de un crucifijo que estaba suspendido junto al lecho, ¿por qué no nos habéis dado un hijo? ¡Os lo hemos pedido tanto!

Al decir aquellas palabras, con un acento desgarrador, Don Tomás inclinó la cabeza, lanzando algunos mal comprimidos sollozos.

Siguióse un momento de silencio, que fué interrumpido por dos ligeros golpes que dieron desde la calle en los vidrios de la ventana. Ni Carranza ni su esposa atendieron á aquel incidente, tanta era su preocupación, pero los golpes se repitieron con más fuerza y presteza; de modo que la señora, no obstante la situación de su ánimo, abrió las puertas y vió, al través de los vidrios, un objeto que estaba en el antepecho de la ventana, no pudiendo distinguirse lo que fuese, á causa de la oscuridad. Pero repentinamente un relámpago rasgó las nubes, y la esposa de Carranza vió en la ventana un niño, envuelto en una rica mantilla. La señora lanzó un grito de asombro, y tomando á la criatura, la presentó á su esposo, ebria de júbilo, diciéndole:

— ¡El cielo nos le envía! ¡He aquí á nuestro salvador!

Don Tomás comprendió inmediatamente el pensamiento atrevido de su esposa, tomó al niño en sus brazos; era débil, muy poco desarrollado y parecía de un día de nacido.

— Sí, Dios lo quiere, dijo D. Tomás, Dios lo quiere. Estamos salvados.

La señora estrechó al infante contra su seno y puede decirse que ya que no por la naturaleza, desde aquel momento fué madre, así por el interés, como por el amor. Porque la desgraciada señora anhelaba vivamente un hijo, por ese instinto de la maternidad que Dios ha puesto en el corazón de la última y la más degradada de las mujeres. Además, la aparición de aquel niño, que tenía algo de milagrosa, hacía que los dos esposos lo recibiesen, no como una criatura extraña, sino como un verdadero presente del cielo. Inmediatamente trazaron su plan y acordaron como debía criarse al niño con el mayor sigilo, hasta que llegase la oportunidad de presentarle.

Hízose así efectivamente. Al siguiente día D. Tomás mismo le condujo con mucha precaución á una de sus haciendas y le entregó á persona de toda confianza y reserva. La condición particular de la criatura se prestaba á la ejecución de los planes de los esposos; pues, como hemos dicho, era muy pequeño y poco desarrollado.

Al volver á la ciudad, D. Tomás de Carranza salió anunciando por todas partes una buena nueva. Dios, decía, había escuchado sus votos y su esposa estaba en cinta de tres meses. El temor de salir defraudado en sus más ardientes esperanzas, agregaba, le había retraído de anunciar aquel acontecimiento á sus deudos y amigos; pero completamente seguro ya, había llegado la hora de hacer pública su felicidad. No había motivo para poner en duda la veracidad del caballero; así fué que parientes y amigos le dieron los más sinceros plácemes, viendo ya asegurada la sucesión y la fortuna de Carranza. Don Diego de Padilla, principal interesado en averiguar la verdad del hecho, se hallaba ausente del país en una expedición que debía durar algún tiempo. Su esposa vivía retirada, y según se decía, gravemente enferma; y el hijo único de aquel matrimonio era aun de muy corta edad. Los demás individuos de la familia,

si bien sintieron vivamente el acontecimiento, no parecieron dudar de su certeza, como que nada tenía de imposible.

Seis meses después del suceso que acabamos de referir, Don Tomás de Carranza anunció á sus deudos y amigos que su esposa había dado á luz un niño, grande y robusto. El hidalgo estaba loco de alegría. El supuesto recién nacido fué bautizado de noche, por un eclesiástico pariente de la señora, previo el correspondiente permiso del cura párroco, y sirviendo de padrino uno de los hermanos de D. Tomás. Todo se hizo en debida regla, y el niño recibió los nombres de César Salvador. Á la verdad no faltaron algunos rumores misteriosos acerca del origen de aquella criatura; pero los interesados hicieron poco caso de ellos; el infante se crió y creció como hijo verdadero de D. Tomás de Carranza y Dña. Gertrudis de Medinilla, y fué la idolatría de sus padres. Los rumores fueron acallándose y la duda pareció disiparse, como se ha disipado siempre todo en nuestra sociedad, tan impresionable como olvidadiza.

Estaba reservado al tiempo, ese revelador implacable de los más ocultos secretos, ese reparador de las grandes injusticias, el poner en claro, en su día y en su hora, aquel misterio y el descubrir quiénes eran los verdaderos padres de aquel niño.

CAPÍTULO VIII

Tres amigos. — Nuevas complicaciones.

Don Tomás de Carranza cuidó de que el que había de aparecer en el mundo como su hijo, tuviese una educación correspondiente á su clase y á la fortuna considerable de que la suerte le había hecho dueño. Así fué que D. César recibió la instrucción literaria que era dable obtener en aquellos tiempos en Guatemala. Cuando hubo cumplido diez y ocho años, su padre solicitó y alcanzó para él el grado de alférez, manifestando el joven decidida inclinación á la noble carrera de las armas.

Don César parecía haber nacido expresamente para esa profesión. Era valiente, leal, franco y alegre; galán con las damas, generoso y atrevido, creía en el bien, amaba con pasión y se entregaba sin reserva. Había en aquel joven algo que parecía un reflejo de las prendas extraordinarias que han inmortalizado á su ilustre homónimo. Por una de esas rarezas que se observan de vez en cuando entre los hombres, Don César de Carranza hizo íntima amistad con un joven de sangre tan noble como la que creía él corría por sus venas; pero enteramente diferente, por no decir opuesto, en ideas, inclinaciones y carácter. Don Fadrique de Guzmán y Alvarado era frío hasta la insensibilidad; reservado hasta el disimulo; apegado al dinero, hasta rayar en mezquino; y, lo que era en aquellos tiempos y en un sujeto de la clase de D. Fadrique

el defecto más imperdonable, era cobarde. Con suficientes alcances para comprender toda la gravedad de aquella falta, en un descendiente del héroe que había conquistado un reino, después de haber ayudado eficazmente á someter dos imperios, D. Fadrique de Guzmán y Alvarado hacía cuanto le era dable por ocultar aquella debilidad, y lo había logrado hasta entonces, puesto que ella era un secreto aun para su íntimo amigo Don César de Carranza. Para completar la pintura del hombre á quien hizo este noble joven depositario de su confianza, diremos que la madrastra naturaleza había negado á D. Fadrique un exterior hermoso y agradable. Era feo, tan feo como puede serlo un joven de veintidós años. La primavera, para la tierra como para el hombre, es la época de la belleza, de la frescura y de la gracia. Para aquel infeliz mancebo, la primavera de la vida presentaba todos los caracteres de un otoño anticipado. Meditabundo y sombrío, egoísta y escéptico, D. Fadrique no amaba á nadie, ni creía en nada ; decimos mal, se amaba á sí mismo y creía en sí mismo únicamente. ¿Por qué extraño misterio el generoso D. César, expósito, hijo de padres ignorados, se unió tan íntimamente á aquel hidalgo á quien, si hemos de dar á las cosas su verdadero nombre, podemos llamar un perverso? No sabremos explicarlo. Las simpatías de las almas, como el magnetismo animal y como otros muchos fenómenos, son otros tantos problemas cuya solución no ha puesto Dios todavía al alcance de nuestra impaciente y pretenciosa curiosidad. Lo único que podemos decir es que era difícil ver caracteres más encontrados y personas más unidas que D. César de Carranza y D. Fadrique de Guzmán.

Entre el uno y el otro vino á colocarse un tercer joven, casi de la misma edad que aquellos dos amigos, pues apenas tenía diez y ocho años. Don García de Altàmirano y Contreras, á quien han conocido ya nuestros lectores en el estrado de su madrastra Dña. Elvira de Lagasti, era hijo del Adelantado de Filipinas, en su primer matrimonio con una joven señora,

muerta al dar á luz á aquel niño, que se crió al lado de su padre y de su abuelo, que le amaba con ternura. Dotado de esa sensibilidad exquisita que suele ser el verdugo de las almas que la poseen, sin que los goces que proporciona alcancen á compensar los dolores que hace sufrir, D. García era reservado y melancólico. Sin ser pusilánime, era tímido y desconfiado de sí mismo; y un observador perspicaz habría adivinado fácilmente, al ver el abatimiento del pobre joven, que aquel cuerpo delicado y casi femenil, encerraba una alma de esas á quienes el infortunio ha condenado al más doloroso y cruel de todos los martirios: á *amar lo imposible*. Don García era poeta y sabía expresar en hermosos versos los sentimientos tiernos y delicados y las vagas aspiraciones que alimentaba su alma.

Aquel corazón abrumado bajo el peso de un anhelo irrealizable, se sintió irresistiblemente atraído por el espíritu generoso de D. César, que pronto llegó á ejercer en el joven Altamirano esa influencia casi absoluta que las naturalezas vigorosas y enérgicas se arrogan, en lo general, sobre los caracteres tímidos y desconfiados.

Tales eran los tres jóvenes cuya unión íntima y fraternal amistad había llegado á hacerse proverbial en Guatemala, en la época en que tuvieron lugar los sucesos que vamos refiriendo.

Fácilmente ha podido comprenderse que el desventurado D. García había dejado que se enseñorease de su alma una pasión insensata, cuyo objeto era la joven y bella esposa de su padre. Sin fuerzas para combatir aquella funesta inclinación, se había rendido casi sin lucha, y acaso con ese secreto deleite que las almas formadas para el sufrimiento parecen encontrar en los más íntimos y acerbos dolores.

En cuanto á D. Fadrique, por más que haya de parecer extraño, debemos decir que amaba también, no con ese amor ardiente, tierno y desinteresado que se halla reservado únicamente á las almas escogidas; sino con ese deseo vehemente de

poseer que reside quizá únicamente en los sentidos, pero que es el amor de las naturalezas vulgares. Decimos, pues, que D. Fadrique amaba, ya que nuestros idiomas imperfectos carecen aún de alguna palabra que exprese con fidelidad aquel instinto material y egoísta que nos vemos obligados á confundir así con uno de los más nobles, más espirituales y más desinteresados sentimientos del corazón humano. La desgraciada criatura á quien la fatalidad había condenado á hacer nacer aquel amor, llamábase Dña. Guiomar de Escalante, aquella linda joven morena y de ojos negros á quien hemos visto sufrir un ligero vértigo en el estrado de Dña. Elvira de Lagasti cuando manifestó D. Rodrigo de Arias su resolución de visitar la casa de los espantos. Dña. Guiomar sentía la más invencible repugnancia por D. Fadrique, y cuando se atrevió á declararle su inclinación, retrocedió casi horrorizada, como si se hubiese puesto en contacto con un áspid. El orgulloso hidalgo sintió vivamente aquella repulsa; pero lejos de apagar la llama que ardía en su pecho, hizo que ella cobrase mayor fuerza.

Don César había permanecido insensible al amor, llevándole su espíritu galante de una en otra joven; como versátil mariposa en un bello jardín, diríamos, si la comparación, aunque exacta, no estuviese ya tan repetida. Un día, el joven alférez vió en la iglesia á una dama cuyos ojos grandes y azules, fijos en una imagen de la Virgen, con expresión tierna y devota, llamaron vivamente la atención del caballero. No pudo ya apartar la vista de aquel rostro encantador, cuyo óvalo perfecto podía haber servido de modelo á una madona del pintor de Urbino. Don César no conocía á aquella joven, pero estaba seguro de no equivocarse al pensar que la nobleza de su cuna debía corresponder á la distinción de su fisonomía y á la elegancia de su traje. Continuó concurriendo, sin faltar un solo día, á la iglesia donde por primera vez había visto á aquella mujer seductora, y ésta por su parte parecía sentirse

irresistiblemente atraída por aquel interesante desconocido. Establecida entre ellos esa corriente magnética que une dos corazones destinados á comprenderse, D. César procuró averiguar el nombre y condición de aquella joven á quien había entregado su alma. Pero ¡ cuál no sería su asombro y su dolor, al oir el apellido de la mujer que tan tiernamente amaba! Llamábase Dña. Violante de Padilla, y era la hija menor de D. Diego de Padilla, el implacable enemigo de su familia. No ignoraba D. César que D. Diego tenía una hija de aquel nombre; pero como las dos familias se veían apenas, cuando por casualidad solían encontrarse en la sociedad, el alférez no había tenido ocasión hasta entonces de conocer á Dña Violante. Sucedía á ésta otro tanto. Mil veces había oído hablar de D. César, que arrebatara á su casa la cuantiosa herencia de Balmaseda; pero jamás le había visto. Así fué que cuando supo que aquel hermoso y simpático oficial llevaba el nombre aborrecido de D. César de Carranza, sintió como si le hubiesen atravesado el pecho con un hierro candente.

Pero ¡ah! era ya demasiado tarde para retroceder. Aquellas dos almas eran de esas pocas que jamás olvidan; de esas para quienes los obstáculos son poderosos incentivos. Don César y Dña. Violante continuaron amándose, á pesar de que las familias, luego que llegaron á comprender lo que pasaba, dando más importancia á su rivalidad y encono que á aquel afecto profundo, inextinguible, que ellas consideraban como un capricho pasajero, manifestaron á los desgraciados amantes su decidida oposición á aquellas relaciones y su invariable resolución de no consentir jamás en el cumplimiento de sus deseos.

No desesperaron los jóvenes, sin embargo, de vencer aquella oposición, y continuaron alimentando un amor que vino á hacerse necesario á su existencia. D. César veía de tarde en tarde á su amada en el balcón, en horas avanzadas de la noche. En esas entrevistas misteriosas renovaron mil y mil veces sus amorosos juramentos y no pocas los sorprendió la aurora, repi-

tiéndose esas que la fría razón califica de frivolidades y que son ¡ay! la verdadera poesía de la vida.

En una de esas entrevistas, siempre tan cortas para los que se aman, los dos jóvenes no habían sentido pasar el tiempo, que se deslizaba para ellos con prodigiosa rapidez. Eran las dos de la mañana : D. César y Dña. Violante se repetían por la milésima vez el tierno juramento de ser siempre el uno para la otra, y olvidados de sí mismos y de cuanto los rodeaba, no vieron acercarse á un hombre que pasó junto á ellos, embozado hasta las cejas. Á pocos pasos de distancia del balcón, donde los amantes bebían á torrentes la felicidad, se detuvo aquel desconocido, dejó caer el embozo que le cubría la cara, y dirigiendo una mirada satánica á los dos jóvenes, dijo :

— ¡Miserables ! Se aman, gozan, y yo devoro en mi corazón las penas del infierno. Á él se le adora y á mí se me desprecia ! Detesto con todas las fuerzas de mi alma á los que son felices. Yo romperé esa dicha, envenenaré esos goces y, lo juro, no seré yo el único que apure hasta las heces el amargo cáliz del dolor.

Dicho esto, volvió á levantar el embozo y se perdió en la oscuridad de las desiertas y sombrías calles. Era D. Fadrique de Guzmán, que poseído de desesperación y de despecho, había sentido abrirse la profunda herida que desgarraba su alma, al contemplar, conducido por la ciega casualidad, el espetáculo, intolerable para él, de la felicidad de su amigo.

CAPÍTULO IX

Lo que encontró D. Rodrigo de Arias en la casa de los espantos.

Los tres jóvenes de quienes nos hemos ocupado con alguna extensión en el capítulo que antecede, se paseaban una tarde por la alameda del Calvario. Nuestros lectores no ignorarán tal vez que esa alameda adornaba aquel sitio público muchos años antes de la ruina; pero no formada de solas dos hileras de árboles como hoy se ve, sino compuesta de tres calles, quedando situada en la del centro la bonita fuente de piedra canteada que hoy está aislada y fuera del paseo.

Don César de Carranza y D. Fadrique de Guzmán conversaban sobre el proyecto de D. Rodrigo de ir á visitar la casa de los espantos, lo que debía tener lugar aquella misma noche. Don Carcía de Altamirano guardaba silencio.

— Pienso, decía D. Fadrique, con aire burlón, que hay más vanidad que valentía en la idea de exponerse á ese peligro. El entusiasmo con que todas estas mujeres noveleras han acogido á ese advenedizo, desde su llegada, le ha llenado la cabeza de viento y cree poder habérselas hasta con las almas de la otra vida. En cuanto á mí, sé deciros que me alegraría de que á ese valentón le sucediese algo peor que lo que aconteció á D. Baltasar de Mendoza. Así vería que no es lo mismo enfrentarse con los indios desnudos de la Talamanca, que con fantasmas y vestiglos.

— Pues yo, amigo Fadrique, contestó con bondad D. César, aprecio y admiro el valor, aun cuando suela emplearse en empresas temerarias. No creo, como tú, que proceda D. Rodrigo por un motivo tan pueril; pienso que es el incentivo del peligro, que atrae á los ánimos valerosos como el suyo, el que le hace acometer esa aventura y deseo con toda mi alma verle salir de ella sano y salvo.

— ¡Oh César! replicó el envidioso caballero; en tratándose de aventuras, ahí estás tú. Eres de aquellos pocos á quienes no ha curado todavía el libro del Ingenioso Hidalgo de Miguel de Cervantes. Y dime, si tanta es tu afición á habértelas con apariciones y almas en pena, ¿por qué no vas tú también á pasar una noche en la casa de los espantos? Hazlo, César, y anuncia tu resolución en voz muy alta en el estrado de las damas, á ver si hay alguna que se ponga pálida al oírlo.

Al decir esto, el maligno D. Fadrique echó al soslayo una mirada á Don García de Altamirano, que sin manifestar que hubiese comprendido la maliciosa alusión, continuó guardando silencio.

— No sé, dijo D. César algo picado, si habría quien se interesara por mí hasta ese punto; pero lo que sí creo poder asegurarte, amigo Fadrique, es que cualquiera dama estará más dispuesta siempre á simpatizar con el arrojo que toque en la temeridad, que no con la prudencia que raye en cobardía.

Guzmán se mordió los labios con rabia, sospechando que las palabras de Carranza encerrasen una alusión á su falta de valor; y sin embargo, no era así. Don César hablaba sin segunda intención, pues, aunque no se le ocultaban algunos de los defectos de su amigo, no había sospechado siquiera que adoleciese de aquel que le habría parecido tal vez el más imperdonable.

— ¿Y tú qué piensas, García? dijo con afectada volubilidad D. Fadrique. ¿Estás hilvanando algunas coplas para declarar tu platónico amor á la señora de tus pensamientos? De

veras que estos poetas meditabundos son una gente insoportable.

— Fadrique, contestó D. García con dulzura, perdona que no haya tomado parte en la conversación. Sabes que el crepúsculo de la tarde es el espectáculo más grato á mi alma. Hay algo de voluptuosa melancolía en la luz que muere, en la brisa que suspira, en las estrellas que vienen á alumbrar como lámparas mortuorias el firmamento que parece á esta hora la bóveda de un inmenso panteón. Mis sentidos están como aletargados y mi espíritu se lanza en pos de un mundo desconocido.

El joven poeta dirigió los ojos al cielo, que tachonaban ya millones de espléndidos luceros, y añadió en voz baja y con acento melancólico, recitando una de las más bellas estrofas de una oda del maestro León :

¿ Quién es el que esto mira
Y precia la bajeza de la tierra
Y no gime y suspira
Y rompe lo que encierra
El alma y de estos bienes la destierra?

Don Fadrique, para quien la poesía no era más que un conjunto de palabras sin sentido alguno, volvió la cabeza hacia un lado con desdén, y dijo á los otros dos jóvenes :

— Vámonos. Es tarde y es necesario prepararnos para ir á la tertulia del Presidente. El juego será fuerte esta noche, según creo, y aunque es difícil luchar con los individuos de tu familia, César, que parece han agarrado á la fortuna por el mechón, yo pienso hacer todo lo posible para desquitarme de mis pérdidas.

Los caballeros siguieron á Guzmán sin decir palabra, y un momento después los tres se habían internado en las estrechas y sombrías calles de la ciudad.

Dejemos á los tres amigos disponerse para ir á la tertulia y

veamos cómo D. Rodrigo de Arias cumplió su oferta de visitar la casa de las apariciones. Á eso de las diez el caballero se dirigió, solo, al barrio de Santiago y entró en la casa, cuya puerta se mantenía, como ya hemos dicho, abierta. Atravesó el oscuro y solitario zaguán; subió lentamente la escalera de piedra que conducía á las habitaciones del segundo piso y se instaló tranquilamente en el mismo cuarto en donde había ocurrido la extraña aventura á D. Baltasar de Mendoza. Llevaba preparada una vela y avíos para encenderla; hízolo así, y pronto pudo observar la habitación. Las paredes estaban adornadas con pinturas que representaban algunos pasajes de la vida de David y de Saúl. El techo estaba formado por un artesón de cedro con arabescos negros, lo que habría hecho parecer la pieza bastante oscura, aun con más luz que la muy escasa que despedía la vela que encendió D. Rodrigo. Una mesa de regular tamaño, con carpeta de paño verde, unos pocos sillones y taburetes y una cama grande con pabellón de damasco carmesí, completaban el ajuar de aquel dormitorio. Después de haber recorrido la habitación y examinado las paredes, para cerciorarse de que no había alguna puerta oculta, el Gobernador cerró la que daba al corredor, puso su espada sobre la mesa, y viendo en ella un libro, comenzó á leer con la mayor tranquilidad. Era la traducción del *Orlando* de Ariosto, hecha en el año 1550 por el capitán D. Jerónimo de Urrea, que se leía con gusto por algunos en aquellos tiempos, á pesar de la justa censura que de tan pésima versión hace Cervantes en el capítulo en que refiere el escrutinio de la librería de Don Quijote.

Don Rodrigo estuvo leyendo por espacio de una hora, sin que apareciese fantasma ni negra ni blanca. Pero á eso de las once vió que se levantaba una trampa abierta en el piso, en un rincón de la pieza y en la cual D. Rodrigo no había reparado, estando perfectamente disimulada. Asomó una cabeza cubierta con un sombrero con plumas, y en seguida lo demás

del cuerpo de un hombre alto, embozado en una gran capa que le cubría la cara.

— Buenas noches, señor don Rodrigo de Arias, dijo la aparición sin descubrirse, y se dirigió hacia el caballero, que comprendió desde luego que al menos aquella fantasma parecía más cortés y bien criada que la que había visto D. Baltasar de Mendoza.

Sin dar tiempo al Gobernador para contestar el saludo, el recién llegado dejó caer el embozo y descubrió el rostro enjuto y pálido de un hombre como de cincuenta y cinco años, de fisonomía severa, que hacía más desagradable aún la mirada escudriñadora que lanzaban sus ojos negros, pequeños y expresivos.

Don Rodrigo se esforzaba en recordar el nombre de aquel sujeto, á quien había visto unas pocas veces; pero el recién llegado, advirtiendo sin duda el embarazo del caballero, se apresuró á ayudar la memoria de éste, y le dijo:

— No extraño, señor Gobernador, que no me reconozcáis desde luego, pues no he tenido el honor de encontrarme con vos, sino muy de tarde en tarde. Mi nombre es D. Silvestre Alarcón, y mi empleo el de cajero mayor de la casa de D. Diego de Padilla.

— Ya recuerdo perfectamente, D. Silvestre, dijo entonces D. Rodrigo, haberos visto en el escritorio de D. Diego; y ciertamente estaba yo muy ajeno de sospechar que tendría la honra de recibir vuestra visita en esta casa, que he elegido para mi posada por esta noche. Pienso que no será indiscreción en mí el preguntaros á qué casualidad debo el gusto de veros aquí.

— Yo, señor Gobernador, contestó D. Silvestre sonriéndose, soy huésped algo más antiguo que vos en esta casa, y la prueba la tenéis en la circunstancia de que no me ha sido necesario para encontrarme en vuestra presencia entrar por la puerta, que habíais cerrado. Conozco los secretos de esta casa, como si fuese la mía.

— Pero concluyamos, caballero, dijo entonces D. Rodrigo, que comenzaba ya á impacientarse, ¿qué hacéis aquí y qué significan esas apariciones que se ven en esta casa y traen alborotada á la ciudad?

— Lo que yo hago aquí, señor don Rodrigo dè Arias, contestó Alarcón sin alterarse, es historia larga de contar; y en cuanto á las fantasmas, están ligadas tan íntimamente con el objeto que aquí me trae, que cuando os imponga de lo uno, fácilmente encontraréis la clave del misterio de lo otro. Debéis suponer, D. Rodrigo, que yo no ignoraba vuestra resolución de venir á pasar la noche en esta casa. Vuestro arrojo, que no teme á vivos ni á muertos, os ha hecho tentar una empresa generalmente considerada como temeraria. Nada me habría sido más fácil que hacer que salieseis de esta temible morada, sin haber visto en ella vestiglo alguno; pero la casualidad, ó mejor dicho la Providencia os ha inspirado la idea de venir aquí y á mí me ha proporcionado lo que tiempo hace buscaba.

— Explicaos, dijo D. Rodrigo, cuya curiosidad comenzaba á sentirse estimulada con las revelaciones á medias de su interlocutor.

— Bien, voy á explicarme, respondió D. Silvestre, con la calma que parecía serle habitual. Voy á haceros depositario de un secreto de la más alta importancia. La fortuna, la vida, y lo que es más aún, la honra de una gran parte de la nobleza de este reino, van á estar en vuestras manos. Sois, señor de Arias, un caballero, y como tal incapaz de hacer mal uso de lo que vais á saber. Así, tengo plena confiaza en vuestra hidalga discreción y estoy seguro de que en el caso, inesperado para mí, de que no juzguéis oportuno aceptar la proposición que voy á haceros, el secreto de cuanto aquí vais á ver y á oir, morirá con vos.

— Podéis estar seguro de eso, como de vuestra existencia, D. Silvestre, contestó D. Rodrigo con entereza. Los hombres de mi condición no revelan jamás los secretos que se les confían

— Venid, pues, dijo Alarcón; y tomando la vela, salió de la habitación, siguiéndole D. Rodrigo. Atravesaron otras dos piezas, y deteniéndose en la última, D. Silvestre se inclinó y apretando un botón que estaba en el piso, oculto bajo una tabla pequeña que levantó, se abrió una trampa y quedó descubierta una sala espaciosa, iluminada con la luz que despedían unas diez bujías que sustentaba una araña de plata. En medio de la sala había una mesa grande, cubierta con una carpeta verde, y al derredor estaban unos cincuenta ó sesenta individuos, vestidos con túnicas de color violado, y que llevaban al pecho una especie de escapulario de paño amarillo, sobre el cual se advertía, bordada con seda roja, una N de la misma forma de las que se ven en los antiguos lapidarios góticos. Como tenían los rostros descubiertos, D. Rodrigo fué examinando á aquellos sujetos y vió que la mayor parte de ellos pertenecía á la más calificada nobleza de la ciudad.

— ¿ Conocéislos á todos ? preguntó D. Silvestre.

— Conozco á muchos, contestó D. Rodrigo : pero ¿ qué significa esa reunión de tantos sujetos principales y qué hacen ahí ?

— Éstos, señor Gobernador D. Rodrigo de Arias, dijo Alarcón, en voz grave, son los *Nazarenos;* lo que significa esta reunión y lo que hacen ahí todos esos sujetos, lo sabréis, si os servís volver á la pieza de donde hemos salido hace un momento y donde podremos hablar con toda comodidad.

— Vamos, contestó el joven, y siguiendo á D. Silvestre, volvió con él al dormitorio. Alarcón hizo seña á D. Rodrigo para que se sentase en un sillón, y él se colocó en otro, frente al Gobernador.

CAPÍTULO X

El verdadero jefe de los Nazarenos.

Después de un breve rato de silencio, D. Silvestre Alarcón habló de esta manera :

— No ignoráis, sin duda señor don Rodrigo, que las familias principales de esta ciudad, y puedo decir del reino, se hallan divididas por odios y rivalidades que los individuos que actualmente las componen han recibido, como un funesto legado, de sus ascendientes. Los Padillas y los Carranzas, establecidos en estas tierras hace más de un siglo, se han disputado el poder y la influencia, causando en diferentes épocas graves perturbaciones. Sea el cansancio de una lucha tan larga como estéril, sea que las fuerzas de los dos bandos habían llegado á equilibrarse, por el número y calidad de los sujetos que en ellos estaban afiliados, lo cierto es que á principios del año 1654, las odiosidades parecían calmadas y como si se hubiese establecido de hecho una tregua entre los contendientes. Así pasaron los primeros meses del gobierno del actual Presidente, de cuya mano justiciera aguardaba el pueblo pacífico el remedio de tan graves males. Por desgracia el conde de Santiago, no por inspiración propia, sino obedeciendo á la caprichosa y ciega voluntad de su hijo D. Enrique, Adelantado de Filipinas, abandonó muy pronto el sistema de rectitud y de imparcialidad que tan benéficos efectos produjo en los primeros meses de su mando. Ganados el Capitán general y su hijo á fuerza de

dádivas, han adoptado sin reserva el partido de los Carranzas, cuya familia, poderosa ya sin ese apoyo, ha venido á hacerse, con él, árbitra absoluta de la suerte de este pobre reino. Los cargos más importantes se proveen únicamente en los individuos de esa familia; los negocios más graves se resuelven conforme á su interés y sus deseos, y no se omite medio alguno para destruir á los Padillas y á cuantos están ligados con ellos. La situación de las cosas ha venido, pues, á hacerse insoportable; y si el presente es aflictivo, no es menos desconsolador el porvenir. El conde de Santiago es, como veis, anciano, y puede creerse que sus días están contados; pero el Adelantado es todavía joven, trabaja activa y ocultamente para llegar á ser el sucesor de su padre, y la familia favorecida coadyuva á esas intrigas con su valimiento en el reino y con sus relaciones en la corte, donde no faltan apoyos poderosos al pretendiente. Si esos trabajos, que desde ahora comienzan á prepararse, tienen un resultado satisfactorio para sus autores, ¿cuál será la suerte de la familia perseguida y la de todos los que dependemos de ella? ¿cuál la de este reino, entregado á semejantes manos? Para evitar esos peligros y alejar esos males, cuya realización es harto probable, señor don Rodrigo, se ha formado esa vasta asociación, en la que han entrado personas no solamente de la nobleza, sino de la clase media y del pueblo, y cuyo objeto es acabar una vez por todas con esa casa orgullosa y con sus interesados protectores. La asociación está organizada bajo el principio de las más severa disciplina. Sus miembros juran, al ser recibidos, consagrar vidas y haciendas á la consecución del grande objeto y obediencia al jefe supremo de la liga, cuya autoridad se extiende hoy sobre muchísimas personas, tanto de la ciudad como de las provincias, de valor acreditado, y además ilustres por su nacimiento y por su riqueza. Han tomado el nombre de los *Nazarenos* y adoptado el traje de esos penitentes; porque, como sabéis, inspiran á todos el mayor respeto y veneración, y sería punto menos que imposible el

que hubiese persona alguna que se atreviese á tocarles. Se ha elegido para las reuniones de la sociedad esta casa, que estaba vacía, cuyas puertas secretas conozco perfectamente por haberme criado en ella, pues perteneció en un tiempo á uno de mis parientes cercanos; y á fin de que nadie la solicitase en arrendamiento, se han fingido en ella esas apariciones de que tanto se habla hoy en la ciudad, todo con acuerdo de su dueño actual, que es uno de los miembros principales de la liga. Sus individuos llevan como distintivo, y para reconocerse en los casos precisos, una N de seda roja sobre un escapulario de paño amarillo, oculto bajo la camisa; pero que puede hacerse ver fácilmente siempre que sea necesario. El jefe lleva esa misma letra de plata sobre campo rojo.

— ¿Y quién es, preguntó D. Rodrigo, luego que Alarcón hubo concluído, el jefe de esa temible y poderosa asociación?

— El jefe, contestó Alarcón, es D. Diego de Padilla, y ha sido elegido para ocupar ese puesto por los Nazarenos todos, en atención á su importancia personal y á la de su familia.

Después de un momento de silencio, D. Silvestre dijo al Gobernador, con acento grave y solemne :

— Señor D. Rodrigo de Arias, ¿queréis pertenecer á la liga de los Nazarenos, en la que seréis, después del jefe, el miembro más importante? Os lo propongo en nombre de la asociación, que me ha dado este encargo.

Don Rodrigo, sin contestar á aquella pregunta, apoyó la cabeza en sus dos manos y los codos sobre la mesa, como meditando acerca de la extraña y atrevida proposición que acababa de escuchar.

La tentadora serpiente hubo de concebir alguna esperanza, a causa de aquel silencio, y continuó :

— La empresa que os propongo, es peligrosa, lo sé; pero ¿quién vió jamás á D. Rodrigo de Arias retroceder ante ningún peligro? Trátase de una causa justa, de la reparación de grandes males y de evitar otros igualmente graves. Un reino

entero nos deberá su felicidad; y cuando, destruído el poder de los inicuos, logremos hacer llegar la verdad á los oídos del Soberano, ¿quién podrá tener mejores títulos que vos al elevado puesto que se pretende obtener por medio del favor y de la intriga? Claro es que ni D. Diego de Padilla, ni otro alguno de los Nazarenos puede aspirar á ese puesto; y así, él será, no lo dudéis, el premio de vuestros esfuerzos: y el que ya supo ilustrar su nombre en el gobierno de una pequeña provincia, se inmortalizará con sus empresas como jefe de un reino. Dios os ha traído, no sin designio, á esta casa, señor Gobernador. Ocasiones como esta no se presentan dos veces en la vida; meditad y resolveos.

Arias tenía, como ya hemos dicho, veintisiete años, sentía en su pecho el hervir vividor de la edad y los impulsos de una noble y levantada ambición. Comprendió perfectamente cuán importante le sería el apoyo de muchas de las principales familias del reino, cuyos representantes acababa de ver reunidos en aquella casa. Sabía que ese apoyo, unido á sus relaciones en la corte, le servirían poderosamente; deseaba un puesto elevado, que habría tentado á cualquiera; creía justa la causa de la familia contra la cual se habían declarado el Presidente y su hijo; y además, sentía en el fondo de su alma una aversión secreta contra aquellos cortesamos astutos que pretendían elevarse por medio de la intriga. Todas esas causas obraron poderosamente en su ánimo atrevido y amigo de aventuras, y después de un momento de profunda reflexión, contestó á D. Silvestre:

— Caballero: la proposición que me hacéis es lisonjera para mí. Una parte de la nobleza de este reino me ofrece, por medio vuestro, un puesto importante en esa asociación que ha tomado á su cargo una empresa que, aunque no exenta de peligros, puede, si el resultado corresponde á los esfuerzos, redundar en pro de la justicia, en bien de estas provincias y en gloria de los que la hayan llevado á cabo. Estoy pronto á unirme á

vosotros y participar de esos peligros. Podéis manifestarlo así á los Nazarenos.

— Bien, señor, respondió Alarcón, en cuyos ojos brilló la más viva alegría; y añadió:

— Venid; la liga espera reunida vuestra resolución y debéis prestar el juramento.

— Vamos, dijo D. Rodrigo, y ciñendo su espada, siguió á su conductor.

El incauto joven no alcanzaba á comprender, en su noble ambición, que iba á ser uno de tantos conjurados y á prestar á intereses particulares el valioso apoyo de su nombre y de su espada.

Alarcón y D. Rodrigo bajaron la estrecha escalera secreta que conducía al piso bajo y pronto se encontraron en el salón, donde, como lo había dicho D. Silvestre, aguardaban los Nazarenos. Un sordo rumor se hizo oir en la reunión al ver al Gobernador. Los conjurados se pusieron en pie, y D. Rodrigo, arrodillándose junto á la mesa, juró sobre los evangelios fidelidad á la liga y emplear todos sus esfuerzos para llevar á cabo los fines de la asociación. En seguida, D. Diego de Padilla le presentó la túnica de seda violada de que se revistió Don Rodrigo y colocó sobre su pecho la insignia de los Nazarenos, tomando asiento á la derecha del jefe.

Hecho esto, D. Rodrigo, en un breve discurso, expuso las razones que le habían decidido á tomar parte en la asociación y su resolución firme de llenar los deberes importantes que le imponía aquel compromiso.

Don Diego de Padilla contestó en nombre de los asociados, manifestando la gratitud de la nobleza ahí reunida por el importante servicio que le prestaba aquel valiente caballero. Otros de los principales hidalgos arengaron en seguida en igual sentido. Sólo el promotor de la idea de hacer entrar en la conjuración á D. Rodrigo de Arias, el alma de aquella liga poderosa, D. Silvestre Alarcón, verdadero jefe de los Naza-

renos, pues Padilla lo era sólo de nombre, confundido entre los conjurados, contemplaba el resultado de sus trabajos y guardaba silencio. La reunión se disolvió en seguida, habiendo dado el jefe algunas disposiciones y conviniendo en volver á reunirse de ahí á tres noches.

Don Rodrigo volvió á su casa inmediatamente, siendo ya innecesaria su permanencia en la de los espantos. Al siguiente día, muy temprano muchos acudieron á informarse con la servidumbre del resultado de la visita del Gobernador. La curiosidad de aquellas buenas gentes quedó chasqueada, pues los criados declararon que nada sabían. Don Rodrigo mismo fué interrogado por varias personas y contestó únicamente que había encontrado en aquella casa lo que no esperaba y que no aconsejaba á nadie que hiciese la prueba que él había hecho.

Aquella respuesta bastó para que cada cual forjase una historia diferente de lo que había visto D. Rodrigo en la casa de los espantos; y dos días después, se contaban en la ciudad los lances más estupendos; confirmándose, de consiguiente, la creencia general en las terríficas visiones que se aparecían en la casa del barrio de Santiago.

CAPÍTULO XI

El cajero mayor.

Habían pasado algunos días después que ocurrieron los sucesos de que hemos dado cuenta á nuestros lectores. Los Nazarenos continuaban sus trabajos con actividad, y Don Rodrigo, cuyo carácter emprendedor y aventurero se complacía en el peligro, estaba cada vez más empeñado en aquella intriga.

Entretanto, conviene dar a conocer mejor el personaje que parecía ser el motor secreto de aquella poderosa asociación; el que la había creado y que, como la mayor parte de los hombres muy importantes, tenía el arte de hacer creer á los otros que eran ellos los que pensaban y ejecutaban lo que él proyectaba y hacía.

Don Silvestre Alarcón pertenecía á lo que entonces se llamaba la clase media. Era hijo de un escribano, que había tratado al principio de hacer abrazar á su hijo su misma profesión; idea que tuvo que abandonar muy pronto, pues el joven se sintió con aptitudes y aspiraciones más altas. Colocado en el escritorio de la casa de Padilla, que, como muchas otras de las más nobles del país, tenía negocios de comercio, pronto comenzó á mostrar su habilidad y despejo, mereciendo la confianza de sus patrones. Andando el tiempo, D. Silvestre vino á ser el *factótum* de aquella familia, con cuyos intereses llegó á identificarse por completo. Alarcón era frío y reservado;

parecía que su cerebro se hubiese secado en el trabajo incesante de los cálculos aritméticos y de combinaciones comerciales. Incapaz de amor y de odio, aquella alma vivía sólo por los negocios; y si alguna vez se ocupaba en cosas de otra clase, era cuando por algún lado las consideraba conducentes al objeto único que tenía absorbidas sus poderosas y activas facultades mentales. Debe hacérsele la justicia de confesar que sus esfuerzos de tantos años produjeron los resultados que él se proponía. En sus manos, aquella casa alcanzó un alto grado de prosperidad y llegó á ser uno de los primeros, ya que no fuese el primero de los establecimientos comerciales del reino.

Pero la fortuna se cansó de ayudar á aquel hombre emprendedor é inteligente. La casa perdió dos ó tres buques en expediciones lejanas; las sucursales que tenía en algunas de las principales ciudades de las provincias estaban mal administradas, y la rivalidad con la casa poderosa de los Carranzas causó graves pérdidas á la que dirigía D. Silvestre. Por otra parte, la familia de Padilla, acostumbrada al lujo, no ponía coto á sus gastos, como que ignoraba los quebrantos que la enemiga suerte le había ocasionado. Don Diego poco ó nada se mezclaba ya en los negocios que estaban desde mucho tiempo entregados á su cajero mayor, en quien tenia la confianza más ilimitada.

Don Silvestre trabajaba incesantemente en el escritorio; ponía en tortura su imaginación fecunda; pero los recursos estaban agotados, y en sus largas noches de insomnio, vió aparecer varias veces la fantasma aterradora de la bancarrota. En dos ó tres ocasiones se había aventurado á dirigir á su patrón algunas palabras vagas sobre la conveniencia de favorecer la inclinación recíproca del joven D. César y de Dña. Violante, comprendiendo que aquel matrimonio iría á reparar, mediante la cuantiosa fortuna de Balmaseda, los desastres que había sufrido la casa; pero el orgulloso hidalgo rechazó con indignación aquella idea, contestando que, á Dios gracias, era

bastante rico para no necesitar de deber nada á sus aborrecidos rivales. Afligido Alarcón, había guardado silencio, y viendo que las cosas tomaban peor aspecto cada día, imaginó la organización de la liga de los Nazarenos, buscando en la conjuración los medios de levantar la casa y de reparar una fortuna descalabrada. Don Silvestre comprendió que mientras gobernara el conde de Santiago, ó su hijo, no había la más remota esperanza de salvación; y así, sus esfuerzos todos se dirigían á que el poder recayese en manos de quien pudiese estar subordinado á aquella familia, ó mejor dicho, á su cajero mayor. Tal había sido el designio secreto de aquel negociante diplomático, al proponer á D. Rodrigo de Arias que tomase parte en la conjuración de los Nazarenos, contando con que aprovechando el nombre, las prendas personales y la influencia de éste, para derribar al conde y destruir las esperanzas de su hijo, podría fácilmente hacer que se nombrase á D. Rodrigo, de cuyo reconocimiento aguardaba favor ilimitado.

Pero por desgracia las cosas no marchaban con la prontitud que necesitaba D. Silvestre. El conde de Santiago tenía apoyos poderosos en la corte; en el reino mismo disponía de toda la nobleza adicta á los Carranzas, y hasta la época en que comienza nuestra narración, la liga de los Nazarenos apenas había hecho otra cosa que organizarse.

Tal era, pues, la situación de las cosas. Una noche, á eso de las once, D. Silvestre estaba encerrado en el escritorio; tenía abiertos sobre el bufete los libros de la casa, y con la frente apoyada en ambas manos, se hallaba entregado á uno de los accesos de melancolía y abatimiento que no era dueño de desechar, cuando, como sucedía en aquella ocasión, examinaba, quizá por la milésima vez, la situación aflictiva de los negocios puestos bajo su dirección. D. Silvestre repasaba las columnas de cifras, sumaba y volvía á sumar, comparaba el activo y el pasivo de la casa y siempre llegaba á la misma aterradora conclusión.

Después de haber agrupado una porción de números, arrojó la pluma con desesperación y dijo en voz alta :

—Estamos perdidos, arruinados. Nuestro pasivo asciende á cerca de un millón de pesos, y el activo no pasa de setecientos mil, dando un valor casi fabuloso á las existencias en las casas de Guatemala, Lima y México, y contando con mucho que puede considerarse como incobrable. ¡Oh! si no se adopta mi proyecto, la bancarrota es inevitable.

Al acabar de pronunciar aquellas palabras, Alarcón escuchó una carcajada que resonó á sus espaldas y sintió una mano que se apoyó suavemente en su hombro. Don Silvestre volvió la cara espantado y cerró los libros con presteza. Era D. Diego, que había escuchado el monólogo de su cajero, y le dijo riéndose :

—¿Qué es esto, Silvestre? ¿Qué hablas de bancarrota? ¿Te has vuelto loco por ventura?

El pobre cajero mayor no fué ya dueño de disimular su pena y contestó á su patrón :

—¡Ah señor! Ojalá hubiera yo perdido el juicio realmente; así sería insensible á la horrorosa desgracia que nos amenaza. Os lo he ocultado hasta donde me ha sido dable, con la esperanza de poder reparar de alguna manera los grandes desastres que de tres años acá han llovido sobre la casa. Pero ya hoy todo disimulo es imposible, y vale más que estéis preparado al golpe que nos amenaza. Leed el último balance.

Al decir esto, Alarcón abrió un secreto del escritorio, sacó un papel, lo puso en manos de D. Diego y se sentó en un sillón, en un extremo de la pieza, cubriéndose el rostro con ambas manos.

Don Diego fué leyendo partida por partida, y á medida que adelantaba en la lectura, perdía el color y su voz se hacía más y más cortada y balbuciente. Después de haber visto atónito aquellas pruebas de su ruina, recorriendo la lista de los créditos que pesaban sobre la casa, el pobre caballero se fijó en una partida que decía así :

Por deudas de juego, inscritas en el libro
de caja de Palacio, setenta y ocho mil pesos. $ 78,000.

— ¿Tanto es ya? exclamó D. Diego con asombro. ¿Todo eso he perdido en cerca de un año que ha transcurrido desde la venida de ese hombre?

— Sí, señor, contestó D. Silvestre consternado; todo eso habéis perdido; ó por lo menos esa es la suma que de vuestro propio puño está sentada en el libro verde.

— Pues eso debe pagarse ante todo, dijo Padilla; las deudas de juego son sagradas.

— Es verdad, contestó Alarcón; pero es el caso que aunque podemos contar con esa cantidad en caja, su permanencia en nuestro poder por seis ú ocho meses solamente, podría salvarnos, pues he combinado un negocio segurísimo, que nos devolvería esa suma triplicada ó cuatriplicada.

— ¿Y no hay otra cosa de que poder echar mano? preguntó D. Diego con inquietud.

— Nada, dijo Alarcón, nada, señor; todo está agotado.

Don Diego se levantó y comenzó á pasearse por el cuarto, en la mayor agitación.

— ¡Arruinado! decía el desgraciado hidalgo; ¡arruinado! ¡en bancarrota! ¡qué dirán los Carranzas! ¡Qué triunfo para esa familia detestada, y qué horrible humillación para la mía! ¡Arruinado! repetía y se golpeaba la frente con la palma de la mano.

¡Oh! Eso no puede ser y no será, añadía, ¡los Carranzas! ¡los Carranzas! y volviéndose al cajero mayor le dijo:

— ¡Sálvame, Silvestre! ¡Sálvame! ¡Primero la muerte que la bancarrota! y el pobre anciano derramaba lágrimas de dolor y desesperación.

— Señor, dijo entonces D. Silvestre; os lo he dicho y lo repito; esa suma, que debéis pagar dentro de diez días, nos salvaría, pudiendo diferir el pago seis ú ocho meses.

— Sí, Alarcón, contestó D. Diego con tristeza; lo sé; no

conozco el negocio que proyectas; pero tengo plena confianza en tu inteligencia. Y sin embargo, nada podemos hacer : antes morir que solicitar una espera que arruinaría en el acto el crédito de mi casa.

— Señor, dijo entonces el cajero, bajando la voz y acercándose á su patrón; y si ese libro desapareciese por casualidad, y tan sólo durante el tiempo necesario para redondear el negocio, ¿cómo podrían cobraros?

— ¿Si desapareciera por casualidad, dices? preguntó Don Diego, como sin comprender la idea. ¿Y cuál puede ser esa casualidad? ¿Es posible acaso? ¿No sabes que el libro de caja de los juegos corre á cargo del mayordomo y se custodia en una arca perfectamente segura?

— Todo lo sé, señor, contestó Alarcón; pero nadie sabe lo que puede suceder de un momento á otro, y tales cosas suelen verse en la vida, que no sería extraño que un día de estos pudiese yo presentaros aquí ese libro, cuya desaparición temporal puede salvaros de la vergüenza y de la ruina.

El hidalgo fijó los ojos con asombro en el cajero mayor, que sin alterarse en lo más pequeño continuó :

— No ignoráis, señor D. Diego, que la asociación de los Nazarenos está bastante ramificada; que ha sido uno de mis cuidados hacer entrar en ella personas de todas clases y condiciones, entre éstas algunos de los individuos mismos de la servidumbre de Palacio, que nos pertenecen por completo. ¿No sabéis acaso que Adriano, el paje del Adelantado, es Nazareno?

— Sí, dijo Padilla, lo sé; pero el mayordomo no nos pertenece; el libro corre á su cargo, el arca se guarda en el salón azul, el más próximo al del sarao, y la llave de la caja está en poder del mismo mayordomo.

— Todo eso importa bien poco, señor, replicó Alarcón. Dejadme hacer, y tendremos el libro.

— Pero, ¿y si sospechan de mí? preguntó el caballero con zozobra. Entonces estoy perdido.

— ¿Y por qué de vos más bien que de cualquiera de los otros, cuyas deudas constan en ese libro? dijo D. Silvestre. El estado de vuestra fortuna se ignora; vuestra reputación os pone á cubierto de cualquiera duda, y la sospecha recaerá sobre otros.

Don Diego guardó silencio y permaneció un rato abismado en sus cavilaciones. Las ideas de honor y de probidad que eran tradicionales en su familia, estaban rudamente combatidas por las sofisterías del maquiavélico cajero, y más aún por el aguijón apremiante de la necesidad.

— Por ocho meses solamente... decía el caballero como hablando consigo mismo. Nadie sospechará... Ese es el único medio de salvación...

— Y los Carranzas, dijo Alarcón, los Carranzas no entonarán un himno de triunfo sobre las ruinas de vuestra familia.

— ¡Ay! Es verdad, es verdad, exclamó Padilla, cuya fibra más dolorosa había sido tocada muy á tiempo. Tienes razón; ¡oh! mucha razón; es necesario, cueste lo que costare, apoderarnos de ese libro.

— Bien, señor, dijo D. Silvestre con la mayor sangre fría. Es cuanto necesitaba: vuestra autorización. Dentro de ocho días, á más tardar, tendremos en nuestro poder el libro de caja de los juegos de Palacio, y vuestra causa se habrá salvado.

Dicho esto, saludó respetuosamente á D. Diego y se retiró á su habitación.

CAPÍTULO XII

Padre é hijo.

Las relaciones entre D. Rodrigo de Arias y el conde de Santiago nunca habían sido cordiales. Diametralmente opuestos en caracteres, el anciano Presidente veía además en cierto modo eclipsado el esplendor de su autoridad por el prestigio del joven Gobernador y en peligro la conservación de su empleo. Don Rodrigo permanecía sin colocación, no obstante sus grandes servicios en Costa-Rica, únicamente por cierta rivalidad que existía entre su familia y D. Luis de Haro, sucesor del Conde-Duque de Olivares. Versado en las intrigas palaciegas, el Presidente recelaba siempre que un cambio en el Ministerio, que produjese la elevación del Conde-Duque, decidido protector de los Arias, ó algún acomodamiento entre éstos y el nuevo favorito de Felipe IV, hiciese volver el viento en favor de D. Rodrigo, en quien suponía aspiraciones, no infundadas por cierto, á la Capitanía general del reino. De aquellos temores participaba igualmente D. Enrique, hijo del Presidente, quien, como ya hemos dicho, aspiraba á suceder en el Gobierno á su padre, cuyo fin no podía creerse muy distante. Ambos señores recibieron, pues, con muy poco agrado á aquel joven, á quien consideraban como un temible adversario: pero á fuer de cortesanos, sabían disimular aquellos temores y ocultaban su antipatía bajo las apariencias de una estudiada urbanidad.

Muy diferente, por cierto, fué la impresión que el héroe de la Talamanca hizo en el alma ardiente de Dña. Elvira de Lagasti. Encontraba una diferencia tan grande entre aquel joven de veintisiete años, que había ilustrado ya su nombre con ínclitas hazañas, y su marido, cuyos defectos se le hacían cada día más insoportables, que la infeliz señora fué dejando nacer en su corazón un afecto culpable, de que no se dió cuenta á sí misma, sino cuando era ya muy tarde para dominarlo. Doña Elvira amaba á D. Rodrigo de Arias con un amor tanto más vehemente, cuanto era más reservado y comprimido; y el Gobernador, por su parte, no había sido insensible á los encantos seductores de aquella dama. Ésta, luchando con la pasión que la torturaba, procuró ocultarla, especialmente al que era objeto de ella, y en la época en que comienza nuestra narración, Dña. Elvira aun no había dejado escapar el secreto de aquel afecto profundo que condenaban sus más sagrados deberes. El aguijón terrible de los celos estimulaba aquella violenta pasión. Dña. Guiomar de Escalante amaba también á D. Rodrigo, y á pesar de la indiferencia que éste mostraba á aquella joven, Dña. Elvira temblaba á la sola idea de que otra mujer pudiese interponerse entre ella y el hombre á quien había entregado su alma. Dña. Guiomar sufría en silencio el doloroso martirio de su mal correspondida inclinación; y la importuna solicitud de D. Fadrique de Guzmán, que, como hemos dicho, amaba á aquella infeliz señora, le hacia aun más amarga y penosa la existencia. No sabemos qué sea peor para el que abriga una alma de esas que no están vaciadas en el molde común, si amar y no ser amado, ó ser amado y no amar. Uno y otro sufrimiento había reservado el cielo al pobre corazón de Dña. Guiomar de Escalante.

Entretanto el Adelantado de Filipinas, ocupado únicamente con la idea de realizar sus proyectos ambiciosos, ni sospechaba siquiera el nuevo y peligroso giro que habían tomado los sentimientos de su esposa.

Pero si él se descuidaba de ella y no advertía la tempestad que fué formándose poco á poco sobre su cabeza, no sucedía así á su hijo D. García. Aquel desventurado, que amaba con todo el entusiasmo de un poeta de diez y ocho años, había seguido en silencio y con el más acerbo dolor, los progresos que hacía el afecto que su madrastra concibiera por D. Rodrigo de Arias. El joven Altamirano se habría arrancado el corazón, antes de declarar aquel amor, que sólo la más ciega y terrible fatalidad pudiera haberle inspirado ; amor que no tenía otro confidente que D. César de Carranza, á quien profesaba el hijo del Adelantado un cariño de hermano. D. García velaba por el honor de la esposa de su padre, con la constancia y la abnegación del perro fiel que guarda el sueño de su amo ; pero ¡ ay ! para vergüenza de la humanidad, debemos confesar que el afecto de la bestia, siempre noble y decidido, lleva al del hombre la ventaja del desinterés. ¡ Cuántas veces la vigilancia de D. García impidió que Dña. Elvira viese á su amante, en lugares donde el misterio y la soledad le habrían arrancado la confesión de su amor ! Puede decirse que aquella atenta, incansable y discreta vigilancia del desgraciado joven, era ya el único obstáculo entre D. Rodrigo y Dña. Elvira, muy ajenos de sospechar la causa secreta que la inspiraba.

Un día el Adelantado llamó á su hijo, para tratar un asunto de la mayor importancia. Don García encontró á su padre solo, en su gabinete, con aire distraído y meditabundo y con unos papeles en la mano. Cuando entró el joven, D. Enrique levantó la cabeza, y haciendo seña á su hijo para que se sentara, le dijo :

— Te he llamado, hijo mío, para comunicarte un negocio que me interesa en sumo grado.

— Decid, padre mío, contestó el joven ; sabéis que cuanto os atañe tiene la mayor importancia para mí.

— Lo sé, García, replicó el Adelantado, y en esa confianza, voy á instruir e de lo que pasa.

Don García escuchaba con el mayor interés, porque preocupado de una sola idea, creía que lo que iba á decirle su padre, tendría alguna relación con su pensamiento dominante.

— No ignoras, dijo D. Enrique, las intrigas de la familia poderosa que, por rivalidad con otra no menos principal, trae revuelto el reino y trabaja sordamente contra mi padre y contra mí.

Don García no esperaba que D. Enrique le hablase de aquellos asuntos, á los cuales había permanecido siempre extraño. Así, se sorprendió no poco al escuchar aquellas palabras ; pero disimuló su sorpresa, por respeto, é hizo cuanto le fué posible por contraer su atención al negocio de que le hablaba D. Enrique.

El Presidente, continuó éste, tuvo denuncias formales de una vasta conjuración, tramada por esa familia, sin duda, en la que se ha logrado hacer entrar á muchos sujetos principales, y que cuenta con ramificaciones en algunas de las más importantes ciudades del reino. Inmediatamente dió las convenientes instrucciones á sus agentes para que procurasen coger los hilos de esa intriga, y hoy ha recibido esta carta de San Salvador, en que se le avisa haberse averiguado lo que tanto deseamos. Don Antonio de Rubayo, caballero enteramente adicto á nosotros, entró en el compló con permiso de mi padre ; ha asistido á las juntas, lo ha descubierto todo y dice tener que revelar secretos de la mayor importancia. En la imposibilidad de venir en persona á esta ciudad, y no considerando prudente fiar á la pluma los hechos gravísimos que ha averiguado, Rubayo propone vaya inmediatamente alguna persona de absoluta confianza, á quien poder instruir de todo lo relativo á la conjuración. Revelará, dice, su objeto y los nombres de los individuos que están afiliados en ella. Ves, pues, hijo mío, de cuán alta importancia es que la persona que vaya á oir esas graves revelaciones, esté revestida de la mayor prudencia y pueda, además, inspirarnos la más absoluta confianza.

Cuando hubo dicho esto D. Enrique, se notó un ligero movimiento en una cortina que cubría el hueco de la puerta que comunicaba el gabinete con la antecámara del Adelantado. Advirtió éste aquel incidente ; pero no le dió importancia, atribuyéndolo á cualquiera casualidad. Y sin embargo, si hubiera ido á levantar aquella cortina, habría podido ver á un joven como de diez y siete años, que, pálido y asustado, atravesaba la antecámara con precipitación y se dirigía al corredor, buscando la puerta de la calle. Era Adriano, paje de D. Enrique, que se había colocado en aptitud de poder escuchar la conversación entre su amo y D. García. El joven Nazareno temblaba bajo el peso del secreto importantísimo que acababa de sorprender.

Don García, que ni aun notó el movimiento de la cortina, dijo, respondiendo á las últimas palabras del Adelantado :

— Efectivamente, padre mío, debéis meditar bien antes de elegir el sujeto que va á ser el depositario de tan delicada y grave confidencia.

— No hay mucho tiempo para meditar, García, contestó el Adelantado ; Rubayo indica que el asunto es apremiante y que la persona á quien tu abuelo designe, salga de esta ciudad sin perder momento. Ahora bien, tanto el conde como yo, no hemos podido hallar en otro que en ti las circunstancias especiales que requiere tan delicado encargo. Tal es la astucia de nuestros enemigos, que desconfiamos de todos los que nos rodean, no pudiendo estar ciertos de que no hayan sido comprados á fuerza de oro. Es necesario, pues, que tú mismo vayas á abocarte con ese caballero, y está aquí ya pronta una carta del conde, que te servirá de credencial. Con ella, Rubayo no vacilará un momento en comunicarte cuanto sepa, como si fuese al Presidente mismo.

El joven, que no aguardaba aquellas palabras, se puso pálido al oirlas. La idea de ausentarse por algunos días y dejar á Dña. Elvira entregada á la asidua solicitud de D. Rodrigo,

desgarraba su alma. Temblaba al considerar que, libres de su vigilancia, podrían entenderse y declararse un amor cuya existencia é intensidad era harto evidente para él. Con voz balbuciente, contestó D. García á su padre :

— Señor ¿ y no habría algún medio de evitar que fuese yo el designado para esa comisión ?

Estupefacto de asombro quedó el Adelantado al escuchar lo que decía su hijo. Acostumbrado á que le obedeciese en las cosas más insignificantes, el altivo caballero se indignó á la sola idea de que vacilase un momento en prestarse á un servicio del mayor interés para el conde y para él. La sangre se agolpó en la frente de D. Enrique, y lanzando á su hijo una mirada terrible, dijo :

— ¿ Qué significa esto, D. García? ¿ Rehusáis desempeñar un encargo que sólo á vos puede confiarse y del cual depende quizá la vida de vuestro padre y de vuestro abuelo? Don García, añadió, temblando de ira el Adelantado, ¿ os habéis vendido vos también á nuestros enemigos ?

Al escuchar aquellas crueles palabras, el joven levantó la cabeza con altiva dignidad, y dijo con la mayor calma :

— No hay, señor, sobre la tierra, ni en sus entrañas, oro bastante para comprar á un caballero de mi sangre.

Avergonzado D. Enrique, inclinó la cabeza, y dulcificando su expresión, se acercó á su hijo, y tomándole la mano con bondad, dijo :

— Perdona, García, si la impaciencia que me ha causado tu inesperada negativa, me ha hecho ser injusto y duro contigo. Conozco la lealtad de tu alma, y por eso he debido sentir más vivamente esa repulsa, que no acierto á explicarme y que causará el más vivo dolor á tu anciano abuelo.

La idea de hacer sufrir la más ligera pena al conde, cuya ternura por D. García no conocía límites, puso en el mayor conflicto al joven, que cayó de rodillas delante de su padre, derramando lágrimas.

— ¡Por piedad! padre mio, ¡por piedad! decía el desventurado, no me alejéis de aquí; buscad algún medio de que se evite ese viaje, cuya sola idea me aterra!

— Explícate, hijo mío, contestó D. Enrique, ¿qué motivo tan poderoso?...

— ¡Oh! no me lo preguntéis, contestó el joven con la más amarga desesperación; respetad ese terrible secreto, cuyo solo peso me abruma y relevadme de esa comisión.

Don Enrique permaneció en silencio durante un rato. Luchaba entre la idea de imponer á su hijo un sacrificio que veía serle tan doloroso y la consideración de la importancia suma de aquel viaje. El Adelantado vaciló un momento; pero pudo más el pensamiento político que le dominaba, y dijo con entereza:

— No hay remedio, debes partir y partirás.

Don García entonces tomó también su resolución y contestó:

— Bien, señor, se hará lo que gustéis; y tuvo necesidad de apoyarse en un sillón para no caer, pues sentía que las fuerzas le abandonaban.

Don Enrique abrazó á su hijo con efusión, tomó los papeles que había colocado sobre la mesa, y entregándolos á D. García, dijo:

— Aquí tienes la carta credencial de que te he hablado. Esta otra es una circular á las autoridades de las poblaciones del tránsito para que te proporcionen caballos de posta. Va á llevarla ahora mismo un correo que está preparado, á fin de que no tengas la menor demora. Eres joven, fuerte y no te es extraña la fatiga. Cambiando de caballos y no descansando sino lo estrictamente necesario, puedes llegar á San Salvador en dos días y medio; dos horas bastarán para que estés al corriente de cuanto debe revelarte Rubayo; sales inmediatamente de regreso, y caminando con la misma velocidad, emplearás otros dos días y medio en volver. Marcha, pues, ahora

mismo ; nada falta; marcha. ¡Cinco días y todo se habrá salvado !

— ¡Y todo se habrá perdido ! dijo el desventurado joven con la más sombría desesperación, al salir del gabinete para bajar al patio, donde ya le aguardaban criados y caballos.

CAPÍTULO XIII

Entrevista. — Esperanza frustrada.

Media hora después de haber salido D. García del gabinete del Adelantado, galopaba en el camino que conduce á San Salvador.

Por mucha diligencia que puso en emprender su marcha desde el momento en que el joven se hubo decidido á obedecer la orden de su padre, el tiempo que se empleó en la última parte de la conversación que hemos referido en el capítulo que antecede, fué suficiente para que el paje de D. Enrique corriese á casa de D. Diego de Padilla é informase al cajero mayor de cuanto acababa de escuchar. Al oir aquella revelación terrible, D. Silvestre, sin mostrar alteración alguna, llamó al mayordomo de la casa, hombre joven todavía, resuelto y vigoroso. Escribió cuatro líneas en un papel, que dobló y selló con el mayor cuidado, habló cinco minutos en secreto con el mayordomo, le entregó la carta y le dijo:

— Andando día y noche, sin descanso, bastan treinta y seis horas para la ida y otras treinta y seis para la vuelta.

El mayordomo hizo con la cabeza una señal de asentimiento, y salió.

Diez minutos después, seguido de un lacayo montado que conducía cuatro caballos, enjaezados todos, volaba por el camino de San Salvador. Don García salió con tres cuartos de hora de retardo.

Dejemos á los dos viajeros seguir su marcha precipitada, cuyos resultados sabremos después, y veamos cómo los temores que concibió D. García al emprender aquel viaje fatal, llegaron muy pronto á realizarse.

Varias veces estuvo D. Rodrigo en el palacio del Presidente, en los pocos días que duró la ausencia de D. García; pero sea casualidad, ó cualquiera otra cosa, encontraba siempre el gobernador en compañía de Dña. Elvira á Dña. Guiomar de Escalante. Diríase que al partir el celoso joven, hubiese dejado un centinela tan vigilante como él mismo, encargado de impedir que tuviese lugar una entrevista. Aquella asiduidap cansó al fin á Dña. Elvira, y una noche, cinco días después de la partida del hijo de su marido, se encerró en su habitación, pretextando hallarse indispuesta. Dña. Elvira estaba, pues, completamente sola en su cuarto de labor, pieza que por un gabinetito contiguo comunicaba con la sala del sarao y que además tenía puerta que daba á una de las galerías. Dos ligeros golpes en aquella puerta advirtieron á Dña. Elvira de la llegada de alguno á quien tal vez aguardaba la joven, pues inmediatamente, sin preguntar quién llamaba, se levantó á abrir por sí misma. Era un caballero embozado en una capa de color oscuro. Dejó caer el embozo, y quitándose el sombrero, quedó descubierto el rostro del joven gobernador.

Dña. Elvira, visiblemente inquieta, le hizo seña de que se sentara, y tomando un sillón, se colocó á cierta distancia de D. Rodrigo, que guardó silencio por un momento. Al fin, como haciendo esfuerzos para ocultar la emoción que le dominaba, dijo:

— Perdonad, señora, si me he atrevido á pediros esta entrevista. He venido tantas veces y siempre os he hallado acompañada, que al fin hube de decidirme á suplicaros me admitieseis por un momento en vuestra presencia, sola y sin testigos.

— Don Rodrigo, contestó Dña. Elvira, que se esforzaba en dominar su agitación; habéis manifestado grande empeño en

hablarme á solas y no he vacilado en recibiros esta noche, considerando que tendréis que revelarme algún secreto importante, cuyo conocimiento interesará sin duda á mi esposo y á mi padre político. El reino está tan revuelto, es tal la agitación en que lo han puesto esas dos familias que se hacen guerra implacable, que temo no pueda conservarse por mucho tiempo la tranquilidad. Decid, pues, que yo os ofrezco hacer un uso discreto de cualquier aviso que me deis.

— No, Dña. Elvira, contestó D. Rodrigo con tristeza; no es de algo que interese á D. Enrique ni al conde de lo que tengo que hablaros. Vengo únicamente á manifestaros la necesidad en que voy á verme, por un motivo que no me es dado revelaros, de salir de esta ciudad y tal vez del reino, y vengo á deciros mi último adiós. No he podido resolverme á partir, sin veros por la postrera vez.

Dña. Elvira se puso pálida al oir lo que estaba tan lejos de imaginar, y con voz entrecortada por la emoción, contestó :

— ¿ Os vais, D. Rodrigo? ¿Es cierto? ¿Y qué motivo puede haber originado resolución tan extraña y repentina?

— El motivo, señora, contestó el gobernador, debe ser siempre un secreto para vos. Perdonad, pues, si tengo que ocultároslo. Básteos saber que parto con el corazón desgarrado por el dolor y que el recuerdo de lo que dejo, envenenará para siempre mi existencia. Entretanto, vos, Dña. Elvira, para quien la vida se desliza suavemente como un manso arroyo sobre un lecho de flores, sed feliz y no olvidéis del todo al desgraciado Rodrigo.

Al decir esto, el gobernador se levantó para retirarse, tomó el sombrero y dirigiendo á la joven una mirada que revelaba toda la intensidad de su mal comprimido amor, se encaminó á la puerta. Dña. Elvira no fué ya dueña de sí misma. Aquel hombre se llevaba parte de su existencia; la consideración del aislamiento en que la dejaba la partida de D. Rodrigo le heló la sangre en las venas; se consideró perdida, desgraciada para

siempre; quiso articular algunas palabras y la voz se ahogó en su garganta. El dolor rebosó en aquel corazón despedazado, y doblegándose bajo su férrea mano, Dña. Elvira se cubrió el rostro y no pudo contener el llanto.

—¿Lloráis? dijo D. Rodrigo con ternura. ¿No os es, pues, enteramente indiferente mi partida? ¡Ah Elvira! Si al menos al alejarme de esta tierra bendecida, en donde dejo la mitad de mi alma, supiera que hay quien sentirá mi ausencia, un corazón cuyos latidos responderán á los del mío, agitado por la más violenta tempestad, sería para mí, os lo juro, menos cruel esta separación. Elvira, Elvira mía, añadió D. Rodrigo con efusión, poniendo una rodilla en tierra y tomando una de las manos de la joven, que estrechaba entre las suyas. Decid una sola palabra que pueda fortalecer mi espíritu abatido en esta vida de martirio que va á comenzar ya para mí.

—¿Y partiréis después? dijo la joven, cuya voz revelaba el combate del amor y el deber que despedazaba su alma.

— Sí, partiré, contestó el gobernador con la más amarga desesperación. Partiré. Me sería imposible, después de haber escuchado esa palabra, veros con resignación en poder de aquel á quien habéis jurado fidelidad ante Dios y ante los hombres. Partiré.

Dña. Elvira separó su mano de las de D. Rodrigo, y cubriéndose el rostro, que inundaban las lágrimas, dijo:

— Os amo, os he amado desde el instante fatal en que os ví. Esta confesión me hace culpable. Huíd, alejaos; salvadme de vos; salvadme de mí misma; no hagáis que sea criminal!

Don Rodrigo no fué dueño de contener un grito de alegría.

—¡Elvira! ¡Elvira! exclamó, ebrio de júbilo, ¿me amas? ¿me amas? ¡Oh felicidad! ¿quién podrá ya separar nuestros corazones?...

En aquel momento se oyeron pasos precipitados en el salón del sarao. Alguno se acercaba. Dña. Elvira tembló al escucharlos, y dijo al gobernador:

—Pronto, pronto; partid, ó soy perdida. Olvidemos este amor insensato, que condena el deber. Adiós, adiós, para siempre; para siempre, adiós.

El llanto apenas dejó oir las últimas palabras de la infeliz esposa del Adelantado. Don Rodrigo salvaba ya la puerta que daba á la galería y repetía con acento profundamente triste: ¡Para siempre, adiós! y desapareció.

Era tiempo. La puerta que daba al gabinete se abrió y apareció D. García de Altamirano, pálido y desfigurado. Doña Elvira, que apenas tuvo tiempo para enjugar sus lágrimas y dominar algún tanto su emoción, levantó la cabeza, y al ver el cambio que cinco días de ausencia habían ocasionado al desgraciado joven, no pudo disimular su asombro.

Levantóse para recibir al hijo de su esposo y con la expresión del más vivo interés, le dijo:

—¿Qué es esto, García? ¿qué tienes? este viaje te ha hecho mucho mal, hijo mío; y tomó al joven una mano, que estaba fría como la de un cadáver.

— Sí, señora, contestó el joven con abatimiento; me ha hecho mal, más del que puede resistir tal vez mi pobre naturaleza.

Dña. Elvira fijó con bondad sus grandes y expresivos ojos en aquel desgraciado; pero no acertó á sospechar siquiera el triste y doloroso sentido de aquellas palabras. El amor nos hace egoístas y pone en nuestros ojos una venda que no nos permite ver el mal que ocasionamos.

Dña. Elvira iba á contestar á D. García; pero en aquel momento entraron en el gabinete el conde de Santiago y su hijo D. Enrique. El anciano estrechó al joven contra su pecho con efusión.

— Bienvenido seas, hijo mío, dijo el conde. Tu padre y yo estábamos ya inquietos. Acabamos de recibir el aviso de tu llegada, y para poder verte y hablarte sin testigos, te he mandado á decir por medio de Adriano, que vinieses á este gabinete, sin pasar por las salas del juego, que están llenas de gente.

— Me lo ha dicho, señor, contestó D. García, y he venido aquí, aun sin haber variado de traje.

El joven estaba efectivamente en completo vestido de camino, cubierto de polvo y abrumado por la fatiga física y moral.

Dña. Elvira, que comprendió iban á ocuparse en negocios relacionados con la repentina marcha de D. García, cuyo objeto no se había tomado el trabajo de preguntar, manifestó que sintiéndose indispuesta, iba á retirarse, lo que verificó inmediatamente, dejando solos á los tres caballeros.

— Y bien, dijo el Adelantado dirigiéndose á D. García, luego que hubo salido su esposa ; supongo que tu viaje ha sido completamente feliz ; ¿ has visto á Rubayo ? ¿ Te lo he revelado todo? ¿ Tenemos al fin el hilo de esa diabólica conjuración?

— Padre mío, contestó el joven, siento en el alma tener que deciros que vuestras esperanzas están completamente frustradas. Vuelvo tan ignorante de todo como lo estaba cinco días hace, cuando partí.

Don Enrique echó á su hijo una mirada en que se pintaban la impaciencia y el asombro. Con voz balbuciente dijo:

— ¿ Has desempeñado mal tu encargo? ¿ Has cometido alguna torpeza que lo ha echado todo á perder? ¡ Vive Dios ! añadió con ira ; que si tal ha sucedido, experimentarás los efectos de mi justa cólera.

— Calma, Enrique, calma, dijo el anciano Presidente; deja hablar á este joven ; es pundonoroso y cumplido : comprende su deber y estoy seguro de que no es culpa suya si no le ha sido dado obtener un buen resultado de su viaje. Explícate, hijo mío, añadió, dirigiéndose á D. García con bondad.

El joven besó con respetuoso afecto la mano del conde, y dijo:

— No es culpa mía, en efecto, si no puedo daros mejor cuenta de mi encargo. Como me estaba prevenido, he caminado día y noche, sin permitirme más que unas pocas horas de descanso. Encontré en las posadas listos los caballos y pude llegar á

San Salvador dos días después de mi salida, á las once de la noche. Sin perder momento, me dirigí á la casa de D. Antonio de Rubayo, y me llamó la atención el encontrarla llena de gente, á pesar de lo avanzado de la hora. Penetré hasta la sala que estaba iluminada, y ¡cuál no sería mi asombro, al encontrar un ensangrentado cadáver!

—¡Un cadáver! exclamaron al mismo tiempo el Presidente y D. Enrique, estupefactos.

— Sí, un cadáver, replicó el joven. El desgraciado caballero había sido muerto en una riña, según se cree, dos horas antes de mi llegada.

—¿Y el matador? preguntó el Adelantado.

— Nada se sabía cuando yo salí, que fué á la madrugada del siguiente día, acerca de esto. El Gobernador de la provincia quedaba tomando las providencias más activas para averiguar las circunstancias del hecho.

—¡Muerto! decía D. Enrique con abatimiento, ¡muerto sin duda por los miembros mismos de esa terrible y misteriosa asociación! ¡Y con él ha sido sepultado el secrèto que tanto nos interesaba averiguar! ¡Fatalidad! ¡Ciega y funesta fatalidad!

El anciano Presidente estaba abismado en sus meditaciones. Después de un rato de silencio, el conde se puso en pie y dijo:

— En fin; no hay porqué desesperar. Seguiremos trabajando sin descanso hasta dar con ellos, y ¡ay de los miserables! La justicia será pronta y terrible, y la sangre del desventurado Rubayo caerá sobre la cabeza de su matador. García, dijo al joven, has desempeñado bien tu encargo, aunque el resultado no haya correspondido á nuestras esperanzas. Necesitas de reposo: vete á descansar.

Y habiendo abrazado á su nieto con ternura, salieron los tres del gabinete.

CAPÍTULO XIV

Un siervo de Dios.

Debemos explicar cómo sucedió que se escapó al Presidente y al Adelantado la ocasión, que consideraban asegurada ya, de descubrir la conjuración de los Nazarenos, que tan inquietos y alarmados los tenía.

Se recordará que en una conversación que tuvo D. Diego de Padilla, en su escritorio, con su cajero mayor, D. Silvestre Alarcón, aludió éste, á propósito del proyectado y convenido robo del libro de los juegos de Palacio, á la circunstancia de estar el joven Adriano, paje de D. Enrique, afiliado en la conjuración. Y era así en verdad. Don Silvestre consideró de la mayor importancia contar con algunos de los individuos de la servidumbre de Palacio, por el gran provecho que de ellos podría sacarse, y logró seducir dos ó tres, entre ellos el paje del Adelantado, mozo muy inteligente y atrevido. Ya hemos visto cómo el resultado correspondió á la esperanza de Alarcón. Adriano, á quien envió D. Enrique á llamar á su hijo, diciéndole que fuese sin pérdida de tiempo, porque el negocio de que iba á hablarle era urgente y grave, creyó deber enterarse del asunto que su amo iba á tratar con D. García; y como tenía naturalmente entrada franca en las habitaciones del Adelantado, pudo con facilidad colocarse detrás de la cortina que cubría la puerta y escuchar lo que dijo D. Enrique sobre la delación de Rubayo. Adriano no aguardó más; voló

en busca de D. Silvestre y temblando le informó de cuanto acababa de oir. El impávido cajero, sin que un solo rasgo de su fisonomía traicionase la emoción de su alma, tomó la pluma y trazó en un papel las siguientes líneas :

"Rubayo nos traiciona. Haced que muera, en duelo, ó como se pueda. Dos horas después de que hayáis recibido esta carta, debe estar todo concluído".

Esas pocas líneas estaban firmadas con un signo particular, y dirigidas al que hacía de jefe de los conjurados en San Salvador. La orden fué puntualmente obedecida. Recibida á las siete, uno de los Nazarenos, conocido por su valor y destreza en el manejo de las armas, provocó al delator, á quien encontró en la calle. Rubayo se defendió ; pero á los diez minutos de combate, saltó su espada y cayó bañado en su sangre. El hierro de su adversario le había atravesado de parte á parte. Por más activas diligencias que se hicieron, no pudo descubrirse al matador. El mensajero de D. Silvestre Alarcón regresó con la noticia de haber sido ejecutada la terrible orden.

Tan pronto como hubo el cajero de D. Diego de Padilla despachado al mayordomo con el mensaje, creyó conveniente dar parte de lo ocurrido á D. Rodrigo de Arias. Á pesar de la confianza que el mayordomo inspiraba á D. Silvestre, así éste como D. Rodrigo concibieron serias dudas de que pudiese llegar á tiempo la orden, ó de que todo se hiciese de manera que Rubayo muriese en el duelo á que iba á ser provocado, pues Alarcón cuidó de ocultar á D. Rodrigo la parte de la orden relativa á que se acabase con el delator de *cualquier modo*. En la suposición de que pudiese descubrirse la conjuración, el Gobernador y D. Silvestre decidieron que D. Diego convocase á los Nazarenos para proponerles el plan atrevido de hacer estallar una insurrección, saliendo todos los conjurados de la ciudad, con las armas que pudiesen haber á las manos; reunir á los comprometidos de otras poblaciones, á los sir-

vientes de sus familias y haciendas, y con aquel cuerpo numeroso de gente, resistir á las fuerzas que el Presidente habría de enviar contra ellos. La idea fué acogida con aprobación, como que, aunque muy peligrosa, era la última esperanza de los conspiradores, á quienes no quedaba otra perspectiva que la horca ó el presidio del golfo, cuando menos.

Don Rodrigo consideró, pues, como muy probable que se vería obligado á salir de la ciudad, y con esa idea fué á despedirse de Dña. Elvira, como lo hemos dicho en el capítulo anterior. No era una red tendida á la esposa de D. Enrique lo que le dijo sobre la necesidad en que iba á verse de dejarla. Ya hemos visto cómo la pasión de la joven no supo guardar límites y se desbordó, al anuncio que le hizo su amante de que tendría que repararse de ella.

Don Rodrigo salió del palacio atormentado por la idea de que tal vez no volvería á ver á la mujer á quien amaba y de quien era correspondido, como acababa de oirlo, y de conocerlo por las lágrimas que su despedida le hiciera derramar. El gobernador maldecía la hora en que un violento impulso de ambición le había hecho prestarse á contraer compromisos graves, de los cuales no podía ya retraerse. Embozado hasta los ojos y abismado en sus meditaciones, atravesaba las oscuras y desiertas calles de la capital, volviendo de tiempo en tiempo la cabeza, para divisar entre las sombras los pálidos contornos del vasto edificio que servía de residencia á los capitanes generales, donde en aquel momento se encerraba lo único que podía hacerle amable la existencia Caminando sin destino fijo, se dirigió hacia el barrio de Santa Cruz, uno de los diez en que se hallaba dividida la ciudad, y del cual dice el cronista Fuentes, en su estilo hiperbólico, que es "donde con más fecunda variedad produce Flora y fertiliza Amalthea derramadas alegres copias en matizados vulgos de varias confusas flores." Don Rodrigo acababa de atravesar la plazoleta de la iglesia del barrio, y tomó una calle estrecha, formada por casas de mise-

rable aspecto. Había andado unos pocos pasos, cuando vió acercarse un hombre, encorvado bajo el peso de otro á quien llevaba á cuestas. Á pesar de lo preocupado que estaba el gobernador con sus pensamientos, le llamó la atención aquel incidente. Se ocultó en el hueco de una puerta y aguardó á que pasase el que conducía tan extraña carga. Poco tardó en acercarse. Parecía ser de mediana estatura; el color del rostro aceitunado: la frente ancha y con una cicatriz bastante visible; el ojo negro y penetrante; la barba crecida y poblada. La expresión de la fisonomía denotaba energía y resolución y al mismo tiempo había en ella algo de esa dulzura angélica que se observa en los retratos del prototipo de la caridad, Vicente de Paúl. Vestía una especie de túnica azul, ceñida á la cintura con una cuerda, á la cual estaba atada una linterna, cuya luz permitió al gobernador ver perfectamente al individuo. El que agobiaba con su peso al sujeto á quien acabamos de describir ligeramente, era un indio miserable, medio desnudo y cubierto de llagas. Don Rodrigo sintió, al ver á aquel hombre, como si un golpe eléctrico hubiese sacudido toda la máquina de su cuerpo. Un sudor frío corrió por su frente y tuvo necesidad de apoyarse contra la puerta. Jamás hasta entonces había visto aquella fisonomía dulce y severa al mismo tiempo; aquellos rasgos profundamente acentuados, que revelaban la abnegación en todo lo que tiene de más grande y más heroico sobre la tierra; y el corazón del joven gobernador, que no había palpitado con más violencia de la ordinaria en medio de los más peligrosos combates, parecía como si fuese á estallar; tal fué la impresión extraordinaria que hizo en aquella alma formada para grandes empresas y que las pasiones mundanas tenían extraviada, la presencia del que estaba destinado por el cielo para ejercer una influencia decisiva en la vida del ilustre vástago de los Arias.

El hombre pasó delante de D. Rodrigo sin verlo al parecer, y entró en una miserable casa cubierta de paja. Siguióle el

gobernador, con la más viva ansiedad, hasta que hubo desaparecido, y luego continuó su marcha, profundamente preocupado.

¿Quién era, pues, aquel extraño personaje, cuya sola presencia hizo tan terrible impresión en aquel joven militar, lleno de ideas y ambiciones profanas y cuyo corazón estaba dominado por una pasión culpable? El nombre de aquel sujeto era Pedro, y su apellido Betancourt; su patria nativa la ciudad de Tenerife, en las islas Canarias, y la de su adopción, desde tres años antes, Guatemala, á quien asombraba ya con el ejercicio de las más heroicas virtudes y con una caridad cuyo ardor no conocía límites. Entonces, como hasta ahora, no se le llamaba más que *el hermano Pedro*, y seguirá llamándosele así, mientras llega el día en que la Iglesia confirme con su fallo el dictado que han añadido al nombre de aquel justo las generaciones que se han hundido ya en la sombra del sepulcro.

La miserable casa donde acababa de entrar el hermano Pedro, había pertenecido á una pobre mujer llamada María Esquivel, muerta pocos días antes, dejando dispuesto se vendiese para costear los gastos de sus más que modestos funerales. El hermano Pedro adquirió aquella casa por la suma de cuarenta pesos que le dieron de limosna el maestro D. Alonso Zapata y D. Francisco Zamora, Relator de la Real Audiencia, pues ni tan exigua cantidad poseía; y en aquella humilde mansión fundó su primer hospital para enfermos convalecientes. Conducíalos él mismo sobre sus espaldas y servialos personalmente con caridad inagotable, plantando en aquel sitio la primera semilla de un árbol cuyas frondosas ramas debían extenderse, en el porvenir, hasta regiones muy distantes.

Don Rodrigo de Arias no conocía, como ya hemos dicho, al hermano Pedro; y si tal vez oyó hablar de aquel siervo de Dios, pronto había olvidado su nombre. ¿Qué importaba al joven y brillante gobernador aquel humilde asceta, que fundaba un hospital, recogía á los enfermos y los conducía sobre sus

propios hombros, celoso del bien de las almas como un apóstol y candoroso como un niño? El caballero no podía darse cuenta de la extraña impresión que aquel desconocido hacía en él y se dirigía á su casa reflexionando en lo que acababa de presenciar. Al volver una esquina, vió á un hombre que se le acercaba como con cautela. Don Rodrigo, que jamás conoció el miedo, avanzó hacia él y luego pudo distinguir la túnica y el capuz violado de un Nazareno.

— *Malo mori*, dijo en voz muy baja el desconocido al acercarse á D. Rodrigo.

— *Quam fœdari*, contestó el gobernador en el mismo tono. Aquella era la significativa divisa de la asociación, cuyos miembros manifestaban con ella su resolución de morir antes que transigir. Dividida en dos partes, servía á los Nazarenos de seña y contraseña para reconocerse, cuando no podían mostrarse la N gótica que llevaban bordada en el pecho y oculta en el jubón.

— Os he buscado toda la noche, señor don Rodrigo, dijo D. Silvestre Alarcón, levantando el capuz que cubría su rostro, y ya casi desesperaba de encontraros.

— ¿Y qué hay? dijo el gobernador, á quien la presencia del Nazareno hizo olvidar, por lo pronto al menos, la idea que le preocupaba. ¿Tenéis algo importante que comunicarme? ¿Ha regresado ya el mensajero?

— Era precisamente lo que venía á deciros, contestó el cajero mayor.

— Y bien, replicó D. Rodrigo, ¿se ha descubierto todo? ¿tenemos que partir?... añadió con inquietud, pues el recuerdo de Dña. Elvira y de su amor volvieron á reanimarse en el corazón impresionable del joven.

— No, señor de Arias, dijo Alarcón; no hay necesidad de que la conspiración tome el carácter de rebelión abierta. Todo se ha hecho como deseábamos. Ved aquí la prueba.

Al decir esto, aquel hombre sin entrañas sacó del seno un

pedazo de paño amarillo manchado de sangre, y con la mayor tranquilidad lo presentó á D. Rodrigo, que no pudo reprimir un movimiento de disgusto.

— ¿Y esto qué significa? preguntó el gobernador.

— Esto significa, dijo D. Silvestre, sin que su voz traicionase la más ligera emoción, que la perfidia ha sido castigada; que Rubayo murió dos horas antes de que llegase D. García, y que ese pedazo de paño que aquí veis, es la insignia de la asociación que llevaba Rubayo, y que, atravesada por el acero vengador, se nos remite como prueba de estar ejecutada la orden.

El gobernador permaneció abismado en sus reflexiones; y como en aquel momento hubiesen llegado ya á la puerta de su casa, se despidió de D. Silvestre.

Entró el caballero, y el cajero mayor se dirigió á su casa, para ir á disponer otro golpe de mano no menos audaz que aquel que acababa de desenlazarse tan felizmente para él.

CAPÍTULO XV

Preparativos. — Una historia interrumpida.

No habrán olvidado nuestros lectores la oferta hecha á D. Diego de Padilla por su cajero mayor de apoderarse del libro en que se asentaban los débitos de los juegos de palacio, antes de que llegase el día en que había de exigirse al último el pago de la suma considerable que, mal ó bien, había perdido, desde que el conde de Santiago estableciera aquel entretenimiento en sus salones. La suma con que la casa de Padilla podía haber contado para satisfacer aquella deuda, que es de esas que los jugadores llaman *de honor*, estaba ya empleada en la atrevida especulación que el cajero mayor imaginara, y en la cual fundaba su esperanza de hacer frente á ciertos compromisos é ir así levantando poco á poco la casa. Era, pues, el apoderarse de aquel libro, cuestión de vida ó de muerte, como ahora se dice, para la familia.

Con la calma y la sangre fría que formaban el fondo de su carácter y que jamás le abandonaban en los lances más apurados, Alarcón tomó sus disposiciones para llevar á cabo la empresa, cuyos peligros no se le ocultaban; pues comprendía perfectamente que un paso en falso en asunto tan delicado, podía llevarle á la horca. Pero aquella alma no era de esas á quienes arredran las dificultades. No amaba el peligro ni lo buscaba innecesariamente; pero jamás lo rehusaba, cuando su propio interés ó el de la familia con la cual había unido irrevo-

cablemente su suerte, le aconsejaban arrostrarlo. ¿Qué queréis? Cada uno es héroe á su modo y la abnegación puede renonocer alguna vez un origen muy poco sublime.

Alarcón llamó una noche al escritorio al joven Adriano, paje de D. Enrique, y le hizo sufrir el interrogatorio que transcribimos en seguida, con sus correspondientes respuestas:

— ¿Á cargo de quién corre el cerrar las puertas de los salones de palacio, después que ha concluído el juego?

— Á cargo del paje que está de guardia.

— ¿Cada cuántas noches toca la guardia á cada uno de los pajes?

— Cada cinco noches.

— ¿Cuál fué la última noche que te tocó ese servicio?

El paje reflexionó un momento antes de responder, y luego dijo:

— El martes.

— Es decir, replicó Alarcón, que volverás á estar de turno pasado mañana, sábado.

— Precisamente.

— ¿Quién tiene la llave de la puerta pequeña de palacio que está en la parte de atrás del edificio?

— Esa puerta da al jardín, y la llave está siempre en poder del jardinero.

— ¿Se abre esa puerta frecuentemente?

— No, sino muy de tarde en tarde.

— Para llegar hasta el jardín, desde el interior de palacio, ¿hay otras puertas que se cierran con llave por la noche?

— Ninguna. Como se cierran todas las de las habitaciones y las que caen á la calle, se considera innecesaria esa precaución.

— ¿Podrías apoderarte de la llave de la puerta del jardín?

— Con la mayor facilidad.

— ¿Y de la de la caja que está en el salón azul?

— Por cinco minutos, sí, cuando el mayordomo la deja en

la cerradura, mientras los caballeros asientan sus deudas.

— Bien, dijo D. Silvestre, mañana me traes la llave de la puerta del jardín; esta noche tomas la del arca, la estampas con cuidado en un pedazo de cera, vuelves á colocarla en la cerradura y me entregas la cera cuando yo salga, situándote al efecto en la galería á donde cae la sala de juego.

— Muy bien, señor, ¿tenéis otra cosa que ordenar?

— Sí. El sábado me dejarás abierta la puerta de la sala del sarao que da á la galería.

El joven vió con asombro á D. Silvestre antes de contestar. Luego dijo:

— ¿Pensáis penetrar en la sala? Reflexionad que no está lejos el dormitorio de D. Enrique, y que éste suele permanecer en vela hasta muy tarde.

— Te he llamado para recibir órdenes y no para dar consejos, contestó Alarcón con aire frío y severo.

— Estará abierta la puerta, dijo el paje.

— Perfectamente, añadió D. Silvestre.

— ¿Tenéis algo más que mandar? preguntó el joven, levantándose para marcharse.

— Nada más, dijo el cajero;... pero aguarda, agregó, como si le hubiese asaltado repentinamente una idea y dijo:

— ¿Conociste tú á D. Antonio de Rubayo?

— ¿Quién? ¿Ese caballero que iba á denunciar la asociación? Sí, lo conozco; lo vi algunas veces en palacio cuando vino hace seis meses á solicitar una alcaldía mayor, que por cierto no pudo obtener.

— Bien, dijo Alarcón; como siempre es grato conservar alguna prenda de una persona importante á quien se ha conocido, y como el nombre de Rubayo va á adquirir cierta celebridad, voy á proporcionarte una reliquia suya.

Al decir esto, D. Silvestre abrió una caja y sacó el retazo de paño amarillo manchado de sangre que había mostrado á D. Rodrigo pocas noches antes.

— ¿Y qué es esto, señor? preguntó Adriano.

— Esto, dijo el cajero, cortando con unas tijeras un pedazo de aquel paño, es la insignia de Nazareno que llevaba al cuello Rubayo, como la llevas tú, añadió, desabotonando el jubón del paje y dejando descubierta la N. Has de saber, continuó el cajero, que esta tela tiene una relación tan íntima con la lengua, que cuando ésta permanece muda, la tela está limpia y entera; y cuando la lengua revela lo que está obligada á callar, la tela se despedaza y se empapa en la sangre del que la lleva. Ahí tienes lo que ha sucedido al pobre Rubayo. Guarda esto en memoria suya.

Y entregó al paje, que había oído aterrado aquella explicación, hecha con tanta sencillez, el retazo de paño con manchas rojas que acababa de cortar de la insignia de Rubayo.

Aquella misma noche Adriano desempeñó con habilidad la comisión de estampar en cera la llave de la caja donde se guardaba el libro de los juegos; lo que pudo ejecutar mientras el mayordomo hacía sentar las partidas de deudas. Salióse al corredor poco antes de que se retirase Alarcón y le entregó el molde, conforme al cual hizo una llave un cerrajero muy hábil y de toda confianza. Al siguiente día le entregó también la llave de la puerta del jardín que había sustraído, estando ausente el jardinero.

Llegó por fin la noche en que debía ejecutarse la atrevida empresa de robar el libro. Alarcón acudió como de costumbre, á la sala de juego, que á eso de las ocho, estaba llena de gente. Aquel día había llegado correo de San Salvador con la noticia de la muerte de Rubayo, que se refería de diferentes maneras, y era el tema general de las conversaciones.

— El pobre D. Antonio, decía D. Carlos Vázquez de Coronado, gastaba pocas precauciones. Era arrojado; salía solo de noche y algunas veces hasta sin armas.

— *Qui amat periculum, peribit in illo;* dijo el Dr. Tafoya.

— Es verdad, contestó el Presidente; pero ahora no ha sido

el desgraciado Rubayo quien buscó el peligro. Regresaba á su casa tranquilamente y á buena hora, cuando fué asaltado por un asesino...

— Sin embargo, replicó D. Isidro de Cepeda, caballero que era partidario de Padilla, parece que más bien fué un duelo que no un asesinato. Dícese que Rubayo se defendió y se encontró su espada desnuda, cuya empuñadura permanecía aún en la mano derecha del muerto.

— Bien instruído estás de los pormenores del lance, dijo, dirigiéndose á D. Isidro, D. Dieguillo el loco, que, como de costumbre, ocupaba su puesto, echado de brazos sobre el respaldo del sillón del conde.

— Yo digo lo que todo el mundo dice; replicó Cepeda.

— *Vox populi*, *vox Dei*, replicó el canónigo. El hecho debe haber pasado como se ha dicho.

— Además, dijo á la sazón D. Silvestre, parece que en el pobre D. Antonio se ha cumplido aquello de que, quien á cuchillo mata, á cuchillo muere...

— *Omnes enim qui acceperint gladium*, *gladio peribunt*, dijo Jesucristo, según San Mateo, interrumpió el prebendado, que tenía los textos en la punta de la lengua.

— Dejad, Sr. canónigo, replicó el Presidente, que nos cuente esa historia D. Silvestre, pues barrunto que debe ser interesante. ¿Cómo ha pasado eso?

Entre los que rodeaban la mesa había uno que cuando oyó las palabras enigmáticas que acababa de pronunciar Don Silvestre con relación á Rubayo, se puso pálido como un muerto; y fué, ¿quién lo creyera? D. Dieguillo. Temblaba de pies á cabeza, aguardando lo que continuase diciendo Alarcón, quien con su acostumbrada serenidad, y sin parecer advertir absolutamente la turbación del loco, dijo :

— Efectivamente, fué aquella una aventura extraña; súpela por una casualidad; ofrecí guardar el secreto mientras viviese Rubayo y la desgraciada muerte de ese pobre

caballero, me hace considerarme libre de mi compromiso.

Don Dieguillo habría querido hacerse todo él oídos, para no perder una sola sílaba de aquella relación.

— El suceso, continuó Alarcón, ocurrió hace unos veinticinco años, en León de Nicaragua.

Al oir esto, la inquietud del loco pareció subir de punto.

— Proseguid, dijo el conde.

— Don Antonio, continuó el cajero, fué muy culpable; pero mucho más criminal que él, fué otro sujeto, llamado...

— Don Dieguillo, dijo el conde, ¿qué haces que me mueves así la silla? ¿quieres dejarme en paz?

El loco, que temblaba como la hoja en el árbol, no contestó una palabra; y el implacable Alarcón siguió su historia.

— Llamábase, decía yo, el principal culpable... Pongo quinientos pesos al siete, dijo D. Silvestre interrumpiéndose.

Don Antonio de Montúfar, que tenía la banca, talló, sacó cinco cartas, y á la sexta vino un siete.

— Perdí, dijo Alarcón, y añadió : llamábase D. Pedro de Uceda.

Don Dieguillo no fué ya dueño de contenerse y dejó escapar un débil grito.

— Puedes marcharte de aquí, dijo el Presidente, sin volver la cara, ó te mando poner en la calle.

El viejecillo se retiró á un rincón, sin articular una palabra, y D. Silvestre dijo :

— Ese D. Pedro de Uceda, que era un grandísimo malvado, tenía un hermano, llamado D. Fernando, tan cumplido caballero, como era el otro abominable. Casó D. Fernando con una joven hermosa y honesta, llamada Dña. Margarita de la Palma, con cuyo amor vivía completamente feliz el caballero, que á fuerza de inteligencia y de trabajo, había llegado a reunir un capital considerable. Dos años duró aquella felicidad, que fué á perturbar la codicia que se despertó en el hermano de D. Fernando, de apoderarse de sus bienes, y el deseo

vehemente que concibió D. Antonio de Rubayo, (que había ido á León por cierto negocio comercial,) de poseer á la joven, de quien se apasionó vivamente.

— Ochocientos pesos al caballo, dijó Alarcón.

Montúfar tenía un cinco de copas, talló, salió un cinco de bastos; Alarcón recogió sus fichas y continuó diciendo :

— Pusiéronse de acuerdo Rubayo y D. Pedro de Uceda, para ejecutar sus planes, y dieron traza y modo de deshacerse del pobre caballero...

Al distribuir de nuevo las cartas, el capitán Montúfar puso una sota de oros delante de Alarcón, quien, con la mayor indiferencia, tomó cuatro fichas, cada una de las cuales representaba el valor de mil pesos, y las colocó sobre su carta. Mientras tallaba D. Antonio, dieron las doce en el reloj de palacio. Todos guardaban profundo silencio. Don Silvestre contó una por una las campanadas, y al oir la última, se puso en pie y dijo :

— Pídoos mil perdones, caballeros, si tengo que dejar para mañana la conclusión de la triste historia de D. Fernando de Uceda. Son las doce y no acostumbro estar más que diez minutos después de pasada esa hora fuera de mi casa.

— Pero, ¿y la apuesta considerable que acabáis de hacer? dijo Montúfar. ¿No aguardáis á ver su resultado?

— ¿Y para qué? contestó Alarcón; mañana me diréis, Sr. D. Antonio, si os favoreció la sota.

Dicho esto, se levantó con su acostumbrada impasibilidad, saludó cortesmente y salió del salón.

— ¡Qué hombre! dijo D. Pedro Criado de Castilla, es de piedra de cantería, como la picota que está en la plaza.

— *Si fractus illabatur orbis...* comenzó á decir el Dr. Tafoya; pero no concluyó, según parece, porque no pudo acordarse del *impavidum ferient ruinæ.*

Entretanto, el capitán Montúfar siguió tallando, y D. Silvestre, atravesando los corredores, oscuros ya y desiertos, en

vez de dirigirse á la puerta que daba á la calle, se encaminó hacia un rincón del patio, donde estaba desenganchado uno de los coches de palacio. Abrió la portezuela, se metió en el carruaje y se tendió tranquilamente en el asiento de la testera.

CAPÍTULO XVI

El libro verde. — Fin de una historia comenzada.

No era un simple capricho y menos una vana ostentación lo que había inducido á D. Silvestre á poner sobre su carta aquellas cuatro fichas, cada una de las cuales representaba el valor de mil pesos. Esa apuesta considerable y la circunstancia misma de levantarse de la mesa de juego sin aguardar á ver el resultado, tenían objeto, como todo cuanto hacía aquel hombre, esencialmente práctico. Habiendo resuelto quedarse en el interior del palacio, para llevar á cabo la sustracción del libro, convenía á D. Silvestre retirarse solo, y no en compañía de otros de los jugadores, como sucedía casi todas las noches. Para llamarles, pues, la atención y que nadie se moviese mientras él salía, arriesgó aquellos cuatro mil pesos, con la misma imperturbabilidad con que habría arriesgado cuarenta mil, si hubiese sido necesario.

Una vez metido dentro del coche, D. Silvestre aguardó á que se retirasen los caballeros, que á eso de la una, comenzaron á salir, conversando alegremente.

— Si Alarcón se aguarda dos minutos solamente, decía Don Simón Frens Porté, habría visto el resultado de su apuesta. Cuatro mil duros no son una bicoca.

— ¿ Y qué importa eso al que tiene en sus manos, dijo el capitán Montúfar, la inmensa fortuna de la casa de Padilla? Alarcón perdió, pero veréis cómo recibe mañana la noticia con

la misma indiferencia con que oiría decir que le hubiese yo ganado, no cuatro mil duros, sino cuatro maravedises.

Los caballeros pasaron de largo, y D. Silvestre, que efectivamente había escuchado cuál fuera el resultado de su apuesta, permaneció tan tranquilo, como lo decía D. Antonio de Montúfar.

Pocos momentos después, no quedaba ya en el palacio persona alguna de fuera, con excepción de la que ocupaba el coche. Don Silvestre oyó cerrar una por una las puertas de las habitaciones y advirtió que iban quedando éstas oscuras, pues dejaba ya de verse la luz al través de los vidrios de las ventanas y de las hendeduras de las puertas. Al fin pareció todo sosegado. No se oía sino el *alerta* que daba de cuando en cuando una centinela colocada en una especie de reducto que había en el palacio, sobre la azotea, y cuyos vestigios se descubren todavía. El reloj de la catedral dió las dos. Alarcón salió del coche y se dirigió á la puerta de la sala del sarao, que Adriano debía haber dejado abierta, en virtud de sus prevenciones. Acercóse con precaución, empujó la puerta y cedió sin hacer ruido, dando entrada al cajero, que se encontró así muy cerca del objeto que buscaba. Pasó al salón azul, escasamente iluminado con la moribunda luz que despedían dos ó tres bujías, cuyos últimos restos ardían aún en la araña. Alarcón vió perfectamente la caja, sacó la llave que había mandado hacer por el molde que tomó Adriano, introdújola en la cerradura y no pudo abrir. Hizo una nueva tentativa; la repitió tres veces y siempre encontró la misma resistencia. Empezaba á perder la esperanza de abrir y se sentía inclinado á procurar romper la cerradura con la punta de su puñal, aun á riesgo de despertar á la gente de palacio, cuando, en virtud de un nuevo y desesperado esfuerzo, las guarniciones de la llave vencieron la resistencia que encontraban y el pasador corrió, lanzando un agudo chirrido. Esto, levantar la tapa del arca y tomar el libro forrado de terciopelo verde, fué todo uno. Don Silvestre

no cuidó de volver á cerrar ; colocó el libro bajo su brazo derecho y se volvió para dirigirse á la puerta.

Pero ¡cuál no sería su sorpresa, al encortrarse frente á frente de un hombre que se había colocado tras él sin que le viese ni le oyese acercarse! Era D. Dieguillo, que habiéndose quedado en el rincón donde se agazapó cuando refería Don Silvestre la historia de D. Fernando de Uceda, permaneció allá embebido en sus reflexiones, de que le sacó la extraña y para él inexplicable aparición del cajero mayor en aquel sitio y á aquella hora. El viejecillo contempló durante un rato á D. Silvestre, á la escasa luz que despedían las velas próximas á concluir, y le dijo con una sonrisa satánica :

— Buenas noches, señor D. Silvestre Alarcón; no esperaba yo tener el gusto de veros por acá tan tarde. ¿Puede saberse cuál es el asunto tan grave que os ha traído á este sitio en una hora tan avanzada?

Don Silvestre, que había tenido ya tiempo para recobrar su sangre fría y dominar la impresión que le causó de pronto el encontrarse con un testigo de su robo, contestó con voz firme y tranquila :

— Buenas noches, ó mejor dicho buenos días, D. Dieguillo. Deseáis saber cuál es el objeto que aquí me ha traído, y como soy bastante cortés para no dejar sin respuesta una pregunta de un caballero de vuestras circunstancias, os diré que he venido únicamente á tomar el libro de caja de los juegos ; como que aquí lo tenéis.

Al decir esto, D. Silvestre se desembozó y mostró al viejecillo el libro verde.

— ¿Y podrá saberse qué es lo que pensáis hacer de ese libro, señor don Silvestre? preguntó D. Dieguillo.

— ¡Oh! sois muy curioso, amigo mío, replicó Alarcón. Reflexionad, añadió, que en este libro se asientan las partidas de pérdidas ; que hay en él constancia de débitos considerables de personas con quienes estoy ligado íntimamente, y con esto ya

comprenderéis el interés que tengo en que este libro desaparezca.

— Es decir, observó D. Dieguillo, que lo que hacéis se llama en buen castellano un robo.

— Creo efectivamente que ese es su nombre, replicó Alarcón.

— ¿Y sabéis, dijo D. Dieguillo, á dónde puede conduciros ese robo?

— Pues no me parece difícil acertarlo, contestó D. Silvestre sonriendo. Á la cárcel primero, y de la cárcel á la horca.

La impasibilidad de aquel hombre aturdía al viejecillo, que sin embargo volvió á la carga, diciendo :

— Según eso, veis perfectamente que vuestra suerte está en mis manos y que no tengo más que hablar una palabra, para haceros andar el camino que habéis trazado con tanta serenidad.

— Eso de que mi suerte esté en vuestras manos, D. Dieguillo, replicó Alarcón, es exacto hasta cierto punto. Podéis delatarme, no lo niego ; pero yo os conozco lo suficiente para comprender que bajo vuestra locura aparente y de pura conveniencia, tenéis bastante talento para no hacer un enorme disparate.

— ¿Y por qué sería disparate, preguntó D. Dieguillo sonriendo con aire de mofa, el enviaros á la horca, señor don Silvestre?

— Porque entonces, contestó Alarcón sencillamente, os privaríais de acabar de oir, de mi propia boca, la conclusión de la historia de D. Fernando de Uceda, en la que tanto os interesasteis anoche, y tendríais que conformaros con leerla en algún proceso, donde perdería probablemente la mitad de la gracia.

Al escuchar aquellas palabras, D. Dieguillo comenzó á temblar como un azogado y balbuceó dos ó tres frases sin sentido alguno. Alarcón continuó diciendo :

— Eso sería una lástima. Y como puede muy bien suceder

que, por uno ú otro camino, suba yo al puesto elevado que vuestra amistad parece desearme, voy á acabar de referíros esa historia, haciéndolo en breves palabras, porque no quiero cansaros. Sentémonos, añadió D. Silvestre, aproximando dos taburetes y colocándose en uno de ellos. Don Dieguillo permaneció en pie, como el reo delante de su juez.

— Habíamos quedado, si no me engaño, continuó diciendo Alarcón, en el punto en que D. Pedro de Uceda y D. Antonio de Rubayo convinieron en dar muerte á D. Fernando, con el objeto de entrar en posesión de los bienes, el primero; y para lograr sus pretensiones amorosas con Dña. Margarita de la Palma, el segundo. Ganaron á un esclavo de D. Fernando, llamado Fernández, quien les proporcionó el poder penetrar una noche hasta la cámara de su amo. Cuando los asesinos, enmascarados y cubiertos con disfraces, entraron en la alcoba, los dos desgraciados esposos dormían tranquilamente. Don Pedro y Rubayo se arrojaron sobre D. Fernando, y le dieron de puñaladas, sin que el desventurado tuviese tiempo para defenderse. Entretanto el esclavo se echó sobre su señora, á quien puso una mordaza, y la maniató, atándola en seguida fuertemente al pie de la cama, donde quedaba su marido exánime. Ejecutado el crimen, los asesinos se marcharon, para aguardar el resultado. Al siguiente día los criados de la casa, viendo que pasaba la hora en que sus señores acostumbraban levantarse, entraron en la alcoba, y encontrando á Dña. Margarita atada y con una mordaza y á su esposo convertido en un cadáver, dieron voces y alarmaron al vecindario. Acudió la justicia, tomaron declaración á la señora; pero no pudo absolutamente dar el menor indicio de los autores de aquel crimen. Avisaron á D. Pedro y á D. Antonio, que había ido á arreglar ciertos negocios de comercio con D. Fernando, y ambos hicieron los mayores extremos de dolor, en presencia de aquella desgracia. Don Pedro entró á poco en posesión de la herencia, pues D. Fernando no dejó sucesión,

y Dña. Margarita se encontró poco menos que en la miseria. Fernández obtuvo su carta de libertad y además una cantidad considerable de dinero, con la que se creyó haber comprado su silencio para siempre.

Rubayo fué poco á poco insinuándose en el ánimo de la joven viuda, que acabó por ceder á las vivas instancias del caballero, que le había ofrecido hacerla su esposa. Pero aquella promesa no llegó á realizarse. Rubayo difería el cumplimiento de ella con diferentes pretextos y la pobre joven, cada día más apasionada del asesino de su marido, no tenía fuerzas para romper aquellas relaciones. Pasaron así algún tiempo, durante el cual, D. Pedro, que había ido á establecerse en Granada, disipó una gran parte de su mal adquirida fortuna.

En aquella época hube yo de pasar á León por ciertos negocios de la casa de Padilla, para cuyo esclarecimiento tuve necesidad de tocar con la viuda de Uceda. La vi frecuentemente y llegó á adquirir confianza conmigo, participándome la pena que le causaba su equívoca posición. Pero he aquí que repentinamente sucedió que Fernández, el antiguo esclavo, cómplice en el asesinato de D. Fernando, enfermó de gravedad; y viendo próximo su fin, acosado por los remordimientos, llamó á Dña. Margarita y le hizo una confesión clara y entera de cuanto había pasado; entregándole un papel, escrito y firmado de su mano, en el que refería el hecho con todas sus horrorosas circunstancias. Rubayo estaba ausente de la ciudad, y por supuesto nada supo de pronto de la terrible revelación hecha por Fernández, poco antes de morir. Dña. Margarita hizo que me llamasen con urgencia. Fuí inmediatamente; la encontré pálida y desencajada, tenía en la mano el papel de Fernández, á cuyo pie había escrito dos líneas, en que declaraba cómo y en qué circunstancias había llegado á su poder. La infeliz señora estaba casi trastornada. ¡Amaba todavía al asesino de su esposo! Me suplicó fuese yo el depositario del escrito que contenía tan horroroso secreto y me hizo jurar que

no lo revelaría, mientras viviese Rubayo, á quien no quería comprometer. Juré guardar reserva y recibí el papel por complacerla. Dirigí á la infeliz señora algunas expresiones de consuelo y me retiré, dejándola entregada á la más amarga desesperación. Rubayo debía llegar al siguiente día. La viuda no se sentía con fuerza para hacer lo que exigía su deber, y en aquel conflicto, fuertemente alteradas sus facultades mentales, puso fin á su vida, ahorcándose con una soga que hizo de las sábanas de su cama. Dejó en su mesa un papel dirigido á Rubayo, que contenía estas solas palabras : « Lo sé todo. Huid y que Dios os perdone, como yo os perdono. » Al siguiente día, cuando llegó D. Antonio, se encontró con aquel horroroso espectáculo y con el papel, que le heló la sangre en las venas. Llamó inmediatamente á D. Pedro, y resolvieron ambos marcharse sin pérdida de tiempo. Yo pude ver entonces á D. Pedro, sin que él me viese á mí, habiendo pedido á un amigo que me le mostrase. Era un hombre pequeño de cuerpo, de vuestra misma estatura, poco más ó menos, D. Dieguillo ; de fisonomía poco agradable ; perdonad, como la vuestra ; y muy parecido á vos en las facciones, únicamente que él no estaba como los estáis vos, picado de viruelas. Rubayo dijo que no podía permanecer en un lugar donde había sucedido tal desgracia á la que iba á ser su esposa y se vino á Guatemala. Don Pedro, más precavido, no se consideró seguro en el reino, y se fué á México, donde se estableció con otro nombre y apellido. Allá acabó con los restos de la hacienda de su hermano, llevando una vida disipada, sin duda para ahogar el grito acusador de su conciencia. Á poco cayó gravemente enfermo con viruelas y fué conducido á un hospital. Se logró salvarle la vida ; pero quedó tan desfigurado, que era necesario tener mucha memoria y un espíritu de observación tan ejercitado como el mío, por ejemplo, para haberle reconocido. Al salir del hospital, encontróse en la mayor miseria, y después de haber buscado en vano algunas

colocaciones, acabó por ser recibido como criado en la casa del conde de Calimaya. Yo estuve en México en aquel tiempo, y un día vi al conde en el paseo, seguido de su servidumbre. Llamóme la atención uno de los lacayos, que me recordó el aire del cuerpo y las facciones de D. Pedro de Uceda. Me aproximé sin que el individuo lo notara y pude convencerme de la certeza de mi juicio. Era el mismo. Siguió al servicio del conde, cuya atención llamó por su malicia y agudeza, y de simple lacayo, ascendió al honroso empleo de bufón, vistiendo con extravagancia y permitiéndose ciertas libertades, aun con su mismo amo. Ese ladrón y fratricida, ese D. Pedro de Uceda, que se llamó después D. Diego de Arana, se llama hoy ¿sabéis cómo ? D. Dieguillo, y desempeña el empleo de truhán en casa de un grande.

Don Silvestre dejó de hablar. Don Dieguillo, aterrado, cayó de rodillas delante de Alarcón, y le dijo con voz balbuciente :

— Por piedad, D. Silvestre, callad; olvidad esa terrible historia, ó soy perdido, perdido sin remedio.

— Bien, callaré, respondió Alarcón. Ya veis que no es tan sencillo como creíais el disponer de mi suerte. Ese papel que os llevaría á vos también á la horca, está en lugar seguro, y á un simple aviso mío, irá á poder de la justicia. Vuestra discreción y reserva guardarán de hoy más vuestra cabeza; tenedlo entendido, Sr. D. Pedro de Uceda.

Dicho esto, Alarcón se levantó y se salió de la sala, buscando los corredores que conducían á la puerta del jardín, cuya llave tenía. Don Dieguillo permaneció delante de la caja abierta, abrumado por la terrible historia que acababa de escuchar.

CAPÍTULO XVII

Un sepulcro vacío.

Alarcón atravesó corredores y patios sin encontrar alma viviente. Penetró en el jardín y con la llave que le había proporcionado Adriano, abrió la puerta que daba á la calle. Eran las tres de la mañana. Don Silvestre se dirigió á la cadetral y dió tres golpes en la puerta de la iglesia que mira hacia el poniente. Aquella era, sin duda, una señal convenida de antemano, pues inmediatamente se abrió la puerta, asomando un anciano en jubón y calzón negro.

— *Malo mori*, dijo D. Silvestre.

— *Quam fœdari*, contestó el viejo y dió paso á Alarcón.

— Quedaos aquí y guardad la puerta, dijo D. Silvestre.

— Se hará como mandáis, replicó el sacristán, pues no era otro el que acababa de abrir.

La espaciosa iglesia estaba iluminada muy débilmente, con la luz incierta y escasa de algunas lámparas que pendían en las capillas. Aquella tenue claridad se desparramaba sobre las labores afiligranadas que revestían las macizas columnas y las paredes del templo ; labores que parecían oscilar, por un efecto de óptica, producido por la tembladora luz de las lámparas. Una alma menos fría que la de D. Silvestre, habría experimentado una emoción profunda en medio de aquel vasto edificio, al cual la hora, la soledad y el silencio daban un no sé qué de poético y solemne. La religión y la poesía son hermanas ; pero Alarcón no tenía nada de poeta, y si alguna vez había sido religioso, hacía mucho tiempo que el asiduo cuidado de

intereses mundanos extinguiera en su corazón todo sentimiento de piedad. Sin ser lo que se llama incrédulo, D. Silvestre veía con indiferencia completa las ideas y prácticas religiosas, no considerándolas de utilidad inmediata. Atravesó, pues, las espaciosas naves sin que su espíritu experimentara la más ligera emoción y se dirigió á la capilla del Socorro.

Nuestros lectores no deben olvidar que no estamos en la catedral arruinada por los terremotos de 1773 y por el abandono en que después estuvo aquella iglesia, sino en la que se levantaba, en el mismo sitio, que comenzó á deteriorarse desde el año 1660 y que fué demolida para fabricar la actual, cuya dedicación se verificó en 1680.

Hemos dicho que se dirigió D. Silvestre á la capilla del Socorro, y con lo que ya se ha manifestado acerca de los sentimientos del cajero mayor, bien se comprenderá que no iba á aquel sitio para dirigir sus oraciones á la madre del Redentor del mundo. Alarcón buscaba una tumba, no para meditar en el fin del hombre, ni para procurar sorprender los terribles secretos de la muerte, sino para hacer, en cierto modo, cómplice á un sepulcro vacío del robo que acababa de ejecutar en el palacio de la presidencia.

Á un lado del altar de la capilla había una ventana rasgada, guarnecida con un balcón de hierro, y bajo el arco, de orden corintio, en que estaba abierta esa ventana, entre ésta y el pavimento de la iglesia, se veía una estatua de mármol de Génova, de tamaño natural y puesta de rodillas sobre un pedestal poco elevado. En el pavimento, al pie de aquella estatua, estaba cavado un sepulcro, sobre el cual se leía, escrita en grandes caracteres de oro, la siguiente inscripción :

ALVARUS. MARCHIO. DE LORENZANA. HARUM GOATHEMALENSIUM. PROVINCIARUM. A PACE. ET BELLO REGHQUE. SENATUS. MAGISTRATUS. SUPREMUS. PIETATE ET RELIGIONE. MOTUS. HOC. EREXIT. CÆNOTAPHIUM SARCOPHAGUM. IGNORAT. M.DC.XLI.

La estatua representaba al que debía haber ocupado el sepulcro, y que mandó erigir aquel monumento, D. Álvaro de Quiñones Osorio, Marqués de Lorenzana, presidente, gobernador y capitán general del reino de Guatemala. Eligió aquel sitio para que descansasen sus cenizas; pero estaba dispuesto que el pobre marqués tuviese menos estrecha sepultura. Diósela muy amplia á él y á toda su familia la inmensidad del mar, naufragando en el Papagayo el buque que los conducía á Panamá, catástrofe que presenció D. Tomás de Carranza, el que figura en esta narración y que salvó milagrosamente de aquel riesgo. Los que demolieron la antigua catedral debieron haber conservado aquella estatua del marqués de Lorenzana y aquel poético sepulcro vacío, ya que no por respeto al derecho adquirido, mediante la compra del sitio y la fundación de una capellanía, al menos por ser, estatua y sepulcro, un curioso monumento histórico. Pero los demoledores de todas las épocas y de todos los países hacen tanto caso del derecho como de la historia ; y puesto que no alcanzaron misericordia los restos del fundador de Guatemala, D. Pedro de Alvarado, y los de su esposa Dña. Beatriz, que también tenían sepultura propia y fundaciones en la capilla de San Pedro de la misma catedral, menos podían esperarla la tumba y la efigie de D. Álvaro.

Don Silvestre se acercó al sepulcro y se inclinó para agarrar las argollas de bronce dispuestas con el fin de poder levantar la pesada losa. El sombrero y la capa estorbaban la operación; D. Silvestre colocó aquél en la cabeza y suspendió ésta en los hombros de la estatua. ¡ Extraña figura hacía aquella representación de un caballero arrodillado, con la capa al hombro y el sombrero calado hasta los ojos ! El escéptico Alarcón no pudo menos que sonreirse al verla. Con bastante dificultad logró levantar la tapa, colocó en la cavidad el libro de los juegos de palacio y dejó caer la losa, que hizo un ruido, cuyo eco retumbó en la concavidad de las bóvedas, turbando el sueño de las aves nocturnas que dormían en las torres. Una

golondrina atolondrada y soñolienta, cruzó revoloteando por encima de la cabeza de D. Silvestre, fué á estrellarse contra la lámpara que ardía delante del altar de la Virgen y apagó la única luz que iluminaba débilmente la capilla. Un hombre menos impávido que Alarcón, habría experimentado algún terror al encontrarse solo y á oscuras en aquel vasto edificio: pero el que arrostraba sereno los peligros, ¿qué podía temer en una iglesia oscura, donde no había otra persona sino él? Trató de retirarse, buscó á tientas la estatua, tomó el sombrero y luego quiso descolgar la capa; pero ésta se resistió, como si el marqués hubiera querido conservar aquella prenda del que había ido á profanar su sepulcro, destinándolo á guardar un objeto robado. Alarcón era animoso; pero al sentir que le retenían la capa, no pudiendo ver, á causa de la oscuridad de la capilla, lo que ocasionaba aquel extraño incidente, no pudo dejar de entremecerse. Volvió á tirar con más fuerza y encontró la misma resistencia. Don Silvestre experimentó entonces en su interior una sensación extraordinaria é indefinible, que no recordaba haber sentido jamás desde que estuvo en edad de darse cuenta de sus impresiones. Comprimiósele el corazón, erizáronsele los cabellos, temblábanle las piernas y un sudor frío corría por su frente. ¿Por qué negarlo? Don Silvestre era hombre; como tal, sujeto á las debilidades humanas y en aquel momento tuvo miedo. Acosado por aquel sentimiento inexplicable, estuvo á punto de echar á correr en la oscuridad, dejando allí la capa. Pero afortunadamente para él, pudo dominar aquella impresión y reflexionó sobre las consecuencias que debería producir el encuentro de aquel objeto. Comprendió que si lo dejaba allí, era hombre perdido; y sacando, como suele decirse, fuerzas de flaqueza, se propuso averiguar la causa de aquel fenómeno. Tiró de nuevo, y encontrando siempre resistencia, fué bajando la mano, en busca del punto por donde parecía estar detenida la capa. Al fin pudo advertir lo que originaba aquel incidente. Colocada sobre el hombro de la

estatua arrodillada, la capa arrastraba sobre la sepultura. Cuando D. Silvestre levantó la losa, se introdujo una de las orillas y quedó cogida, sin que Alarcón pudiera notarlo, al dejar caer la tapa del sepulcro. Hizo esfuerzos para volver á levantarla, y dificultándosele el conseguirlo, temiendo entrase la mañana y llegase la hora de abrir la iglesia, lo cual en aquel tiempo se hacía mucho más temprano que hoy, resolvió salir de la dificultad, cortando el pedazo de capa que estaba cogido. Hízolo así, sirviéndose del puñal con que iba armado, y una vez verificada la operación, buscó la salida de la capilla, que no tardó en encontrar. Atravesó las naves y pronto llegó á la puerta, donde le aguardaba el sacristán, con la exactitud de una centinela que obedece á su consigna.

No indagó el objeto de la extraña visita de Alarcón. Afiliado, como ha podido comprenderse, en la asociación de los Nazarenos, recibió orden de abrir la puerta de la catedral á uno de los principales miembros de la liga, que se daría á conocer por medio de la fórmula acostumbrada, y cumplió, como se ha visto, sin más averiguación. Don Silvestre había elegido el sepulcro del marqués de Lorenzana para depositar el libro robado, porque no lo consideraba seguro en casa de D. Diego de Padilla. Á pesar de lo que había dicho á su patrón sobre no haber probabilidad de que sospechasen de él, D. Silvestre temía que se atribuyese la sustracción á D. Diego, como uno de los más interesados en la desaparición del libro y consideró probable se hiciese un registro en la casa. Tampoco se atrevió á depositarlo en la de alguno de los deudos de la familia, pues el secreto no debía pasar de D. Diego y él, ni en la de los Nazarenos, donde tenían franca entrada todos los miembros de la asociación; y así, después de mucho meditar, hubo de fijarse en aquella tumba, propiedad respetada de una familia, que nadie había de tocar.

Satisfecho de su elección y de la manera en que había ejecutado su proyecto, D. Silvestre se dirigió á su casa, donde le

aguardaba D. Diego, impaciente é inquieto por saber el resultado de aquella peligrosa aventura. Le refirió Alarcón todo lo ocurrido, menos el miedo que sintió en la capilla del Socorro, á causa de la cogida de la capa. Harto le pesaba el haber caído en aquella debilidad, y no había para qué dar cuenta de ella á nadie. Don Diego oyó con alegría la relación que le hizo su cajero mayor, y se retiró á descansar, repitiéndole con la expresión de la más viva gratitud, que lo había salvado.

Entretanto, volvamos por un momento al salón azul de palacio, donde dejamos hace poco más de una hora al pobre Don Dieguillo, ó sea D. Pedro de Uceda, abrumado por la terrible historia que acababa de oir de boca de Alarcón. El anciano se sentó en un taburete, junto á la caja vacía, de la cual había sido extraído el libro y comenzaba á reflexionar sobre su situación, cuando oyó pasos en el salón del sarao. Púsose en pie para retirarse; pero desgraciadamente para él, era ya tarde. Cuando se encaminaba hacia la puerta, se presentó el Adelantado de Filipinas, á medio vestir y con una vela en la mano. Don Dieguillo estaba en pie todavía, cerca de la caja abierta. Don Enrique había escuchado un rumor confuso desde su cuarto, que, como dijo Adriano á D. Silvestre, no estaba distante. Se levantó, encendió una vela y fué á ver lo que ocasionaba aquel rumor. Sorprendido quedó al ver al bufón, y más aún al notar que estaba abierta el arca. Avanzó sin decir palabra, acercó la vela á la caja, y advirtiendo la falta del libro de los juegos, dijo al loco, que temblaba de pies á cabeza:

— ¿Qué haces tú aquí? ¿Por qué está abierta el arca y qué ha sido del libro?

Don Dieguillo no sabía qué responder á aquellas preguntas, no atreviéndose en manera alguna á acusar á Alarcón, persuadido de que una palabra imprudente habría de costarle muy cara.

— ¿Qué hago aquí? contestó el bufón; yo mismo no lo sé. ¿Cómo ha desaparecido ese libro? No acertaré á explicarlo. Lo

único que puedo asegurarós, es que soy inocente, completamente inocente de cuanto ha pasado.

— ¡ Inocente! replicó D. Enrique, encolerizándose. ¡ Inocente! Y te hallo junto á la caja abierta de donde acaba de ser extraído el libro! ¡Miserable truhán! añadió agarrando por el cuello á D. Dieguillo, dí qué has hecho de ese libro.

— Señor, por el alma de mi padre, contestó el anciano, os juro que no sé de él.

— ¡ Que no sabes! Pues bien; yo haré que declares por fuerza lo que no quieres confesar de grado.

Dicho esto, D. Enrique volvió á sus habitaciones; llamó á Adriano, que era, como ya se ha dicho, el paje de guardia aquella noche y le dijo dos palabras al oído. Cinco minutos después entraron en el salón azul un oficial y cuatro arcabuceros, ataron fuertemente á D. Dieguillo por los codos y le condujeron á la cárcel del palacio.

CAPÍTULO XVIII

Donde se ve cómo perdiendo un camino, puede llegar á descubrirse un secreto importante.

Cuando se verificaban los acontecimientos de que hemos dado cuenta en los últimos capítulos, corría ya el mes de julio y la estación de las aguas estaba formalmente entablada.

Una noche de las primeras del mes, un caminante, joven de unos veintidós años, llegaba á la puerta de un miserable rancho, bastante extraviado del camino real de Acajutla á Guatemala, que había perdido hacía más de media hora, separándose de los criados que le acompañaban. La oscuridad era profunda y la lluvia, que había comenzado desde las cuatro de la tarde, continuaba cayendo á torrentes hasta aquella hora, que serían las ocho de la noche. El viajero estaba completamente calado y maldecía la imprudencia de los sirvientes que se habían ido quedando atrás, dando lugar á que él, poco ó nada práctico en los caminos, tomase una vereda y se extraviase. Después de haber andado y desandado en diferentes direcciones, el joven oyó á cierta distancia ladridos de perros, indicio seguro de que no estaba muy lejana alguna ranchería. Guiándose por aquella señal, fué siguiendo un estrecho sendero y pronto divisó la luz de la choza, á cuya puerta acababa de llegar, como hemos dicho. Los fieles guardianes de aquella pobre casa, perdida entre los montes, poco acostumbrados á visitas extrañas, redoblaron sus ladridos desde que advirtieron, por el olfato, que se

acercaba algún desconocido. Cuando el caballo del viajero paró á la puerta del rancho, que estaba abierta, los perros se lanzaron furiosos, como si quisiesen devorar al caballero y á la cabalgadura; pero inmediatamente salió tras ellos una negra de raza pura y que parecía tener unos cuarenta años. Al verla, el viajero gritó con tono imperioso:

— ¡Contengan esos malditos animales!

— ¡Juicio, Cachorro; aquí, Plutón; silencio, Leona! dijo la mujer; lo cual fué suficiente para que los tres animales se sosegasen y fuesen á echarse, aunque refunfuñando todavía, á los pies de la negra.

— ¿Podrán dar posada para pasar la noche? preguntó el caballero en el mismo estilo con que había pronunciado las primeras palabras.

— ¿Cómo no, señor? contestó la mujer, en ese tono humilde y complaciente que emplean nuestras gentes del campo al dirigirse á personas de elevada condición. Mándese su merced apear, añadió, y entró al rancho, de donde salió inmediatamente con una astilla de *ocote* encendido, para alumbrar al caballero.

Apeóse éste efectivamente, y mientras se quitaba el sombrero, la capa y las sobrebotas, que chorreaban agua, un mozo como de veinte años, hijo de la propietaria de la casa y tan negro como ella, que había salido á la puerta desde que los tres mastines se anticiparon á hacer al recién llegado la inhospitalaria acogida de que hemos dado cuenta, se apresuró á desensillar el caballo del huesped.

— Su merced ha hecho muy bien en venirse por acá, dijo la negra, levantando el ocote á la altura de la cara del viajero y dirigiéndole una mirada curiosa é investigadora; porque la casa de la hacienda está lejos y la noche muy metida en agua.

— ¿Y qué hacienda es esta? preguntó el joven, ¿quién es su dueño?

—La hacienda se llama Santa Catarina, contestó la negra, y su dueño es mi amo D. Tomás.

—¿Tomás de qué? preguntó el viajero.

—De Carranza, respondió la mujer.

—¿Esta hacienda es de D. Tomás de Carranza? dijo el joven con alegría; pues es una fortuna para mí, pues mi padre y ese caballero son amigos íntimos, como lo somos también su hijo D. César y yo.

Al pronunciar la última frase, el rostro del desconocido manifestó una expresión tan extraña, que si su interlocutora, en vez de ser una infeliz y sencilla esclava, hubiese sido una persona habituada á los engaños del mundo, habría desde luego comprendido que aquella amistad de que se jactaba el caballero, estaba muy distante de ser sincera, al menos por su parte.

Quizá nuestros lectores habrán sospechado ya quién fuese ese falso amigo de D. César, á quien la casualidad había llevado á la miserable casa de una de las esclavas de Don Tomás de Carranza. Aquel caminante perdido en la oscuridad de la noche, no era otro que D. Fadrique de Guzmán y Alvarado, que habiendo tenido que hacer un viaje á Acajutla, por cierto negocio de su casa, extravió el camino, como queda dicho, y fué á dar al rancho de aquella mujer, que vivía en un extremo de la hacienda llamada Santa Catarina y situada á unas veinticinco leguas de la capital.

Bastó á la negra oir que el caballero era amigo de sus amos, para redoblar sus atenciones. Instóle á que entrara y se quitase la ropa mojada, para secarla al fuego; partió su pobre cena con el cansado y hambriento viajero; le ofreció dejarle la cama donde dormía ella y su hijo, y lo habría hecho como lo decía; pero D. Fadrique prefirió una hamaca de ovillo que estaba en un cuartito separado de la otra pieza únicamente por un tabique de cañas. Acomodóse en ella medio vestido, lo mejor que pudo, y la negra y su hijo se acostaron en la cama, con-

versando en voz baja, para no despertar al *españolito*, á quien pronto consideraron dormido.

Pero D. Fadrique, con todo y estar muy fatigado, no podía conciliar el sueño. Pensaba en Dña. Guiomar de Escalante, cuya indiferencia desdeñosa se le hacía más y más insoportable cada día, y pensaba también en su amigo D. César, quien más afortunado que él, veía correspondido su amor por Dña. Violante. El despecho y la envidia trituraban el corazón de D. Fadrique, y renovaba en su interior el propósito de vengar en su inocente amigo los tormentos que á él le hacía sufrir la suerte; designio que su perversidad le sugiriera hacía poco tiempo y que aun no había puesto en práctica por falta de ocasión.

Desvelado con tan malos pensamientos, D. Fadrique escuchaba la conversación de la negra y su hijo, pues aunque hablaban en voz baja, puede decirse que estaban en la misma pieza.

—Sí, decía la mujer, suspirando; como de la edad de este españolito sería ahora el niño que el amo D. Tomás me trajo para que le criara.

Aquellas palabras llamaron la atención de D. Fadrique y se propuso seguir el hilo de la conversación de sus huéspedes.

—¿Y era muy bonito, naná? preguntó el joven.

—Lindo como un ángel del cielo, contestó la negra. Seis meses le crié y le hubiera yo tenido hasta ahora; pero el amo vino por él, solo y de noche como lo había traído y se llevó al pedazo de mis entrañas. Fué una ingratitud del amo, porque yo no tenía otra criatura; tu hermanito había muerto hacía quince días y vos todavía no pensabais en nacer.

—¿Pero y si el amo no tenía tampoco? dijo el joven.

—Es verdad, contestó la negra, que mi señora no había tendio criatura; pero en aquellos mismos días quiso Dios que naciera el niño, que fué como milagro, pues hacía ya como cuatro años que estaban casados.

—¿Y el otro niñito qué se hizo? preguntó el joven.

—Eso solo Dios y mi amo lo saben, respondió la negra, suspirando. Yo, como no volví á la ciudad, porque así lo mandó el amo, nunca más volví á ver al angelito.

Aquella conversación fué una revelación importante para D. Fadrique. Él había oído, por supuesto, alguna vez ciertas especies vagas sobre dudas de que D. César fuese efectivamente hijo de D. Tomás de Carranza y de su esposa; pero nunca había dado importancia á aquellos rumores. Lo que acababa de escuchar le ponía á la pista de un secreto de la mayor gravedad. Aquel niño llevado con sigilo por el mismo Don Tomás á aquel punto remoto de su hacienda, criado durante seis meses y conducido después á la ciudad por el mismo Carranza; la coincidencia de haberse verificado en aquellos mismis días el nacimiento de D. César, y por último la prohibición hecha á la esclava de ir á la ciudad, sin duda para que no tuviese ocasión de ver y reconocer en el supuesto hijo de Don Tomás y su esposa al niño que ella había comenzado á criar, eran motivos más que suficientes para que un hombre menos maligno que D. Fadrique, concibiese vehementes sospechas de una suplantación. Recordando al mismo tiempo la circunstancia, que sabía de pública notoriedad, de haber asegurado el nacimiento de un hijo de D. Tomás de Carranza la posesión de la cuantiosa fortuna de Balmaseda, D. Fadrique adquirió una certeza casi completa de que su amigo D. César no era lo que parecia ser.

—Es sin duda un bastardo, decía para sí, un hijo espurio, un usurpador de bienes ajenos. La casualidad ha venido á hacerme dueño de este secreto y es necesario aprovecharlo; pero de manera que en ningún caso pueda comprometerme. Imaginar algún arbitrio de hacerle todo el mal posible, por medio de los que están directamente interesados en que ese misterio se esclarezca: he aquí cuál debe ser mi plan.

Rumiando aquellos malos designios, durmióse D. Fadrique,

y al siguiente día, muy temprano, sin darse por entendido de lo que escuchara la noche anterior y de que se proponía hacer tan mal uso, montó á caballo y, casi sin despedirse de la buena mujer que le había dado hospedaje, se marchó, llevando por delante al joven negro, para que lo condujese hasta el camino real. Una vez colocado en él, D. Fadrique despidió á su guía y no tardó en reunirse con sus criados, que lo buscaban bastante cuidadosos. Al siguiente día llegó á su casa y comenzó á combinar el plan que había de emplear para arruinar á su amigo. Extrañaráse acaso aquella gratuita malevolencia; pero por desgracia no puede negarse que hay hombres cuya perversión de ideas y de sentimientos es tal, que los lleva á hacer daño, sólo por el placer secreto que encuentran en el mal ajeno. Los reptiles venenosos de nuestras costas hincan el diente al dormido caminante que no los hostiliza y los malvados como aquel D. Fadrique escupen su veneno sobre sus semejantes, sin distinción de amigos ni enemigos. Son los *cantiles* y *corales* de la raza humana.

Después de mucho meditar sobre lo que le convendría hacer para llevar á efecto su inicuo proyecto, Guzmán resolvió poner el asunto en manos de alguno á quien pudiese interesar la adquisición de aquel secreto, procurándose así la satisfacción de hacer el mal, y además alguna otra ventaja que podría proporcionarle tan importante revelación. Decidióse, pues, á abocarse con D. Silvestre Alarcón, el fiel y celoso cajero mayor de D. Diego de Padilla, y le envió á decir le aguardase una noche en el escritorio, pues tenía que tratar con él un asunto de la mayor gravedad. Don Silvestre señaló la noche y la hora en que podían verse.

Tenemos, pues, al anciano, cuyo carácter, ideas y procederes conocen ya perfectamente nuestros lectores, sentado, junto á la mesa del escritorio, frente á frente de aquel mozo, que si no cede al otro en su perversidad precoz, no puede desconocerse que le es muy inferior en el atrevimiento y en la

sangre fría, y sobre todo en la experiencia, esa maestra del hombre, que así suele servir para el bien como para el mal, según la naturaleza del terreno en que cae su fructífera semilla.

Don Silvestre y D. Fadrique apenas se conocían de vista; así es que las ideas y el carácter del uno, eran completamente desconocidos para el otro. Cuando de D. Silvestre se fijó detenidamente en aquellas facciones irregulares y fuertemente acentuadas, en aquel rostro repugnante y maligno, en el cual se dibujaban los rasgos de un carácter apasionado y cruel, sin dejar de sentir cierta aversión por el individuo, comprendió desde luego que un hombre que revelaba aquellas condiciones, no podría dejar de ser de grande utilidad en un caso dado. Don Fadrique observó también á D. Silvestre; pero no pudo leer en aquella fisonomía inmoble como una máscara de mármol. Había, digámoslo por conclusión, una diferencia esencial entre Alarcón y Guzmán: el primero aceptaba el mal y se servía de él fríamente, sin complacencia y sin temor, cuando convenía á sus intereses; el segundo procuraba el mal por un instinto depravado; se complacía en él, aun cuando no le reportara utilidad alguna. Solo Dios sabe cuál de esas dos almas encerraba mayor perversidad; pero de todos modos, aquellos dos hombres habían nacido para comprenderse y completarse.

CAPÍTULO XIX

Dos negociantes.

Don Silvestre se situó de modo que la luz de la vela, que estaba sobre la mesa, diese de lleno en la cara de su interlocutor, mientras él quedaba en la penumbra que proyectaba un antifaz formado por una caprichosa pantalla de marfil, curiosamente labrada. Don Fadrique, sin comprender el objeto de aquella estratégica, se colocó en el sitio que le señaló Alarcón, quedando enteramente bajo los fuegos del enemigo. Después de un momento de silencio, el joven entabló el diálogo diciendo :

— Tal vez extrañaréis, señor don Silvestre, que sin tener el honor de comunicaros, me haya atrevido á venir á hablaros de un asunto que atañe únicamente á la familia cuyos negocios manejáis con tanto acierto.

— Sea cual fuere, caballero D. Fadrique, respondió el anciano cajero, el motivo que os ha impulsado á desear verme y hablarme, tengo á mucha honra el recibiros.

Guzmán contestó con una inclinacion de cabeza, y prosiguió diciendo :

— Soy enemigo de rodeos y me gusta la franqueza, señor don Silvestre. Vengo á proponeros un negocio.

Al oir esta última palabra, el cajero mayor creyó haberse equivocado en sus conjeturas respecto á la naturaleza del asunto que aquel joven tenía que comunicarle ; pues nunca

imaginó que se tratase de negocios. Sin embargo, como hablarle de eso era llamarlo á su propio terreno, D. Silvestre redobló su atención y fijó su mirada inquisitorial en el rostro del joven.

—¿Negocio? dijo; perfectamente; sabéis, señor don Fadrique, que es mi oficio; y así, me encontraréis siempre dispuesto á ocuparme en eso. Tened la bondad de decirme de qué se trata.

— De la herencia de Balmaseda, contestó Guzmán.

— ¡De la herencia de Balmaseda! replicó Alarcón riéndose; ese negocio, señor don Fadrique, está hace veinte años en la cuenta de pérdidas y ganancias en los libros de la casa.

— ¿Y no ha sucedido alguna vez, señor cajero mayor, dijo Guzmán, que cuando acaso menos lo esperabais, se os cubriese una deuda que teníais sentada en esa cuenta?

— Ciertamente que sí, replicó Alarcón; pero los 80 000 pesos de Balmaseda están en manos que no acostumbran devolver lo que una vez han llegado á atrapar.

— Y si yo os proporcionase el medio de hacer que esas manos tuviesen que abrirse y dejar lo que tienen indebidamente cogido, ¿qué diríais?

— Que sabíais más que yo, señor don Fadrique, contestó D. Silvestre con un suspiro. Pero, perdonad, caballero, añadió; ó vos os queréis chancear, ó ignoráis las condiciones del testamento de Balmaseda.

— No me chanceo, D. Silvestre, dijo el joven y sé perfectamente lo dispuesto por aquel sujeto. Os pregunto, pues, sencillamente: ¿queréis ó no recobrar esos ochenta mil pesos y los réditos caídos en veinte años, que son... cinco veces diez, cincuenta: cincuenta veces ocho...

— Son ochenta mil pesos, interrumpió D. Silvestre, con impaciencia; ¿no sabéis que un capital impuesto al cinco por ciento se dobla á los veinte años?

— Ochenta y ochenta, añadió D. Fadrique, son ciento sesenta mil pesos?

— Cabal, dijo Alarcón : pero ¿cómo se ha de cobrar esa suma?

— Pues ese es el negocio que vengo á proponeros, contestó D. Fadrique.

— ¿Y vais vos á cobrar la cantidad? replicó D. Silvestre.

— ¿Yo? dijo el joven; no tengo para qué mezclarme en eso. Sois vos quien la cobrará.

— Pero concluyamos, caballero, exclamó el anciano; ¿á dónde vais á parar? ¿Tenéis algún arbitrio humano para que la casa recobre esa suma?

— Entendámonos, D. Silvestre, dijo Guzmán; tengo un medio seguro para que recobréis ciento cuarenta mil pesos.

— ¡Y los otros veinte mil?

— ¡Oh! los otros veinte mil pesos, dijo Guzmán sonriéndose, los cobraré yo; ó mejor dicho, los cabraréis vos para mi.

— Y qué, dijo Alarcón, ¿sois por ventura legatario de Balmaseda?

— No, respondió D. Fadrique, soy poseedor de un secreto que os ofrezco en venta. Si os parece caro, no hablemos más, no faltará quien lo compre.

— ¿Y á quién otro sino á la familia de Padilla puede interesar ese secreto? dijo D. Silvestre.

— ¿Á quién? respondió D. Fadrique; yo os creía más hábil comerciante, señor Alarcón; á la familia de Carranza. Si vos no me pagáis porque hable, ella me pagará de seguro porque calle.

Á pesar de la pobre idea que D. Silvestre se tenía formada de la humanidad, aquel cinismo, que casi rayaba en lo sublime, no pudo menos que admirarle. Comprendió que no se las había con un hombre común, y visto el giro que tomaba la conversación, se propuso estar muy sobre aviso.

— ¡Oh! Vos no haréis tal cosa, dijo el cajero; veinte mil pesos es una suma considerable; pero no tengo inconveniente en comprometerme, en nombre de la casa, á que la recibáis,

siempre que entremos en posesión de esa herencia. Pero decidme, caballero, continuó D. Silvestre, que deseaba profundizar más en aquel corazón cuya corrupción precoz le tenía abismado, ¿es solamente el incentivo de la ganancia de esa suma el que os mueve á revelar ese secreto ?

— No, señor don Silvestre, contestó Guzmán; el lucro no es más que un objeto secundario para mí. El fin que principalmente me propongo, es vengarme.

— ¿La familia de Carranza os ha hecho algún agravio? He oído más bien que sois íntimo amigo del joven D. César.

— Á él es precisamente al que me propongo arruinar.

— ¿Y qué motivo?...

— Nada. Únicamente que estoy harto de oir que le elogien, que le llamen valiente, discreto, leal, hermoso; cansado de ver que es feliz, que le aman; y á mí nadie me elogia, soy desgraciado y nadie me ama; nadie me ama, ¡ira de Dios! señor de Alarcón. Aborrezco á los que son felices y me propongo hacerles todo el mal posible.

Don Silvestre permaneció durante un rato pensativo, y luego dijo :

— Bien; yo os ofrezco formalmente la suma que pedís. Decidme cómo podremos hacer para recobrar la herencia de Balmaseda.

Don Fadrique sacó un papel y presentándolo al cajero mayor, le dijo :

— Como somos mortales, señor don Silvestre, sería conveniente, si os parece, que me firmaseis esta obligacioncita.

Alarcón leyó en voz alta :

"Como factor de la casa de comercio de D. Diego de Padilla, de esta ciudad, me obligo á pagar á D. Fadrique de Guzmán y Alvarado la cantidad de veinte mil pesos, tan luego como la dicha casa entre en posesión de la herencia de D. Juan de Balmaseda. Y porque conste lo firmo, en San-

tiago de Guatemela, á los catorce de julio de mil y seiscientos cincuenta y cinco años."

Don Silvestre se puso en pie; sin decir una sola palabra y sin que su rostro manifestase la más ligera emoción, tomó una pluma, la introdujo en uno de los vasos de plata de tres que había en el tintero, la retiró mojada y firmó, manteniendo el papel en la sombra que proyectaba la pantalla. Inmediatamente tomó la salvadera y cubrió con arenilla la firma, que quedó perfectamente legible. Hecho esto, entregó el papel á D. Fadrique, quien examinó cuidadosamente nombre y appellido, y encontrándolo todo en regla, leyó en voz alta: "*Silvestre Alarcón;*" dobló el documento, lo guardó en uno de sus bolsillos y volvió á su asiento.

En seguida refirió punto por punto al cajero mayor la conversación que escuchara algunas noches antes, en la hacienda de Santa Catarina, á la negra esclava de D. Tomás de Carranza y á su hijo, dándole todas las indicaciones convenientes para encontrar con facilicidad el rancho donde habitaba aquella familia.

Don Silvestre escuchó la relación con el más vivo interés y desde luego comprendió todo el partido que podía sacarse del asunto, bien manejado. Ya él tenía vehementes sospechas de que por parte de Carranza y su esposa se había recurrido á alguna superchería; pero no había dato alguno positivo en que apoyar aquella idea. Cuando ocurrió el suceso que fué á echar abajo las esperanzas de la familia de Padilla, Alarcón se hallaba en Nicaragua; y al regresar á Guatemala, encontró con que los Carranzas tenían ya un heredero. Llégaronle, por supuesto, los rumores que corrieron, acerca del misterioso nacimiento de aquel niño; pero como no pasaban de indicaciones muy vagas, hubo de conformarse con el hecho y sentó, como él decía, los ochenta mil pesos de la herencia de Balmaseda, entre las pérdidas y ganancias de la casa. Verdad es que los datos que D. Fadrique le comunicaba no eran con-

cluyentes; pero sí bastaban para seguir la pista á aquel secreto. En el ánimo de D. Silvestre quedó profundamente arraigada la convicción de que D. César no era hijo de D. Tomás de Carranza y su esposa, como había sucedido á Guzmán cuando oyó la conversación de la esclava.

— ¡Oh! dijo para sí el cajero mayor; si yo pudiese hallar un hilo que me condujese al través de este tenebroso laberinto y llegase á descubrir los verdaderos padres de ese joven, estábamos salvados.

Don Fadrique, considerando terminado el negocio, se levantó para retirarse; pero D. Silvestre le detuvo y le dijo:

— No os vayáis todavía, caballero. Habéis venido á proponerme un negocio, que hemos arreglado fácil y felizmente, y yo por mi parte he formado en esta conversación tan alta idea de vuestras cualidades, que he concebido el proyecto de proponeros otro.

— Decid, señor Alarcón, contestó el joven; estoy á vuestras órdenes.

— ¿Habéis oído hablar de los Nazarenos? preguntó el cajero.

— He oído alguna cosa, respondió Guzmán, de unos penitentes que se encuentran casi todas las noches en diferentes puntos de la ciudad, y cuyo número llama bastante la atención. ¿Y qué tienen que hacer esos hombres, que ni aun se sabe quiénes son, con el negocio que me queréis proponer?

— Tienen que hacer y mucho, dijo D. Silvestre; y abriendo un registro del escritorio, sacó un papel y lo puso en manos de Guzmán, quien leyó en voz alta lo siguiente:

— *Lista de los Nazarenos.* Don Diego de Padilla, D. Rodrigo de Arias Maldonado, D. Antonio de Mazariegos, D. Luis de Gálvez, D. Isidro de Cepeda, D. Antonio de Justiniano Echávarri...

— Aquí están los nombres de muchos de los principales sujetos del reino, dijo D. Fadrique admirado.

— Y los de muchos otros de la clase media y aun del pueblo, replicó Alarcón.

— ¿Y todos esos son los Nazarenos?

— Todos, dijo el anciano; los sujetos cuyos nombres veis allí, han formado una asociación fuerte, grande y temible, cuyo objeto es echar abajo al conde de Santiago, á su hijo y á sus favoritos y ocurrir al rey, pidiéndole un gobernante menos rapaz que el que hoy tiraniza y esquilma estas pobres provincias.

Guzmán se quedó pensativo, con el papel en la mano. Alarcón continuó :

— Bien veis que tarde ó temprano, hemos de alcanzar nuestro propósito; y entonces los honores y las riquezas lloverán sobre los miembros todos de esta asociación salvadora. Señor don Fadrique, concluyó en tono grave : ¿queréis ser Nazareno ?

Guzmán permaneció sin contestar durante un rato : luego dijo, como hablando consigo mismo.

— Riquezas, honores, crédito, por una parte, si el éxito corresponde á lo que se proponen. La horca ó el castillo del golfo, si la empresa fracasa

— Señor don Fadrique, dijo entonces D. Silvestre; permitidme os devuelva la frase que empleasteis ahora poco : os creía yo más hábil negociante. En la cuenta de ganancias habéis olvidado la partida más importante.

— ¿Cuál? preguntó Guzmán.

— El poder hacer daño, mucho daño á una porción de gentes que son felices : el conde de Santiago, el Adelantado de Filipinas, D. García de Altamirano, Dña. Elvira de Lagasti, la familia toda de Carranza, etc.

— Cierto, muy cierto; dijo D. Fadrique, cuyo rostro tomó una expresión algo semejante á la de las facciones del Satanás de Miltón. Podré hacer mal, mucho mal; soy de los vuestros, señor don Silvestre. Desde hoy podéis contarme en el número

de los Nazarenos. Y luego, añadió en voz baja, yo haré de modo que la partida de las pérdidas venga á disminuir notablemente, pues para todo hay arbitrios.

— Eso se verá á su tiempo, murmuró Alarcón, á quien no se habían escapado las palabras que pronunció Don Fadrique.

Quedó convenido que Guzmán sería presentado en la primera reunión de los Nazarenos, y no teniendo ya nada que tratar, se despidió.

— ¡Bribón! dijo D. Fadrique luego que hubo pasado el umbral de la puerta.

— ¡Perverso! exclamó Alarcón tan pronto como hubo desaparecido D. Fadrique.

CAPÍTULO XX

Primeras operaciones de Alarcón para recobrar la herencia de Balmaseda.

Reflexionando el cajero mayor de D. Diego de Padilla sobre lo que acababa de comunicarle Guzmán, trazó su plan de operaciones, y resolvió ante todo dar cuenta á su patrón del importantísimo descubrimiento hecho por D. Fadrique. En consecuencia, pasó al gabinete de D. Diego y le refirió en pocas palabras su conversación con el joven. Aquella revelación dejó asombrado al caballero, que consideró, como Don Silvestre, indudable que D. César no era hijo de D. Tomás y de su esposa, sino un usurpador del mayorazgo fundado por Balmaseda. Don Diego se mostró resuelto á no dejar de la mano el asunto, hasta obtener el recobro de lo que le pertenecía ocurriendo á los tribunales, si Carranza se obstinaba en retener la suma. Ambos juzgaron oportuno procurar, antes de entablar un proceso, ver si se obtenía que D. Tomás entrase por algún arreglo, aun cuando fuese preciso sacrificar una parte de los réditos que estaba obligado á abonar, lo que pareció á Padilla tanto más cómodo, cuanto que contaba con la suma íntegra de ochenta mil pesos, á que ascendían los premios, pues el cajero no le dijo una sola palabra de la obligación que acababa de firmar. Pero el anciano comprendió que no era él quien debía abocarse con su enemigo; pues de un encuentro de dos antagonistas, nada bueno había de resultar; y así resolvió

dejar el asunto enteramente en manos de Alarcón, para que él mismo conferenciase con Carranza é hiciera todo lo demás que pudiera convenir. Con aquella amplia autorización, Don Silvestre se encontró en el terreno en que deseaba y le convenía colocarse. Porque debemos hacer notar que si en los lances apurados el cajero mayor tomaba sobre sí la responsabilidad de las medidas más graves, como lo hizo cuando fué necesario dar, sin perder un minuto, la orden para la muerte de Rubayo, usando del signo con que firmaba el jefe de los Nazarenos, siempre que el asunto daba tiempo, acostumbraba consultar con su patrón y recabar sus órdenes, como lo había hecho cuando dispuso apoderarse del libro de los juegos de palacio. Conocía Alarcón el carácter orgulloso y altivo de D. Diego y sabía perfectamente que era necesario guardarle ciertos miramientos, para hacer de él cuanto se quería. Don Silvestre era, además, de aquellos hombres que no creen en el axioma matemático de que *la línea recta es el camino más corto que hay de un punto á otro;* y siempre procuraba llegar á su objeto por las curvas.

Habían transcurrido cinco días desde que tuvo lugar la conversación de D. Fadrique y D. Silvestre; tiempo que el infatigable cajero mayor empleó en cierta operación esencial al éxito del negocio que llevaba entre manos y de que se dará noticia á su tiempo. Alarcón se dirigió á casa de D. Tomás de Carranza, y se hizo anunciar, advirtiendo que deseaba hablar al caballero de un asunto de la mayor importancia. No fué poca la sorpresa que causó á Carranza aquella visita, pues jamás había puesto los pies en su casa individuo alguno que estuviese tan íntimamente ligado con la familia de su enemigo, como lo estaba D. Silvestre. Excitada vivamente su curiosidad, hizo decir al cajero mayor de D. Diego que pasase adelante, lo que verificó Alarcón, presentándose á D. Tomás con tanta tranquilidad, como si fuese á tratar el negocio mas sencillo con cualquiera de sus amigos. Después de un cortés y frio

saludo por una y otra parte, D. Silvestre habló de esta manera :

— Os sorprenderá, sin duda, caballero, que me haya tomado la libertad de presentarme en vuestra casa, no habiendo tenido antes la honra de comunicaros.

— Efectivamente, contestó D. Tomás con sequedad; no esperaba ser favorecido con vuestra visita ; y supongo que sólo un asunto que os interese en gran manera á vos ó á algún otro, podría proporcionarme este honor.

— Que el asunto interesa á alguno, no hay la menor duda, señor de Carranza; en cuanto á mí, personalmente, podéis estar seguro de que no me atañe en lo más pequeño.

— ¿De qué se trata pues? dijo D. Tomás.

— De algo que toca muy de cerca á las dos familias, la vuestra y la de D. Diego de Padilla.

— No creo que pueda haber nada de común entre mi familia y la de ese caballero, contestó D. Tomás, cuya sangre se agolpó en su frente.

— Cuando se tienen unos mismos deudos, dijo D. Silvestre, se comienza ya por tener algo común; y si uno de esos parientes ha establecido alguna fundación á cuyo goce son llamados, en su caso, individuos de la una y de la otra familia, hay también ese derecho común.

— Sea como queráis, caballero, replicó D. Tomás, á quien aquel asunto molestaba no poco; ¿y qué pretendéis deducir de esas premisas?

— Una consecuencia muy natural y muy sencilla. Suponed (esta es una mera hipótesis) que vos y D. Diego de Padilla tenéis derecho á cierta cosa, á una herencia, por ejemplo; que vos entráis desde luego en posesión de ella, por haberlo dispuesto así el testador, y que para conservarla, pasado cierto tiempo, tenéis necesidad de llenar cierta condición establecida; claro es que si no la llenáis, perdéis aquel derecho, y recae *ipso facto* en D. Diego.

— Comprendo á lo que queréis aludir, respondió Carranza algo alarmado; y ¿si la condición se ha cumplido?

— Entonces, dijo Alarcón, vos sois el dueño de la herencia, y no hay para qué hablar más de ello.

Don Tomás respiró; pero no conocía á su taimado contrincante, que se divertía en jugar con él, como un gato con el ratón que ha caído entre sus uñas. Después de un momento de silencio, D. Silvestre continuó diciendo:

— Prosigamos en la hipótesis. Suponed que la condición para lograr esa herencia fuese... lo que gustéis; que Dios bendijese vuestro matrimonio con un hijo, verbigracia, y que pasado el tiempo que el testador fijó, tal hijo no apareciese.

— En tal caso, yo habría perdido el derecho, contestó Carranza; mas si por el contrario...

— Si había tal hijo, interrumpió Alarcón, él destruía por completo las esperanzas de D. Diego y afirmaba vuestros derechos.

— Y es precisamente lo que, como sabéis, señor mío, dijo D. Tomás, ha sucedido en el caso á que aludís.

— Es así, contestó Alarcón. Pero suponed que á los quince, á los veinte años de estar vos en quieta y pacífica posesión de la tal herencia, viniera uno que dijese que el hijo no lo era en realidad vuestro, que había habido fraude y suplantación...

— Al que tal cosa se atreviese á afirmar, interrumpió Don Tomás, poniéndose pálido, le llamaría yo villano y embustero, y si tenía la audacia de decírmelo á mí mismo, haría que mis criados le arrojasen de mi casa como á un perro.

Sin contestar una sola palabra, D. Silvestre se levantó muy despacio de su asiento y se dirigió á tomar una campanilla de plata que estaba sobre la mesa.

— ¿Qué vais á hacer? dijo Carranza.

— Á llamar á vuestros criados, dijo Alarcón, porque precisamente iba yo á deciros que por medio de un fraude y una superchería, os habéis quedado con la herencia de D. Juan

de Balmaseda, que corresponde legítimamente á D. Diego de Padilla.

Don Tomás quedó aturdido bajo aquel golpe asestado con tanta seguridad y sangre fría.

— Deteneos, dijo el caballero, y terminemos esta enojosa chanza. Vos no creéis lo que acabáis de decir. Sabéis perfectamente de D. César es hijo mío y de mi esposa y que los documentos que lo acreditan están en toda regla.

— Sé, contestó D. Silvestre, que el 20 de enero de 1635 enviasteis á la parroquia del Sagrario á bautizar un niño que se asentó por hijo legítimo de D. Tomás de Carranza y de Dña. Gertrudis de Medinilla; que le bautizó de noche un eclesiástico pariente inmediato de la señora, y que fué su padrino D. Juan de Padilla, vuestro hermano. Así consta en la partida de bautismo, que he tenido á la vista.

— Entonces, dijo D. Tomás, ¿qué falta?

— Poca cosa, respondió D. Silvestre; falta únicamente averiguar quién pudo ser otro niño que llevasteis vos mismo á vuestra hacienda de Santa Catarina, pocos meses antes de que apareciese D. César; niño que disteis á criar á una esclava llamada María del Patrocinio, que vivía en una remotidad de la finca y que fuisteis vos mismo á recoger, trayéndole á la ciudad en los mismos días en que se dijo había nacido Don César y prohibiendo á la esclava que saliese de la hacienda. Saber qué tenga de común con D. César ese niño, criado con tanto misterio, es lo único que falta, señor don Tomás.

Carranza estaba muy distante de tener la calma y sangre fría del cajero mayor. Así, á medida que éste iba apurando el ataque, el pobre caballero parecía más y más azorado; mudaba colores y casi no acertaba á responder. Alarcón, á quien no se escapaba por supuesto el efecto que hacían sus revelaciones, dijo:

— Ya veis, señor D. Tomás, que del cielo á la tierra no hay nada oculto. Tengo en mi poder datos suficientes para

poder probar en juicio que D. César no es hijo vuestro, y para perseguiros criminalmente, sin perjuicio de haceros restituir los ochenta mil pesos del mayorazgo y sus réditos. Pero deseo evitar el escándalo de un proceso semejante y vengo á proponeros una transación.

— Explicaos, contestó Carranza, con abatimiento.

— Sabéis muy bien, dijo el cajero mayor, que los réditos que habéis percibido indebidamente ascienden á otros ochenta mil pesos : pues bien, se os hará condonación de veinte mil y entregaréis el resto de la suma.

— ¡ Jamás ! contestó Carranza, comprendiendo desde luego que un desembolso semejante le arruinaría sin remedio. Dígoos que toda esa fábula que me habéis contado, no es sino una superchería inventada para despojarme de lo que legítimamente poseo. Los documentos están en regla, estoy en posesión de los bienes y no os daré un maravedí. Haced lo que os parezca.

— Reflexionadlo bien, caballero, dijo Alarcón. Pensad en el escándalo de un pleito como el que habrá de promoverse si persistís en vuestra negativa ; en el baldón que arrojará sobre vuestra esposa y sobre el inocente D. César.

La última reflexión de D. Silvestre pareció hacer profunda impresión en el ánimo del desgraciado Carranza, pues tanto él como su esposa amaban á aquel joven, más quizá que si realmente fuese su hijo. La lucha, pues, era terrible en el corazón de aquel anciano. Temblaba por una parte al considerar los sinsabores y la vergüenza que habría de producirle un pleito como aquel con que se le amenazaba, y no podía resolverse tampoco á aceptar la ruina de su familia, que consideraba segura, si se desprendía de una cantidad tan considerable. Cuando se encontraba Carranza más violentamente agitado por aquellas dudas, oyó la voz D. César, que en la pieza inmediata preguntaba por él, en un tono que hizo conocer al caballero que alguna cosa grave había ocurrido. El joven iba a

entrar ya en el gabinete, y D. Tomás, no queriendo que encontrase ahí al cajero mayor de D. Diego de Padilla, suplicó á éste se ocultase por un momento en otra pieza contigua. Hízolo así Alarcón y no bien había cerrado la puerta de la cámara, apareció D. César pálido, agitado y con un papel en la mano.

—Padre mío, dijo el joven, explicadme el misterio terrible que encierra este papel. Perdonad, si á pesar de vuestras órdenes, no me ha sido posible dejar de amar á Doña Violante de Padilla, y permitidme os interrogue acerca de la espantosa revelación que contiene esta carta sin firma que ha recibido esa joven.

Don César presentó á D. Tomás el papel, de letra desconocida, en que se avisaba á Doña Violante que el supuesto hijo de D. Tomás de Carranza y Dña. Gertrudis de Medinilla, era un espurio, de padres ignorados, usurpador de un nombre y de un mayorazgo que no le pertenecían. El anónimo agregaba algunas noticias sobre la manera misteriosa en que había sido criado D. César durante seis meses, y anunciaba que no tardaría en hacerse público aquel hecho y ponerse en claro el vergonzoso origen del hombre á quien amaba Dña. Violante.

—¡ Yo un espurio ! ¡ Un villano ! ¡ Un usurpador ! decía el joven, y se golpeaba la frente con el puño. Decidme, padre mío, que todo esto es una impostura, una infame calumnia; buscaré á su autor, aunque se oculte en las entrañas de la tierra y le cortaré la mano que ha escrito esta mentira atroz.

Al decir esto, el desgraciado derramaba lágrimas de dolor.

Don Tomás, esforzándose por dominar su emoción, contestó :

— Sí, hijo mío, es una calumnia, una impostura, cuyo autor esperamos recibirá algún día el castigo merecido. Tranquilízate, y déjame, pues tengo un asunto muy importante que debo terminar.

El joven se retiró más tranquilo, después de haber recogido

el anónimo que había asestado un golpe tan doloroso á los dos amantes.

Carranza abrió la puerta del gabinete donde se había ocultado Alarcón, y cuando salió éste, le dijo D. Tomás:

— ¿Habéis oído, por ventura? ¿habéis podido advertir la desesperación de ese noble joven?

— Sí, caballero, contestó D. Silvestre; todo lo he advertido; lo he escuchado todo.

— ¿Y tendréis valor aún, replicó Carranza, para despedazar ese corazón tan leal, para hundir á una familia entera en la vergüenza y el dolor?

El insensible y frío negociante alzó los hombros y dijo:

— Mi obligación es ver por los intereses de la casa; no haremos más que reclamar lo que nos corresponde; y si queréis evitar esas penas, devolved la suma. Es un negocio en que ganáis 20,000 duros. Poco nos importa que ese joven continúe creyendo que es hijo vuestro; sois dueño de darle vuestro nombre; lo único que os pedimos es la devolución de ciento cuarenta mil pesos.

Diciendo esto, Alarcón tomó su sombrero y dirigiendo la vista á un reloj que había en el gabinete, dijo:

— Os doy dos horas más para reflexionar y tomar un partido. Son las nueve; si á las once no recibo aviso de que aceptais el arreglo que os he propuesto, se presentará el escrito de demanda, que está ya extendido y firmado.

Dicho esto, hizo una cortesía y se retiró.

Carranza permaneció profundamente pensativo, y comenzó á pasearse precipitadamente por el cuarto.

— No, decía, no puede ser y no será; agotaré todos los recursos; tengo la protección decidida del Presidente; sacrificaré quince, veinte mil pesos, si es necesario, y salvaré el resto de la suma, evitándome el dolor y la vergüenza de un despojo. No hay más testigo cuya declaración podria comprometerme...

Al decir esto, se detuvo como si le hubiera asaltado repentinamente una idea; se dirigió á la mesa, tocó la campanilla, y habiéndose presentado un criado, le previno llamara inmediatamente á Garzona, su dependiente de confianza. Acudió el llamado y D. Tomás le dijo :

— Haz enjaezar uno de los mejores caballos que haya en la casa; escoge uno de los criados de más confianza para que te acompañe y te vas ahora mismo á Santa Catarina. Sabes bien el punto donde vive la esclava llamada María del Patrocinio ; la traes inmediatamente, sin permitir que por ningún pretexto hable con persona alguna antes de que me sea presentada. Vete y camina día y noche.

El dependiente fué á alistarse y D. Tomás quedó algo más ranquilo, después de haber tomado aquella medida, que consideraba de la mayor importancia.

CAPÍTULO XXI

El tormento.

El robo del libro de los juegos de palacio y la prisión de D. Dieguillo, á quien se consideraba cómplice de aquella fechoría, fueron dos acontecimientos que llamaron vivamente la atención en la ciudad, habiéndose publicado aquellos hechos extraordinarios, en la mañana misma que siguió á la noche en que se verificaron.

El conde de Santiago y su hijo el Adelantado se perdían en conjeturas sobre el autor del robo, sin acertar á fijarse en persona alguna. Sospecharon, entre otros, desde luego, de D. Diego de Padilla; pero como su reputación de probidad y la fama de su riqueza no parecían autorizar aquella sospecha, no se atrevieron á proceder contra un sujeto tan principal y tan relacionado en todo el reino. Por fortuna, decían, está cogido el hilo de la intriga, pues D. Dieguillo debe saber quién es el autor del hecho; y resueltos á arrancarle la confesión, de grado ó por fuerza, contaban ya como segura la averiguación de la verdad.

Á eso de las ocho de la mañana el Adelantado pasó á la cárcel donde estaba encerrado el bufón y bien asegurado en el cepo. Al ver entrar á D. Enrique, tembló D. Dieguillo, presintiendo lo que se le aguardaba. Resuelto á no descubrir al autor del robo, pues estaba seguro de que esa delación le costaría á él la cabeza, había estado maquinando algunos ardi-

des, desde el momento en que fué conducido á la prisión. Sin embargo, D. Enrique no era hombre á quien se engañaba fácilmente; y como el bufón lo sabía muy bien, y conocía además el carácter irritable y duro de aquel caballero, se estremeció de pies á cabeza cuando le vió entrar, con semblante airado y con una expresión aun más severa que la que mostraba de ordinario.

El Adelantado se sentó en un banco de madera que estaba junto á la pared frente al cepo, y dijo á D. Dieguillo:

—Te he dado tiempo para que reflexiones y te decidas á declarar quién ó quiénes son los autores del robo del libro. Has debido comprender que estoy resuelto á que no salgas de esta prisión sin haber dicho lo que tu deber te mandaba revelar, desde el momento mismo en que acababa de suceder, si no es que hubieses podido evitarlo. Perteneces á la servidumbre de mi padre, que te recogió miserable y enfermo, en las calles de México; donde, sin su generosa protección, habrías perecido como un perro. La gratitud y el deber te imponen no guardar secreto en un asunto cuya averiguación interesa vivamente á tu amo y protector. Habla, no ocultes la más pequeña circunstancia, y te prometo que se tendrá contigo toda la indulgencia que sea posible. Puedes salvarte del castigo que tienes merecido, si descubres todo lo que ha pasado; pero ¡ay de ti, si más fiel á los enemigos de tu señor que á éste, insistes en callar y continúas traicionándole! Yo sabré arrancarte la confesión que no hayas hecho voluntariamente.

Calló el Adelantado, como si quisiese dejar tiempo á Don Dieguillo para que meditara antes de contestar. Las amenazas de D. Enrique hicieron profunda impresión en el ánimo del miserable viejo, y la idea de salvarse de la violencia que se emplearía con él para arrancarle aquel secreto, atravesó rápidamente por su imaginación atormentada; pero inmediatamente le pareció ver delante de sí la marmórea figura del cajero mayor, que se levantaba para referir la tenebrosa histo-

ria de D. Pedro de Uceda. El asesinato de D. Fernando, el robo de sus bienes, el suicidio de la esposa de aquel caballero, consecuencia de aquellos hechos, eran tres gravísimos cargos, suficientes para enviar á la horca á cualquiera. En esa convicción, D. Dieguillo, que no dudaba un punto que Alarcón realizaría su amenaza, si le delataba, resolvió callar y resistir hasta donde le fuese posible. Así, contestó al Adelantado en el tono más humilde:

— Señor, ignoro absolutamente quién sea el autor del robo; os lo juro por cuanto hay más sagrado. Yo me había quedado dormido, como me acontece frecuentemente, en el canapé que está en el salón azul, frente á la caja donde se guarda el libro de los juegos. Cuando desperté, me hallé con que el arca estaba abierta y el libro había desaparecido. Á nadie ví, no pude saber quién cometió el atentado, y cuando entrasteis, señor, iba yo á dar aviso de lo ocurrido.

— Bien lo finges, malvado, dijo D. Enrique, echando al bufón una mirada terrible; pero conmigo no te valdrán tus arterías. Por última vez te lo pregunto: ¿quién ha sustraído el libro?

— Por el amor de Dios, señor, dijo D. Dieguillo, llorando; no os irritéis contra mí; ved que nada sé y si nombrase yo á alguien, acusaría sin duda á algún inocente.

Don Enrique se levantó sin contestar ya una sola palabra, y se dirigió á la puerta, temblando de ira. Al salir, dijo:

— Veremos si el medio de que voy á valerme, es más eficaz ó no que la persuasión; y se retiró, echando la llave y dejando al desventurado D. Dieguillo en la mayor congoja.

Pasó todo el día, sin que el Adelantado volviese á presentarse en la prisión; llegó la noche, y á cada ruido que escuchaba, por ligero que fuese, creía el desventurado ver entrar otra vez al irritado caballero. Pero pasaban las horas y el Adelantado no parecía. Por último, á eso de las once, más tranquilo ya el anciano, comenzó á concebir esperanzas de que

Don Enrique hubiese prescindido de su empeño. Estaba fatigado, había pasado en vela la noche anterior; el sueño fué apoderándose poco á poco de sus sentidos, y cuando daban las doce en el reloj de la Catedral, el prisionero dormía profundamente, hacía poco más de media hora.

No sintió, pues, abrir la puerta de la cárcel, ni vió que entraban cuatro hombres con una máquina ó aparato que colocaron en un rincón del cuarto. Hecho esto, uno de los individuos que acababan de entrar, dijo á otro de los que le acompañaban que se retirase, y se quedaron solamente el que dió la orden y los otros dos.

— Disponed la máquina, dijo el Adelantado; pues no era otro el que acababa de entrar en la cárcel y despedido al que se había marchado.

Los otros dos acudieron á cumplir con la orden. El uno era el joven Adriano, nuestro antiguo conocido; el otro era un hombre de alguna edad, de fisonomía torva y mirada siniestra, que por la presteza y habilidad con que manejaba aquel extraño aparato, parecía muy acostumbrado á aquellas operaciones. El chirrido agudo de un tornillo, que apretó aquel hombre, hizo despertar á D. Diego, que, á favor de la escasa claridad que arrojaba una linterna colocada sobre el banco, vió á Don Enrique y á sus dos compañeros. Cuando fijó los ojos en el aparato y en el que lo arreglaba, erizáronsele los cabellos, hizo un movimiento como para levantarse, pero volvió á caer de espaldas, pues el cepo le tenía cogidos ambos pies.

— ¡ El tormento! ¡ el verdugo! exclamó el desgraciado, dando diente con diente.

El verdugo y Adriano, sin hacer el menor caso del terror de D. Dieguillo, continuaron sus arreglos, que presenciaba impasible D. Enrique, sentado en un extremo del banco. La luz de la lámpara alumbraba con resplandor siniestro aquellos horrorosos preparativos. El aparato era de los que servían para dar el tormento llamado *de cuerdas y vueltas*, uno de los

más dolorosos que pudo haber discurrido la barbarie de aquella edad cruel.

Luego que todo estuvo listo, el Adelantado mandó al verdugo y á Adriano que abriesen el cepo, que desnudasen á Don Dieguillo y le pusiesen en el aparato. El anciano daba gritos lastimeros; pero la cárcel estaba en un extremo del edificio, las paredes y la puerta eran muy gruesas; y así, no había probabilidad alguna de que los clamores de aquel miserable llegasen á ningún oído humano.

Don Dieguillo fué atado en el potro. Un cordel le ceñía el muslo derecho y otro la caña izquierda, de la rodilla abajo. Otro le apretaba el morcillo derecho y otro el antebrazo izquierdo. El Adelantado hizo una seña con la mano; el verdugo dió una vuelta al torno y las cuerdas se enterraron en las carnes del miserable, á quien la fuerza del dolor arrancó un grito penetrante.

— ¿Confiesas? preguntó D. Enrique.

— Señor, por el amor de Dios, dijo el anciano, haced que no me martiricen; nada sé.

— Continuad, dijo el Adelantado.

El verdugo dió otra vuelta, y crujieron los huesos del anciano, como si fuesen á romperse.

— Jesús sacramentado, amparadme; exclamó D. Dieguillo; Virgen santísima de los Dolores, socorredme...

Á una nueva señal de D. Enrique, repitió el verdugo la operación. Las carnes del desventurado, lívidas é hinchadas, parecían próximas á hacerse pedazos.

— Ángel de mi guarda, gritó el infeliz; ¡favorecedme, favorecedme!

El torno dió una nueva vuelta, y D. Dieguillo, rendido por el dolor, exclamó:

— ¡Misericordia! ¡misericordia! ¡Lo confesaré todo!

Al oir estas palabras, Adriano, con un movimiento rápido que no fué notado por D. Enrique ni por el verdugo, puso el dedo

índice de la mano derecha sobre sus labios, como para prevenir á D. Dieguillo que guardase silencio. El anciano advirtió la indicación, calló y cerró los ojos.

— Habla, dijo D. Enrique.

El bufón no respondió. Acercóse el Adelantado, le sacudió fuertemente y dijo:

— Ha perdido el conocimiento. Aflojad las cuerdas.

El verdugo dió vuelta al tórculo en sentido inverso y las cuerdas fueron aflojándose. Don Dieguillo estaba deshecho y no abría los ojos.

— Es necesario suspender la operación y dejarle por ahora, dijo D. Enrique. Ha ofrecido confesar y confesará. Si así no fuere, le daremos tres días para que se recobre un poco y pasado mañana se repetirá el tormento, hasta que el dolor le arranque ese secreto. Adriano, añadió, volviéndose al paje; cuida de que traigan á este hombre algunos alimentos, no sea que muera antes de que haya hablado. Tú solo entrarás en la prisión, y cuando se le haya provisto de lo que necesita, me llevarás la llave. Tú, dijo al verdugo, debes estar pronto para cuando se te llame.

El verdugo hizo una inclinación de cabeza y luego preguntó:

— ¿Volveremos á ponerle en el cepo?

— No es necesario, respondió D. Enrique; está imposibilitado de moverse.

Dicho eso, se retiraron, dejando al desgraciado D. Dieguillo, ó sea D. Pedro de Uceda, tendido en el suelo, pálido, descoyuntado y sin alientos para hacer el más leve movimiento.

Al siguiente día, á eso de las siete de la mañana, Adriano salió del palacio y se dirigió á casa de D. Diego de Padilla. Encerróse en el escritorio con el cajero mayor y le dió cuenta minuciosa de cuanto había ocurrido la noche anterior en la cárcel del palacio. Por lo que le decía el paje, comprendió desde luego D. Silvestre la urgente necesidad de evitar que Don Dieguillo volviese á ser sometido al tormento, pues era seguro

que, sin fuerzas para resistir, el dolor le arrancaría la confesión de lo que sabía respecto al robo del libro. Era, pues, indispensable encontrar algún arbitrio para salvar aquella dificultad. D. Silvestre puso en prensa su fecunda imaginación; y después de un rato de meditar, dijo al paje:

— ¿Está todavía expedita la puerta del jardín, cuya llave me proporcionaste hace pocos días?

— No, señor, contestó Adriano; concibiéronse algunas sospechas de que por aquella puerta se hubiese introducido el que sustrajo el libro, y la han hecho tapiar.

— No hay, pues, que pensar en ella, dijo Alarcón, y continuó meditanto.

— La cárcel está situada en el segundo piso, en un extremo del palacio, ¿no es verdad? preguntó el anciano.

— Sí, señor, respondió el joven. Como sabréis quizá, es una pieza con techo de bóveda, como todo el edificio, y para proporcionarle alguna luz y ventilación, tiene una pequeña torre, ó cimborrillo con cuatro ventanas.

— ¿Sin rejas? preguntó D. Silvestre.

— Sin rejas, dijo el paje; pero tan estrechas, que es imposible puedan dar paso á un hombre por pequeño que sea.

— No importa, observó Alarcón. De dos ventanas pequeñas que están contiguas una barreta puede hacer una sola de tamaño regular.

— No hay duda, replicó Adriano; formando una sola de dos, cualquiera podría entrar y salir por ella; pero ¿quién y cómo habrá de hacerse eso?

Don Silvestre no contestó á aquella pregunta.

— Me has dicho, agregó, que se te permite entrar á la prisión.

— Sí, señor; estoy encargado de llevar algún alimento al prisionero; y debo entrar precisamente hoy al medio día.

— Bien; cuando vayas hoy, atarás un cordel fuerte bajo los razos de D. Dieguillo, procurando que sobre el pecho y sobre

la espalda queden dos gazas ó argollas formadas con la misma cuerda.

— ¿Nada más?

— Nada. Dirás á D. Dieguillo que se hace eso por orden del Adelantado, y que si toca al cordel, se le castigará.

— ¿No necesitáis alguna otra cosa?

— Ninguna. Lo demás corre de mi cuenta. Puedes retirarte.

Hízolo así Adriano; y cuando fué al medio día á llevar el alimento al prisionero, ejecutó la orden recibida. Don Dieguillo estaba tan amilanado, que dejó hacer al paje, sin preguntar lo que aquello significaba. En seguida, Adriano fué á entregar la llave de la cárcel á su amo.

Pasó el día, y á eso de las ocho de la noche, D. Enrique se dirigió al calabozo, abrió, y viendo que D. Dieguillo estaba aún muy postrado y sin fuerzas, dejó el interrogatorio para la mañana siguiente, y se retiró, después de cerciorarse de que la puerta quedaba bien cerrada.

CAPÍTULO XXII

La pesca con anzuelo.

Cuando pasaban los sucesos que acabamos de referir en el capítulo anterior, estaba ya bastante adelantado el mes de Agosto. Llovía casi todas las noches, y con aquella circunstancia contaba D. Silvestre Alarcón para llevar á cabo un plan atrevido que le ocurrió cuando conferenciaba con Adriano, y que, con la fuerza de voluntad que le caracterizaba, determinó poner en ejecución aquella misma noche.

Á eso de las once, el agua caía á torrentes é inundaba las calles de la ciudad. En las circunvecinas al palacio, por la parte de atrás, veíanse apostados unos cuantos Nazarenos, que arrostraban impávidos los aguaceros. Cuatro ó cinco de aquellos individuos aproximáronse al muro del edificio y colocaron una larga escala, por la que subieron dos de ellos solamente. Luego que hubieron llegado á la azotea, los que permanecian abajo retiraron la escala y la pusieron junto á la pared, de modo que no pudiese ser vista aun en el caso de que pasase alguna persona extraña por ahí. Por lo demás, la precaución era completamente inútil. En aquellos benditos tiempos, á tal hora y con semejante noche, ¿quién había de ser tan desalmado que se aventurase en las calles lóbregas y solitarias? Los ladrones aguardaban un tiempo menos tempestuoso y la ronda esperaba á que saliesen los ladrones. Si alguna patrulla hubiese visto á aquellos encapirotados, así se habría guardado

de acercárseles, como de tocar con los muertos, tal era la veneración que los penitentes infundían. Y como entonces no debía ser aún muy conocido el dicho de que detrás de la cruz está el diablo, los Satanases que se amparaban tras aquellas cruces, podían hacer impunemente de las suyas.

Los dos Nazarenos que acaban de trepar á la azotea del palacio, llevaban dos cuerdas largas, gruesas y fuertes, que remataban en unos ganchos de hierro de la misma forma de los anzuelos que sirven para pescar. Llevaban también dos garruchas, una linterna sorda y dos barretas no muy grandes. Subieron sobre una bovedita, hasta llegar á una torrecilla que tenía cuatro ventanas, como de media vara de alto y una cuarta de ancho; y luego que la hubieron reconocido, más por el tacto que por la vista, dijo uno de ellos en voz baja:

— Aquí es.

— Pienso que sí, señor D. Silvestre, contestó el otro en el mismo tono.

— Pues manos á la obra, añadió Alarcón, y procura hacer el menor ruido posible; aunque con esta endiablada noche, creo que no se oiría ruido alguno, aun cuando echásemos abajo el palacio.

Diciendo esto, el cajero mayor y el mayordomo de D. Diego de Padilla, pues él era el otro Nazareno, comenzaron á dar de barretazos entre una y otra ventanilla. Tenían á su favor la circunstancia de que el cimborrillo había quedado bastante ajado con los últimos temblores, y así la operación se les facilitaba mucho. Trabajando los dos con empeño, á eso de las doce habían echado abajo la pared, y comunicadas las dos ventanas quedaba un trecho suficiente para que pasase por él una persona con holgura.

— Hemos concluído, dijo D. Silvestre; dame la linterna y las garruchas.

Dióselas el otro, y habiendo asegurado fuertemente las dos

garruchas contra las otras dos ventanillas, corrió la tapa de hojalata que cubría la luz, enganchó el farolillo en el garfio atado á la extremidad de una de las cuerdas, lo introdujo por el boquerón abierto y lo hizo bajar hasta el suelo del cuarto á donde caía la torre. Hecho esto, Alarcón dijo á su compañero, asomando la cabeza por la tronera :

— Ahí está, le veo perfectamente; duerme. Acércate, echa la otra cuerda. Vamos á pescarle.

Don Dieguillo, pues á él era á quien se trataba de pescar, dormía efectivamente, rendido por la fatiga y por dos noches de insomnio. No había sentido la operación que fué preciso hacer para salvarle. Á una vara del sitio donde estaba tendido el descoyuntado bufón, se veía el montón de ripio que había caído al derribar la pared.

— Procura coger con el gancho una de las gazas del cordel que tiene bajo los brazos, dijo D. Silvestre; y cuando le hayas levantado, yo cogeré la otra. Hízolo así el mayordomo y al fin pudo enganchar la gaza con el garfio. Entonces á favor de la garrucha donde estaba colocado el cordel, levantó la inerte y pesada mole del bufón, que de pronto no despertó, tan profundo era su sueño. Don Silvestre vió perfectamente la otra gaza y logró cogerla con el otro gancho. Comenzaron á izar á D. Dieguillo, que, cuando estaba ya á media vara del suelo, despertó sobresaltado, sintiendo aquel extraño movimiento.

— ¡El tormento, el tormento! gritó el anciano aturdido; otra vez esa maldita máquina y sus cuerdas que me despedazan las carnes!

El desgraciado lloraba de terror y espanto. Pero pronto hubo de convencerse de que no estaba en el aparato; y al advertir que le iban levantando hacia la bóveda, subió de punto el miedo que se había apoderado de él y clamaba con toda la corte celestial. Alarcón y el mayordomo, que estaban seguros de que aquellos gritos no podían ser escuchados, continuaban subiéndole sin hacer caso de sus clamores. La pieza era poco

elevada y no tardó mucho D. Dieguillo en llegar al boqueron. Cuando asomó la cabeza y vió las dos extrañas figuras que le habían levantado á aquella altura, no pudiendo reconocerlas en la oscuridad, creyó que eran los diablos y lanzó gritos más desaforados.

— Callad, ¡vive Dios! dijo D. Silvestre, ó lo perdemos todo. Soy yo, reconocedme, soy Alarcón y vengo á salvaros.

— ¿Sois vos, caballero? ¿no es Lucifer que viene con sus satélites á llevarme al fuego eterno?

— Salid, dijo Alarcón, sacando al anciano con ayuda del mayordomo, y tendiéndolo sobre la bóveda.

Más seguro ya, D. Dieguillo exclamó :

— Dios os pague esta grandísima caridad, señor don Silvestre de mi alma, y se echó á llorar como un chiquillo.

— Dejad todo eso para después, contestó el cajero; que ahora lo que importa es concluir lo comenzado. Bajad á la azotea, mientras yo saco la linterna.

— ¿Qué tengo de bajar, triste de mí, dijo el anciano, si estoy tal que no puedo moverme?

— Es verdad, contestó Alarcón; y dirigiéndose á su compañero, agregó :

— Habrá que bajarle en peso.

— Don Silvestre volvió á echar la cuerda y subió la linterna. En seguida, tomaron al bufón entre los dos, le bajaron de la bóveda y le condujeron por la azotea hasta el punto por donde habían subido. Hicieron una señal á los de abajo y éstos volvieron á colocar la escala.

El cojero y el mayordomo discutieron entonces si convendría bajar á D. Dieguillo por la escala, ó por medio de las mismas cuerdas que sirvieron para sacarle de la prisión ; y al fin resolvieron valerse del segundo medio, considerando difícil y peligroso el primero. Ocurrióle al mayordomo servirse de la misma torrecilla, que estaba poco distante, como punto de apoyo, y pasando la cuerda en derredor de ella, atado D. Dieguillo al

otro extremo, le fueron dejando caer poco á poco, hasta que llegó sano y salvo al piso de la calle. Alarcón y el mayordomo recogieron en seguida barretas, cuerdas, linterna y garruchas, y bajaron por la escala. Otros dos Nazarenos tomaron á D. Dieguillo y fueron caminando con él, en el mayor silencio. D. Silvestre y el mayordomo, con los demás los seguían de cerca.

Dirigiéronse á un barrio lejano, llegaron á una casa grande, de dos pisos y de buena apariencia, cuya puerta estaba abierta; entraron todos y se encaminaron á una de las piezas del piso bajo, donde había una cama con colchones, en la que colocaron al anciano. Hecho esto, se retiraron sin decir palabra y Don Silvestre cerró la puerta con llave, dejando al bufón estupefacto al ver que se le había sacado con tanto trabajo y riesgo de una prisión, para ponerle en otra.

Dejémosle ahí, aunque privado de libertad, cómodamente acostado y sin temor de que se le volviese á someter á aquel infernal tormento, y digamos la sensación que causó en el palacio la desaparición de D. Dieguillo.

Al siguiente día muy temprano el paje de D. Enrique, cumpliendo con las órdenes de su amo, fué á llevar algún alimento al prisionero, para lo cual pidió la llave de la cárcel al Adelantado. El joven, sin saber lo sucedido, pues se recordará que Alarcón no le había confiado lo que se proponía hacer, se fué á la prisión con los alimentos; pero ¡cuál no sería su sorpresa, al encontrarse con que no estaba D. Dieguillo! Al momento advirtió la operación hecha en la torrecilla y comprendió que aquella era obra de D. Silvestre; convicción que cuidó de guardarse en lo más íntimo de su pecho. Corrió á avisar á Don Enrique, á quien parecía imposible que el bufón, en el estado en que se hallaba, hubiese logrado escaparse. Acudió á la cárcel, y al ver que no cabía la menor duda de la fuga del prisionero, se mordía los puños de rabia. Subió á la azotea, lo recorrió todo, y lo único que pudo sacar en limpio fué que D. Die-

guillo había sido sacado por el boquerón abierto en la torre ; pero cómo y por quién, era imposible adivinarlo. Hizo llamar á la servidumbre de palacio, interrogó, amenazó; todo fué en vano ; nadie había oído nada, nadie sabía una palabra de lo sucedido. El Adelantado juró no parar hasta descubrir á los autores de aquel atentado y descargar sobre ellos todo su furor. Las gentes de palacio y aun muchas personas de la ciudad, entre quienes corrió misteriosamente el rumor de tan extraña aventura, cortaron la dificultad y declararon *némine discrepante*, que el diablo se había llevado en cuerpo y alma á D. Dieguillo.

CAPÍTULO XXIII

Palomeque y Macao.

En los últimos capítulos hemos perdido de vista á nuestro antiguo amigo D. Juan de Palomeque y Vargas, lo cual nos ha sucedido también respecto á otros personajes principales de esta historia. Siendo ya algo crecido el número de los que nos ha sido preciso poner en escena, nos vemos obligados á ir ocupándonos en unos y otros alternativamente, sin prescindir de ninguno de ellos, aun cuando parezca algunas veces que los echamos en olvido.

Desesperado el bueno de D. Juan con sus pérdidas al lansquenete en los juegos de palacio, había resuelto marcharse de la capital y permanecer algún tiempo en una de sus haciendas, para no volver á caer en la tentación, al menos mientras cambiaba un poco la voluble fortuna, que estaba mostrándosele tan desfavorable.

Hacía, pues, cosa de dos meses que Palomeque se hallaba en su hacienda llamada la Soledad, una de las más hermosas y productivas que poseía, aunque era únicamente de crianza de ganado. En el momento que hemos escogido para que vuelva á figurar aquel caballero en nuestra narración, encontrábase en la casita de la finca, tendido largo á largo en una ancha y fuerte hamaca de junco, á eso de las once de la mañana. Don Juan escuchaba la lectura que hacía su administrador, Gonzalo Méndez, de varias cartas que en aquel momento llegaban de

Guatemala. El hidalgo no prestaba mucha atención á aquellas epístolas, porque la mayor parte eran de poca importancia para él. En una de tantas, un mayordomo de monjas solicitaba limosna para una festividad, lo que arrancó á D. Juan una interjección enérgica, y agregó :

—Que vayan al diablo esos pedigüeños. Las monjas son más ricas que yo. Creen que uno está nadando en oro; y Dios sabe lo que cuesta ganar un maravedí. Á ver otra carta.

—El hermano Pedro Betancourt, dijo Gonzalo, os pide un auxilio para el hospital que está estableciendo en la casita que fué de María Esquível.

— Otro que tal, gritó frenético D. Juan; ¿pues no tienen ya esos pícaros enfermos el hospital real de Santiago para españoles, y el de San Alejo para indios? ¿Para qué quieren más?

—Es para convalecientes, dijo el administrador.

— ¡Para convalecientes! ¡ para convalecientes ! replicó Palomeque ; que vayan á convalecer al otro mundo, y así ellos se ahorrarán penas y á mí me evitarán molestias. Contéstale á ese hermano Pablo ó Pedro, ó como se llame, que pida para él y para mí, que yo también soy enfermo.

—Una viuda pobre, dijo Gonzalo después de haber recorrido otra carta, que pide...

—Satanás cargue con las viudas pobres, que no se llevará nada ajeno, dijo Palomeque furioso. ¡ Habráse visto desvergüenza ! ¿Esas gentes me han tomado por algún tonto? ¿Por qué no van á pedir al Conde de Santiago, á su hijo y á ese bribón de D. Tomás de Carranza que han ganado cerca de veinte mil pesos desde Pascua hasta ahora poco?

—Á propósito de D. Tomás, observó el administrador, ved aquí una carta de vuestro amigo D. Pedro Criado de Castilla, que contiene una grave noticia.

— ¿ Y qué dice? preguntó Palomeque. ¿Se ha muerto Don Tomás y dejó encargado en su testamento que devuelvan lo que me ha ganado al juego?

—No, señor, contestó Gonzalo, no se ha muerto; pero se encuentra amenazado de desembolsar ciento sesenta mil pesos.

— ¡Cáspita! exclamó Palomeque; ¡eso es peor que la muerte! Y qué, ¿tanto ha perdido al lansquenete D. Tomás desde que yo me vine? ¿Quién le ha ganado? ¡Que no haya sido yo!

—Carranza no ha perdido al juego esa suma, respondió el administrador; es que la casa de Padilla le ha puesto pleito por la herencia de Balmaseda.

— ¡Por la herencia de Balmaseda! dijo el ciego admirado; pero todo eso estaba concluído hace á lo menos veinte años, con el nacimiento de ese espadachín de D. César.

—Pues ahí está precisamente el busilis, contestó Gonzalo. Don Pedro explica en esta carta que hay datos positivos de que D. César no es tal hijo de D. Tomás y de su esposa. Agrega que se han tomado ya algunas declaraciones, entre ellas la de una esclava de Carranza, que crió durante seis meses ocultamente á un niño que se cree era el mismo Don César y que había nacido antes de que se verificase el supuesto parto de la esposa de D. Tomás.

Palomeque permaneció un gran rato pensativo, como si las últimas palabras del administrador hubiesen despertado en su alma algunos recuerdos dolorosos. Luego dijo, como hablando consigo mismo:

— ¡Veinte años ya! De la edad de ese rapaz sería ahora, si no me hubiera sido arrebatado. Yo tendría hoy quien dulcificara mi existencia, y vería venir la muerte con tranquilidad, seguro de que el fruto de mi trabajo no pasaría á manos extrañas.

Una lágrima se desprendió de la muerta y empañada pupila de D. Juan y fué bajando lentamente por su arrugada mejilla.

Gonzalo se puso pálido y se estremeció, como si la observación hecha por su amo á media voz y de la cual no había per-

dido una sola palabra, hubiese ido á dar origen en su espíritu á una sospecha vaga. Procuró dominar aquella impresión, y en el tono más afectuoso que le fué posible, dijo á su señor:

—Desechad esas ideas melancólicas; aquel desgraciado fruto de un amor adulterino debe haber muerto, como os lo he dicho tantas veces. Pensad en vuestros bienes que reclaman toda vuestra atención; yo no omito medio para haceros agradable la existencia, sin más interés que el de serviros, pues os veo como á un padre; y en cuanto á lo que ha de ser de vuestras cosas cuando Dios quiera llamaros á sí, hay tiempo para pensar en ello.

—Es verdad, Gonzalo, dijo Palomeque suspirando; es verdad que haces conmigo los oficios de un hijo tierno y afectuoso; y por eso, como ya te lo he dicho mil veces, serás, cuando yo muera, absoluto dueño de cuanto poseo. No tengo parientes, no quiero fomentar la ociosidad dejando cosa alguna á los pobres; tú me has ayudado á acrecentar mi fortuna; es justo que yo remunere tus servicios cuando haga mi testamento.

—¿Y cuándo será eso? dijo Gonzalo en voz baja.

—Y á propósito de los bienes, dijo Palomeque, ¿se sabe al fin el número de cabezas que hay en esta hacienda?

—Sí, señor, contestó el administrador: se han contado á la puerta del corral cuatro mil ochocientas sesenta y cinco reses; y además tenemos mucho ganado cimarrón.

—¿Sólo eso? exclamó D. Juan admirado: pues el año pasado subían de cinco mil.

—Es verdad, dijo el administrador; pero la mortandad ha sido grande, y luego el tigre ha hecho y continúa haciendo muchísimo perjuicio al ganado.

—¡El tigre, el tigre! contestó Palomeque, montando en cólera; siempre salen con el tigre. ¿Y por qué no lo matan?

—No es fácil, señor. ¿No os he dado ya cuenta de que ha devorado tres de los vaqueros más atrevidos que han hecho el

ánimo, mediante la recompensa que se les ofreció, de salir á cazarlo?

—Pues que salgan otros tres, dijo el caballero, y si se los come, buen provecho le hagan; que vayan otros, hasta que haya uno que me traiga el cuero y le daré diez pesos.

— Se hará como lo mandáis, dijo el administrador; aunque temo que con lo que ha sucedido, es muy difícil que haya quien se atreva á ir á cazar al tigre.

—¡Pues que vayan por bien ó á palos; gritó Palomeque frenético! ¡Cobardes! añadió; como si su miserable vida importara algo, así la cuidan estos perros.

Cuando acababa D. Juan de pronunciar aquellas palabras, se oyó en el patio de la hacienda un gran rumor que formaban las voces de muchos hombres que se acercaban, conduciendo á un individuo fuertemente atado.

— Ve que es ese alboroto, dijo Palomeque á su administrador.

Salió Gonzalo al corredor y vió á los que daban las voces, que se aproximaban á la casa. Entre el grupo que formaban aquéllos, distinguió al hombre á quien llevaban preso, y habiéndole reconocido, gritó el administrador:

—¡Macao! Por Dios que no me engaño; al fin ha caído este perverso.

Inmediatamente volvió á entrar á la pieza donde estaba Don Juan, y le dijo:

—Albricias, señor amo; buena presa tenemos; ese rumor que habéis oído, lo forman unos cuantos que traen á Macao.

Palomeque saltó de la hamaca y se reflejó en su frente la alegría feroz que aquella noticia excitaba en su corazón desapiadado.

— Al fin le tengo en mi poder, dijo el rencoroso caballero, y ahora va á pagármelas todas juntas.

Diciendo esto, salió al corredor donde estaba ya el negro, que no había perdido en aquel lance su tranquilidad habitual.

El que hacía de jefe de los que conducían al fugitivo, entregó un papel á Palomeque, y éste lo pasó á Gonzalo para que lo leyese. Era una carta del alcalde de Esquipulas en que refería todo el trabajo que había sido preciso emplear para dar caza al negro, que andaba vagando por las montañas. Diez hombres bien armados anduvieron en la persecución, y al fin lograron atraparle, medio muerto de hambre y de cansancio.

Don Juan despidió á los conductores del negro, recompensando harto mezquinamente aquel servicio, y en seguida mandó que le asegurasen en el cepo, mientras ponían al fuego, dijo, la paila de aceite y cortaban un haz de treinta ó cuarenta varas. Gonzalo fué á ejecutar aquellas disposiciones, y D. Juan volvió á tenderse en la hamaca.

Media hora después llegó el administrador á avisar al amo que el aceite estaba ya hirviendo y todo lo demás listo. Palomeque se levantó y se salió al corredor, apoyado en el brazo de Gonzalo.

—Que le traigan, dijo, y que le amarren al *bramadero*.

Macao fué conducido al patio y colocado junto al poste. Dos hombres pusieron á los pies del infeliz esclavo un haz de varas vigorosas y flexibles, y otros dos llevaban la paila con el aceite hirviendo, que debía derramarse en las heridas que le abrirían los azotes. Palomeque hizo sacar una silla al corredor, para darse el placer de oir los lamentos que el castigo arrancaría á aquel miserable, ya que la falta del órgano de la vista no le permitía gozar con el espectáculo de la sangre que iba á ser profusamente derramada.

Antes de que atasen al esclavo al bramadero, D. Juan le hizo llevar á su presencia y le dijo:

—¿Quién disparó el tiro cuando yo comenzaba á subir la cuesta, saliendo de Esquipulas?

—Yo, contestó Macao.

—¿Tú? dijo D. Juan poniéndose pálido de ira. ¿Y cuál era tu intención?

— Mataros, respondió el negro.

— ¿Y te has arrepentido de aquel crimen?

— Jamás; lo que siento es haber errado el golpe.

— ¿Lo oís? gritó el caballero á los que estaban presentes ; y dirigiéndose de nuevo al esclavo, dijo :

— ¿Sabes cuál el es castigo que voy á darte ?

El esclavo alzó los hombros en señal de desprecio y contestó :

— Sé que me vais á matar á palos; pero no me importa. Aborrezco la vida y recibiré con gusto la muerte, que me librará de vos.

— Bien está, dijo temblando de cólera D. Juan, á quien aquella resolución irritaba aun más ; tendrás lo que deseas. Llevadle.

— ¿Hasta cuándo se le dejará de azotar? preguntó Gonzalo.

— Hasta que se concluya el haz de varas que he mandado traer, respondió Palomeque.

— ¿Y si muere? dijo el administrador.

— Que muera, respondió el caballero. ¿No ha confesado que quiso hacer lo mismo conmigo y que lo único que siente es haber errado el tiro ? Azotadle hasta que caiga hecho pedazos.

— El administrador hizo conducir al esclavo, á quien ataron fuertemente al bramadero, é iba ya á darse principio á la sangrienta y atroz operación, cuando Palomeque se puso en pie, como si le hubiese asaltado alguna idea y dijo :

— Desatad á ese animal feroz y traédmele acá.

Ejecutóse la orden inmediatamente, y habiendo llegado Macao al corredor, dijo D. Juan :

— He resuelto tratarte con misericordia, para hacerte ver que los sentimientos de un hidalgo no son como los de un miserable esclavo. ¿Quieres librarte del castigo que tienes merecido por haber procurado asesinarme?

Macao, al escuchar aquellas palabras, dudaba si era verdad que las oía, ó si soñaba ; pues jamás había visto á Palomeque

retroceder, una vez que había tomado una resolución de aquella especie.

— Si usáis conmigo de clemencia, dijo el negro, bendeciré á Dios y besaré agradecido vuestra mano.

— No se trata de eso, contestó Palomeque, sino de que te sometas á la condición que voy á imponerte.

— Decid, señor, respondió el negro.

— Si quieres salvar tu vida, replicó el caballero, se te presenta un solo medio. Hay en la vecina montaña un tigre que destruye mis ganados y que nadie se atreve á coger, porque ha devorado ya á tres miserables de tus compañeros. ¿Quieres ir á darle caza? Si me traes el cuero de esa bestia feroz, te perdono lo del tiro.

Macao reflexionó un momento, y luego dijo :

— Ya me espantaba yo de que os mostraseis misericordioso. Pero no importa, acepto la condición. Iré á cazar el tigre.

— Cuenta, dijo Palomeque, si vuelves sin él, porque no admito excusa de ninguna clase. Ó te devora, ó lo matas.

— Convenido, señor, dijo el desdichado ; ó seré pasto de la fiera, ú os la traeré sin vida.

— Desatadle, dijo Palomeque ; y volviéndose al administrador, añadió :

— Dale un arcabuz, un machete y un cuchillo y que se vaya.

Gonzalo, estupefacto con aquella escena, en que la fría crueldad del amo contrastaba con la resolución firme y tranquila del esclavo, fué á traer las tres armas y las puso en manos de Macao, quien sin pronunciar una palabra más, atravesó lentamente el patio de la hacienda, con su arcabuz al hombro, siguió por la llanura y al rato se perdió de vista en la montaña.

CAPÍTULO XXIV

La caza del tigre.

Á medida que Macao iba alejándose de las casas de la hacienda, se internaba más y más en una espesa selva, que presentaba ese aspecto sombrío y al mismo tiempo espléndido que se observa en nuestras tierras vírgenes. Encinas gigantescas y corpulentas entrelazaban sus añosas ramas, que apenas dejaban penetrar los rayos del sol, por entre las hojas empapadas todavía con el agua de lluvia que había caído durante toda la noche anterior. Parásitas de varios colores y otras plantas enredaderas de formas caprichosas vestían los fornidos troncos, ó pendientes del ramaje, se balanceaban en magníficos colgantes al leve impulso de la brisa. Veíanse por todas partes grandes festones de pardusco *paxte*, que descendían de los árboles, dando á la selva un no sé qué de solemne y melancólico que ni la pluma ni el pincel alcanzan á reproducir. Á lo lejos, coronando una eminencia, divisábanse los cedros y los pinos, cuyas hojas heridas por el viento, lanzaban sonidos estridentes, como si fuesen quejidos dolorosos de los habitantes invisibles de aquellos bosques seculares. Tal vez se levantaba en medio de aquella vegetación exuberante el desnudo esqueleto de un elevado pino quemado por los rayos del sol. Quizá un encino, hendido algunos días antes por el hacha del leñador, se desplomaba con estrépito y ahuyentaba á las aves que anidaban en la espesura del follaje, y aquel ruido estentóreo,

apagando el armonioso canto del zenzontle, el dulce arrullo de la *gallina montés* y el penetrante y melancólico chirrido del incansable *chiquirin*, iba á confundirse con el bramido del torrente, que se desplomaba á poca distancia de una en otra roca.

Indiferente al espectáculo grandioso que le rodeaba, insensible á las maravillas de aquella naturaleza agreste, atravesaba Macao lentamente la montaña y se internaba más y más, seguro de que el feroz enemigo con quien iba á combatir, debía estar aún distante de un sitio como aquel, que no se hallaba lejos de las casas. Continuó, pues, marchando á la ventura, y cuando hubo andado cerca de una legua, le pareció escuchar algún rumor entre el espeso matorral que cubría el suelo por todas partes. Puso oído atento, y pronto pudo convencerse de que no se había engañado. Entre la verdura del follaje vió, á unos cincuenta pasos, que se destacaban el negro y el amarillo de la piel de un tigre. El esclavo se preparó al combate, que sabía muy bien había de ser mortal. Limpió el terreno donde iba á verificarse la lucha, apartando los troncos y la maleza, á fin de que nada pudiese estorbarle la libertad de los movimientos, y tomadas aquellas precauciones, se colocó tras un árbol, en cuyo tronco apoyó, para mayor seguridad, el cañón del arcabuz.

El tigre, luego que descubrió al negro, fué avanzando, poco á poco, hacia el punto donde éste se encontraba, sin desprenderle la mirada y mostrando de tiempo en tiempo sus dientes aguzados. Luego que la fiera estuvo á unos diez pasos de distancia, Macao amortilló el arma, apuntó al tigre entre los dos ojos, tiró del gatillo y salió silbando la bala. Quiso la desgracia que en el momento mismo en que partía el tiro, dió la fiera un salto para lanzarse sobre su presa, y aquel movimiento hizo que, en vez de entrar la bala por en medio de la frente, penetrase por el pecho. El tigre vaciló, quedóse por un momento sentado sobre los pies, pero luego se incorporó y lanzó un rugido que repitieron los ecos de la selva solitaria. Macao en-

tonces comprendió que tenía que disponerse á un combate cuerpo á cuerpo. Salióse al descampado y se preparó á recibir á la fiera con el machete. El tigre, aunque debilitado por la herida, de donde corría la sangre á borbotones, se acercaba al negro, que lo aguardaba impávido. Hizo el animal un esfuerzo y lanzóse sobre el hombre, que lo recibió levantando el machete y descargándolo con toda la fuerza de que era capaz. El hierro se hundió en el cráneo del tigre, abriendo una profunda herida. Pero ya la fiera había podido clavar una de sus garras en la pierna derecha del esclavo y con la otra le alcanzó el pecho, aunque ligeramente. Lanzó el tigre un segundo y más espantoso rugido y se arrojó de nuevo sobre Macao, que se abrazó con la fiera. La lucha en aquel momento fué terrible. Aunque sin fuerzas ya, el tigre volvió á clavar su garra en el pecho de Macao, abriéndole otra herida. El negro desprendió con ligereza el cuchillo del ceñidor, lo hundió dos ó tres veces en el cuerpo del tigre; hizo éste un postrer esfuerzo, aproximó los dientes á la garganta del hombre; se desasió éste de la fiera y retrocedió dos pasos. El tigre cayó sin vida á los pies del esclavo.

Macao estaba fatigado. Sentóse á descansar un momento junto al tigre; cortó una tira de su camisa é hizo unas vendas con las que se ligó la pierna y el pecho, de donde corría la sangre. Limpió el machete y el cuchillo con las hojas de una planta, y poniéndose en pie, se dispuso á conducir su presa. Llevaba á prevención una fuerte cuerda; la ató al cuello del tigre y lo llevó arrastrando, no sin dificultad, por ser la fiera bastante corpulenta. Debilitado por la falta de sangre, pues las heridas continuaban arrojándola, Macao se vió obligado á detenerse dos ó tres veces para tomar aliento y volver á continuar su marcha. Al fin, á eso de las seis de la tarde, entraba al patio de la hacienda, con el tigre, seguido de una porción de gente de la misma finca que había ido reuniéndosele y manifestaba con gritos la admiración que le causaba aquella hazaña.

Al oir el rumor, Gonzalo Méndez salió á informarse de lo que lo ocasionaba y se quedó asombrado cuando vió á Macao volver vivo y arrastrando el cadáver del tigre. Entró á dar cuenta á su amo, que se admiró también, pues creía seguro que el tigre devoraría al negro, y más diremos, casi lo deseaba; pues la fría resolución de Macao había llegado á nfundirle un verdadero miedo.

— ¿Conque ha logrado matarlo? dijo Palomeque.

— Sí, señor, contestó Gonzalo, ha traído arrastrando el cadáver de la fiera con un balazo en el pecho, una herida en la cabeza y tres ó cuatro más en la caja del cuerpo.

— ¿Es decir, replicó D. Juan, que ese perro me ha echado á perder el cuero que pensaba yo adobar para colocarlo al pie de mi cama?

— Creo que efectivamente la piel no quedará entera, contestó el administrador.

— Pues eso reduce casi á nada el poco mérito que podía tener la acción de ese miserable, replicó el hidalgo, que buscaba evidentemente algún pretexto, por frívolo que fuese, para no dejar en libertad al esclavo, á quien temía. Dile, Gonzalo, que un caballero como yo, no falta jamás á su palabra; que habiendo muerto al tigre, está libre de los azotes y del aceite hirviendo; pero que por no haber cuidado de que la piel de la fiera se conservase intacta, como era su deber, irá al cepo. Ve que lo conduzcan y lo aseguren bien, si es necesario con cadenas, porque el que ha hecho eso con un tigre, ¿qué no no podrá hacer con un cristiano?

El administrador salió á cumplir las órdenes del amo. Cuando llegó al patio, encontró que Macao, rendido por la fatiga y la debilidad por la pérdida de la sangre, había perdido el conocimiento y yacía tendido junto al cadáver del tigre.

— Atadle, dijo el administrador.

Las gentes de la hacienda se veían unas á otras sin com-

prender á quién se refería D. Gonzalo, pues se les hacía duro creer que se tratase del esclavo.

— Atadle, replicó Gonzalo.

Entonces uno de los que se hallaban más inmediatos, tomó la cuerda con que el esclavo había llevado amarrado el cadáver de la fiera y fué á amarrar al tigre, interpretando así la orden del administrador.

— ¿Qué haces tú, bellaco? gritó Gonzalo, arrebatando el cordel. Al negro, digo, y llevadle al cepo, que así lo manda el amo.

Al oir que era orden del amo, toda aquella gente infeliz, habituada á la más abyecta servidumbre, inclinó la cabeza y obedeció sin replicar. El valeroso negro fué atado como una bestia feroz, y cuando volvió en sí, estaba ya completamente atado de pies y manos.

— ¿Qué es esto, señor? preguntó á Gonzalo asombrado. ¿Así cumple el amo lo que ofrece?

— El amo, contestó el administrador, no falta jamás á su palabra. Te perdona los azotes y el aceite hirviendo, por haber cazado al tigre; pero vas al cepo, porque echaste á perder la piel del animal.

Una sonrisa feroz contrajo de una manera horrorosa las facciones de Macao, y dirigiéndose al administrador dijo:

— Decidle al amo que no olvidaré la lección; que yo mataré otro tigre y que puede estar seguro de que no le lastimaré el cuero.

El esclavo fué conducido á la prisión y quedó asegurado en el cepo.

CAPÍTULO XXV

La bóveda de plata.

Un inmenso gentío se agolpaba el día 30 de Agosto, á las ocho de la mañana, en las calles inmediatas á la iglesia de San Francisco. Los coches que conducían á las señoras de los funcionarios principales se abrían paso con dificultad, entre el grupo de curiosos que, por no haberse anticipado á tomar sitio en el templo, completamente lleno, tenían que contentarse con ver pasar la cabalgada del Presidente y de los caballeros que iban á celebrar la fiesta de *la jura.*

El objeto de aquella festividad, que así llamaba la atención del pueblo, era el siguiente. Todos los caballeros que estaban condecorados con las órdenes de Santiago, de Alcántara y otras, convinieron en jurar defender *á capa y espada*, el misterio de la Concepción Inmaculada de Nuestra Señora; y entre otras solemnidades y regocijos con que debía celebrarse aquella jura, dispusieron un novenario de misas en la iglesia de San Francisco. El último día, que era el principal de la función, tendría lugar la ceremonia, para lo cual estaba todo dispuesto con anticipación. El Conde de Santiago y los otros caballeros, con la real Audiencia, el ayuntamiento y demás cuerpos de la república, como entonces se decía, debían ir al templo, con lucidísimo acompañamiento de escuderos y pajes, según la categoría y circunstancias de cada uno.

Á las ocho y cuarto salió la cabalgada del real palacio,

abriendo la marcha un pelotón de dragones. En seguida iban los maceros del ayuntamiento, con sus vistosas gramallas de paño encarnado y sus mazas de plata, y luego los concejales, todos á caballo. El real y apostólico tribunal de la Santa Cruzada, con su estandarte, los oficiales reales, la Audiencia y los caballeros de hábito seguían á la ciudad, compitiendo sus individuos en lujo y en magnificencia. Á causa del objeto de la función, los caballeros iban armados de punta en blanco, y los seguían jóvenes deudos suyos, ú otros de la primera nobleza, que hacían de escuderos y conducían los escudos y las lanzas.

Cerraba aquella brillante comitiva el anciano presidente, fuerte y vigoroso al parecer, á pesar de sus sententa y cinco años, manejando con destreza y garbo un brioso caballo alazán. Á su lado derecho cabalgaba el Adelantado de Filipinas y al izquierdo D. Rodrigo de Arias Maldonado, atención que se hizo á su rango y al empleo de gobernador de provincia y teniente de capitán general que acababa de desempeñar.

El conde llevaba como escudero á su nieto D. García de Altamirano; D. César de Carranza se ofreció á desempeñar aquellas honoríficas funciones, cerca de la persona de D. Rodrigo de Arias y el Adelantado puso los ojos para el caso en D. Fadrique de Guzmán, quien se prestó á servirle de buena voluntad.

Larga sería la descripción que tendríamos que hacer de las armaduras de los caballeros, jaeces de los bridones y lujosa comitiva de escuderos y pajes que cada uno llevaba, si hubiésemos de detenernos en estos objetos; pero dejamos á la imaginación del lector el cuidado de suplir la falta de nuestra descolorida descripción, y nos situaremos en la puerta de la iglesia, donde la comunidad de San Francisco estaba preparada para recibir y ofrecer el agua bendita al Presidente y su acompañamiento.

Á las nueve entraron en el templo, cuyo adorno merece, por lo extraordinario, alguna mención particular. Las paredes

estaban vistosamente tapizadas con colgaduras de damasco carmesí con franjas de oro, con grandes banderas que ostentaban los colores y las armas de Castilla y con escudos en que se veían ricamente esmaltadas las cruces de las órdenes. En medio del presbiterio se levantaba, adornado con profusión de flores, espejos y candeleros de plata, un trono, en cuya cúspide estaba colocada la estatua del apóstol Santiago.

Pero lo que llamaba particularmente la atención en aquella fiesta, era una novedad que estaba anunciada desde muchos días antes. Decíase que la bóveda del templo aparecería toda cubierta de plata, y fué así efectivamente, según vemos en la crónica de Ximénez. Con una multitud de azafates, platos y otras piezas de aquel metal, se había tapizado la bóveda, que parecía tan rica como resplandeciente. Aquellas buenas gentes tuvieron la candidez de pegar con brea los azafates, platos, etc., considerándolos tan firmes como si hubiesen estado asegurados con tornillos. ¿Cómo no había, pues, de concurrir el pueblo en masa, á San Francisco, si á lo curioso de la jura, se unía la gran novedad de la bóveda de plata?

El Presidente y los otros caballeros se colocaron cerca del presbiterio, y uno en pos de otro fueron acercándose al altar de Santiago, para prestar el juramento; lo que verificaban, puesta la mano derecha sobre los evangelios y la izquierda en la empuñadura de la espada. Concluído el acto, que duró más de una hora, la numerosa comunidad de San Francisco entonó, al compás de los graves acentos del órgano, el himno de San Ambrosio. Pero cuando se cantaba el segundo verso, ocurrió un accidente que fué á perturbar la solemnidad del acto. La brea con que estaban pegados los azafates y demás piezas de plata, se había derretido con el calor de la concurrencia que llenaba el templo y de las luces que ardían en número considerable y se desprendieron, viniendo abajo con estrépito. El trono del apóstol cayó y rodó la estatua un gran trecho. Todo fué confusión y gritos, especialmente entre las señoras que no

acertaban á comprender de pronto lo que sucedía, é imaginaban que se desplomaba el techo de la iglesia.

Doña Elvira de Lagasti, con otras damas principales, estaba próxima al presbiterio, arrodillada sobre un cojín de terciopelo. Dos grandes azafates se desprendieron del lugar de la bóveda que quedaba exactamente sobre la joven señora, que no tuvo tiempo de desviarse. Aquellas dos pesadas piezas de plata maciza le habrían hecho un daño considerable; pero dos caballeros ocurrieron á un mismo tiempo casi, con el objeto de evitar la desgracia. Llegó el primero D. García de Altamirano, inclinó la cabeza sobre la de su madrastra y recibió el azafate, que le dió tan fuerte golpe, que el joven cayó privado de conocimiento. Doña Elvira se puso pálida al ver caer á D. García; pero instantáneamente llamó la atención el otro caballero que había recibido sobre la frente el otro azafate, cuya orilla le abrió una profunda herida, de la cual corría la sangre con profusión. Era D. Rodrigo de Arias. Doña Elvira, al verle, no volvió á pensar en el hijo de su marido, que estaba tendido á sus pies, y lanzó un grito de dolor, cubriéndose el rostro con ambas manos. Aquella escena no pasó desapercibida del Adelantado, que se puso encendido de ira y dirigió á su esposa una mirada que revelaba la terrible sospecha que el incidente hacía brotar en su espíritu. Don César de Carranza estaba junto á D. Rodrigo y restañaba con un pañizuelo de holán la sangre que corría de la herida. El joven Altamirano, que no había tenido más que un ligero desvanecimiento, producido por el fuerte sacudimiento que sufrió el cerebro, volvió en sí y se puso en pie, á tiempo para ver todavía que Doña Elvira sin fijar su atención en él, tenía clavados los ojos, con la expresión de la más viva ansiedad, en D. Rodrigo de Arias. Aquello fué más doloroso al joven que el golpe material que acababa de recibir. Inclinó la cabeza sobre el pecho y una lágrima corrió por su pálida mejilla.

Don Fadrique de Guzmán, que había corrido á refugiarse

bajo el púlpito, pudo observar todo lo ocurrido entre Doña Elvira, D. Rodrigo y D. García, sin que se escapase á su malignidad la impresión que aquella escena había hecho al Adelantado.

— Es cierto, pues, lo que yo sospechaba, dijo en voz baja D. Fadrique; pero la casualidad parece que ha venido al fin á comenzar á abrir los ojos del crédulo marido. Veremos lo que resulta.

La función no pudo ya concluir, retirándose el Presidente y los caballeros bastante mohinos con aquel accidente que fué á interrumpir la fiesta de la jura de una manera tan inesperada. Vueltos al palacio donde el Conde había hecho preparar un espléndido refresco, se sirvió éste, no obstante lo ocurrido, y porque en realidad, tanto la contusión de D. García como la herida de D. Rodrigo, no eran en manera alguna graves. Pasada la primera impresión de susto que causó la caída de aquel improvisado y mal asegurado techo de plata, comenzaron á hacerse comentarios del suceso y á referirse lances acaecidos á cada uno de los concurrentes. Verdaderamente, lo único algo grave había sido lo de los dos jóvenes señores que acudieron á evitar el golpe de Doña Elvira, pues los demás fácilmente lograron ponerse en guardia. Así, poco á poco fué convirtiéndose el incidente en objeto de chanzas y cada cual tuvo que decir sobre el particular.

— En fin, señora, dijo D. Fadrique, dirigiéndose á Doña Elvira, resulta que vos habéis sido la única que ha tenido un motivo algo serio de desagrado con la caída de la bóveda de plata.

— Efectivamente, contestó Doña Elvira, tuve mucha pena al ver que D. García y el señor de Arias sufrieron por mi causa; si bien, gracias á Dios, el mal no fué tan serio como al principio lo habíamos temido todos.

— Yo creí, replicó el maligno D. Fadrique, con fingida sencillez, que no habíais reparado en el golpe que sufrió mi amigo.

La joven señora se puso encendida al oir aquella perversa observación, y se preparaba á contestar, cuando fijó los ojos en el Adelantado, observó en su rostro una expresión tal, que no pudo menos que estremecerse y no se atrevió á articular una sola palabra. Pero D. Rodrigo se encargó de responder á aquel ataque desleal y dijo á D. Fadrique :

— Vos no podéis decir nada, caballero, sobre lo que ocurrió ó no ocurrió en aquel momento; pues acaban de decirme que anduvisteis tan precavido, que desde que comenzaron á caer las primeras piezas de plata, fuisteis á esconderos debajo del púlpito, atendiendo únicamente á la seguridad de vuestra interesante persona y dejando á los otros el cuidado de las demás y el del caballero á quien ibais sirviendo.

Una carcajada general acogió aquella durísima invectiva, hecha en un tono que mostraba perfectamente que el que la dirigía estaba dispuesto á arrostrar sus consecuencias. El cobarde D. Fadrique se mordió los labios casi hasta hacer brotar la sangre; pero no se atrevió á decir una sola palabra. Doña Elvira estaba vengada; pero ¡ay! D. Rodrigo no podía calcular, en el candor de su corazón noble y leal, cuánto era el veneno que guardaba en sus entrañas la víbora á quien acababa de poner el pie. Guzmán era cumplidísimo para la chancelación de ciertas deudas, y en aquel momento juró en su interior, que pagaría á D. Rodrigo, aun cuando fuese tarde, con usura.

Terminó el refresco á eso de las dos, retirándose señoras y caballeros, discurriendo sobre el acontecimiento más notable del día. Él dejó una impresión profunda, pero harto diferente, en algunos de los principales personajes de nuestra historia : en D. Rodrigo, la de que era más y más amado cada día ; en Doña Elvira, la de que el estado de su corazón no era ya enteramente un secreto para su esposo; en D. Enrique, la sospecha cruel y punzadora de que se le traicionaba; en D. Fadrique,

el odio y el despecho, y en D. García la sombría desesperación que experimenta el que, enamorado ardientemente, adquiere una prueba irrecusable de que su afecto no es correspondido y de que un rival afortunado posee el corazón de la que él ama.

CAPÍTULO XXVI

El convento.

Dos meses habían transcurrido ya después de la jura de los caballeros, terminada de la manera tragi-cómica de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior. El pleito entablado en nombre de D. Diego de Padilla para recobrar la herencia de Balmaseda, dirigido con habilidad por D. Silvestre Alarcón, había adelantado más de lo que era de esperarse. Recordarán nuestros lectores que D. Tomás de Carranza, luego que se decidió á arrostrar las consecuencias del litigio, lo primero que hizo fué despachar á su dependiênte de confianza á la hacienda de Santa Catarina, para llevar á la ciudad á la esclava que había criado durante seis meses á D. César y conducir también al hijo de aquella mujer, á quien ésta podía haber impuesto de lo ocurrido. El encargado de aquella comisión salió inmediatamente; pero ya D. Silvestre se le había anticipado, yendo él mismo por la esclava y su hijo, bajo pretexto de que tenía orden del amo de conducirlos á la ciudad. Aquellos infelices fueron fácilmente engañados, como gente sencilla que era, y se prestaron á seguir á aquel caballero, que les llevaba avío y todo lo necesario para el viaje. Así, cuando llegó á la hacienda el dependiente de Carranza, la esclava, cuya declaración era tan importante, había sido ya presentada á la justicia y detenida, pues Alarcón tuvo el cuidado de hacer que se la sindicase de complicidad en el fraude.

Los jueces, entre los cuales no faltaban partidarios á Don Diego de Padilla, mostraban en aquel asunto inusitada actividad, y si bien aun no se había logrado presentar pruebas decisivas, las probabilidades parecían muy poco favorables á la parte de Carranza.

En esta situación se hallaban las cosas cuando ocurrieron en la familia de D. Diego dos acontecimientos notables, de que debemos dar noticia á nuestros lectores, por su enlace con los sucesos que forman el tejido de esta historia. El primero de esos hechos fué la muerte de la esposa de D. Diego, Doña Leonor de Mazariegos, que vivía hacía mucho tiempo enferma y retirada, como si algún pesar oculto acibarase su existencia. Las personas que comunicaban á aquella familia, habían observado el cambio verificado en el carácter y los hábitos de Doña Leonor, en los últimos veinte años, desde que D. Diego hizo un viaje que duró algún tiempo. Cuando regresó aquel caballero, pudo notar la profunda melancolía de su esposa y se alarmó al encontrar su salud tan deteriorada. Doña Leonor se encerró en la más absoluta reserva y jamás quiso confesar á D. Diego la causa de sus sufrimientos. Continuó arrastrando una existencia que parecía una prolongada expiación, y cuando al fin quiso Dios poner término á aquella vida miserable, murió pidiendo á su esposo que la perdonase, si acaso había alguna vez faltado á su deberes, lo que D. Diego no pudo comprender. La desgraciada señora se llevó al sepulcro su doloroso secreto, que el tiempo había de revelar al fin.

Doña Violante, profundamente conmovida con aquel suceso y más abrumada tal vez por el golpe terrible que sufriera, al ver confirmada, con el pleito promovido por su padre, la espantosa revelación del anónimo en que se le decía que D. César era un espurio, usurpador de los bienes de su familia, traspasada de dolor, resolvió ir á encerrarse en un claustro, y esperar allí el resultado de aquel funesto litigio, de cuyo éxito dependía su esperanza de unirse alguna vez al hombre

á quien tan tiernamente amaba. Proponíase dirigir al cielo los más fervorosos votos para que D. César fuese al fin reconocido como hijo de D. Tomás de Carranza y de su esposa, aun cuando su casa se privase de los bienes de Balmaseda ; pues si bien se sentía con valor para amar al hijo del enemigo de su familia, hidalgo y llevando un nombre que realmente le pertenecía, no se encontraba con fuerzas para ser esposa de un desconocido, manchado seguramente con un origen vergonzoso. Para comprender esos sentimientos de la hija de Padilla, es necesario no olvidar las ideas de la época y considerar cuánta era la altivez de una familia como aquella á que Doña Violante pertenecía.

Sin dar, pues, aviso á su padre ni á su amante de la resolución extrema que se proponía tomar, Doña Violante, diez días después del fallecimiento de su madre, fué á encerrarse en el convento de la Concepción. Profunda fué la pena que causó á D. Diego aquel suceso ; pero le consolaba en parte la idea de que la joven podría ir olvidando, en aquel retiro, su inclinación á D. César, que tanto le desagradaba. Así, prestó á pocos días su consentimiento para que Doña Violante tomase el velo blanco de novicia.

La desesperación de D. César no conoció límites, cuando tuvo noticia de la desaparición de su amada y de que había ido á encerrarse en un convento. Fácilmente comprendió que aquel pleito funesto, que ponía en duda su origen y tenía suspendida sobre su frente la vergüenza y la ignominia, era la causa de la resolución extrema Doña Violante. Los proyectos más atrevidos cruzaron por la imaginación exaltada del joven, que no podía resignarse á aquella separación, que consideraba tan espantosa casi como la muerte.

Entretanto Doña Violante buscaba, como ya hemos dicho, un refugio contra las tempestades de su corazón, en el retiro y en la soledad del claustro. El monasterio de la Concepción, que eligió al efecto, daba en aquella época asilo á conside-

rable número de señoras nobles, que deseaban hacer vida contemplativa ; pero no se advertía en él, según podemos inferirlo de algunos escritos de aquel tiempo y por lo que refiere la tradición, ni la pobreza ni la austeridad de los monasterios actuales. En el espacioso y magnífico convento de la Concepción habitaban cerca de mil personas, entre religiosas, educandas, criadas y esclavas, y la incomunicación con el siglo no era tan rigurosa como es el día de hoy. Cuando tomó el hábito Doña Violante, ejercía en la comunidad el cargo importante de maestra de novicias la célebre Sor Juana de Maldonado, de quien da noticia el padre Gage, en el libro de sus viajes que hemos citado en otra parte. Doña Juana había recibido de su padre, que era uno de los oidores, una educación mucho más esmerada que la que por entonces obtenían las jóvenes en Guatemala. Á las habilidades propias de su sexo, reunía conocimientos literarios nada comunes y tenía una rara disposición para la poesía, que mostraba en las más ingeniosas improvisaciones. Como poseía bienes de fortuna considerables, vivía en el interior del monasterio con verdadero lujo, habiéndose hecho construir una casa, con cuartos y galerías, en la que no faltaba cosa alguna de las que pudiera apetecer una señora de su condición. Contiguo á la casa tenía un jardín, que asistían y cuidaban seis esclavas que estaban á su servicio. La pieza más curiosa de esa casa era la capilla, ricamente tapizada y adornada con cuadros traídos de Italia, obras de artistas célebres. El altar, colocado bajo un dosel de terciopelo y oro, estaba adornado con gran profusión de piedras preciosas y con candeleros y lámparas de plata. Veíanse también allí un órgano pequeño, una arpa y un salterio, instrumentos que Sor Juana tocaba con perfección, acompañándose con ellos cuando cantaba, lo cual hacía de una manera sorprendente. Tal fué la religiosa que tomó bajo su dirección á la joven Doña Violante. En aquella época Sor Juana contaba cuarenta y cuatro años ; pero en los conventos se envejece muy tarde, y así en aquella

edad, la célebre religiosa á quien llama Gage una de las nueve Musas, conservaba toda la frescura y la gracia de su segunda juventud.

No se ocultó á la penetración de la maestra de novicias que algún pesar desgarraba el corazón de Doña Violante. Procuró ganar su confianza, hizo que la joven habitase en su casa y poco á poco fué descubriendo el oculto dolor que la había obligado á ir á buscar la paz del ánimo en el santo asilo. La religiosa derramó el bálsamo del consuelo en aquella alma lacerada; habló á Doña Violante de las dichas de la vida como de sombras fugitivas, y le pintó con tan persuasiva elocuencia los goces de quien hace á Dios el objeto único de sus afecciones, que la novicia vió que se abría para ella un mundo de satisfacciones desconocidas.

Iba adelantando así la madre Maldonado en la conquista de aquella alma, cuando ocurrió un incidente que fué á renovar la mal cerrada herida en el corazón impresionable y tierno de Doña Violante. Una noche, se había tocado ya á silencio en el monasterio y las religiosas todas estaban recogidas en sus celdas. Sor Juana y la novicia conversaban de asuntos espirituales, en un balcón de la casa de la maestra, que daba al jardín. Tomó ésta el arpa é hizo oir un dulcísimo preludio, como disponiéndose á cantar. Fué así efectivamente. Con una voz limpia y sonora, entonó la monja la siguiente estrofa del *Diálogo entre el alma y Cristo su esposo*, de San Juan de la Cruz, cuya música ella misma había compuesto.

¿Adónde te escondiste
Amado, y me dejaste con gemido?
Como ciervo huiste
Habiéndome herido;
Salí tras ti clamando y eras ido.

Sor Juana repitió la estrofa, y luego pasando á otra de la misma composición, continuó cantando:

Pastores los que fuéredes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura viéredes
Á aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.

Difícil es expresar toda la pasión y la melancolía con que entonaba la religiosa el último pie:

Decidle que adolezco, peno y muero.

Doña Violante escuchaba arrobada y las lágrimas, desprendidas de sus párpados, rodaban lentamente por sus mejillas. Absortas una y otra, no pudieron advertir que un hombre embozado bajaba por el muro que separaba el jardín de la calle y que se ocultó en un bosquecillo de limoneros.

—¿No cantáis más, señora? dijo Doña Violante, con una voz que revelaba su emoción.

—¿Os gustan estos versos, hija mía? contestó sor Juana; tenéis razón. Forman parte de una feliz imitación del *Cantar de los cantares*, escrita por el *Doctor extático*, que era no sólo un gran santo, sino también un dulcísimo poeta. No puede cantarse el amor divino con mayor ternura, con más sublime sencillez y con imágenes más delicadas que las que emplea el santo en esa composición. Escuchad. Y continuó cantando:

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogeré las flores
Ni temeré las fieras
Y pasaré los fuertes y fronteras.
Y pasaré...

Detúvose sor Juana cuando comenzaba á repetir el último pie, pues oyó en el bosquecillo de limoneros, que estaba muy inmediato, un prolongado suspiro y en seguida vió salir á un hombre embozado, que se dirigió precipitadamente al balcón. La maestra dejó caer su velo con un movimiento rápido y

cuando se retiraba de la ventana, oyó la voz de un joven que decía :

— Sois vos, Violante; es imposible que otra exprese el amor con tanta verdad en este santo asilo. Salid ; vengo á salvaros.

La maestra cerró precipitadamente la ventana; pero ya la joven había escuchado aquellas palabras. Pálida y convulsa se arrojó en los brazos de sor Juana, exclamando :

— ¡ Él es! madre mía, ¡él es! César, que viene á reclamarme mis juramentos. Dejadme, dejadme; vuelvo á unirme á él para siempre. Sí, para siempre, repitió; y perdido el conocimiento, inclinó la cabeza sobre el pecho de la religiosa.

Don César, pues era él efectivamente, quien en un momento de exaltación y de delirio había ido á turbar la paz de aquel asilo, viendo que la que él creia ser Doña Violante, no acudía á su llamamiento, salió del monasterio con el corazón partido de dolor.

Desde el siguiente día se comenzaron á levantar á mayor altura los muros del convento, sin que se supiese lo que motivaba aquella precaución : pues la prudente discreción de sor Juana hizo que el incidenté de la noche anterior quedase ignorado, tanto en la ciudad como en el monasterio.

CAPÍTULO XXVII

La cita.

Había expirado el año 1655. En sus últimos meses los Nazarenos redoblaron su actividad y prepararon un golpe de mano atrevido: nada menos que la prisión del Conde de Santiago, de su hijo y de los demás funcionarios y particulares que eran conocidamente adictos al Presidente. Alarcón era el director de aquel plan, y uno de los que debían dirigir su ejecución, para la cual se había señalado la noche del 15 de Enero. Estaban tomadas todas las medidas con bastante habilidad. Los conjurados tenían designados sus puestos en el interior del palacio, en la plaza y en ciertas calles que convenía vigilar. Don Fadrique de Guzmán, que había entrado en la conspiración por el incentivo de las ventajas con que la habilidad de D. Silvestre le supo estimular y por el instinto perverso del mal, que era una necesidad de su dañada naturaleza, era uno de los más celosos y decididos, aunque siempre procuró con cautela evitar que se le señalase un puesto en que pudiera correr peligro grave.

El Presidente y sus allegados nada positivo sabían acerca de lo que se tramaba; y sin embargo, había algo en la atmósfera, digámoslo así, que anunciaba la aproximación de la tempestad. Ninguno de los conspiradores había cometido la más leve indiscreción; el secreto se conservaba religiosamente, y no obstante eso, corrían rumores vagos y extraños de novedades y la autoridad percibía que algo se preparaba, aunque

no podía aún atinar dónde estaba el peligro ni de qué clase fuese.

La tertulia de Doña Elvira no dejaba de resentirse del estado de las cosas. Notábase en ella poca animación, y era fácil advertir, en la reserva y distracción de muchos de los concurrentes, que algunos pensamientos graves los tenían preocupados. Don Rodrigo concurría siempre al estrado de Doña Elvira; pero desde el incidente de la jura, que fué á despertar los celos en el alma del Adelantado, tanto el caballero como la joven señora cuidaron instintivamente de guardar la más esmerada precaución. Entendíanse sus corazones; hablábanse de vez en cuando sus miradas ese lenguaje mudo, mucho más elocuente que el más estudiado discurso; pero ni D. Fadrique ni otros pocos en quienes se habían despertado sospechas, tuvieron el más pequeño dato positivo que las confirmase. Solo D. García, con esa intuición que parece dotar á los que aman del don de segunda vista, lo veía y lo comprendía todo. La inflexión de la voz, un movimiento, una mirada bastaban al joven para juzgar de los sentimientos de Doña Elvira, á quien veía cada día más apasionada. El desgraciado joven seguía en silencio los progresos de aquella pasión y su alma sufría el más cruel de los martirios. Las fuerzas físicas del hijo de D. Enrique estaban casi agotadas y el dolor había dado al rostro del pobre joven una expresión de sentimiento tan profunda y tan marcada, que no pudo escapar á la atención de cuantos le veían.

En otra circunstancia, Altamirano hubiera encontrado un poderoso auxiliar en su amigo D. César, cuya energía de voluntad había suplido tantas veces la fuerza de espíritu que faltaba á aquella naturaleza tímida y delicada. Pero Carranza estaba también profundamente abatido; y su corazón, tan firme y levantado, había caído en completo desaliento, especialmente desde la noche de la frustrada tentativa en el monasterio donde se hallaba Doña Violante. Don Fadrique jamás había inspirado verdadera confianza á D. García, habiendo en el carácter y en las ideas de aquél, algo que no podía convenir con los senti-

mientos tiernos y delicados de Altamirano. Tuvo, pues, que encerrarse éste en la más profunda reserva, y aquel sufrimiento oculto y silencioso creció con la compresión á que se sujetaba.

Don Enrique, si bien no había tenido ocasión de notar cosa alguna que confirmase las sospechas que hizo nacer en su ánimo el interés que mostró Doña Elvira por D. Rodrigo cuando ocurrió el incidente de que dimos noticia en uno de nuestros anteriores capítulos, no por eso estaba seguro de los sentimientos de su esposa. Lejos de eso, punzábale cruelmente el corazón el aguijón acerado de los celos, celos nacidos, no de amor, sino de orgullo. El altivo caballero abrigaba la sospecha de que era traicionado y su amor propio, herido vivamente, le sugería ideas de venganza. Un incidente fué á ocasionar la explosión del odio reconcentrado que D. Enrique guardaba en su alma hacía algunos meses.

El 13 de Enero, á eso de las ocho de la noche, el Adelantado entró en el dormitorio de Doña Elvira, la cual en aquel momento se encontraba por casualidad en su gabinete de trabajo, pues á aquella hora estaba regularmente en la alcoba. Cuando Don Enrique estaba más absorto en sus meditaciones, sintió caer á sus pies un objeto pequeño que había entrado por la ventana que daba á la calle, de donde fué arrojado seguramente. Inclinóse para recogerlo y luego advirtió que era un papel, en el cual estaba oculta alguna cosa. Desenvolvió el papel y encontró una gruesa sortija de oro, sin armas, cifra, ni otra particularidad que pudiese indicar de quién era, ó á quién estaba destinada. Examinó entonces el papel y halló que estaba escrito, por lo que conoció que el anillo había servido únicamente para hacer llegar el papel desde la calle. La pieza estaba oscura; D. Enrique pasó á la inmediata donde había luz, y leyó lo siguiente:

" Tengo urgentísima necesidad de hablaros. Esta noche, á " las doce, me encontraréis en el jardín, por la parte donde " están los naranjos. Os suplico encarecidamente no faltéis."

Aquel billete no tenía dirección ni firma, y la letra era enteramente desconocida de D. Enrique. Los celos le despedazaron el corazón, á la vista de aquel papel, no dudando que fuese dirigido á su esposa por D. Rodrigo. Se paseó un momento por el cuarto con la mayor agitación, trazó su plan, volvió á envolver la sortija en el papel y la colocó en el punto donde había caído. Hecho esto, llamó á un lacayo y le dió una orden en voz baja, yendo en seguida á encerrarse en su gabinete.

Media hora después, el lacayo llegaba á la puerta con dos hombres embozados.

— Aguardad un momento, dijo aquél, y llamó suavemente á la puerta. Don Enrique abrió y le dijo el lacayo en voz baja :

— Están aquí, señor.

— Hacedlos entrar y retiraos, contestó el Adelantado.

Entraron los dos hombres, y habiéndose desembozado, descubrieron sus semblantes torvos y mal encarados. Eran dos famosos criminales, conocidos con los sobrenombres de *Mano de fierro* y el *Desorejado*, á quienes D. Enrique había salvado de ir á presidio, y á quienes solía emplear en ciertas comisiones muy delicadas.

— ¿Venís preparados? preguntó el Adelantado.

— Sí, señor, contestó *Mano de fierro*, y él y su compañero sacaron dos grandes y aguzados puñales que llevaban ocultos bajo sus capas.

— Bien, dijo D. Enrique, seguidme; y caminando delante de aquellos dos foragidos, se encaminó al jardín. Entró en la habitación del jardinero, tomó dos azadas y fué á reunirse con los malvados, á quienes condujo á un punto retirado, cubierto de matorrales.

— Cavad aquí, les dijo. Dos varas y media de largo; tres cuartas de ancho y una vara de profundidad. Eso basta. Yo volveré y os diré lo que habrá que hacer después.

Los dos hombres se pusieron á cavar sin decir palabra, y D. Enrique se retiró. Antes de encerrarse en su habitación, que estaba separada por otras piezas de la de su esposa, el Adelantado pasó al dormitorio de Doña Elvira y echó una mirada con disimulo á la alfombra que cubría el piso. El papel había desaparecido. La joven parecía profundamente preocupada de alguna idea.

Cuando dió las once el reloj de la Catedral, D. Enrique, armado de puñal y espada, salió de su cuarto con precaución, atravesó las galerías y los patios y se dirigió al jardín. Acercóse á los dos hombres, á quienes había dejado abriendo la cavidad y se dió á conocer. El trabajo estaba terminado.

—¿Habéis concluído? preguntó D. Enrique.

—Sí, señor, contestó uno de los faragidos; lo hemos hecho como lo mandasteis.

—Perfectamente, dijo D. Enrique, después de haber examinado el trabajo á la luz de una linterna que llevaba. Venid, añadió, y fué á colocarse, á muy poca distancia, junto al muro que separaba el jardín de la calle.

—Dentro de una hora, dijo, debe bajar un hombre por esta pared. Estad atentos, y cuando haya bajado, sin darle tiempo para que pueda sacar la espada y defenderse, acabadle. Sois dos y animosos; él, aunque bravo, es uno solo, y como no espera ser sorprendido, no podrá haceros daño. Obrad con prontitud y resolución. Yo estaré en ese bosquecillo de naranjos y vendré á ayudaros, si fuere necesario. Pero no lo será, pues fácilmente le quitaréis la vida. Yo tengo que hacer en el bosquecillo y luego que haya concluído, vendré á daros mis órdenes. La recompensa, si procedéis con celo y discreción, será correspondiente al servicio que vais á prestarme. Si no, tendréis que arrepentiros. Sabéis que vuestra suerte está en mis manos. Tomad esto á buena cuenta, añadio, y puso un bolsillo lleno de oro en las manos de uno de los asesinos.

—Seréis servido como lo deseáis, dijo el *Desorejado;* ese

hombre, aun cuando sea vuestro mismo padre, no vivirá dos minutos después que haya bajado del muro.

Cuando aquel malvado acababa de pronunciar las últimas palabras, un hombre envuelto en una capa oscura, salió lentamente y sin hacer el más ligero ruido, del bosquecillo de naranjos y se encaminó á la puerta por donde había entrado D. Enrique. Si alguno hubiere podido examinar el rostro de aquel individuo, habría visto la expresióon del horror y espanto que le causaba el terrible secreto que acababa de sorprender.

—¡Oh! no hay duda, dijo en voz ahogada aquel sujeto. Mis sospechas deben, pues, ser ciertas. Pero esto es horroroso, y semejante atrocidad no puede, no debe cometerse. ¡Dios mio, añadió con un acento desgarrador, dadme fuerza para cumplir mi deber y evitar, aun cuando sólo sea en parte, este espantoso crimen!

Dicho esto, el que así hablaba, rompió en los más amargos sollozos, y con la cabeza inclinada sobre el pecho, fué á ocultarse tras el tronco de un árbol, que estaba enfrente de la puerta.

El Adelantado, entretanto, se había internado en el bosquecillo de naranjos; desnudó el puñal y aguardó á que el reloj diera las doce.

CAPÍTULO XXVIII

Una profecía.

¡Con cuán diferentes sentimientos aguardaban la hora de la media noche los dos individuos á quienes hemos dejado ocultos en el jardín del palacio! Lleno de saña y atormentado por la sed de venganza el uno; horrorizado el otro y resuelto á frustrar el proyecto espantoso, cuyos preparativos acababa de presenciar. El tiempo corre con igual velocidad para el malvado que acecha oculto á la que va á ser su víctima, y para el que por compasión ó por deber vela con el objeto de evitar el crimen.

Cuando sonaron, en medio del silencio, los acompasados golpes de la campana del reloj que daba las doce, el corazón del Adelantado y el del otro individuo que se había escondido tras un árbol, palpitaron violentamente. Había llegado la hora decisiva.

La puerta del jardín que conducía al interior del edificio se abrió muy poco á poco, y una mujer, envuelta de pies á cabeza en un largo manto de color oscuro, se deslizó como una sombra, dirigiéndose al bosquecillo de naranjos. Cuando aquella mujer pasó junto al árbol, el que estaba allí oculto y embozado hasta los ojos, dijo con voz ahogada:

—Huíd, señora, huíd; el Adelantado está en el bosquecillo de naranjos.

—¡García! exclamó Doña Elvira á media voz, estoy per-

dida; y retrocediendo con rapidez, volvió á la puerta por donde había entrado, y se dirigió á su habitación, con el corazón oprimido de pena y de dolor.

Entretanto Don García, pues era él efectivamente, salió del jardín luego que hubo desaparecido Doña Elvira, y dirigiéndose rápidamente á la puerta del palacio, donde estaba el cuerpo de guardia, se hizo reconocer por el oficial de los arcabuceros y salió á la calle.

— ¡Ah! dijo el pobre joven, arrancando un tristísimo gemido de lo más hondo de su pecho. ¡Corro á salvarle! Quiera Dios que aun sea tiempo.

Dobló la esquina y siguiendo á lo largo del edificio, buscó la calle á donde daba el muro del jardín. Todo estaba desierto y silencioso; y Don García oyó únicamente el tristísimo tañido de una campanilla, que sonaba de vez en cuando en el extremo de la calle, y que cada vez se percibía menos, como si fuese alejándose el que la tocaba. Permaneció una hora en aquel sitio, y como á nadie vió aparecer, se retiró, lleno de mortal angustia, temiendo que D. Rodrigo hubiese penetrado en el jardín antes de que él llegase.

Pero no había sido así. Es tiempo ya de que expliquemos lo que ocurría en la parte de afuera, en tanto tenía lugar en el interior lo que dejamos referido. Don Rodrigo llegó poco antes de las doce al pie del muro del jardín, por el punto de la calle desde el cual se percibían las sombrías copas de los naranjos: y como iba provisto de una escala de cuerdas, contaba con que podría salvar fácilmente la pared. Pero casi al mismo tiempo que él, llegaba un hombre, vestido con una túnica azul, que llevaba en la mano derecha una campanilla, que tañía de tiempo en tiempo y en la izquierda una linterna. Á su luz vió el gobernador quién era el sujeto que tan importunamente se atravesaba en aquel momento en su camino. Era el mismo á quien había encontrado una noche en el barrio de Santa Cruz, conduciendo á un pobre enfermo sobre sus espaldas. El siervo de

Dios hacía resonar su campanilla y cantaba con acento grave y melancólico:

„Acordaos hermanos
Que una alma tenemos
Y si la perdemos
No la recobramos."

Don Rodrigo experimentó al ver á aquel hombre, la misma conmoción extraña que sintiera cuando se encontró con él por la primera vez. Temblaba como si se hubiese puesto en contacto con un conductor eléctrico. El joven hizo un esfuerzo extraordinario para dominar aquella impresión, de la cual se avergonzaba en su interior, pareciéndole oprobioso que aquel hombre, que tenía todo el aspecto de un miserable, ejerciese tal influencia sobre un caballero como él, que no había temblado jamás delante de nadie.

— Retiraos, dijo D. Rodrigo con impaciencia.

— No; señor D. Rodrigo de Arias, contestó con dulzura el hermano Pedro; no me retiro. Vengo á salvaros. La muerte, una muerte oscura é ignominiosa os aguarda tras ese muro, y vos no debéis morir aún.

El rostro del siervo de Dios apareció repentinamente como iluminado de un resplandor celestial. El fuego brillaba en sus ojos y su voz resonaba con un acento agradable y profético.

— Joven, repitió; vos no debéis morir aún. Dios os ha destinado á una muy alta empresa. Día vendrá en que seáis el general de una milicia numerosa, que no existe todavía, y que extenderá sus pacíficas conquistas hasta regiones muy distantes. El puesto principal os ha sido designado; id en paz, en tanto suena la hora señalada en los consejos de la Providencia para que vayáis á ocuparlo.

El siervo de Dios guardó silencio y volvió la espalda á D. Rodrigo, retirándose paso á paso y tañendo la campanilla. El joven caballero estaba como fascinado con aquella aparición y con la misteriosa profecía, que en vano procuraba descifrar.

Impelido por una fuerza interior indefinible, el gobernador fué retirándose del muro, y con la cabeza inclinada bajo el peso de graves pensamientos, se alejó de aquel sitio. Apenas había doblado la esquina, cuando apareció por el extremo opuesto D. García, que como hemos dicho, pudo oir en lontananza el sonido de la campanilla.

CAPÍTULO XXIX

La sepultura abierta.

Hasta después de las dos de la mañana permaneció D. Enrique en el jardín con los sicarios, aguardando la llegada de D. Rodrigo y de su esposa. Viendo que ni ésta ni aquél aparecían, imaginó que algún accidente inesperado ó alguna sospecha de lo que él se disponía hacer, los había retraído aquella noche.

El Adelantado despidió á *Mano de fierro* y al *Desorejado*, previniéndoles estuviesen listos para cuando él los llamase; y en vez de retirarse á su dormitorio, se dirigió á la alcoba de su esposa. Doña Elvira velaba. La idea de haber sido descubierta por D. García, la afligía sobre manera, aun cuando estaba segura de la completa discreción de aquel joven, cuya nobleza de carácter conocía perfectamente. Pero mucho menos que lo que se refería á su persona, la apenaba en aquel momento la consideración de lo que hubiese podido ocurrir en el jardín entre su esposo y D. Rodrigo, si éste había llegado á entrar, como era de suponerse; pues el billete que encontrara en el suelo, era, no podía dudarlo, de la misma letra de otros pocos que de él había recibido.

En aquella mortal inquietud, Doña Elvira contaba las horas y deseaba vivamente que amaneciese, para correr al jardín y ver allí si encontraba algún indicio de lo que hubiese podido acontecer. Cuando la joven oyó que alguno abría la puerta de su dormitorio, y vió que era su marido, cuyo sem-

blante airado iluminaba la luz de la linterna, Doña Elvira se estremeció y cerró los ojos, fingiendo que dormía. El Adelantado se acercó á la cama y puso la mano sobre el corazón de su esposa. Latía con tanta precipitación, como si estuviese próximo á romperse. Una sonrisa feroz contrajo las facciones de D. Enrique, y comprendiendo que la joven estaba despierta, dijo :

— Parece, señora, que tanto á vos como á mí nos ha tocado pasar la noche en vela.

Doña Elvira no contestó una sola palabra y continuó fingiendo que dormía. Entonces D. Enrique le tomó el brazo y sacudiéndoselo con violencia, dijo :

— ¿Qué significa esta ficción, señora? Reśponded, ó ¡vive Dios que os hago ver ahora que estoy harto de gazmoñerías!

La joven había abierto los ojos, y viendo á D. Enrique con sorpresa exclamó :

— ¿Qué lenguaje es este, Enrique, que jamás habéis usado conmigo, y qué motivo puede haber que lo autorice?

— El motivo harto lo sabéis, dijo el Adelantado, mujer perjura y desleal, que olvidáis vuestros deberes y me exponéis á ser la burla de la ciudad.

— Eso es, caballero, contestó Doña Elvira con amargura, bien lo comprendo, lo único que á vos puede importaros. Bien sé que si de algún tiempo acá os manifestáis receloso y desconfiado, es vuestro orgullo únicamente y no un sentimiento más noble y tierno, de que no sois capaz, el que os sugiere esas sospechas que nada justifica.

El Adelantado contestó con una sonrisa desdeñosa, y dijo :

— No os mostráis poco astuta al querer convertiros de acusada en acusadora. Pero conmigo perdéis vuestra elocuencia. Yo no tengo por qué daros cuenta del móvil de mis acciones. Tengo derecho á exigiros fidelidad, y no soy hombre, ¿lo entendéis? para permitir que nadie se burle de mí. Esta noche debíais conce-

rrir á una cita en el bosquecillo de naranjos del jardín. No sé por qué circunstancia fortuita no habéis acudido á ella, ni quién ha sido el ángel de guarda que os ha salvado á vos y á vuestro cómplice. Quiero que caminéis advertida del término á donde os conducirá á vos y á él la senda que seguís. Vestíos y venid conmigo.

Dicho esto, D. Enrique puso la linterna sobre una mesa y se retiró á la pieza inmediata. Había tal expresión de resolución feroz en el semblante de D. Enrique, que Doña Elvira no consideró prudente irritarle, oponiéndose á lo que le prevenía, y se vistió con un traje ligero, envolviéndose en un manto.

— Estoy pronta á seguiros donde queráis, dijo al Adelantado.

Tomó éste la linterna y marchando delante de su esposa, que le seguía inquieta y recelosa, se encaminó al jardín. Atravesaron las hileras de árboles y pasando por el bosquecillo de naranjos, llegaron junto á la cavidad que habían abierto los dos asesinos por orden de D. Enrique.

— ¿Veis esto? dijo el Adelantado.

— Sí, contestó Doña Elvira; ¿y qué?

— Un hombre, dijo D. Enrique, debió haber bajado, tres horas hace, por ese muro, para ir á buscar al bosquecillo que acabamos de atravesar, á la esposa perjura, que olvidada de sí misma, vendría sin duda á recibirle ahí en sus brazos. Pero ¡ah! el insensato no sabía que buscando la satisfacción de un deseo criminal, vendría á encontrar la muerte, una muerte instantánea, oscura y oprobiosa, en el mismo sitio donde creía hallar la felicidad. Lo que tenéis á vuestros pies es una sepultura, que yo había hecho abrir para vuestro amante. Tomad bien las señas de este sitio, porque si alguna vez se realiza lo que ahora se ha frustrado por alguna casualidad, sepáis á dónde debéis venir á derramar algunas lágrimas.

La joven se estremeció. Apenas podía creer tanta crueldad como la que revelaba la fría y premeditada resolución de su marido.

— ¿ Es decir, contestó, que meditabais un asesinato?

— Meditaba lavar mi honor vilmente ultrajado, contestó D. Enrique, y me proponía arrojaros un cadáver ensangrentado, que de los brazos de la esposa infiel, pasaría á esa sepultura. Tened entendido que ella va á quedar abierta, esperando á aquel para quien ha sido cavada.

Dicho esto, el Adelantado volvió la espalda bruscamente á su esposa, dejándola sola y en la oscuridad.

— ¡Monstruo! exclamó Doña Elvira, cuando D. Enrique hubo desparecido; y luego añadió :

— ¡Gracias, gracias, Dios mío! ¡Se ha salvado! y saliendo del jardín, volvió á su habitación y se arrojó en su lecho, presa de una violenta calentura.

CAPÍTULO XXX

La punta de la capa.

Como lo dejamos indicado en uno de los últimos capítulos, todo estaba dispuesto para que en la noche del 15 de enero estallase la conjuración de los Nazarenos. Un incidente que, al parecer, nada podía influir en los acontecimientos que se preparaban, hizo, como sucede muchas veces, que se frustrase aquella tentativa. Para explicar aquel suceso, invitamos al lector á que nos acompañe por un momento á la capilla del Socorro de la Catedral, donde hemos estado en la noche en que D. Silvestre de Alarcón fué á ocultar el libro de los juegos de palacio en el sepulcro vacío del marqués de Lorenzana.

Eran las ocho, hora en que no se veían en la iglesia sino unas pocas gentes, habiendo concluído las misas hacía un rato. El velo que cubría la imagen de la Virgen estaba levantado, y un hombre, arrodillado á poca distancia del altar, miraba en derredor, como para cerciorarse de que no había otra persona en la capilla. Cuando se hubo asegurado de que estaba solo, se levantó con prontitud, subió al altar, abrió la puerta vidriera del camarín, y cortando con la mano derecha el hilo con que estaba asegurada al manto de la Virgen una lagartija de oro y esmeraldas, la recibió en la izquierda. En aquel momento el ladrón oyó pasos de una persona que se acercaba, y sin tiempo para cerrar la portezuela del nicho, bajó del altar. Calculó

pronto que el robo iba á ser advertido, que las sospechas no dejarían de recaer sobre él, y que se le registraría. Resolvió, pues, ocultar la lagartija en algún lugar donde no se la encontrasen fácilmente y donde él pudiera recogerla después. Echó la vista en derredor, y no hallaba un sitio á propósito, cuando se fijó en el sepulcro del marqués de Lorenzana, que todos sabían bien estaba vacío. Verlo y resolverse á ocultar allí la alhaja, fué todo uno. Levantó la tapa con bastante dificultad, lo suficiente para introducir el objeto robado, y la volvió á dejar caer, sin advertir que un pedazo de paño negro que estaba cogido con la cubierta del sepulcro, había caído al levantar la tapa. El ladrón volvió á arrodillarse frente al altar, fingiendo que rezaba con la mayor devoción. Era tiempo, pues la persona cuyos pasos había escuchado, era el sacristán particular de la Virgen, que iba á cubrir la imagen. Llamóle la atención desde luego el ver abierta la vidriera del camarín, y observando la efigie, advirtió la falta de la lagartija. Inmediatamente dió voces, y habiendo acudido algunas personas, las sospechas recayeron sobre aquel devoto, que ni aun había levantado los ojos, tan absorto parecía en su oración. Asegurároule y fué escrupulosamente registrado, por más que él juraba estar inocente de aquel robo. Visto que no tenía la alhaja, se sospechó la hubiese ocultado en la misma capilla, pues un sacerdote que acababa de celebrar la misa en el altar de la Virgen, y que aun estaba en la catedral, afirmó que la imagen la tenía un momento antes. El presunto ladrón fué conducido á la cárcel, en tanto se continuaba registrando. En vano se buscó en el último rincón de la capilla; nada se encontraba, hasta que ocurrió á uno de tantos ver si acaso había ocultado el robo en aquel sepulcro vacío. Levantaron la tapa, y ¡cuál no sería el asombro de los circunstantes, al hallar ahí la lagartija, sobre un libro forrado de terciopelo verde, con sobrepuestos de plata! Recogióse la alhaja y examinando aquel libro, que llamó la atención á los

presentes, se vió que tenía, en una chapa de plata, grabadas las armas del conde de Calimaya. Abrieron y leyeron en la primera foja: *Libro de caja de los juegos de palacio.* Todos recordaron inmediatamente el robo de aquel libro, cuya desaparición había sido pública, y para cuyo rescate se hicieron inútilmente las más activas y minuciosas diligencias. Llamó igualmente la atención un retazo de paño negro, que parecía ser la esquina de una capa, que se encontró junto con el libro y con la prenda robada, y no se atinaba con lo que todo aquello podía significar.

Como quiera que fuese, el sacristan mayor, que había sido avisado y presenciado el hallazgo, tomó el libro y el retazo de paño, se dirigió al palacio y pidió audiencia para un asunto grave é importante. Obtúvola sin demora y presentó el libro al Presidente, que no podía creer á sus propios ojos, pues había perdido la esperanza de recobrarlo. El conde hizo llamar al Adelantado, y habiendo acudido D. Enrique, dijo el Presidente :

— La casualidad nos ha hecho encontrar lo que no pudieron obtener nuestras más exquisitas diligencias. He aquí el libro de caja de los juegos, cuya desparición jamás habíamos podido explicarnos. Ha sido encontrado en la capilla de nuestra Señora del Socorro, en la catedral, oculto en el sepulcro del marqués de Lorenzana.

Tomó el libro D. Enrique y vió que era efectivamente el de los juegos.

— ¿Y no hay, dijo, algún indicio de cómo ha ido á parar este libro al lugar donde se ha encontrado?

— No, señor, contestó el eclesiástico; nada sabemos absolutamente. Una casualidad nos ha hecho hallarlo, buscando una alhaja de nuestra Señora, que un ladrón acababa de ocultar en el sepulcro del marqués. Se encontró junto con este retazo de paño.

El Adelantado examinó el pedazo de paño, y dijo :

— El hallazgo de este objeto quizá no sea tan insignificante como parece. Acaso él nos ponga tras la pista del que ha cometido el robo del libro.

El Presidente dió las gracias al sacristán mayor, que se retiró en seguida. Luego que el conde y su hijo estuvieron solos, dijo el segundo :

— Señor, no perdamos tiempo ; y antes de que se publique en la ciudad la noticia del hallazgo del libro, tomad las providencias que pueden conducir al descubrimiento del autor de ese atentado.

— Pero ¿qué puede hacerse en la falta absoluta de datos que hay? preguntó el Presidente.

— Este retazo de paño debe guiarnos en la averiguación, contestó D. Enrique. Si os parece, haced llamar inmediatamente al alguacil mayor y que os traiga acá ahora mismo todos los sastres de la ciudad.

El Presidente tocó la campanilla, presentóse un lacayo y le previno se llamase al alguacil mayor. Poco tardó aquel funcionario en acudir; dióle el conde sus instrucciones, y media hora después todos los maestros sastres, (cuyo número no era considerable,) estaban en la antecámara. El Adelantado los fué examinando uno en pos de otro sobre aquel pedazo de tela. Todos aseguraron que era la esquina de una capa, que no había sido cortada con tijeras ; pero no pudieron decir más. Al fin uno de los que fueron llamados los últimos, tomó el retazo en sus manos, lo examinó con la mayor atención, por el derecho y por el revés, y dijo :

— No hay duda ; corresponde al remiendo.

— ¿ Qué remiendo ? preguntó el Adelantado.

— Uno, contestó el sastre, que se me encargó hace algunos meses pusiese en una capa.

— ¿ Y á quién pertenecía? dijo D. Enrique con ansiedad.

— Se me llamó, á lo que recuerdo, de una casa grande del barrio de Santo Domingo...,

— ¿Pero quién os llamó? ¿de quién era la capa? interrumpió D. Enrique con impaciencia.

— No recuerdo bien el apelativo, dijo el sastre; pero creo que el caballero se llama Don...

— ¿Don quién? ¡bellaco! gritó el Adelantado; ya podéis concluir, ó ¡vive Dios que el tormento os devuelva la memoria!

— Por el amor de Dios, señor, dijo el pobre artesano, dejadme recordar; son tantas las obras que caen al cabo del día! Pero si mal no recuerdo, el sujeto dueño de esa capa se llama D. Silvestre Larcón.

—Alarcón, dijo D. Enrique, ése es; y la casa del barrio de Santo Domingo, de donde fuisteis llamado, es la de D. Diego de Padilla.

— Precisamente, contestó el sastre. Un señor ya grande, mal encarado y....

— Basta; interrumpió D. Enrique, podéis retiraros.

El Adelantado fué á buscar al conde y luego le informó del importante descubrimiento que acababa de hacer. Concertóse entre el Presidente y su hijo lo que convenía practicar, y en consecuencia fueron expedidas las órdenes correspondientes.

Una hora después, un alférez con veinticinco arcabuceros ocupaba la casa de D. Diego de Padilla, con orden de prender á D. Silvestre Alarcón, registrar las habitaciones y particularmente los guardarropas y apoderarse de las capas que se encontraran en ellos. El cajero mayor, que aun no sabía una palabra de lo ocurrido pocas horas antes en la catedral, estaba en el escritorio, muy ajeno de la tempestad que se amontonaba sobre su cabeza. Precisamente se ocupaba en la lectura de unas cartas que acababa de recibir, en las que le avisaban los corresponsales que la casa tenía en Sevilla, del buen éxito del negocio emprendido con los 78,000 pesos que hubieran debido destinarse á cubrir la deuda de juego de D. Diego de Padilla. Alarcón contaba ya con poder recibir de ahí á tres días una suma considerable, procedente de aquel negocio, y se proponía hacer que apareciese el libro, pues su

falta estaba causando perjuicio, no sólo á los acreedores de su patrón, sino á otros. ¡Cuál no sería, pues, la sorpresa de Don Silvestre cuando el alférez le intimó la orden de prisión! Sospechó que la conspiración de los Nazarenos hubiese sido descubierta; pero no por eso se amilanó; antes bien, recobrando su sangre fría, después de pasada la impresión que le causó de pronto el suceso, resolvió sacar el mejor partido posible de las circunstancias.

Mientras se hacía el minucioso registro de las habitaciones, D. Silvestre permaneció con centinelas de vista en el escritorio, sin permitirle comunicar con persona alguna, ni aun con D. Diego, quien reclamó contra aquella violencia; pero tuvo que someterse á ella, diciéndole el alférez ser orden del Capitán general y Presidente de la Audiencia. Recogidas todas las capas, conforme á lo que había prevenido al oficial, y hecho de ellas un lío, con asombro de las personas de la casa, que no alcanzaban lo que aquello podía significar, Alarcón fué conducido á la cárcel y las capas se entregaron al Presidente, quien procedió, encerrado en su gabinete con D. Enrique, al examen de todas ellas. Poco tardó en encontrarse una que tenía pegado un remiendo bastante bien hecho en una de sus esquinas. Comparada la pieza con la que se encontró en el sepulcro junto con el libro, se vió ser exactamente igual, por lo que no podía dudarse que había cierta conexión entre aquel retazo de paño, que había sido cortado de aquella capa perteneciente á D. Silvestre Alarcón, y el robo y la ocultación del libro de los juegos de palacio. Ahora, cuál fuese esa relación, cómo y por qué se encontraba en el sepulcro del marqués de Lorenzana aquel pedazo de tela, junto con el libro, era un misterio, que aun faltaba esclarecer.

La captura de Alarcón, verificada la víspera del día en que iba á estallar la conjuración de los Nazarenos, hizo que aquel acontecimiento no tuviese ya lugar, faltando el que era el alma de aquella intriga y el verdadero director de las operaciones.

CAPÍTULO XXXI

Una piel de tigre intacta.

Tres meses transcurrieron después de la prisión del cajero mayor de D. Diego de Padilla, sin que se averiguase cosa alguna en que poder fundar un cargo por el robo del libro. Alarcón negaba rotundamente, y no había un solo testigo, pues la desaparición de D. Dieguillo hacía que faltase el único que pudiera haber confirmado los vehementes indicios que resultaban del encuentro del retazo de la capa junto con el libro. El negocio, de consiguiente, no adelantaba; pero D. Silvestre continuaba preso.

Tampoco llegaba á sentenciarse el litigio entre D. Diego de Padilla y D. Tomás de Carranza, sobre la herencia de Balmaseda; pues los jueces no encontraban pruebas suficientes en que fundar su fallo, y los interesados continuaban haciendo esfuerzos para producirlas. En aquella situación se hallaban las cosas, cuando ocurrió un suceso que, aunque sin relación alguna, al parecer, con aquel pleito embrollado, vino á descubrir el misterio del origen de D. César y á poner en claro los derechos de la casa de Padilla. Para explicar lo ocurrido, tenemos que trasladarnos otra vez á la hacienda de la Soledad, donde dejamos, hace algunos meses, á D. Juan de Palomeque, á su administrador Gonzalo Méndez y á Macao, preso después de la hazaña de la caza del tigre, tan mal recompensada por la crueldad del amo.

El esclavo estaba resuelto á quitar la vida á D. Juan; este era su pensamiento dominante hacía mucho tiempo y principalmente desde que le había faltado vilmente á la palabra dada, reduciéndole á estrecha prisión, después que, con grave peligro de su vida, fué á combatir con la fiera en la montaña.

El negro comprendió perfectamente que el mejor medio para poder llevar á cabo sus proyectos, era inspirar alguna confianza al administrador y al amo, haciéndoles creer que estaba quebrantado con los castigos y que había abandonado toda idea de venganza. Se manifestó sumiso y resignado, y así logró que se le aliviase poco á poco la prisión, dejándole fuera del cepo, aunque encerrado.

Por último, una noche, en ocasión en que el administrador Gonzalo Méndez, por hallarse algo indispuesto, no ocurrió á practicar la visita que acostumbraba hacer al prisionero antes de recogerse, logró éste que el caporal de la hacienda, que le había llevado la cena, le proporcionase cierta cantidad de ovillo que el negro le pidió para fabricar una hamaca y entretener la ociosidad de la prisión, y una navaja grande para ayudarse en el trabajo. Aquellos escasos elementos sirvieron á Macao para la ejecución de sus planes.

Luego que conoció que las gentes de la casa estaban recogidas, hizo con el ovillo una cuerda gruesa, de poco más de tres varas, y como el techo era un envigado sin tablas, echó la cuerda sobre una viga y la aseguró bien por medio de una gaza. Tan ágil como vigoroso, subió al techo por el lazo; lo recogió, y sin hacer el más ligero ruido, pasó otros dos cuartos, hasta llegar encima del que ocupaba el administrador, contiguo al del amo. La pieza estaba oscura y no se oía el más leve rumor. Macao ató su cuerda á una viga y bajó por ella, con la navaja en la mano, dirigiéndose á la cama en que dormía Gonzalo. Al acercarse, tropezó con una silla, que al caer, hizo un ruido que despertó al administrador, que se incorporó, para buscar un cuchillo que dejaba siempre junto á su cabecera.

— ¿Quién va? preguntó Gonzalo. El negro, guiándose por la voz, se dirigió á la cama, se arrojó sobre el administrador y sepultó la navaja en el cuello de aquel desgraciado, antes de que tuviera tiempo de defenderse y aun de ver á la persona que lo hería. Cayó bañado en su sangre y mortalmente herido. Macao, que conoció no debía perder tiempo, se dirigió al cuarto del amo, dejando á Gonzalo moribundo. La alcoba del caballero estaba débilmente iluminada por la luz de la lámpara, y D. Juan, que había despertado al oir el grito del administrador, estaba sentado en su cama. Conoció que alguien entraba en el cuarto, y dijo :

— ¿Quién anda ahí, Gonzalo?

El negro no contestó. Buscaba algún objeto que al fin pudo encontrar: era un lazo. Dió con uno que había servido para atar un fardo que el mismo día recibiera D. Juan de Guatemala. Palomeque volvió á preguntar con voz más fuerte, y ya impaciente :

— ¿Quién diablos anda aquí?

— Yo, contestó el negro, al mismo tiempo que echaba la cuerda, de la cual había cortado un pedazo como de una vara, al pecho del pobre caballero, cogiéndole los brazos. Instantáneamente, y antes de que D. Juan pudiera pedir socorro, Macao había pasado el otro pedazo de cuerda al derredor del cuello de Palomeque, haciéndole un fuerte nudo corredizo. Don Juan estaba imposibilitado de mover los brazos y de dar una voz ; el negro se arrojó sobre él y fué estrechando poco á poco el cordel que le oprimía la garganta, complaciéndose con ferocidad en la agonía del desventurado. Aquella escena terrible duró cinco minutos. El caballero quedó tendido sin vida sobre su cama, y el asesino salió del cuarto al corredor, diciendo :

— No dirán que he echado á perder el cuero, pues lo dejo intacto.

Entretanto, Gonzalo Méndez luchaba con la muerte en la

pieza inmediata. Pasó una hora y nadie había acudido, pues no se percibía rumor alguno que pudiese indicar á las gentes de la hacienda el doble crimen que acababa de cometer el vengativo esclavo. Al fin á eso de las cuatro de la mañana, el mayordomo, viendo que no se levantaba el administrador, que había convenido la noche anterior en ir al día siguiente muy temprano á visitar uno de los hatos de la hacienda, se decidió á despertarle. Acercóse á la puerta, llamó; pero nadie respondía; y pareciéndole al mayordomo oir un quejido sordo, decidió romper la cerradura de la puerta. Hízolo así, entró en el cuarto con una vela, pues la luz del día apenas comenzaba á iluminar la cima de las vecinas montañas. Luego oyó el mayordomo más distintos y perceptibles los quejidos del administrador, y habiéndose acercado á la cama, retrocedió horrorizado. Gonzalo respiraba aún; pero tenía la muerte pintada en el semblante.

Corrió el mayordomo á llamar á la gente de la hacienda, y pronto se llenó el cuarto donde expiraba el administrador. Dudaban de si se daría ó no aviso al amo de aquella desgracia, y al fin se resolvió despertarle y poner en su conocimiento lo ocurrido. Acercóse el mayordomo á la puerta del cuarto de D. Juan; le llamó dos ó tres veces, y como no obtuviese respuesta alguna, tomó la luz y se acercó á la cama. Un grito de espanto que resonó en toda la casa, lanzado por el mayordomo al ver el cadáver estrangulado del caballero, advirtió á la gente de que algo aun más terrible había encontrado aquél en el cuarto del amo. Acudieron todos y vieron el horroroso espectáculo. Nadie pensó de pronto en Macao: todo era gritos, carreras y confusión, hasta que ocurrió al mayordomo interrogar a Gonzalo, que aun estaba en aptitud de responder.

— No he visto al que me asesina, dijo con voz débil el administrador, pues me ha herido en la oscuridad; pero pude tocar su cabeza. El cabello era de un negro.

— ¡Macao! gritó el mayordomo; no puede ser otro; corramos á buscarle.

Gonzalo, al escuchar aquellas palabras, hizo seña al mayordomo para que se detuviese, y dijo:

— Es inútil; lo que importa es que vaya alguno á llamar á un sacerdote. Dime, añadió, dirigiéndose al mayordomo, ¿qué ha sido del amo?

Todos guardaron silencio, no atreviéndose á dar á Gonzalo la terrible noticia. Entonces éste, haciendo un esfuerzo, dijo:

— Por el amor de Dios no me ocultéis nada. Importa á la salvación de mi alma que yo sepa qué ha sido del amo.

Entonces el mayordomo contestó:

— El amo ha sido asesinado también, D. Gonzalo.

— Ya me lo figuraba yo, contestó el administrador. Corred, id á San Andrés, sin pérdida de tiempo, y traed un sacerdote y al alcalde. No quiero morir sin revelar un secreto que pesa sobre mi conciencia.

El mayordomo hizo ensillar tres de los caballos más ligeros de la hacienda; montó él en uno, y conduciendo los otros dos del diestro, partió como un rayo, dejando muy recomendado á las gentes de la hacienda cuidasen del administrador, cuya herida había sido ya curada de la manera que fué posible.

Á dos leguas de distancia estaba el pueblo de San Andrés, hoy extinguido, que era cabecera de parroquia y lugar donde había un alcalde español. Refirió el mayordomo la espantosa tragedia que acababa de ocurrir en la hacienda, y como encareciese al cura y al alcalde la urgencia de pasar allá inmediatamente, montaron en los caballos que llevaba el mayordomo, y una hora después llegaban á la hacienda. Gonzalo había tenido otros ataques de hemorragia, que le dajaron bastante débil; pero conservaba el uso de la razón y de la palabra, y clamaba por el sacerdote y el alcalde. Avisáronle de la llegada de éstos, y pidió entrase primero el párroco. El administrador hizo su confesión, y cumplido aquel deber, se encerró con el

alcalde, quien, por indicación del herido mismo, pidió recado de escribir.

Sentóse junto á una mesa que estaba cerca de la cama donde expiraba Gonzalo, que le suplicó fuese escribiendo lo que él ba á dictarle.

CAPÍTULO XXXII

Revelación.

« Hará poco más de veinte años, dijo el administrador, mi amo D. Juan de Palomeque y Vargas frecuentaba una casa principal en la ciudad, donde era recibido con la distinción que correspondía á su fortuna y rango. La señora de la casa era joven y hermosa, y con la intimidad del trato, fué naciendo en el corazón de D. Juan, que tenía entonces como cuarenta y cinco años, una inclinación culpable hacia aquella dama, ligada á un caballero con vínculos sagrados. Las continuas solicitudes de mi señor hicieron al fin que ella olvidase sus deberes; y habiendo el marido hecho un viaje fuera del reino, que duró más de un año, en su ausencia la señora dió á luz secretamente un hijo, fruto de sus criminales relaciones con D. Juan. Mi amo estaba loco de alegría. Se proponía criar al niño con el mayor esmero, para que fuese algún día heredero universal de su considerable fortuna. Pero yo, que había calculado venir á ser, con el tiempo, dueño de ella, comprendí que aquel niño, tan importunamente nacido, era un obstáculo poderoso á la realización de mis planes. Resolví, pues, hacerle desaparecer, sin quitarle la vida, y pronto se me ofreció la ocasión para ejecutar mi proyecto. Al siguiente día del nacimiento de aquella criatura, que D. Juan se llevó á su casa, me llamó y me dijo haber resuelto enviar á su hijo á esta hacienda, para que se criase con toda reserva, lo cual no era fácil en la ciudad, pro-

poniéndose él venir á visitarle frecuentemente. Aprobé su idea, porque comprendí desde luego que podía sacar partido de ella y dije al amo que debía contar conmigo para llevarla á cabo. Dióme sus instrucciones, y aquella misma noche salí con el niño, para traerle á esta posesión. El amo estaba muy ajeno de sospechar que cuando me entregaba su hijo, era para no volver á verle jamás.

« Corría el mes de Agosto y llovía á torrentes. Salí de la ciudad y tomé el camino que conduce á esta finca; pero apenas hube pasado un poco acá del guarda, volví atrás, me apeé, dejé el caballo suelto para que tomase el camino que quisiese, y me interné por el barrio de Santo Domingo, llevando oculta la criatura bajo la capa. Ví una casa de buena apariencia, cuyos dueños no conocía, pues en aquella época iba yo muy poco á la ciudad; percibí luz al través de las maderas cerradas de una ventana; me aproximé; oí voces y llamé dos ó tres veces, después de haber colocado en el antepecho al hijo de D. Juan. Advirtiendo que iban á abrir la ventana, fuí á colocarme en la banda opuesta, oculto en el hueco de una puerta. Asomó una señora, á quien no conocí, ni distinguí bien, á causa de la oscuridad; ví que tomaba al niño y no aguardé más. Volví al punto donde había dejado el caballo y permanecí ahí un momento. Después me encaminé á casa, cuidando de enlodar mis vestidos, y cuando llegué, encontré al amo en la mayor congoja, pues el caballo se me había anticipado.

— « ¿ Qué es esto, Gonzalo? me preguntó D. Juan con ansiedad; ¿ qué ha ocurrido? ¿ dónde está mi hijo?

— « Yo fingía hallarme confuso y que no me atrevía á responder; pero instándome D. Juan para que nada le ocultase, dije, arrodillándome:

— « Señor, soy un miserable y merezco la muerte: el niño me ha sido arrebatado. Cuatro hombres armados se me han echado encima á poca distancia del guarda, y sin dar tiempo á

que me defendiese, lo que no me era fácil tampoco, por atender á vuestro hijo, me echaron del caballo abajo, desapareciendo en la oscuridad, sin que me fuese dable conocerlos. Soy culpable, añadí, pues debí haber muerto en el acto, defendiendo el depósito que me habíais confiado ; pero la idea de que conservando mi vida podría daros informes del suceso, á fin de que tomemos algunas providencias para descubrir el paradero de la criatura, me hizo únicamente desear vivir y me dió valor para presentarme en vuestra presencia.

« Mi amo quedó aterrado al oir las palabras que acababa yo de pronunciar. No se manifestó quejoso de mí, y desde aquel momento se ocupó únicamente en hacer las más activas diligencias para descubrir el paradero de su hijo. Todo fué inútil; jamás llegó á obtener el menor indicio que pudiese conducir á la averiguación del hecho. Yo mismo estuve por algún tiempo en completa ignorancia acerca de la familia que habitaba la casa en cuya ventana puse á aquel niño ; pero avivando mis recuerdos, me parecía muchas veces que debía ser la de D. Tomás de Carranza. Pasaron así muchos años y no volví á pensar en aquel fraude que cometí, abusando de la confianza de mi amo, llevado únicamente del interés de llegar á ser un día su heredero, lo que él me había ofrecido muchas veces. Hace poco recibió aquí D. Juan una carta de la ciudad en que se le daba noticia de cierto reclamo de una cuantiosa herencia hecho á D. Tomás de Carranza por otra familia principal, reclamo que estaba basado precisamente en la simulación del nacimiento de un supuesto hijo de D. Tomás y de su esposa. Aquella carta y algunas observaciones que hizo mi amo al escuchar su lectura, fueron para mí una luz inesperada, que me hizo ver claro lo que para los demás era un misterio impenetrable. Mis sospechas fueron confirmadas, y recordando las fechas y las circunstancias de la manera misteriosa en que, según se ha sabido por algunas declaraciones, fué criado D. César de Carranza, he adquirido la plena y entera convicción de que ese joven es el hijo de D. Juan

de Palomeque, á quien yo coloqué en la ventana de D. Tomás de Carranza.

« Cumplo con un deber de conciencia al declararlo así, bajo la religión del juramento, en esta hora en que me hallo próximo á presentarme ante el Supremo Juez, y debo además indicar que si se desea completa certeza, será bien se vea si el joven que lleva el nombre de D. César de Carranza, tiene sobre el hombro derecho una mancha roja, que le observé al niño de mi amo, y que es enteramente igual á la otra que en el mismo lugar del cuerpo tiene su padre. La justicia podrá hacer de estos datos el uso que corresponda, y yo al menos habré contribuído á que se reconozca la verdad y á que no se defraude á nadie por mi causa de lo que legítimamente le toca. »

Gonzalo Méndez dejó de hablar. Para hacer aquella relación, que hubo de interrumpir frecuentemente, á fin de tomar aliento, tuvo necesidad de un gran esfuerzo, que produjo mayor agotamiento. Apenas pudo firmar la relación extendida por el alcalde, y con voz entrecortada, dijo á éste:

— Hemos concluído; pero aun me falta haceros un encargo muy especial. En el escritorio de D. Juan hay un lío de cartas cerradas y selladas, atadas con una cinta negra. Por el amor de Dios os ruego que ese paquete lo llevéis vos mismo á la ciudad y lo pongáis con toda seguridad en manos de D. César de Carranza, luego que sepáis que del reconocimiento que se practique, haya resultado, como creo firmemente sucederá, que es real y verdaderamente el hijo de mi amo.

Acabando de hacer aquella postrera recomendación, que el alcalde ofreció cumplir religiosamente, Gonzalo tuvo un nuevo ataque de hemorragia y expiró.

El alcalde procedió á hacer el inventario de los papeles de Palomeque, y encontrando el paquete de la cinta negra, indicado por el administrador, lo guardó para cumplir oportunamente con el encargo. Practicadas aquellas diligencias, después de haber hecho constar la desaparición de Macao, en cuya per-

secución salieron gentes de la hacienda, se condujeron al pueblo los cadáveres y se les dió sepultura, harto pobremente para lo que debía haber esperado un caballero de la cuna y de las circunstancias de D. Juan de Palomeque y Vargas.

Dos días después la ciudad entera tenía noticia de la terrible tragedia ocurrida en la hacienda de la Soledad, que se contaba con pormenores exagerados, como sucede de ordinario. Corrió también algún rumor vago sobre declaraciones hechas por Gonzalo Méndez poco antes de morir; pero no se sabía de qué clase fuesen realmente aquellas revelaciones. Como el difunto no tenía parientes conocidos, los oficiales reales se dieron prisa á hacer valer los derechos del fisco, y la real hacienda vino á ser la heredera de aquellos bienes acumulados con harto trabajo por Palomeque y por los cuales había cometido Gonzalo aquel abuso de confianza, que tuvo tanta influencia en algunos de los acontecimientos que sirven de tema á nuestra narración.

El alcalde que recibió la grave confidencia de Gonzalo Méndez se puso en camino inmediatamente para la ciudad, se abocó en secreto con el oidor que conocía en primera instancia del negocio de la herencia de Balmaseda y puso en sus manos la declaración dictada y firmada por Gonzalo Méndez. Teniendo alguna relación con D. Diego de Padilla, el alcalde pasó en seguida á darle aviso de lo ocurrido en la hacienda de la Soledad y de la importantísima revelación hecha por el administrador, *in articulo mortis*.

Profundamente pensativo permaneció D. Diego durante un rato, luego que el alcalde hubo hecho la minuciosa relación del contenido del documento dictado y firmado por Gonzalo Méndez.

— No me cabe ya la menor duda, dijo, de que D. César es hijo de D. Juan de Palomeque, y no de D. Tomás de Carranza. La prueba que se ha obtenido providencialmente es decisiva y se hará, estoy seguro de ello, que se me declare el derecho a

los bienes usurpados por la familia de Carranza. Pero y la madre de ese niño, ¿quién puede ser? ¿no hizo sobre este punto el administrador alguna indicación?

— Ninguna, señor, contestó el alcalde. Sobre esa circunstancia guardó la más absoluta reserva, diciendo únicamente que era una señora casada, en cuya familia era muy bien recibido Don Juan hace cosa de veinte años.

Una nube pareció cubrir la frente de D. Diego de Padilla, y no dijo ya una sola palabra. El alcalde se despidió y el caballero le dió las más expresivas gracias por el importante servicio que había prestado á su familia.

Luego que se halló solo, D. Diego comenzó á pasearse con precipitación, como agitado por algunos pensamientos que no era dueño de desechar. La relación que acababa de hacerle el alcalde de la revelación de Gonzalo Méndez, despertó repentinamente en su ánimo una sospecha cruel.

La amistad de Palomeque en aquel tiempo con su familia, el viaje que el mismo D. Diego había hecho á México, en la época precisamente del nacimiento de D. César, el abatimiento en que había caído su esposa, las palabras misteriosas que pronunciara al morir y otras circunstancias, que antes no le habían llamado la atención, torturaban su espíritu y le daban una casi certeza de su espantosa desgracia.

Don Diego temblaba de furor al considerar que había sido vilmente engañado, y buscaba en vano sobre quién descargar su ira. El desgraciado se encontraba entre dos tumbas: la de la esposa infiel y la del seductor. Para que su situación fuese más aflictiva, se veía solo, sin parientes cercanos y sin un amigo íntimo, pues Doña Violante estaba encerrada en un convento y Alarcón continuaba preso. Tenía muchos parientes; pero ninguno muy inmediato, y muchos que se decían amigos suyos, pero que estaban ligados á él solamente por el interés, por las miras políticas ó por el odio á los Carranzas. La satisfacción cruel de ver á sus poderosos rivales poco menos que

arruinados en su fortuna y su reputación, no alcanzaba á borrar la dolorosa impresión que aquel descubrimiento terrible hacía en el alma de aquel anciano. Abrumado por el peso del dolor, inclinó la cabeza y exclamó :

—¡Maldito afán de la riqueza! ¡Maldito deseo de venganza!

Una lágrima se desprendió de su párpado y rodó por la surcada mejilla del pobre caballero.

CAPÍTULO XXXIII

Donde se vé la diferencia que hay entre la tinta y el agua.

Tres meses después de verificados los sucesos que hemos referido en el precedente capítulo, el pleito entre D. Diego de Padilla y D. Tomás de Carranza fué sentenciado en última instancia, condenándose al segundo á devolver los bienes de Balmaseda, con los intereses de veinte años. Además de las pruebas que habían sido presentadas por D. Diego, el testimonio de Gonzalo Méndez y la circunstancia de la mancha roja en el hombro de D. César, que indicó el administrador, acabaron de poner en claro el fraude cometido por Carranza. La influencia del Presidente, las intrigas, las amenazas y otros resortes que tocó D. Tomás fueron completamente inútiles, y no alcanzaron á parar aquel terrible golpe. Tuvo que desprenderse de los bienes mal adquiridos, de los cuales tomó posesión D. Diego, quien lejos de mostrarse contento, como era de esperarse, parecía cada día más abatido y abrumado.

Al día siguiente de aquel en que tomó D. Diego de Padilla posesión de la herencia de Balmaseda, se encontraba solo en el escritorio, profundamente absorto en sus meditaciones, cuando le anunció un lacayo que el caballero D. Fadrique de Guzmán y Alvarado deseaba verle. Dijo Padilla que pasase adelante, y no tardó en presentarse el joven, á quien recibió D. Diego con la urbanidad que correspondía al rango del sujeto.

— Vengo á felicitaros, señor D. Diego, dijo D. Fadrique, por el buen éxito del negocio que teníais entablado. Sé que se ha hecho plena justicia á vuestros derechos y me felicito á mí mismo, por haber dado ocasión á que pudieseis promover un reclamo de tanta importancia para vuestra casa.

— Os agradezco, respondió D. Diego con frialdad, el interés que manifestáis por mis cosas. En efecto, algo creo que me dijo Alarcón sobre ciertos datos que le proporcionasteis relativos al asunto de Balmaseda.

— Nada menos, replicó D. Fadrique, algo amostazado por el tono de D. Diego, nada menos le proporcioné, que el hilo seguro para desenredar la intriga urdida con tanta habilidad por D. Tomás de Carranza; hilo sin el cual nunca habríais intentado siquiera penetrar en ese laberinto.

— Aquí lo principal ha sido, dijo D. Diego, la revelación del administrador de Palomeque. Sin ella, el pleito se estuviera hasta hoy como se estaba.

— Es verdad, replicó Guzmán; pero sin la otra revelación que yo hice, ni aun habríais pensado en promover ese negocio, ni Gonzalo Méndez hubiera adquirido la seguridad de que D. César era hijo de Palomeque, expuesto por él en la ventana de D. Tomás de Carranza.

— Será como queráis, dijo D. Diego, á quien todo lo que se refería á aquel asunto molestaba muchísimo. ¿Y qué pretendéis deducir de esto?

— Lo que pretendo deducir, caballero, respondió D. Fadrique, es que tenéis la memoria muy flaca cuando se trata de reconocer un beneficio recibido.

— Pues si lo que queréis es que yo agradezca la revelación que hicisteis de un secreto que la casualidad os hizo sorprender, dijo D. Diego, bien está; os lo agradezco y concluyamos.

— Yo os dispenso de la gratitud, D. Diego, replicó D. Fadrique, sonriendo; pero siento no poder dispensaros igualmente de la suma que me debéis.

— ¡ Que yo os debo suma! decís, replicó Padilla. ¿Os habéis vuelto loco, caballero ? No creo haber tenido jamás negocio con vos.

— Directamente no, dijo Guzmán ; pero por medio de vuestro cajero mayor, sí.

— ¿Por medio de mi cajero mayor ? No os comprendo. No sé que haya hecho con vos Alarcón negocio alguno ; pero si tal cosa hubo y me presentáis un documento extendido en debida forma, lo respetaré como si yo mismo lo hubiese firmado

— Eso es hablar en regla, señor D. Diego, dijo D. Fadrique, echando mano al bolsillo de su jubón y sacando un papel. Rompió un sello que él mismo había puesto, presentó á Padilla un medio pliego doblado en cuatro y dijo : tened la bondad de leer este documento.

Tomó D. Diego el papel y leyó en voz alta :

„Como factor de la casa de comercio de D. Diego de Padilla, de esta ciudad, me obligo á pagar á D. Fadrique de Guzmán y Alvarado la cantidad de veinte mil pesos, tan luego como la dicha casa entre en posesión de la herencia de D. Juan de Balmaseda. Y porque conste lo firmo, en Santiago de Guatemala, á los catorce de Julio de mil seiscientos cincuenta y cinco años."

— ¿Qué decís ahora? preguntó D. Fadrique con alegría, ¿ese documento, está ó no está extendido en toda regla?

— Está perfectamente bien, dijo Padilla ; pero permitidme os pregunte ¿qué significa esto y para qué me lo traéis ?

Asombrado se quedó Guzmán al oir aquella pregunta y contestó :

— ¡Vive Dios, señor de Padilla, que ó vos ó yo nos hemos vuelto locos ! Pues me parece claro como la luz del medio dia que vuestro cajero mayor, que tenia amplísimas facultades para tratar y contratar en nombre de la casa, ha obligado á esta bajo su firma á pagarme veinte mil pesos.

— Vos os burláis, caballero, dijo D. Diego sonriendo; una obligación que nadie firma, no significa nada.

Atónito D. Fadrique, arrebató el documento de manos de D Diego, y se puso pálido al ver que efectivamente no había al pie de aquel escrito la más ligera huella de una firma. Guzmán echó una mirada al tintero que estaba sobre el escritorio, y viendo que era el mismo que había servido para que Alarcón firmase el documento, fué á tomar una pluma y la introdujo en el vaso que estaba á la derecha. Retiró la pluma, que destiló una gota de tinta. En seguida introdujo otra pluma en el vaso de la izquierda y cayó una gota clara y transparente : era agua. Ahí había mojado la pluma el cajero mayor para firmar la obligación, cubriendo inmediatamente la firma con arenilla, como se recordará. Don Fadrique no había tenido para qué volver á ver el papel desde entonces. Inmediatamente le puso una cubierta y lo selló, guardándolo para su oportunidad. ¡Cuál no sería la rabia que se apoderó de su corazón, al comprender que había sido engañado y burlado por el astuto cajero! Temblando de ira, dijo á D. Diego :

— Vuestro cajero mayor es un bribón, caballero; ha firmado con agua.

— Lástima que él no esté presente, D. Fadrique, dijo Padilla, pues acaso os devolvería el cumplido, y os diría tal vez que sois vos quien merece más bien el dictado. El que viene á presentar un documento sin firma y pretende que se le engañó, de la manera que vos decís, da pleno derecho á que se desconfíe de él.

La cólera de D. Fadrique desbordó, cuando oyó aquella respuesta, y dijo :

— Pues yo sostengo que vuestro cajero mayor es un fullero, y digo además que un amo que tiene y defiende á tal criado, está muy cerca de parecérsele, ya que no sea igual á él.

El orgulloso hidalgo mudó de colores al escuchar aquel in-

sulto. La sangre se agolpó en su rostro; se acercó á Guzmán, y sacudiéndole fuertemente el brazo, dijo:

— Sois un miserable. Si no os protegiera mi casa, ahora mismo os arrancaría la lengua con que habéis proferido tan villano agravio. Exijo me deis una satisfacción con las armas, y os aguardo mañana á las cinco, en el campo de la *Chácara*.

D. Fadrique tembló al escuchar aquellas palabras, pues comprendió que D. Diego era hombre de llevar á efecto el desafío. Pero como á pesar de su cobardía, era orgulloso, no quiso manifestar temor, y contestó:

— Anciano, yo desprecio esas provocaciones; vuestra edad os sirve de escudo.

— No ¡vive Dios! contestó D. Diego airado; no os excuséis con eso, que no es cuenta vuestra. Dígoos que si no acudís mañana al punto que os indico, publicaré en toda la ciudad que sois un cobarde y un menguado, incapaz de sostener con la espada los agravios que hacéis con la lengua.

— Pues bien, dijo Guzmán, no faltaré, y sobre vos recaerán las consecuencias de vuestra temeridad.

Dicho esto, saludó á D. Diego y se retiró. Padilla volvió á ocuparse tranquilamente en sus negocios, y D. Fadrique se dirigió al palacio del presidente. Obtenida audiencia, refirió al conde lo que acababa de pasar entre él y D. Diego, aunque disfrazando del mejor modo posible el origen de la disputa. El Presidente, que deseaba vivamente algún pretexto para proceder contra D. Diego de Padilla, consideró favorable la oportunidad y aconsejó á D. Fadrique que acudiera al punto de la cita, ofreciéndole que una partida de dragones llegaría oportunamente y se apoderaría de D. Diego, en quien se haría recaer toda la culpa, como provocador del duelo. Mediante aquella seguridad, convino D. Fadrique en ir al siguiente día á las cinco de la mañana al campo de la *Chácara*.

CAPÍTULO XXXIV

Un duelo y sus consecuencias.

En la noche del día en que se verificó la conferencia entre D. Diego de Padilla y D. Fadrique de Guzmán, que terminó con un reto entre ambos caballeros, á eso de las diez fué llamado á palacio el alférez D. César de Carranza. Recibióle el conde de Santiago en su gabinete, con el aire de superioridad que el anciano sabía tomar cuando se trataba de asuntos del servicio. Saludó D. César respetuosamente, y el Presidente le dijo :

— Os he llamado para encargaros una comisión delicada.

— Dad vuestras órdenes, Muy Ilustre Señor, contestó el alférez; estoy pronto á obedeceros.

— Tomad esta orden, dijo el Presidente, entregando á D. César un papel, y presentadla mañana á las cinco menos cuarto de la madrugada, al capitán D. Pedro de Lara, que manda el cuerpo de dragones. Con los ocho hombres que os proporcionará, pasaréis inmediatamente al campo de la Chácara de Santo Domingo, donde encontraréis dos caballeros batiéndose en duelo. Prenderéis á uno y otro y los conduciréis á la cárcel de este real palacio.

Don César se inclinó, y tomando la orden, que puso en el cinturón de su espada, se retiró.

No sin una intención particular había elegido el Presidente al joven Carranza para aquella comisión. Temía alguna resistencia de parte de D. Diego ó de sus deudos y partidarios, y

necesitaba un oficial de valor acreditado y que además no tuviera conexión con la familia de Padilla. Ninguno pareció mejor que D. César en uno y otro concepto; pues su denuedo era conocido, y se le suponía resentidísimo con D. Diego por el ruidoso pleito que tan grave daño había inferido al joven. Satisfecho de su elección y seguro del buen éxito de ella, el conde aguardó el resultado de aquel incidente.

Al día siguiente, D. César se presentó á caballo en el cuartel de dragones, á la hora que se le había prevenido, y habiendo puesto la orden del Presidente en manos del comandante del cuerpo, fué cumplida inmediatamente. Don César, seguido de los ocho dragones, se dirigió al campo de la Chácara.

Ya estaba allí D. Diego de Padilla, que había llegado media hora antes de la señalada para el encuentro. Iba acompañado solamente de un lacayo, á quien encargó cuidase del caballo que montaba. Don Fadrique se presentó á las cinco en punto.

— Estoy listo, caballero, dijo D. Diego, desnudando su espada.

Don Fadrique buscaba con inquietud por todos lados, á ver si aparecían los que debían impedir el duelo, y como no los veia, estaba visiblemente inquieto.

— ¿Qué aguardáis? dijo Padilla con impaciencia.

— Nada, contestó Guzmán; estoy á vuestras órdenes y desenvainó la espada de muy mala gana. El anciano se lanzó sobre el joven con un ímpetu que nadie habría aguardado de sus años, y D. Fadrique tuvo que ir retrocediendo, parando con mucha dificultad los terribles golpes que le asestaba su enemigo. Acosado por el anciano, D. Fadrique estaba ya casi sin fuerzas, cuando apareció á lo lejos el alférez con su gente. Lo vió D. Fadrique y exclamó :

— ¡Somos perdidos! Tropa viene.

— No importa, replicó Padilla, aun hay tiempo : concluyamos.

Y redoblando la viveza del ataque, asestó una estocada á Guzmán en el costado izquierdo, y habiéndole alcanzado, le causó una ligera herida.

— ¡Muerto soy! gritó D. Fadrique, y se echó en tierra, soltando la espada.

D. Diego de Padilla apenas tuvo tiempo para saltar sobre su caballo y echar á correr, pues ya el alférez y los dragones estaban á diez pasos de distancia.

— Acudid dos al herido, y los demás seguidme, dijo D. César, y corrió tras el fugitivo, á quien no había conocido.

Padilla montaba un excelente caballo. Dióle toda la fuerza de la carrera; atravesó el campo, y tomó hacia el arco del Matasano. Con la velocidad del rayo pasó por el puente y se dirigió hacia la iglesia de la Concepción. Estaba abierta y advirtiéndolo D. Diego, apeóse ligeramente del caballo y se asiló en aquel lugar sagrado, cuando el alférez iba á darle alcance.

Detuvo D. César su caballo y siguió con la vista al fugitivo. Seguro ya éste, volvió la cara y se encontró frente á frente con el joven. Ambos lanzaron una exclamación de sorpresa al reconocerse; pero los sentimientos que experimentaban eran de muy diferente naturaleza. Á D. Diego, la presencia de Don César de Carranza, en aquel momento, le causó la mayor indignación. Don César lo que sintió fué el más vivo dolor, al ver quién era aquel hidalgo á quien se le había encargado prender.

Don César no podía penetrar en la iglesia sin violar el asilo. Previno á uno de los dragones fuese inmediatamente á avisar al comandante del cuerpo lo ocurrido, para que diese parte al Presidente, y él permaneció frente á la puerta de la iglesia. Luego que el conde de Santiago tuvo conocimiento de haberse retraído D. Diego de Padilla en la Concepción, dispuso que un piquete de veinte hombres fuese á reforzar los pocos dragones que tenía D. César y envió á éste instrucciones terminantes para que con aquella gente rodease el templo, á fin de que el reo no pudiese evadirse. Obedeció el alférez con la mayor pena, distribuyó su tropa y él permaneció frente á la puerta principal.

Al momento corrió por toda la ciudad la nueva del suceso

extraordinario que acababa de ocurrir, y las calles contiguas á la Concepción comenzaron á llenarse de curiosos, atraídos por la novedad. Pasaron algunas horas sin que D. Diego saliese, y ni el alférez ni las tropas desamparaban sus puestos. La autoridad eclesiástica rehusaba entregar al reo, á menos que fuese indultado, lo que el Presidente se negaba á conceder. Pasó así todo el día y cuando se acercaba la noche, el conde previno que no se cerrasen las puertas de la iglesia, á lo que accedió el vicario capitular que gobernaba la diócesis, sede vacante. La población estaba excitada, formándose partidos, ó mejor dicho, exacerbándose los que ya existían; pues los adictos á la familia de Padilla sostenían la inmunidad, al paso que los de Carranza alegaban que el delito era de los que no gozaban del privilegio del asilo.

Don Rodrigo de Arias, cuando tuvo conocimiento, por la voz pública, de lo que ocurría, mandó convocar á los Nazarenos, que se reunieron á las ocho de la noche en la casa de los espantos. El gobernador expuso la situación de las cosas y manifestó la urgente necesidad de que la asociación nombrase un jefe, ya que D. Diego de Padilla estaba imposibilitado por el momento de ejercer sus funciones. Adoptóse la idea, y habiéndose procedido á la elección, fué nombrado D. Rodrigo, que no vaciló en aceptar el cargo.

— Caballeros, dijo el gobernador, una vez que vuestra confianza me ha designado para que dirija la asociación en las circunstancias gravísimas en que nos hallamos, debo deciros que mi opinión es que obremos con energía, decisión y prontitud. El honor nos manda acudir en auxilio de D. Diego de Padilla; la ocasión es oportuna y favorable; el pueblo está vivamente excitado y nuestros numerosos partidarios aguardan solamente una orden para dar el golpe que desean tiempo ha con ansiedad. Tenemos algunas armas, reunámonos y salvemos á D. Diego. Hoy es tiempo todavía; la autoridad descansa en la seguridad de que no tiene nada que temer. Ma-

ñana tal vez sería tarde; pues probablemente la actitud del vecindario hará que se redoblen las precauciones. Desbaratemos ese pelotón de soldados que al mando de un alférez tiene sitiada la iglesia donde está asilado Padilla, y en seguida procedamos á la prisión del Presidente, de su hijo y de sus allegados. No olvidéis que la fortuna ayuda á los atrevidos y que niega sus favores á los pusilánimes.

En consecuencia, quedó acordado que al siguiente día á las cinco de la mañana, se reunirían los Nazarenos, armado cada cual como pudiese, en el arco del Matasano, para atacar á los veinticinco dragones estacionados al rededor de la iglesia de la Concepcion, y dirigirse en seguida al real palacio. Convínose en que se aprovecharía la noche para citar á los individuos de la asociación que no estaban presentes en aquella junta y tomar otras medidas conducentes al buen éxito de la empresa; y todo dispuesto así, se disolvió la reunión.

Entretanto el Presidente por su parte celebraba consejo con el Adelantado y con los oidores que les eran conocidamente adictos. En aquella junta se expuso la excitación que mostraba el pueblo y la necesidad de tomar una medida pronta y extraordinaria, para salvar la tranquilidad pública amenazada y dejar bien puesto el prestigio de la autoridad. Se resolvió aumentar la fuerza, convocándose las compañías que estaban organizadas y á cuyos capitanes se llamó en el acto para recibir órdenes. Cuatro cañones fueron colocados en la plaza mayor y dos en la calle de la Concepción. Dobláronse las rondas y las alturas del palacio real se coronaron de arcabuceros.

El alférez D. César de Carranza, á quien su mala suerte había destinado un papel importante en aquellos sucesos, estaba sentado en un banco de piedra, frente á la puerta de la Concepción, que, como hemos dicho, permanecía abierta. El desgraciado joven se encontraba abrumado por los graves pensamientos que le sugería lo extraordinario de su situacion.

Hallábase ahí, encargado de capturar al padre de la mujer á quien amaba y á dos pasos del sitio donde Doña Violante había ido á sepultar sus dolores. Don César maldecía la ciega fatalidad que lo colocara en tal apuro, cuando oyó el ruido de un caballo que se acercaba. Púsose en pie el alférez y reconoció al jinete. Era un oficial, portador de un despacho del Presidente. Á pocos pasos de distancia estaba, en un nicho abierto en la pared, una imagen de la Virgen, ante la cual ardía una lámpara. Á su luz pudo leer el joven el papel que el mensajero del Presidente acababa de poner en sus manos. Vió que decía así.

« El alférez D. César de Carranza extraerá del asilo, mañana á las cuatro de la madrugada, á D. Diego de Padilla, y con la escolta de dragones que tiene á sus órdenes, conducirá al reo, con la debida seguridad y prontitud, hasta entregarle al gobernador del castillo de San Felipe, en el golfo dulce, por convenir así al servicio del rey.

« Dada en el real palacio, en Santiago de Guatemala, á las doce de la noche del día 25 de Octubre de 1656 años.

[Firmado.] El Conde de Santiago de Calimaya. »

— Decid á Su Señoría, dijo el alférez al oficial, que sus órdenes serán puntualmente cumplidas.

Retiróse el mensajero, y D. César volvió á sentarse en el banco de piedra, abrumado de dolor. Sentíase interiormente combatido por las ideas del honor y de la disciplina militar, por una parte, y por la consideración que debía guardar al padre de Doña Violante, por otra. El desgraciado conservaba como una especie de culto á aquel amor funesto, ignorando todavía el abismo que el destino había abierto entre él y la hija de D. Diego de Padilla. Creía que al fin podría lograr vencer la oposición que éste mostraba á su matrimonio: confiaba en que Doña Violante no le habría olvidado y temblaba de aumentar de alguna manera los obstáculos que se oponían á la realización

de sus esperanzas más ardientes. D. César consideraba como una crueldad en el Presidente el haberle encargado de aquella odiosa comisión y buscaba algún arbitrio para eludirla. Su carácter enérgico y decidido no le permitía muchas vacilaciones. Tomó, pues, una resolución atrevida ; se embozó en su capa, entró en la iglesia y se encaminó hacia la verja del presbiterio. D. Diego estaba ahí, de rodillas y en oración, y aunque el alférez hizo de propósito algún ligero ruido para llamar la atención al anciano caballero, éste no levantó los ojos. Entonces D. César se decidió á dirigirle la palabra y le habló en los términos que se dirán en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XXXV

El entredicho.

—Perdonad, señor D. Diego, dijo D. César, si vengo á interrumpiros en vuestras devociones. Pero el tiempo urge y deseo que aprovechéis las pocas horas que faltan de la noche.

—¿Para qué? contestó D. Diego con tranquilidad. ¿Para prepararme á la muerte? ¿Os habéis encargado de ser hasta el fin el instrumento de la venganza de mis enemigos? Estoy pronto.

Aquellas crueles palabras traspasaron como una espada el noble corazón de D. César. Conservó, sin embargo, moderación, y dijo á D. Diego:

—No, caballero; no vengo á prepararos para la muerte; por el contrario, vengo á proponeros el único medio quizá que os queda para salvaros.

No contestó D. Diego, y D. César continuó diciendo:

—Huid, tengo mi caballo á la puerta de la iglesia; no perdáis tiempo; dos ó tres horas más, y ya sería tarde. Huid; yo tomo sobre mí la responsabilidad de vuestra fuga. Leed, añadió, y presentó á D. Diego el papel que acababa de serle entregado.

Acercóse el anciano á la lámpara que ardía delante del altar y leyó la orden en que se prevenía á D. César conducirle al castillo del golfo dulce. Luego que la hubo leído, la devolvió al alférez con la mayor tranquilidad, y le dijo:

— Haced vuestro deber.

Atónito D. César, no podía comprender tanta obstinación.

— Señor D. Diego, dijo el joven, no os obstinéis en rehusar la oportunidad que se os ofrece para salvaros. Permitidme os haga observar que, á vuestra edad, la orden de conduciros al presidio del golfo, es una verdadera orden de muerte. Huid, repito; yo sufriré las consecuencias de mi falta.

— No debo ni quiero, respondió D. Diego, recibir de vos el más pequeño servicio; repito que estoy pronto y que hagáis vuestro deber.

Dicho esto, el anciano volvió la espalda al alférez y fué á arrodillarse cerca del altar.

Don César, que no podía comprender el motivo secreto de la conducta de D. Diego, deploró en el fondo de su alma lo que él consideraba como un capricho del rencor, procedente de la rivalidad con la familia que le había adoptado como hijo; y se salió de la iglesia profundamente afligido. Pasó así las pocas horas que faltaban para la señalada en la orden del Presidente. Poco antes de las cuatro, el mismo oficial que le había transmitido la orden, se presentó con un caballo enjaezado, que debía montar D. Diego, y D. César llamó á los dragones que estaban colocados en torno de la iglesia. Cuando el reloj dió las cuatro campanadas, el alférez entró en el templo y se dirigió al presbiterio. D. Diego oraba todavía, á muy pocos pasos de la reja del coro de las religiosas.

— Ha llegado la hora, caballero, dijo el joven con voz que revelaba toda su emocion.

— Vamos, contestó D. Diego, poniéndose en pie. Y extendiendo la mano derecha hacia el altar, en cuyo fondo oscuro se destacaba un crucifijo de marfil, dijo, en tono grave y solemne:

— Pongo á Jesucristo por testigo de esta violencia. Sé que voy á morir. Decid al conde de Santiago que le emplazo ante el tribunal de Dios, donde compareceremos ambos, tres días después de mi muerte.

En aquel momento se oyó un grito desgarrador detrás de la reja del coro. Era Doña Violante, que, sabiendo como su padre estaba asilado en la iglesia, había pasado la noche en oración, á pocos pasos del anciano. La infeliz joven pudo ser testigo de aquella tristísima escena, viendo al través del velo y á la luz incierta de la lámpara, á su padre y á su amante, y oyendo perfectamente las últimas palabras de D. Diego. Tanto éste como D. César, conocieron de quién partía aquel acento de dolor. D. Diego no fué dueño de contener sus lágrimas, al recibir aquella postrera despedida del único ser á quien amaba en este mundo y por quien sentía perder la vida, y D. César ahogaba sus gemidos en el fondo de su pecho.

— Vamos, dijo D. Diego, y sin volver la cabeza hacia el coro, se dirigió á la puerta de la iglesia, seguido por el alférez. Los dragones aguardaban ya, y uno de ellos tenía por la brida el caballo que había de montar D. Diego.

— Vuestra espada, caballero, dijo D. César, tendiendo la mano para recibirla.

Don Diego desató la espada del cinturón y echó en torno una mirada, como buscando un oficial á quien entregarla. Visto que no le había, la tomó por la punta y alargó la empuñadura á uno de los dragones, sin decir palabra.

— Recibidla, dijo al soldado D. César é inclinó la cabeza, para ocultar la sensación que le causaba aquel nuevo desaire.

Montaron á caballo y partieron á galope, atravesando las calles solitarias de la ciudad.

Una hora después, varios grupos de hombres fueron agolpándose en el arco del Matasano. Eran los Nazarenos. Reuniéronse cerca de doscientos, y se dirigieron en silencio hacia la Concepción. D. Rodrigo de Arias marchaba al frente de aquella turba, mal armada, pero decidida. Cuando llegaron frente á la iglesia, les llamó la atención el no encontrar ya la partida de dragones. Hacían diversas conjeturas sobre aquella repentina desaparición de la guardia, cuya causa no acertaban

á explicarse, no resolviéndose á creer que la inmunidad del asilo hubiese sido violada. D. Rodrigo resolvió penetrar solo en el templo é indagar, si le fuese posible, qué había sido de D. Diego. Hízolo así, entró, y habiendo encontrado al capellán del monasterio, éste le refirió como el reo había sido extraído del asilo sagrado, probablemente por orden del Presidente; agregando que en el acto iba á dar parte al gobernador de la mitra.

Retiróse D. Rodrigo y fué á reunirse con los Nazarenos, á quienes refirió lo ocurrido. Resolvieron, en vista de la desaparición de D. Diego, y no sabiéndose el punto á donde hubiese sido llevado, aguardar á ver el giro que tomasen los acontecimientos. En consecuencia, disolviéronse los conjurados, advertidos de que volverían á reunirse al primer aviso que se les comunicase.

Á las seis de la mañana la ciudad entera sabía que el asilo había sido violado y D. Diego de Padilla conducido no se sabía adónde. Aquella noticia hizo una sensación profunda en todas las clases del vecindario. Comenzaron á reunirse grupos de gente por diversos puntos, en actitud amenazadora. Á las siete las campanas de la Concepción tocaban á *entredicho* y se cerraban las puertas de la iglesia, con escándalo de los fieles. El furor del pueblo no conocía límites. Escuchábanse por todas partes gritos subversivos y el Presidente se preparaba á la defensa. Fortificóse á toda prisa el palacio real, colocándose arcabuceros en los principales edificios y se guarneció la plaza de armas con la artillería. Entretanto, D. Rodrigo de Arias consideró oportuna la ocasión para intentar un golpe decisivo y comunicó sus órdenes á los conjurados, que inmediatamente se mezclaran entre los grupos de los descontentos, animándolos á derrocar á los que habían violado la santidad del santuario.

Á las doce de la mañana la ciudad entera estaba en la mayor efervescencia y un choque parecía inevitable. Los amotinados comenzaron á alzar el grito de ¡Viva nuestro capitán general

D. Rodrigo de Arias! resonando de un extremo á otro de la población las aclamaciones más entusiastas por el joven gobernador, cuya popularidad creció extraordinariamente en unas pocas horas, merced á los trabajos activos de los Nazarenos. Pasó así la tarde. D. Rodrigo celebró junta con los principales conjurados y se convino en dar el asalto por la noche, teniendo casi completa seguridad de que se obtendría el triunfo. Acordado el ataque para las diez, D. Rodrigo se retiró á su casa, para hacer los últimos preparativos. Sus agentes continuaron en tanto comunicando sus órdenes y entusiasmando más y más al pueblo.

Entretanto, veamos lo que pasaba en el palacio. El conde de Santiago, su hijo y los funcionarios principales adictos al Presidente, recibieron con asombro los partes que se les transmitían de la actitud decidida y resuelta de la población. Pero lo que más los alarmó fué la duda que manifestaron los capitanes de las compañías acerca de la fidelidad de la tropa, que más bien parecía inclinada á unirse al vecindario. Resolvióse celebrar junta de guerra á las ocho, y se citó al efecto á algunos de los oidores, á los alcaldes, al maese de campo, al alférez real y á los capitanes de compañías.

Doña Elvira de Lagasti, encerrada en su habitación, sabia los rumores que corrían y temblaba al oir cuál era el estado de las cosas, no ignorando que el nombre de D. Rodrigo se escuchaba entre las aclamaciones de los sediciosos. Hallándose en aquella congoja, llamaron suavemente á la puerta de su dormitorio. Fué ella misma á abrir y se encontró con Adriano, el paje de su marido, que estaba pálido y demudado.

— ¿Estáis sola, señora? preguntó el joven.

— Sí, Adriano, contestó Doña Elvira asustada. ¿Qué es lo que ocurre? Dímelo todo; quiero saberlo.

— Lo que ocurre, señora, contestó Adriano, es que la ciudad está en armas y decidida á atacar el palacio dentro de dos horas; que no se puede contar con la fidelidad de la tropa y

que el Presidente sucumbirá, después de que haya habido desgracias incalculables.

Doña Elvira se estremeció al escuchar aquellas palabras, y dijo :

— Pero, ¿quién ha podido organizar tan pronto una insurrección tan formidable?

— ¿Quién, señora? contestó Adriano; voy á decíroslo; y sabed que al revelaros este secreto terrible, que sólo la necesidad me obliga á descubrir, pongo mi cabeza en el más grave peligro. Existe, añadió, bajando la voz, una asociación numerosa, compuesta de muchos individuos de la nobleza, de la clase media y del pueblo, que reconocía por jefe á D. Diego de Padilla, y que aprovechando la excitación en que ha puesto al vecindario el entredicho de la iglesia de la Concepción, ha resuelto el asalto del palacio para esta misma noche á las diez.

— ¡ Santo Dios ! exclamó la joven ¿estás seguro de lo que me dices?

— Haced de caso, señora, contestó Adriano, que yo mismo hubiese concurrido á la reunión de los conjurados y oído estas disposiciones.

— Adriano, dijo Dña. Elvira fuera de sí, es necesario evitar que suceda semejante desgracia. ¿Has dado ya aviso al Conde y al Adelantado ?

— Me guardaré bien de hacerlo, señora, respondió Adriano. Ellos nada podrían remediar, y yo me perdería inútilmente. Os lo digo á vos que sois la única que puede disipar la tempestad.

— ¡ Yo ! dijo Dña. Elvira con asombro, ¿y cómo ?

— Abocándoos, contestó Adriano, con el jefe de los conjurados y comprometiéndole á que se aplace el asalto con cualquier pretexto, en tanto se hace algún arreglo, al cual, según he podido entender, se hallan dispuestos tanto el Presidente como el vicario capitular que temen ya las consecuencias de la ira del pueblo, que han provocado imprudentemente.

— ¿Y cuál es ese jefe con quien dices que debo abocarme? preguntó Dña. Elvira.

— ¿No lo alcanzáis, señora? contestó el paje; y bajando aun más la voz, añadió; ese jefe absoluto de los conjurados, que tiene hoy en sus manos la suerte de la población, es Don Rodrigo de Arias.

— Un rayo habría hecho menos impresión en Dña. Elvira que aquella revelación inesperada. Tembló al ver comprometido á D. Rodrigo en empresa tan peligrosa, y dijo :

— ¿Es cierto lo que me dices? apenas puedo creerlo, Adriano.

— Pues no lo dudéis, señora ; y sobre todo, conjúroos á que por Dios no perdáis un tiempo precioso. Pronto será ya tarde para evitar los horrores de una lucha en que tal vez pereceremos todos. Decidios, señora, id á buscar á D. Rodrigo.

— ¿Pero cómo y adónde? ¿no ves que semejante paso puede comprometerme gravemente?

— No temáis señora, dijo Adriano; ahora nadie está en palacio para pensar en otra cosa que en el alzamiento. Podéis salir con la mayor facilidad, sin ser notada; yo os acompañaré y os proporcionaré un disfraz con el cual podréis atravesar entre los conjurados sin que os moleste nadie. Vamos. Ved que de aquí á una hora ya será tarde.

Apremiada Doña Elvira con las instancias del paje, y más aún por la consideración de los males que sobrevendrian, si no se decidía á ver á D. Rodrigo, hubo al fin de resolverse y dijo á Adriano que estaba pronta. Salieron de las habitaciones y tomando un corredor excusado, salvaron la puerta de los coches sin encontrar á nadie. El conde, D. Enrique, D. Garcia y otros señores, estaban en el gabinete del Presidente, en la junta de guerra.

Luego que estuvieron en la calle, desenvolvió Adriano un hatillo que llevaba bajo el brazo, y sacando dos túnicas de color violado y dos capuces, presentó la una á Doña Elvira.

— ¿Y esto qué es? preguntó la joven.

— Es, contestó el paje, el disfraz de que os he hablado. Con estas túnicas y estos capuces podremos caminar con toda seguridad, aun cuando encontremos algunos de los amotinados, y llegar hasta la casa de D. Rodrigo.

Diciendo esto, Adriano se vistió la túnica, cubrió su cabeza con el capuz, y obligó á Doña Elvira á que se disfrazase. Hízolo la joven, y pronto se alejaron ambos del palacio dirigiéndose, por calles extraviadas, hacia la casa de D. Rodrigo de Arias.

CAPÍTULO XXXVI

Un peligro.

Doña Elvira y Adriano llegaron hasta la casa de D. Rodrigo, sin encontrar persona alguna que los detuviese. Uno que otro grupo de amotinados que atravesaba las calles, viendo el traje de Nazarenos que vestían el paje y la joven señora, los dejaban pasar de largo.

Cuando llegaron á la puerta de la casa del gobernador, Adriano pronunció al oído del portero el *Malo mori* con que se daban á reconocer los Nazarenos, lo que bastó para que se les dejase entrar. Adriano dijo que su compañero tenía grande urgencia de hablar al gobernador, y con eso el desconocido Nazareno fué introducido en el gabinete de D. Rodrigo, que se ocupaba en escribir algunas cartas. Adriano fué á situarse en la puerta de la calle, aguardando á Doña Elvira, para volverla á conducir al palacio.

La joven señora, cuando hubo entrado en el gabinete, levantó el capuz que cubría su rostro, y D. Rodrigo lanzó una exclamación de sorpresa. Apenas podía creer á sus propios ojos. Levantóse y fué á tomar la mano de Doña Elvira, diciéndole:

— ¿Vos aquí, Elvira? ¿Cuál es el genio bienhechor que os ha conducido á mi casa en este momento, en que habría yo dado diez años de mi vida por veros un solo instante?

— Don Rodrigo, contestó la joven, debéis suponer que el

motivo que me obliga á dar este paso, cuya gravedad no se me oculta, es demasiado importante. No me he atrevido á llamaros á palacio, en la situación en que se halla la ciudad, y más bien he querido exponerme yo, que no haceros correr un nuevo peligro.

— ¡Alma generosa! contestó el gobernador con efusión. Antes de poneros en riesgo de sufrir la más ligera desazón, debisteis haberme llamado, que yo hubiera corrido á buscaros, aun cuando me hubiese costado la vida. Decid, Elvira, qué puedo hacer por vos. Sabéis que vuestros deseos son órdenes para mí.

— Yo no vengo, D. Rodrigo, contestó Doña Elvira, á mandaros cosa alguna, sino á pediros por lo que más améis en este mundo, que empleéis vuestra influencia para que cese la turbación en que se encuentra la ciudad. Sé que disponéis en absoluto de los amotinados, y os suplico evitéis el cúmulo de desgracias que nos amenazan.

— Señora, contestó D. Rodrigo, poniéndose serio; ¿qué es lo que me pedís? No gusto de ficciones, y así, no os ocultaré que ejerzo alguna influencia sobre una gran parte de la nobleza y del pueblo, que cansados de la opresión, se han levantado contra los autores de sus males. Pero reflexionad, Doña Elvira, que en la situación en que se hallan las cosas, no podría yo, sin faltar á compromisos que un caballero no debe romper jamás, acceder á vuestros deseos. D. Diego de Padilla ha sido extraído del asilo, y á esta hora, si no ha sido asesinado vilmente, se hallará acaso aherrojado entre los criminales. La nobleza ha sido herida en uno de sus principales miembros, y el pueblo ve con escándalo el entredicho que la autoridad eclesiástica se ha visto obligada á poner en la iglesia de donde aquél ha sido arrancado violentamente. ¿Qué queréis que yo haga en esta situación?

— Yo lo único que os pido, D. Rodrigo, es que hagáis se suspenda el asalto del palacio, que sé ha sido señalado para

esta noche á las diez; y que entretanto, si por parte del Presidente y del vicario se muestra disposición para un arreglo, ayudéis á él con todo vuestro poder. Esto os pido, esto os suplico; hacedlo por el bien de tantos inocentes que habrían de perecer en un combate; hacedlo por vos mismo, que vais á correr un grave riesgo: hacedlo por mí, que muero á la sola idea de que vuestra vida está en peligro.

Al decir esto la joven derramaba lágrimas que hubieran conmovido al hombre más indiferente y frío, no ya al tierno y apasionado D. Rodrigo. El gobernador, fuera de sí, puso una rodilla en tierra, y dijo :

— Haced de mí lo que queráis, Elvira, convengo en todo; por vos me comprometo á todo y renuncio para siempre á mis ensueños de ambición y gloria. ¡Gloria, ambición! repitió el joven, entusiasmándose cada vez más; ¿qué son, sino sombras fugitivas, quimeras que nos finge la fantasía y que se desvanecen apenas las tocamos? Elvira, Elvira mía, la verdadera felicidad es para mí ofrecerte mi vida en holocausto, dar mi existencia por satisfacer el más insignificante de tus deseos.

Apenas Don Rodrigo había pronunciado aquellas palabras, que revelaban la excitación febril de su alma, cuando un lacayo abrió la puerta del gabinete y dijo:

— El señor Adelantado de Filipinas desea vivamente hablar con Vuestra Señoría y sube ya las escaleras.

Doña Elvira se puso pálida de terror y sintió que las fuerzas la abandonaban.

— ¡ Enrique! exclamó ; ¡ estoy perdida!

— Ocultaos aquí, dijo D. Rodrigo, y abriendo la puerta del dormitorio, empujó á la joven, que apenas tuvo tiempo para cerrar la puerta, pues el Adelantado entraba ya en el gabinete.

Don Rodrigo de Arias calculó desde luego que la visita extraordinaria del Adelantado tendría por objeto tratar de las cosas públicas, y comprendió fácilmente que al decidirse á dar aquel paso, D. Enrique, y aun el Presidente debían

encontrarse seriamente alarmados. Pero ya D. Rodrigo se consideraba obligado á procurar la paz, en fuerza de la promesa que acababa de hacer á Doña Elvira.

— Señor Don Rodrigo, dijo el Adelantado, perdonad si me he tomado la libertad de presentarme á estas horas en vuestra casa. El objeto que aquí me trae, espero me servirá de excusa.

— Sois muy dueño, señor Adelantado, contestó el joven con urbanidad, de venir á esta casa cómo y cuándo gustéis; que yo siempre tendré á mucha honra el recibiros.

Don Enrique correspondió á aquella aceptación cortesana con una inclinación de cabeza y prosiguió diciendo:

— Estáis bien informado, caballero, de la situación de las cosas: el populacho, unido á una parte de la nobleza, acaudillados por algunos individuos de ésta, intentan perturbar el orden público. Mi padre ha expedido sus órdenes y está resuelto á defender la autoridad, aun cuando sea necesario para esto reducir á cenizas la población. Las disposiciones están tomadas, y si por parte de los sediciosos hay decisión, no es menor la del Presidente y la de la real Audiencia.

— Lo comprendo perfectamente, caballero, respondió Don Rodrigo con tranquilidad. Nadie ignora que el conde de Santiago es animoso, y debemos suponer que los que se disponen á lanzarse al ataque, cuentan con la resistencia y están resueltos á vencerla.

Don Enrique pudo advertir por aquella respuesta, que el gobernador no se dejaba intimidar con amenazas; y así, cambiando de tono, dijo:

— Pero si tal es la determinación de mi padre y la de los principales funcionarios, por mi parte deseo se eviten las desgracias consiguientes á una perturbación como la que se prepara, cuyas funestas consecuencias aun no pueden preverse. Por un motivo ú otro, los amotinados aclaman vuestro nombre, y según se dice generalmente, ejercéis en ellos grande influencia. Vengo, pues, á proponeros una composición ami-

gable : yo emplearé mis buenos oficios con el conde y con la autoridad eclesiástica para que cesen los motivos de desagrado de la nobleza y del pueblo, si queréis vos emplear los vuestros con los descontentos, á fin de que desistan de su empresa temeraria y se retiren pacíficamente á sus hogares.

Don Rodrigo, que como hemos visto, había ofrecido á Doña Elvira hacer lo mismo que le pedía el Adelantado, contestó :

— Por mi parte, estoy pronto á que se haga lo que deseáis ; pero conviene fijar claramente los términos de un arreglo, para evitar errores. Si os obligáis á recabar del Presidente la libertad de D. Diego de Padilla, y del gobernador de la mitra la cesación del entredicho, me comprometeré á obtener de la nobleza y del pueblo que depongan las armas y desistan de toda mira hostil contra la autoridad.

— En cuanto á la cesación del entredicho, replicó Don Enrique, pienso que no habrá dificultad y podría quizá obtenerse esta misma noche; mas por lo que respecta á la otra condición, es un poco difícil, pues D. Diego ha sido trasladado desde muy temprano de la mañana fuera de la ciudad, por medida de precaución. Lo más que pienso podría ofrecerse es que su vida será respetada y que se le permitirá volver tan pronto como los ánimos estén completamente pacíficos.

Don Rodrigo permaneció un momento pensativo, y contestó á Don Enrique :

— Todo depende de la resolución de la nobleza y del pueblo, á quienes someteré vuestra indicación.

En aquel momento se oyó un gran ruido en las piezas inmediatas, como si una porción de personas hablase al mismo tiempo y acaloradamente. Se abrió la puerta del gabinete, y entró un lacayo, que parecía muy asustado.

— Señor, dijo al gobernador, un número considerable de personas de la nobleza y del pueblo ha penetrado en la casa y desea hablaros. Se ha esparcido la voz de que se halla aquí el señor Adelantado, á quien acusan de ser el origen de los

males que se lamentan, y vienen á pediros os sirváis entregarle.

Don Enrique se puso pálido al escuchar aquellas palabras, y Don Rodrigo contestó con indignación:

— La nobleza y el pueblo que tal cosa pretenden, no saben lo que se dicen. Antes pasarán sobre mi cadáver, que sacar de mi casa al que ha sido recibido en ella como amigo.

— Ya se acercan, dijo el lacayo.

Y era así efectivamente. Habiendo penetrado en el salón, y viendo abierta la puerta que conducía al gabinete, aquella gente irritada entraba ya en la pieza donde conversaban Don Rodrigo y el Adelantado. Advirtiéndolo éste, dijo al gobernador:

— Recibidlos; yo voy á retirarme á esta pieza, á fin de dejaros en libertad y para evitarme algún insulto.

Dicho esto, antes de que Don Rodrigo pudiese detenerlo, Don Enrique empujó la puerta del dormitorio y entró. El gobernador, vivamente alarmado por Doña Elvira, no tuvo más arbitrio que precipitarse al dormitorio detrás de D. Enrique, y acercándose á una mesa sobre la cual estaba un velón, apagó la luz, dejando la alcoba en completa oscuridad. Doña Elvira, que lo había escuchado todo, acababa de ocultarse detrás de las cortinas de la cama de D. Rodrigo.

CAPÍTULO XXXVII

Otro peligro.

Cuando el gobernador volvió al gabinete, entraban ya los individuos de la nobleza y del pueblo que iban con la extraña pretensión de que se les entregase á Don Enrique. Recibiólos Don Rodrigo con urbanidad, pero con semblante que manifestaba el desagrado con que se disponía á oír su demanda. Tomó la palabra uno de los caballeros, y haciendo la enumeración de las quejas que tenían todas las clases del Adelantado de Filipinas, á quien se acusaba de ser instigador de las medidas parciales y violentas de su padre, concluyó pidiendo á D. Rodrigo la entrega de D. Enrique.

El gobernador oyó con calma aquella arenga, y cuando hubo concluido, dijo :

— No aguardaba yo, ciertamente, caballero, oír de boca de quien tiene sangre española en sus venas, semejante proposición. No discuto los motivos de queja que la nobleza pueda tener del Adelantado; pero este caballero es por el momento huésped mío, está bajo el amparo de mi casa, y aun cuando tuviese manchadas las manos con la sangre de mi padre, yo no le entregaría, si el rey en persona me lo reclamase. Es inútil, pues, señores, hablar de esto ; y más bien os suplico os retiréis, en tanto puedo combinar con D. Enrique el plan de arreglo de las dificultades pendientes, que pueda satisfacer á la nobleza y al pueblo ; arreglo que yo cuidaré de someteros.

Vista la firme resolución de D. Rodrigo, los comisionados se retiraron disgustados, para ir á dar aviso del mal éxito de su encargo.

El gobernador entró en el gabinete y dijo á D. Enrique :

— Podéis salir, caballero.

— Lo he escuchado todo, señor gobernador, dijo D. Enrique, y os doy las gracias por vuestro noble comportamiento.

— Nada tenéis que decirme, contestó D. Rodrigo ; lo que yo he hecho, es lo que cualquier otro hidalgo que comprenda su deber, no habría dejado de hacer en igual circunstancia. Ahora, añadió, ya habéis oído cuál es la resolución del vecindario. Decidíos porque el tiempo urge.

— Lo he meditado todo, dijo D. Enrique, y no vacilo en ofreceros que se dará la orden para que se haga venir á D. Diego de Padilla, y que se levantará el entredicho.

— Muy bien, contestó el gobernador; con esa seguridad, yo por mi parte creo poder ofreceros que se restablecerá la tranquilidad pública.

— Vamos, pues, replicó D. Rodrigo; son las diez menos cuarto y no hay tiempo que perder.

Despidióse el Adelantado, y cuando hubo salido, Doña Elvira, cuyo rostro conservaba todavía la expresión del terror y la congoja que le causara el peligro en que acababa de verse, atravesó el gabinete y tendiendo la mano á D. Rodrigo, dijo con acento conmovido :

— Gracias, Rodrigo, sois grande, valiente y generoso, como son otros cobardes y menguados. Adiós. No olvidaré lo que por mí habéis hecho.

El gobernador puso sus labios con respeto en la mano de la joven y la siguió tristemente con la vista, mientras se alejaba.

— Voy á perder el afecto de esas gentes, dijo D. Rodrigo ; pero ella lo quiere, y por ella no hay nada que yo no perdería.

Tomó su espada y su sombrero, y embozándose en su capa, salió á la calle y se dirigió á la casa de los espantos, donde le

aguardaban ya los Nazarenos, citados para las diez menos cuarto.

Entretanto Doña Elvira, que no encontró ya en la puerta de la calle á Adriano, que había huído al ver que llegaba su amo, tuvo que regresar sola, tomando la precaución de cubrirse el rostro con el capuz de Nazareno. Pero no bien hubo doblado una esquina, para tomar una calle que conducía al palacio, cuando se encontró frente á frente á otro Nazareno, que se le acercó y le dijo en voz baja :

— *Malo mori.*

No sabiendo Doña Elvira qué contestar, pues Adriano había creído innecesario comunicarle la seña y contraseña, puesto que iban juntos, la joven apresuró el paso y trataba de desembarazarse de aquel importuno. Pero el Nazareno, al ver que no se le contestaba, hubo de concebir algunas sospechas y asiendo á Doña Elvira por la túnica, la detuvo diciéndole :

— ¿ Quién sois, y cómo si lleváis ese traje no respondéis de la manera convenida ?

La pobre joven temblaba de pies á cabeza y no articulaba una sola palabra.

Sospechando por la estatura y por la forma de la mano con que Doña Elvira sujetaba el capuz, que aquel fingido Nazareno, fuese una mujer, le dijo el otro :

— Venid; es necesario aclarar este misterio.

Sin que la esposa del Adelantado pudiese impedirlo, el Nazareno, que la tenía asida de la túnica, la hizo caminar hacia la casa de los espantos. Doña Elvira se consideró perdida, y con una voz que revelaba la congoja que le oprimía el corazón, dijo al Nazareno :

Por cuanto más améis en este mundo, os pido no me detengáis. La vida y la honra de una infeliz mujer dependen de vos. Dejadme continuar mi camino.

Asombrado quedó el Nazareno al escuchar aquellas palabras y al percibir aquel eco de voz, que le pareció reconocer. Si

hubiese abrigado en su pecho una alma compasiva, aquella súplica, hecha con tanta instancia, habría bastado para que dejase seguir su camino á Doña Elvira. Pero no era hombre de aquellos á quienes pueden apiadar los ruegos de una mujer. Por el contrario, la casi completa certeza que tuvo, desde que habló la joven, de quién fuese el fingido Nazareno, le afirmó en la idea de conducirla á la casa de los espantos. Sin contestar una sola palabra, la llevó ó por mejor decir la arrastró al barrio de Santiago, donde, como hemos dicho ya, estaban reunidos los conjurados. Doña Elvira temblabla al verse conducida así por aquel hombre á una casa desconocida, y no se atrevió á pedir auxilio, por temor de ser descubierta.

Al llegar á la puerta de la casa, Doña Elvira y su conductor desconocido, se encontraron con otro Nazareno que salía y vió la resistencia que ponía la joven, y el empeño con que el otro quería hacerla entrar. El que salía era precisamente Adriano, que después de haber escuchado parte de la sesión de la junta de los conjurados, presidida por D. Rodrigo, regresaba al palacio, temiendo pudiese ser advertida su ausencia. El paje estaba muy lejos de creer que Doña Elvira no estuviese ya de vuelta en el palacio, y así al pronto no sospechó fuese su señora la que conducía por la fuerza aquel Nazareno. Pero al pasar junto á los dos, oyó estas palabras pronunciadas con acento que revelaba la más grande aflicción :

— Por Dios, dejadme, caballero. Os repito que soy una mujer, y si no me permitís volverme, estoy perdida.

El paje comprendió perfectamente que era su señora la que se veía en tan gran peligro de ser descubierta, y volvió á entrar en la casa con la mayor presteza. Corrió al cuarto por donde se bajaba á la sala en la cual celebraban sus juntas los Nazarenos, bajó la escalera secreta y entrando en el salón, fué á colocarse detrás de la silla que ocupaba D. Rodrigo á quien dijo al oído :

— Doña Elvira se ha encontrado con un Nazareno descono-

cido, que la ha conducido violentamente hasta esta casa. Corred, señor, pues ya deben estar muy cerca de esta sala.

Dicho esto, Adriano volvió á salir, y tras él D. Rodrigo, que suplicó á los conjurados le permitiesen un momento de ausencia, por tener que ocuparse en un asunto urgente.

Subió el gobernador la escalera, y cuando llegó al cuarto, ya estaban ahí el desconocido, Adriano y Doña Elvira, á quien el Nazareno intentaba conducir á la sala de la junta. Cuando la joven vió aparecer al gobernador, lanzó una exclamación de alegría. D. Rodrigo dirigiéndose al Nazareno, le dijo con autoridad.

— ¿Quién sois vos?

El desconocido levantó su capuz y dejó ver el rostro desencajado de D. Fadrique de Guzmán. Restablecido de la muy leve herida que recibiera tres días antes en el duelo con D. Diego, y sabiendo el estado de las cosas públicas, D. Fadrique determinó salir de su casa é ir á tomar parte en los acontecimientos que se preparaban. La casualidad hizo que se encontrase con Doña Elvira, y concibiendo alguna sospecha de quién pudiese ser, formó el maligno proyecto de presentarla, con el disfraz de Nazareno que llevaba la joven, á la reunión de los conjurados. La aparición de Adriano salvó á la esposa del Adelantado de aquella vergüenza.

Cuando vió D. Rodrigo quién era el que había arrastrado á la dama hasta aquella casa, comprendiendo toda la perversidad de la intención de D. Fadrique, le dijo :

—No debí haberos preguntado quién erais. Entre los Nazarenos, no hay otro sino vos que sea capaz de semejante indignidad.

Diciendo esto, empuñó á D. Fadrique por el cuello y le precipitó por la boca de la trampa, que había quedado abierta. Guzmán rodó por la escalera abajo y fué á caer en el salón, con asombro de los conjurados, que se levantaron y echaron mano á las espadas, al ver aquel hombre que caia desde arriba, lanzando un grito de terror.

Don Rodrigo dijo á Doña Elvira que se retirase sin pérdida de tiempo, lo que verificó la joven, acompañándola Adriano, y él bajó inmediatamente la escalera. Encontró á los conjurados que rodeaban á D. Fadrique, contuso de los golpes que recibiera al caer. Atemorizado con aquella lección, el malvado resolvió devorar la afrenta, y cuando bajó D. Rodrigo, refería á los otros Nazarenos que habiendo puesto un pie en falso en el primer peldaño de la escalera, no había podido evitar el precipitarse. El gobernador no dijo una sola palabra y fué á colocarse en la silla de la presidencia, en tanto que D. Fadrique, lleno el corazón de saña y jurando tomar, cuando se presentase la oportunidad, una sangrienta venganza de aquel nuevo y atroz ultraje, fué á ocupar su asiento entre los conjurados.

En el momento en que la entrada de Adriano fué á interrumpir la sesión de los Nazarenos, D. Rodrigo había logrado ya, aunque no sin dificultad, que consintiesen aquéllos en diferir el ataque convenido, hasta ver si el Presidente ratificaba las bases de arreglo propuestas por el Adelantado : esto es, que se daría orden para el regreso de D. Diego de Padilla y que se levantaría el entredicho. Los conjurados comprendieron que aquellas concesiones debilitarían de tal modo el prestigio del conde, que equivalían á un triunfo para la asociación; y así, hubieron de acceder á la indicación de D. Rodrigo, que apoyaba la idea con todo el peso de su autoridad. Quedó, pues, acordado que pasase el gobernador al palacio aquella misma noche, y la reunión se disolvió.

Cuando salían los Nazarenos, D. Rodrigo se acercó á Guzmán, y tomándole por un brazo, le dijo en voz baja :

— Si sospecháis quién sea la persona á quién habéis traído aquí esta noche y reveláis su nombre, os aplastaré como á una víbora venenosa. Tenedlo entendido y obrad en consecuencia como os convenga.

Don Fadrique salió sin contestar una sola palabra, y D. Rodrigo se dirigió á palacio.

CAPÍTULO XXXVIII

Un juez y un delator.

Cuando el Adelantado de Filipinas ofreció á D. Rodrigo de Arias que se daría la orden para hacer regresar á D. Diego de Padilla, no trataba sino de salir del apuro del momento y ganar tiempo, en tanto llegaban á la ciudad algunas compañías de fuera que habían sido llamadas. D. Enrique y su padre tenían arreglado ya lo de la cesación del entredicho, á que se prestara el gobernador de la mitra *pro bono pacis;* pero antes que revocar la orden relativa á D. Diego de Padilla, el Presidente estaba resuelto, como había dicho el Adelantado, á reducir á cenizas la ciudad.

El conde manifestó á la real Audiencia que debía procederse á instruir una averiguación de aquellos hechos escandalosos, y si bien no faltaban en la corporación personas adictas á la familia de Padilla, no se atrevieron á oponerse abiertamente á una medida cuya legalidad nadie podía objetar. Dióse, pues, comisión para instruir el proceso de la sedición al oidor Don Juan Bautista de Escalante, sujeto de carácter duro y vengativo, que se mostraba decididamente opuesto á los Padillas y partidario de sus rivales, los Carranzas. D. Juan Bautista de Escalante era padre de Doña Guiomar, joven que, como hemos dicho ya más de una vez, alimentaba una pasión secreta de la cual era objeto D. Rodrigo de Arias.

El oidor comenzó el proceso con actividad y diligencia, advir-

tiéndose el decidido empeño que tenía de que resultase de la causa la complicidad de D. Diego de Padilla, á fin de justificar de alguna manera la medida violenta, tomada por el Presidente respecto á aquel caballero. Pero tres días después de iniciada, aun no aparecía dato alguno en que poder fundar un cargo. Los que habían sido llamados á declarar decían que sólo el temor de los males con que Dios había de castigar á la ciudad por el entredicho, los había lanzado á la sedición; aseguraban haber procedido por inspiración propia y no por sugestión de nadie. Desesperábase el oidor al ver que nada adelantaba y que se acusaba al Presidente de haber obrado por pasión y arbitrariamente, confinando á D. Diego al castillo del golfo, pues luego se supo que allá había sido destinado.

Entretanto la irritación de D. Rodrigo de Arias y de los otros conjurados, engañados villanamente por el Adelantado, no conocía límites. El joven gobernador veía que el Presidente y D. Enrique habían abusado de su buena fé, queriendo únicamente ganar tiempo, mientras se hacían fuertes. El entredicho se levantó; pero evadieron, con pretextos frívolos, la orden de hacer regresar á D. Diego de Padilla, que continuó su marcha al presidio, escoltado por D. César.

Con tales antecedentes, los conjurados buscaban la ocasión de llevar adelante sus planes, considerándose libres del compromiso contraído; pero necesitaban combinar mejor sus medidas, contando tan sólo con sus propias fuerzas, pues al pueblo, que se levantara únicamente por el entredicho, le importaba poco la suerte de D. Diego de Padilla. Pero he aquí que cuando los Nazarenos andaban más empeñados en asegurar el golpe, ocurrió un incidente que estuvo á punto de trastornar por completo sus proyectos y acabar con la conjuración.

Cuatro noches después de aquella en que tuvo lugar en la casa de los espantos la violenta escena entre D. Rodrigo de Arias y D. Fadrique de Guzmán, de que hemos dado noticia

en el capítulo que antecede, el oidor D. Juan Bautista de Escalante se entretenía en su gabinete en hojear el proceso de la sedición, que, como hemos dicho, estaba instruyendo, en comisión. Leía una y otra vez las declaraciones, comparábalas y buscaba en vano algún hilo que le condujese en aquel laberinto, hasta dar con la verdad. El magistrado veía perfectamente que aquel movimiento popular no había sido ni espontáneo ni aislado; era efecto de manejos ocultos y estaba ligado sin duda con otros proyectos preparados con anticipación. Esto era cuanto la perspicacia del oidor podía columbrar en aquellas diligencias, que su incansable actividad había hecho crecer extraordinariamente en sólo cuatro días.

El doctor Escalante era un anciano de mediana estatura y de fisonomía poco agradable, y un observador perspicaz habría adivinado fácilmente, bajo aquel exterior, frío en apariencia, un carácter apasionado y violento. Pasaba entre sus compañeros por letrado de mucha ciencia en el derecho y de gran rectitud como magistrado; pero quizá aquellos buenos señores tomaban por sabiduría una erudición indigesta y poco filosófica, y consideraban como rectitud del juez, lo que era simplemente probidad del hombre. El doctor Escalante sabía lo que disponían las leyes para todos ó la mayor parte de los casos que solían presentarse en el tribunal; y á esto se reducía su ciencia. No podía comprársele con dinero ni con dádivas; y esa era su rectitud. Carecía completamente de ese criterio ilustrado que sirve al juez como de una antorcha cuando está llamado á penetrar en cierto modo en la conciencia del reo, para buscar los datos que deben servirle para la declaratoria de la culpabilidad, ó para la aplicación de la pena; circunstancia en que la magistratura se eleva al rango de un verdadero sacerdocio. El doctor Escalante aplicaba, como una máquina, las disposiciones de la ley de Partida ó del Fuero Juzgo, sin tomar en cuenta la condición social del acusado, su ignorancia involuntaria, ó la perversión de sus ideas. Esclavo ciego de la justicia, desconocía

completamente la equidad ; ejecutaba, sin sospecharlo siquiera, verdaderas iniquidades y dormia tranquilo, con la conciencia de haber acomodado con exactitud material, la *ley* al *hecho*. El Dr. Escalante no quiso encompadrar con un vecino principal de la ciudad, porque se lo prohibía una ley de Indias. En una ocasión en que uno de sus amigos le obsequió con unas naranjas de su huerta, las devolvió en el acto, porque otra ley de Indias le prohibía recibir regalos. Aquellos hechos, que se publicaron en todo el reino, dieron al magistrado grandísima reputación, y poco faltó para que se le llamase, por ellos, como á otro Arístides, *el justo*. Pero el doctor Escalante había abrazado con decisión el partido de los Carranzas contra los Padillas, y en todos los negocios que solían presentarse en que tuviesen interés aquellas dos familias enemigas, se descubría su indulgencia respecto á los primeros y una severidad con los segundos, que nadie acertaba á comprender en aquel hombre tan recto. No diremos que aquel juez fuese un hipócrita. Engañaba á los demás: pero el más engañado de todos era él mismo.

Don Juan Bautista vestía aquella noche jubón y calzón de sarga negra, con golilla de lienzo muy fino y bien almidonada. Tenía calados los anteojos, y á la escasa luz du una vela, que despabilaba de vez en cuando, hojeaba el proceso de la sedición y tomaba apuntamientos. Á poca distancia se veía á su hija Doña Guiomar, cuyo semblante revelaba ya los sufrimientos acerbos que la torturaban. Parecía ocuparse en bordar una tela colocada en un bastidor; pero en realidad estaba entregada á sus pensamientos, pues apenas daba una puntada cada cinco ó seis minutos. Acostumbraba la joven acompañar á su padre mientras leía ó escribía en su gabinete, entreteniéndose ella con alguna labor. Huérfana de madre desde muy niña, Doña Guiomar había concentrado todo su afecto en el anciano, quien la amaba con aquella ternura exagerada con que suelen amar á una sola persona los que son crueles y duros

para los demás. Ningún género de cuidados había ido á perturbar la tranquila existencia de la hija del oidor, hasta el momento que vió por desgracia á D. Rodrigo de Arias. Concibió por aquel joven una pasión profunda, que tuvo que ocultar en lo más íntimo de su alma, en la cual había leído únicamante la mirada celosa de Doña Elvira. Tampoco se escapó á Doña Guiomar el interés que á ésta inspiraba D. Rodrigo, ni el afecto del joven gobernador por la esposa del Adelantado. Devoraba, pues, en silencio el martirio de su mal correspondido amor; pero la nobleza de su carácter no le permitió alimentar jamás la más ligera animosidad contra su rival.

Fijo el pensamiento en D. Rodrigo, aquella noche reflexionaba Doña Guiomar en los sucesos que habían conmovido recientemente á la ciudad; y como no ignoraba que el nombre del gobernador andaba mezclado en aquellos acontecimientos, la pobre joven temblaba al considerar que del proceso que estaba instruyendo su padre, pudiese resultar algún daño al hombre á quien amaba.

Cuando el anciano estaba más ocupado en el examen del legajo que tenía sobre el bufete, y más abstraída Doña Guiomar en sus tristes reflexiones, un lacayo del oidor entró en el gabinete y dijo que D. Fadrique de Guzmán estaba en la antesala y solicitaba permiso para ver á su Señoría, teniendo que hablarle de un asunto muy importante y reservado.

Sorprendido el oidor, pues D. Fadrique no le había visitado jamás, consideró que algo grave debía tener efectivamente aquel joven que comunicarle, y dijo al lacayo que le introdujese. Doña Guiomar, no menos admirada, al oir el anuncio de aquella visita, á semejante hora, concibió vehementísimas sospechas de que D. Fadrique buscaba á su padre por algún asunto relacionado con el proceso de la sedición; y guiada por ese instinto del corazón que hace adivinar los peligros que corre el objeto amado, imaginó que D. Rodrigo no había de ser enteramente extraño á la confidencia de Guzman.

Concebir aquel temor y resolverse á hacer cuanto estuviera á su alcance para conjurar el peligro, fué todo uno. Levantóse, pues, Dña. Guiomar, como para dejar á su padre en libertad de hablar con aquel caballero, y se dirigió hacia su habitación; pero inmediatamente atravesó las piezas que separaban á ésta de las de su padre, y fué á situarse en la alcoba, que comunicaba con el gabinete. La puerta estaba entreabierta, y Doña Guiomar podía escuchar perfectamente la conversación.

Acababa de entrar D. Fadrique y estaba colocado frente al oidor, que dirigía al joven, al través de los anteojos, su mirada penetrante y ejercitada en una larga práctica judicial que desarrollara en el magistrado el hábito de la observación.

— Estáis encargado, según he oído, señor oidor, dijo Don Fadrique, de la instrucción del proceso relativo á la sedición que ha conmovido últimamente á la ciudad.

— Sí, caballero, contestó el magistrado, que oyó aquellas palabras con el más vivo interés. ¿Sabéis alguna cosa respecto á ese asunto? Vuestro deber es revelar cuanto sepáis.

— Así lo comprendo, replicó Guzmán, y por eso he venido á buscaros. Tengo que revelar hechos gravísimos; pero ante todo necesito saber si puedo estar seguro de que la importante denuncia que vengo á haceros, no podrá perjudicarme.

En ningún concepto, caballero, dijo el oidor; podéis hablar con toda libertad, en la confianza de que, lejos de resultaros mal alguno, se sabrá premiar vuestra lealtad.

— En esa seguridad, contestó D. Fadrique, os diré que desde algún tiempo está organizada en esta ciudad una asociación muy numerosa, en la cual han entrado muchos sujetos de la primera nobleza, de la clase media y del pueblo, y que cuenta con agentes activos en las principales ciudades de las provincias.

— Teníamos ya alguna idea de ese hecho, dijo el oidor; pero ignoramos aún los nombres de los comprendidos y otros pormenores relativos á la conjuración.

— Todo eso es lo que yo vengo á revelaros, respondió Guzmán. Los principales promotores de esa conjuración han sido Don Diego de Padilla, sus parientes y amigos, y el alma de la intriga, D. Silvestre Alarcón.

— Todo como yo lo sospechaba, dijo el oidor. Proseguid, caballero.

El delator continuó :

— Hace poco tiempo la asociación, que adoptó el nombre de sociedad de los Nazarenos, usando sus individuos en la calle el traje de esos penitentes, hizo la adquisición de un sujeto importante, cuyo nombre, influencia y otras circunstancias han hecho aun más temible esa liga poderosa. ¿No adiviná is quién sea éste?

— Pienso que sí, dijo el oidor. Don Rodri....

— Él mismo, interrumpió Guzmán. Arias ha abrazado con decisión la causa de los Nazarenos, que no es otra que la de la familia de Padilla, contra los Carranzas, contra el Presidente, su hijo y las personas que les son adictas. Don Diego era el jefe de la liga; pero desde que se asiló en la Concepción, en consecuencia de su duelo conmigo, es D. Rodrigo de Arias el director supremo y absoluto de los Nazarenos. Las juntas de los conjurados se verifican en la casa del barrio de Santiago que llaman de los espantos, en una sala baja que no tiene más entrada que la de una trampa que da á la última pieza de arriba, y cuya puerta se abre por medio de un resorte, oculto bajo una tabla. Se han hecho aparecer ciertas supuestas fantasmas, en esa casa, con el objeto de alejar de ahí á las gentes y de dar toda seguridad á los conjurados. Esta misma noche están ahí reunidos todos, combinando un plan de asalto al palacio, pues los Nazarenos están exasperados porque no se ha cumplido la oferta de hacer volver á Padilla, y Arias pretende haber sido engañado. Si dais ahora mismo orden de prenderlos, podréis capturarlos á todos.

Doña Guiomar, que como hemos dicho, oia perfectamente

desde el cuarto inmediato aquella conversación, tembló por Don Rodrigo, y después de haber reflexionado un momento, salió precipitadamente del dormitorio del oidor y se dirigió á sus habitaciones.

— Bien, dijo el doctor Escalante á D. Fadrique ; se hará lo conveniente. Pero decidme, ¿ cómo han llegado todos esos hechos á vuestro conocimiento ?

Don Fadrique iba ya preparado para aquella pregunta, y contestó sin desconcertarse :

— Muy sencillamente, señor. Yo fuí invitado por el cajero mayor de D. Diego de Padilla á entrar en la conjuración. Mi primer pensamiento fué ir á poner en conocimiento del Presidente lo que ocurría; pero reflexioné que haciéndolo así, perderíamos una oportunidad muy favorable para coger el hilo de la intriga; determiné, pues, aceptar la propuesta y aprovechar la primera ocasión oportuna para informar á la autoridad de la existencia y trabajos ocultos de la asociación.

Mientras Guzmán daba aquella respuesta, el magistrado leía en la frente del delator la verdad, que éste procuraba disfrazar, y luego que D. Fadrique hubo dejado de hablar, dijo el doctor Escalante :

— Bien pudisteis, caballero, haber anticipado un poco vuestra delación, con lo cual se habría evitado la agitación escandalosa que acabamos de presenciar. Pero sea de esto lo que fuere, y sin investigar por el momento lo que antes os hizo callar y lo que ahora os hace hablar, nos habéis prestado un verdadero servicio, que será recompensado á su tiempo. Voy inmediatamente á palacio y en el acto se procederá á la captura de los conjurados. Presentaos mañana en el tribunal para que se asiente en el proceso vuestra declaración.

Don Fadrique se despidió y el doctor Escalante salió inmediatamente para palacio.

CAPÍTULO XXXIX

Hallazgo de Don Dieguillo.

Persuadida del riesgo que corría D. Rodrigo, á consecuencia de la delación de D. Fadrique, Doña Guiomar tomó una resolución tan atrevida como peligrosa. Acercóse á un pequeño escritorio que tenía en su cuarto, tomó un papel y trazó rápidamente unas pocas líneas. Envolvióse en un manto y cubriendo su rostro con un velo, salió de su casa, antes de que concluyese la conferencia entre el oidor y D. Fadrique. Con toda la diligencia que le fué posible, se dirigió al barrio de Santiago y penetró en la casa de los espantos, cuya puerta estaba, como siempre, abierta. Atravesó las piezas que conducian á la última, todos las cuales se hallaban completamente oscuras; pero en aquella había luz, y pudo la joven encontrar fácilmente la tabla que cubría el resorte, por cuyo medio se levantaba la trampa, según lo había oído á D. Fadrique. Oprimió el botón y se levantó la puerta, quedando descubierta la sala de las juntas, que estaba iluminada. Los Nazarenos se hallaban ahí reunidos en número considerable, y Doña Guiomar se admiró al ver con cuántos sujetos de la primera nobleza contaba la conjuración. Don Rodrigo ocupaba la silla principal.

Doña Guiomar, que no debia perder tiempo, desató de una cadena que llevaba al cuello un relicario de oro, y envolviéndolo en el papel que había preparado, lo lanzó con fuerza y fué á caer en la mesa en torno de la cual estaban los conjura-

dos. Hecho esto, la joven se retiró, dejando caer la tabla que cerraba la trampa.

Don Rodrigo recogió aquel billete misterioso, y habiéndolo abierto, leyó las siguientes líneas, que advirtió, por la letra, haber sido trazadas por mano de mujer:

"Acaban de delataros al oidor Escalante. Si queréis salvaros huid sin perder un momento."

El gobernador leyó en voz alta aquel billete, y después de una ligera discusión, los Nazarenos, no siendo bastante fuertes para resistir á las tropas que podrían enviarse contra ellos, acordaron retirarse y aguardar á ver el giro que tomaban los acontecimientos. Hiciéronlo así, abandonando la casa, á la cual consideraban que no podrían ya volver.

Un cuarto de hora después, la manzana estaba rodeada por cincuenta dragones. Otros tantos infantes, con un capitán y el oidor Escalante, ocupaban la casa y se dirigían á la pieza por donde se bajaba á la sala de las juntas. La impaciencia del oidor no conocía límites, al ver que la sala, aunque iluminada, estaba completamente vacía y que no se hallaba allí uno solo de los conjurados. Registraron por todas partes, pero inútilmente, y llegando á la última pieza del piso bajo, la encontraron cerrada. Llevaban á prevención instrumentos para forzar las cerraduras, y valiéndose de uno de ellos, hicieron saltar la chapa de aquella puerta. Entraron, y ¡cuál no sería el asombro del doctor Escalante y de los que le acompañaban, al ver en un rincón agazapado á un individuo á quien reconocieron al acercar las luces que llevaban! Era Don Dieguillo, cuya desaparición había sido hasta entonces un misterio para todos. No se habrá olvidado, sin duda, que Alarcón, la noche que extrajo al bufón de la cárcel del palacio, le condujo á una casa de un barrio, y le dejó encerrado en una pieza. Esa casa era la de los espantos, donde el bufón sufrió una larga y rigurosa prisión, que el desgraciado sobrellevaba con paciencia, con tal de no verse expuesto de nuevo al tormento, cuyo solo recuerdo le

hacía temblar las carnes. Don Silvestre había encargado al mayordomo de la casa de Padilla la asistencia del prisionero, y le llevaban todas las noches lo que podía necesitar para el siguiente día. Don Dieguillo estaba, si no contento, resignado; y cuando vió aparecer al oidor con aquel aparato de soldados, se horripiló al considerar que podría caer de nuevo bajo la férula del Adelantado. El miserable ignoraba en aquel momento que su situación iba á ser mucho más grave y comprometida de lo que podía imaginar. Sucedió que el oidor, hombre experimentado y sagaz, cuidó, al recibir la delación de D. Fadrique, de disponer fuese un escribano inteligente, con fuerza armada, á ocupar los papeles de D. Silvestre Alarcón, entre los cuales se tomó el escrito en que estaba referido el crimen de D. Pedro de Uceda y D. Antonio de Rubayo, como lo había dicho el cajero á D. Dieguillo la noche en que se verificó el robo del libro de los juegos de palacio. Á la declaración firmada por el esclavo Fernández, estaba agregada la nota puesta por la viuda de D. Fernando de Uceda, refiriendo las circunstancias en que le había sido entregado aquel documento, y al pie había puesto Alarcón, de su puño y letra, una razón explicatoria de la identidad de la persona de D. Pedro de Uceda y D. Diego de Arana, ó sea D. Dieguillo, el bufón del Presidente. Era, pues, aquel escrito un documento gravísimo contra el desgraciado, y una casualidad inesperada fué á hacerlo caer en manos de aquel severo juez.

Estupefacto el doctor Escalante al encontrarse con el perdido bufón, dió orden para que se le condujese á la cárcel, con la debida seguridad, proponiéndose interrogarle al siguiente día. Visto que nadie más se hallaba en la casa, se retiró, después de haberla cerrado y sellado con el sello real.

Á la mañana siguiente la ciudad entera sabía el descubrimiento de la conjuración y corrían de boca en boca las nombres de los principales sujetos comprometidos. Fueron reducidos á prisión los deudos de D. Diego de Padilla; mas no se atreve-

vieron á proceder desde luego contra D. Rodrigo de Arias por sólo la simple delación de D. Fadrique.

El doctor Escalante continuó con su acostumbrada actividad la secuela de la causa. Hizo que Guzmán pusiese por escrito una declaración general de todo lo relativo á la conjuración de los Nazarenos; declaración que corría en los autos y en la cual no se nombraba á D. Rodrigo de Arias. Instruyóse por separado una información secreta para esclarecer la complicidad del gobernador en la sedición; actuación en que figuraba como base una relación hecha bajo juramento por D. Fadrique en que refería detalladamente la parte principal que había tomado D. Rodrigo en la conspiración y en el movimiento sedicioso originado por el entredicho. En aquel proceso secreto trabajaba el oidor en su casa solamente, y no lo llevaba á la audiencia, por precaución.

Pero es el caso que á pesar de la actividad é inteligencia del juez, poco se adelantaba en el proceso; pues los que estaban presos negaban en sus declaraciones tener parte en la conjuración Vista aquella pertinacia, determinó el oidor apelar al tormento y resolvió comenzar por D. Dieguillo, á quien se consideraba el más comprometido, ya que se le había encontrado en la casa donde los conjurados celebraban sus reuniones. Sobre dos asuntos diferentes debía interrogarse al bufón: sobre la conspiración de los Nazarenos y sobre el robo del libro de los juegos de palacio, hecho que el Presidente tenía particular empeño en esclarecer. Constituyóse, pues, el doctor Escalante acompañado de un escribano, en la cárcel donde estaba preso D. Dieguillo y le tomó declaración sobre los dos puntos. El reo dijo no saber nada absolutamente sobre la conjuración, y así era la verdad, pues encerrado en una pieza, no había podido tener conocimiento de las juntas de los Nazarenos. Pero lo que no acertaba á explicar de una manera satisfactoria, era cómo había ido á aquella casa desde la cárcel del palacio. Incurrió en contradicciones y dijo algunas especies evidentemente falsas, lo que dió lugar

á que el oidor dispusiese aplicarle la prueba del tormento.

Cuando oyó el infeliz aquella determinación, erizáronsele los cabellos, recordando los sufrimientos que le ocasionara la operación á que se le sujetó por orden del Adelantado. Luchaba entre el terror que le causaba aquel recuerdo y el de ver realizada, si confesaba, la amenaza de Alarcón, que no se le borraba de la memoria. Él ignoraba, por supuesto, el hallazgo del libro, la prisión de D. Silvestre y la ocupación de sus papeles, entre los cuales, como hemos indicado, se encontraba la prueba del doble crimen de D. Pedro de Uceda. El oidor aun no había tenido tiempo, á causa de sus multiplicadas atenciones, de examinar aquellos documentos. Y así, suponiendo que el secreto del cual dependía su suerte, estuviese aún en manos de Alarcón únicamente, D. Dieguillo resolvió callar hasta donde le fuese posible. Pero él no sabía que el doctor Escalante no era un hombre que dejase de agotar los últimos recursos para averiguar un hecho conducente al esclarecimiento de la verdad en un asunto judicial. Si hubiese sido necesario hacer abrir al reo ó testigo, para encontrar en sus entrañas la prueba del delito, aquel celoso funcionario habría mandado ejecutar la operación, con la misma serenidad con que decretaría el cateo de una casa ó el reconocimiento de una firma.

Vista, pues, la obstinación de D. Dieguillo, el juez hizo llamar al verdugo y á sus ayudantes, los cuales desnudaron al reo y comenzaron á acomodarle en el potro. El doctor Escalante estaba sentado junto á una mesa y hojeaba la actuación secreta relativa á D. Rodrigo de Arias, mientras el escribano, que tenía por delante la actuación pública en que debían sentarse las declaraciones que diese D. Dieguillo, cortaba una pluma muy despacio. Luego que estuvo asegurado el reo, fué requerido de nuevo para que declarase. Insistió en su negativa, y el oidor hizo señal al verdugo para que diese una vuelta al torno. El desgraciado lanzó un grito de dolor. El juez siguió hojeando la otra actuación.

— ¿Declaráis? dijo el oidor, sin levantar los ojos de los papeles que tenía sobre la mesa.

— Sí, señor, contestó D. Dieguillo, que no se sintió ya con fuerzas para volver á sufrir una nueva vuelta.

— Hablad, pues, replicó el juez, y cuidado con no faltar en lo más pequeño á la verdad.

El terror que le inspiraba el tormento pudo más que todo, y D. Dieguillo hizo una confesión completa del robo del libro de los juegos de palacio, refiriendo cómo lo había ejecutado D. Silvestre Alarcón y que este mismo individuo lo había extraído á él de la cárcel del palacio ; omitiendo únicamente lo relativo á la historia de D. Pedro de Uceda. Dijo haber sido encerrado en la pieza de la casa del barrio de Santiago donde le había encontrado su Señoría y que no habiéndosele permitido salir de ella, no pudo tener conocimiento de lo que ahí pudiese haber sucedido.

Satisfecho el oidor con aquella declaración, mandó retirar del potro al reo, y habiéndosela leído, ya suelto, la ratificó, lo cual se hizo constar en el proceso.

En seguida resolvió el doctor Escalante dar tormento á los otros sujetos que estaban presos en consecuencia de la delación de D. Fadrique ; y aunque algunos de ellos alegaron su hidalguía, no les valió esta circustancia para evitarse los horrores de la operación, pues la Audiencia, á quien consultó el magistrado, declaró se procediese á hacerles sufrir la tortura, atendida la naturaleza del delito y la dificultad de obtener otras pruebas. Fueron, pues sometidos al tormento y declararon todo, comprometiendo gravemente á D. Diego de Padilla y á su familia, á D. Silvestre Alarcón y á D. Rodrigo de Arias. Obtenidos aquellos datos importantes, el oidor tomó sus papeles y se dirigió á las habitaciones del Presidente. Encerróse con él y con el Adelantado para examinar el proceso y determinar lo que convendría hacer, con presencia de lo que aparecía de las dos actuaciones, la pública y la reservada.

CAPÍTULO XL

Malo mori quam fœdari.

Una de las primeras diligencias practicadas por el doctor Escalante inmediatamente después de la delación de D. Fadrique, fué, como debe suponerse, hacer que declarase Don Silvestre Alarcón, preso desde algunos días antes, con motivo del incidente de la aparición del libro y sospechas vehementes de que él hubiese sido el autor del robo. El cajero mayor, en los primeros días de su prisión, había procurado evadirse, tentando al efecto diferentes medios; pero descubierta su primera tentativa, se redoblaron las precauciones, y fueron haciéndose más y más severas, en proporción de los conatos de fuga del prisionero. Viendo que sus esfuerzos no producían resultado alguno, desistió al fin de la idea y tomó su partido con resolución. Determinó aguardar los acontecimientos con calma y estar siempre alerta para aprovechar la primera oportunidad. Desgraciadamente para él, aquella no se presentaba y la delación de D. Fadrique hizo que se considerase ya á Alarcón como un reo de estado y su custodia de la mayor importancia. El oidor Escalante, bajo cuya jurisdicción cayó desde aquel momento, dispuso doblar las centinelas de la cárcel, y no contento con aquella medida, mandó se asegurase á D. Silvestre con un par de grillos. El cajero mayor comprendió, por aquellas precauciones, que algo muy grave habría ocurrido, y en vez de amilanarse encontró en la fortaleza de su ánimo

varonil nueva energía para los rudos combates que iba á sostener.

Presentóse el juez en el calabozo donde estaba aherrojado el prisionero, y con la mayor calma le leyó la declaración de D. Fadrique en que estaba delatada la conjuración de los Nazarenos y en que se designaba á D. Silvestre como el alma de aquella intriga. Alarcón se puso pálido, más de coraje que de miedo, al oir la infame delación de D. Fadrique, y tomó desde luego el partido de no contestar una sola palabra á los cargos que se le hiciesen. El juez le hizo un interrogatorio muy minucioso, que había preparado con habilidad y mediante el cual consideraba seguro obtener la confesión; pero los tiros de aquella máquina, ingeniosamente dispuesta, se embotaron en el silencio tenaz del reo. Vista la inutilidad de sus esfuerzos, el doctor se retiró irritadísimo y fué á tomar declaración á otros de los acusados, reservándose el volver á la lucha con Alarcón, no ya con las armas de la astucia forense, sino con otras que él creía más eficaces.

Obtenida la confesión paladina que varios de los presos hicieron en el tormento ó por temor de él, un día, á eso de las doce de la mañana, el oidor, acompañado del escribano, del verdugo y de sus ayudantes, se constituyó en la pieza donde estaba el potro; requirió á Alarcón para que declarase, y no habiendo obtenido respuesta, mandó que le despojasen de sus vestidos. Ejecutóse la operación y el reo fué asegurado en la máquina, atado de pies y manos.

Pero Alarcón no era hombre en quien el dolor físico pudiese dominar á la voluntad. Sufrió diez vueltas del torno; esto es, dos más de las que resistió Antonio Pérez, el célebre secretario del rey Felipe II, y dos menos de las que había sufrido en 1648 el duque de Híjar, á quien el privilegio de la nobleza no sirvió para excusarse de aquella prueba cruel. D. Silvestre quedó deshecho después de aquella horrorosa operación, durante la cual no pronunció una sola palabra, y el oidor tuvo que reti-

rarse sin obtener su objeto. Estaba corrido, desesperado ; creía su reputación en inminente riesgo, y aquel celoso magistrado era incapaz de retroceder ante ninguna consideración humana, cuando se trataba de conservar ileso su amor propio. Dispuso, pues, que se atendiese al reo con el mayor cuidado, curándole y alimentándole, á fin de que fuese posible volver á aquella lucha atroz.

Cumpliendo aquella orden humana, Alarcón fué visitado por un médico, que se aplicó á restablecer las fuerzas del reo, en lo cual hubo necesidad de emplear seis días. No fueron éstos perdidos para el magistrado á quien se había encomendado la instrucción de aquellas causas. Por el contrario, los aprovechó en el examen de los papeles encontrados en el escritorio del cajero mayor. ¡ Cuál no sería la sorpresa y júbilo del bueno del doctor al descubrir la relación de los crímenes del supuesto D. Dieguillo ! Aquella era una verdadera mina que el hábil jurisconsulto se proponía explotar. Un procoso ruidoso no es cosa que se ofrece todos los días ; y el del asesinato y robo de D. Fernando de Uceda, iba de seguro á sonar por todo el reino. En el archivo de la Audiencia estaban las diligencias instruídas en León de Nicaragua con motivo del asesinato de Uceda ; sentada en ellas perfectamente la perpetración del delito y faltando tan sólo el descubrimiento de sus autores. Procedió, pues, el oidor á examinar al reo con arreglo á la relación del esclavo Fernández, á la de la viuda, que constaba al pie y á la que D. Silvestre había puesto, á prevención, en seguida de las otras dos. Hechas las preguntas con habilidad, el pobre D. Dieguillo se encontró cogido ; y aunque habría negado de buena gana, no se sintió con fuerzas para volver al potro, lo que calculó sucedería indudablemente, si no confesaba. Hizo, pues, el miserable viejo una confesión clara y completa y se acogió á la clemencia del señor oidor. El doctor Escalante no habría cambiado la satisfacción que le proporcionó el descubrimiento de aquel crimen, por una toga en la Audiencia de

Méjico, y cuando salió aquel día de la cárcel, con su actuación debajo del brazo, le parecía como si hubiese crecido una vara más, tan elevado se consideraba sobre sus colegas y sobre los simples mortales que encontraba al paso.

Pero Alarcón, aquel hombre duro y terco, que no quería declarar, acibaraba los goces del magistrado, y turbaba su sueño. Parecíale que nada había hecho, si no lograba arrancarle la confesión. Procuró reducirle por medio de amenazas, de ofertas y de halagos. Le hizo entrever el perdón que alcanzaría si confesaba; pero nada bastó: el prisionero permaneció firme como una roca.

Por último el magistrado perdió la paciencia, y cansado de aguardar á que D. Silvestre entrase por razón, se decidió á volver á emplear la tortura bajo distinta forma. Se constituyó en el calabozo con el verdugo y sus adláteres y mandó aplicar al reo el tormento conocido con el nombre de *el ladrillo*. Se suspendió de una viga del techo una fuerte cuerda, cuyos extremos se hicieron pasar bajo los brazos del infeliz D. Silvestre, cuyas manos estaban vigorosamente atadas á la espalda. Se le levantó lo suficiente para que quedase suspendido en el aire, tocando con las puntas de los pies descalzos un ladrillo enrojecido al fuego, cuidando el verdugo de sustituirlo con otro igualmente preparado cuando aquél se enfriaba. El paciente hacía, como era natural, esfuerzos para apoyarse en el ladrillo, impelido por la insoportable postura en que se hallaba; pero se veía obligado á retirar los pies y encoger el cuerpo, al tocar el ladrillo hecho ascua. Volvia á obligarle el cansancio á buscar apoyo, y tornaba á retirar los pies, por no abrasárselos. En aquella cruel alternativa estuvo Alarcón durante doce horas, sin prorrumpir en una sola queja. Cuando el verdugo y sus ayudantes le bajaron de la cuerda, D. Silvestre dijo con una voz apenas perceptible:

— *Malo mori quam fœdari.*

El juez, que estaba en un extremo de la pieza, no pudo per-

cibir aquellas palabras, esfuerzo supremo de una voluntad incontrastable, que aceptaba la muerte ocasionada por los más crueles sufrimientos, antes que doblegarse. Pálido, desencajado, con la cabeza sobre el pecho, pues la fuerza física le había abandonado del todo, habría terminado sus padecimientos con la vida, si hubiese permanecido unas pocas horas más en aquella horrorosa tortura. La legislación y las costumbres autorizaban el empleo de ese y otros tormentos que una ley de Partida llamaba *manera de pena que fallaron los que fueron amadores de la justicia, para escodriñar el saber la verdad por él de los malos fechos que se hacen encubiertamente;...* y así el doctor Escalante, *amador de la justicia* á la manera de los que inventaron aquella prueba, la empleaba *tuta conscientia*, y con la misma impasibilidad con que habría mandado un alcalde ordinario aplicar veinticinco azotes á un indio por ebriedad.

La férrea voluntad de Alarcón triunfó de la fría obstinación del juez, que al fin tuvo que prescindir de aquellos medios y decidió fallar la causa, *juxta alegata et probata* dando al reo por convicto del crimen de traición. Redactó su sentencia en breves palabras y concluía diciendo : *sea sacado en forma de justicia, con soga á la garganta y á son de trompeta y voz de pregonero, que publique su delito, sea arrastrado en un serón á la cola de un caballo por las calles públicas y acostumbradas, hasta llegar á la plaza mayor, donde estará una horca, de la cual sea colgado, hasta que naturalmente muera, y luego sea hecho cuartos...*

Pronunció en seguida su fallo en la causa contra D. Pedro de Uceda (alias) D. Dieguillo, por los delitos de parricidio, robo y complicidad en el de seducción, redactada en los mismos términos que la de Alarcón, sin más diferencia que estas palabras... *hasta llegar á la plaza mayor, donde puesta una horca, sea colgado, hasta que naturalmente muera; y después de muerto, sea metido en un saco de cuero en que encierren*

con él un can, un gallo, una culebra y un ximio, y cosida la boca del saco le arrojen al rio más inmediato. No se dira que las penas no estuviesen en armonía con las pruebas. Ambas causas pasaron á la Audiencia, que debía verlas en segunda instancia.

CAPÍTULO XLI

El paquete de la cinta negra.

Después de haber desempeñado la penosa comisión de conducir á D. Diego de Padilla al castillo de San Felipe, *argollas de oro*, D. César de Carranza había regresado á la ciudad profundamente abatido. Doña Violante continuaba en el convento y no faltaban más que unos pocos días para que terminase el año de su noviciado. La familia de Carranza, despojada de los bienes de Balmaseda y habiento tenido necesidad de desprenderse de casi todo su haber para cubrir los intereses caídos en el espacio de veinte años, se encontraba en una situación apuradísima: pero lo que torturaba con mayor violencia el corazón del joven, era la certidumbre que había adquirido de su vergonzoso origen. Informado de las declaraciones de la esclava y de la revelación hecha *in articulo mortis* por Gonzalo Méndez, administrador de D. Juan de Palomeque, D. César no pudo ya dudar de que aquel hidalgo era su padre; pero nada sabía aún respecto á su madre, cuyo nombre, como se recordará, no había sido revelado por Gonzalo. El pleito entablado por D. Diego de Padilla había causado profunda pena á D. Tomás de Carranza y á su esposa; por lo que el joven D. César no se había atrevido ya á dirigirles una sola pregunta sobre aquel malhadado asunto, aguardando á que el tiempo acabase de revelarle lo que le faltaba saber acerca del secreto de su origen. Tanto D. Tomás como Doña Gertrudis habían redoblado su

ternura hacia Don César desde que terminara aquel funesto litigio; y el joven correspondiendo á aquel sentimiento, mostraba cada día mayor afecto y respeto á los que había considerado siempre como sus padres.

Una mañana, á eso de las diez, ocho días después de pronunciada la sentencia en la causa de Alarcón, D. César de Carranza estaba encerrado en su cuarto, entregado á sus tristes reflexiones, cuando llegó un lacayo y le anunció que un sujeto, cuyo nombre y apellido no habían llegado hasta entonces á oídos del joven, deseaba hablarle de un asunto del mayor interés. Dijo D. César que se sirviese pasar adelante, y no tardó en presentarse un hombre de alguna edad, de aspecto decente, y que parecía, por su traje y maneras, pertenecer á la clase respetable de las gentes del campo.

— Caballero, dijo el desconocido, yo soy el alcalde del pueblo de San Andrés, á cuya jurisdicción pertenece la hacienda de la Soledad, donde tuvo lugar la terrible catástrofe que privó de la vida á D. Juan de Palomeque y á su administrador Gonzalo Méndez.

Una nube sombría parecía haber cubierto la frente de Don César al escuchar aquellas palabras. Guardó silencio, y el alcalde continuó diciendo :

— Próximo ya expirar, el fiel servidor de D. Juan me indicó que en el escritorio de su amo encontraría un paquete sellado y atado con una cinta negra. Me suplicó encarecidamente lo recogiese y que trayéndolo yo mismo á la ciudad, lo pusiese en vuestras manos, pues su contenido os interesaba vivamente.

— ¿Y lo habéis traído? dijo D. César con ansiedad.

— Sí, caballero, replicó el alcalde; os traigo esos papeles y otro documento que os interesa igualmente, que no fué encontrado sino hasta ahora poco, en un secreto del escritorio de D. Juan y cuya existencia ignoraba sin duda el administrador.

Diciendo esto, sacó de uno de sus bolsillos un paquete de

papeles y lo puso en manos del joven, á quien un presentimiento inexplicable hacia temblar al recibir aquellos documentos.

Don César dió las gracias al alcalde, que se retiró inmediatamente, pues su visita, dijo, no tenía otro objeto.

Largo rato estuvo el desgraciado joven con el paquete de cartas y el otro papel sobre la mesa, luchando entre la ansiedad que experimentaba para conocer el secreto que sin duda encerraban aquellas piezas y el temor instintivo de encontrar en ellas alguna terrible revelación que pusiese el colmo á su desgracia. Resolvióse al fin; rompió la cinta y los sellos que aseguraban el paquete y comenzó á leer las cartas con la mayor agitación.

Era la correspondencia de D. Juan de Palomeque y Doña Leonor de Mazariegos, esposa de D. Diego de Padilla; correspondencia que proporcionó al desventurado lo único que le faltaba para completar la tenebrosa historia de su origen: el nombre de su madre. Encontró en aquellas cartas pormenores tan acordes con la declaración de Gonzalo Méndez, que no era dable abrigar la más remota duda sobre aquel hecho, que D. César consideró como la mayor de las desgracias que pudieran sobrevenirle. Desde aquel momento vió abierto un abismo profundo entre él y Doña Violante de Padilla, á quien amaba con delirio y de quien debía renunciar para siempre. Vió el otro papel y encontró que era un testamento hecho por Palomeque en toda regla, en el cual instituía por único y universal heredero de su fortuna, que pasaba de ochocientos mil pesos, al hijo que le había sido robado, si alguna vez llegaba á aparecer. Don César arrojó lejos de sí aquel documento, importándole bien poco todos los tesoros del mundo, cuando perdía lo único que le hacia soportable la existencia.

Dos ligeros golpes en la puerta que daba al corredor, indicaron á D. César que alguno deseaba verle, y se disponía á ir á abrir, con la impaciencia que era natural le ocasionara una

visita en aquellos momentos, cuando oyó la voz del que llamaba desde afuera.

— ¿Estás ahí, César? dijo.

Era D. García de Altamirano, que no podía haber llegado á mejor tiempo. El desgraciado D. César necesitaba en aquel momento los consuelos que sólo una sincera y discreta amistad puede proporcionar. Fué á abrir la puerta, que había cerrado con llave luego que se hubo despedido el alcalde, y entró D. García, que hizo un movimiento de sorpresa al observar la expresión siniestra del rostro de su amigo.

— ¿Qué tienes, César? dijo con interés el bondadoso D. García; ¿ha sucedido alguna nueva desgracia? Habla, desahoga tus penas como lo has hecho siempre, en el seno de tu amigo.

Don César callaba. Á pesar de su estrecha amistad con D. García, dudaba si le comunicaría ó no el grave secreto que aquellas cartas le acababan de revelar; secreto que comprometía el honor de la infeliz y ya muerta señora que le había dado el ser. Altamirano, sin poder atinar con la causa del abatimiento de su amigo, y empeñado en proporcionarle algunos consuelos, le dijo:

— No hay por qué exagerar, amigo mío, la desgracia ocasionada por ese funesto pleito. Es verdad que has tenido el dolor de saber que no son tus verdaderos padres esos á quienes siempre has considerado como tales; pero ellos te aman como si realmente fueses su hijo y tú les retribuyes en amor y respeto todo lo que han hecho por ti. Por otra parte, eres hijo de un caballero, y aunque no se ha descubierto el nombre de tu madre, la misma reserva que sobre ese punto guardó el administrador de D. Juan de Palomeque, está indicando que es una señora de condición. Siendo eso así, no debes desconfiar de que podrás unirte á la joven á quien amas, la cual una vez que llegue á saber tu verdadero origen, verá que no eres un villano, como lo había asegurado ese odioso anónimo que tanto te ha hecho sufrir.

Calló D. García, y D. César permaneció un momento sin pronunciar una sola palabra. Á medida que hablaba su generoso amigo, el desgraciado joven sentía abrirse más y más la profunda herida que desgarraba su corazón. Al fin contestó con una voz que revelaba todo su abatimiento :

— García, soy algo peor que un villano; preferiría mil veces ser un espúreo, no conocer á los que me dieron la vida, á la horrorosa certidumbre de mi vergonzoso origen. Doña Violante y yo, amigo mío, no podemos ya unirnos sino en la eternidad. García, García, añadió levantándose y sacudiendo con un movimiento convulso la mano de su amigo, escucha este secreto terrible : soy un hijo adulterino, Violante es hermana mia, la fatalidad nos ha hecho nacer de una misma madre.

Dicho esto, D. César paseó en derredor una mirada inquieta, tomando su semblante una expresión extraña; y añadió :

— ¿No te parece que lo que me pasa es una cosa como para una novela de Cervantes ó para una comedia de Lope? Si tú, en lugar de estar siempre escribiendo canciones amorosas imitando al Petrarca, tu poeta favorito, te dedicaras á componer una comedia de capa y espada, ¡qué excelente argumento, qué intriga tan ingeniosa pudiera suministrarte mi historia! Aprovéchala, García; toma, lee esos papeles, y escribe una pieza que podremos representar en las fiestas de la pascua.

Diciendo esto, D. César se reía, al mismo tiempo que dos lágrimas bajaban lentamente por sus mejillas descoloridas. Tomó las cartas y el testamento y los entregó á D. García, que no volvía en sí del asombro que le causara el oir expresarse á su amigo en aquel tono. Vivamente afligido, procuró calmar á D. César y le dijo que se impondría del contenido de aquellos papeles.

En aquel momento llamaron á la puerta y habiendo abierto D. García, se presentó un lacayo y dijo que el escribano de cámara de la real Audiencia deseaba hablar al caballero Don César de un asunto breve y urgente.

— Decid que pase adelante, contestó el joven. D. García quiso retirarse; pero D. César le detuvo diciéndole:

— Quédate; yo no tengo secretos para ti. ¿No te lo he dicho todo? Tal vez lo que ese hombre viene á decirme complicará más la trama del argumento de la comedia.

El escribano de cámara se presentaba ya y después de haber saludado á los dos amigos, dijo:

— Caballero D. César, el señor oidor Escalante me encarga os manifieste que habiendo confirmado hoy la real Audiencia el fallo que pronunció su señoría en la causa contra D. Silvestre Alarcón, el reo, al entrar en capilla, ha solicitado una sola gracia, y es la de tener con vos cinco minutos de conversación. Se ha concedido ese favor al que va á morir, y yo vengo en su nombre, y en el del juez, á suplicaros os sirváis acudir al llamamiento.

— Podéis decir á su señoría, contestó D. César, y al desgraciado Alarcón, que iré con muy buena voluntad. El deseo de un hombre que se halla en la situación de D. Silvestre, es una orden para cualquiera.

El escribano se despidió de los dos jóvenes y se retiró. Don César dijo entonces á D. García:

— Ya lo ves; el plan del drama se enreda. Ese hombre que tanto mal me ha hecho, me llama y quiere verme antes de ir al patíbulo. No dejaré de informarte de cuanto me comunique.

D. García se despidió de su amigo, y antes de marcharse, entró al gabinete de D. Tomás de Carranza y le dijo los serios temores que le hacía concebir el estado de D. César, indicando al anciano caballero que convendría llamar á un médico sin pérdida de tiempo.

CAPÍTULO XLII

En capilla.

Don Silvestre Alarcón se preparaba á morir con la calma estoica que había armado á su alma como con una coraza de hierro en los lances más críticos de su existencia. Para él, la muerte no era más que el fin de la vida, y la aceptaba sin temor y sin despecho, como todo lo que consideraba lógico y natural. Cuando he jugado y he perdido, decía para sí, no lo he extrañado ni me he irritado contra mi mala suerte. Si conspiré y por ello voy á ser ahorcado, ¿de qué tengo que quejarme? Si pudiera evitar la muerte, la evitaría; pero si he de morir, sin que esté en mi arbitrio remediarlo, tengo que someterme á mi destino. Los sufrimientos físicos han quebrantado mi cuerpo, porque Dios ha dado poder á los hombres sobre la parte material de mi ser. Pero mi espíritu, que no les está sometido, es superior á la violencia y triunfa.

Tememos penetrar aun más en las sinuosidades de aquella alma tenebrosa. No eran ni la religión ni la verdadera filosofía las que inspiraban esa resignación escéptica y glacial. Contentémonos, pues, con decir que aquel hombre iba á morir como había vivido.

Cuando el doctor Escalante fué á notificarle la sentencia que hemos transcrito en el capítulo anterior, confirmada por la Audiencia, D. Silvestre escuchó la lectura sin que su fisonomía impasible mostrase la más ligera emoción. El magistrado

recalcaba sobre cada uno de los períodos y parecía empeñado en hacer sufrir al reo los tormentos morales, que suponía más eficaces que los físicos; pero el alma de Alarcón era más inflexible que su cuerpo, y el magistrado logró tanto con su fallo, como con el potro y el ladrillo incandescente. Cuando hubo terminado su lectura, dijo D. Silvestre con voz firme y entera:

— Tengo que pediros una gracia.

— ¿Cuál es? preguntó el magistrado, en cuyos ojos brilló una alegría maligna; pues creía sorprender al fin un movimiento de debilidad en aquel hombre, cuya actitud firme y tranquila le tenía abrumado.

— Que me permitáis, dijo el reo, cinco minutos de conversación con D. César de Carranza.

Burlado en su expectativa, el oidor reflexionó un momento. De buena gana se habría negado á acceder á aquella solicitud, por causar alguna mortificación á aquel hombre, que se le hacía cada vez más insoportable; pero no se atrevió. Semejante exceso de crueldad habría sido mal interpretado por el público, y su fama lo hubiera pacedido. Contestó, pues, con una inclinación de cabeza, en señal de asentimiento, y se retiró sin decir una palabra más á D. Silvestre.

Cuatro horas después entraba D. César en el calabozo y fijaba los ojos con una expresión extraña en el reo, que ocupaba un banquillo junto á una mesa, en la cual había recado de escribir. Alarcón había aprovechado aquel tiempo haciendo algunos apuntamientos sobre los negocios de la casa de Padilla y redactando su disposición testamentaria. No tenía herederos forzosos, hacía veintiséis años que no tomaba más que una tercera parte de su sueldo; los otros dos tercios ascendían ya á más de 40,000 pesos y de ellos disponía en favor de la familia de D. Diego, en cuya casa los había adquirido.

Cuando entró el joven Carranza, D. Silvestre se puso en pie para saludarle, y le suplicó se sentase. Hízolo D. César, y dijo:

— Me habéis llamado, caballero, y he creído que no debia negarme al deseo de una persona que se encuentra en la situación en que vos os halláis. ¿Puedo serviros en alguna cosa?

— Á mí, en ninguna, D. César, contestó D. Silvestre. Si me he tomado la libertad de molestaros, es únicamente porque deseo, antes de morir, daros un aviso interesante, relacionado intimamente con el pleito que ha descubierto vuestro verdadero origen.

— ¿Y qué me falta que saber? respondió D. César riéndose. Estoy informado de quien era mi padre y conozco también el nombre de aquella señora. Sí, lo sé, añadió bajando la voz; el alcalde de San Andrés es un excelente sujeto. Don Silvestre, guardadme el secreto, tengo el paquete de la cinta negra, dijo al oído de Alarcón, á quien chocó el tono con que le hablaba Don César. Lo tengo, lo tengo, añadió y lo he dado á García para que escriba una comedia. ¡Qué lástima, D. Silvestre, que tengáis que ir á la horca! ¡Veríais la pieza en la próxima Navidad!

— Todo podréis saberlo, dijo Alarcón; pero lo que ignoráis aún, es á quién debéis el haber descubierto vuestro origen; quién lo reveló, para que se entablase el pleito y quién es el autor de cierto anónimo que recibió Doña Violante de Padilla.

Don César frunció el entrecejo; pasó rápidamente sus manos sobre su jubón, como si buscase alguna cosa, y decia:

— El pleito, el anónimo, ¿dónde está el anónimo? ¿Vos sabéis quién lo ha revelado todo? ¿Vos lo sabéis y no me lo decís? ¡Por Dios que voy á arrancaros ese secreto! Tenemos ya el héroe y la heroína de la comedia; faltaba el traidor y vos me le vais á proporcionar. ¡Cómo no habia yo pensado en eso! García va á alegrarse y la comedia puede convertirse en tragedia. Hablad, ¡vive Cristo! ¡ó ahorro al verdugo el trabajo de apretaros la soga!

Diciendo esto, el desdichado joven, cuya fisonomía revelaba ya el completo trastorno de su inteligencia, quiso arrojarse

sobre D. Silvestre, que se puso en pie, y fijando su mirada serena en los ojos del loco, y extendiendo su mano derecha hacia adelante, en actitud imperiosa, dijo :

— Deteneos, ó no sabréis lo que deseáis.

Don César se detuvo como fascinado por la mirada de Alarcón ; fijó en él sus ojos extraviados, y derramando dos gruesas lágrimas, cayó de rodillas y dijo :

— Perdonadme, D. Silvestre, soy un insensato. Decidme quién es el malvado que ha revelado ese secreto terrible.

— Vuestro falso amigo D. Fadrique de Guzmán, contestó Alarcón. Él fué á revelarme, ó mejor dicho, á venderme el secreto de vuestro nacimiento, que había descubierto por una conversación que escuchó á la esclava María del Patrocinio y á su hijo. Recordaréis que D. Fadrique hizo, hará cosa de un año, un viaje á Acajutla. Al regresar, extravió el camino y fué á dar al rancho donde habitaba entonces aquella esclava. Ahí la casualidad le hizo sorprender aquel secreto ; el deseo de haceros mal y el incentivo de la ganancia le inspiraron el pensamiento de revelármelo. Sin la delación de D. Fadrique, las cosas estarían hoy en la misma situación en que permanecieron durante veinte años.

Don César escuchó con asombro lo que decía D. Silvestre y le dijo :

— ¿Por cuánto os ha vendido D. Fadrique ese secreto ?

— Por veinte mil pesos, contestó Alarcón.

— ¿ Y los ha recibido ya ?

— No, caballero. Creí poder excusarme de pagar el precio de la traición.

— Mal hecho, replicó D. César, con aire severo. Esa suma debe pagarse ; yo me encargo de hacerlo en vuestro nombre.

Dicho esto, se salió de la capilla. La expresión de la fisonomía del pobre demente era espantosa en aquel momento. Parecía como si todas las furias del infierno torturasen su alma.

Caminó á la ventura por las calles, llamando la atención de las gentes á quienes encontraba al paso, y por último llegó á su casa y se dirigió al almacén, después de haber prevenido á los criados que fuesen á buscarle cuatro hojalateros. Pronto llegaron los artesanos, y D. César les entregó unas cuantas planchas de cobre que D. Tomás tenía ahí, y les encargó le hicieran con mucho sigilo veinte mil tejos de la forma de un peso, ofreciendo recompensar el trabajo generosamente. Llevaron el cobre los hojalateros, prometiéndole poner manos á la obra.

Don Silvestre, luego que hubo salido D. César de la capilla, continuó haciendo sus arreglos para morir. Lo último en que pensó fué en su alma. Recibió con indiferencia la visita de un sacerdote, con quien permaneció por espacio de media hora, y cuando se retiró el eclesiástico, el reo suplicó que le dejasen solo. Tomaba sus alimentos á las horas acostumbradas, dormía con tranquilidad y empleaba el resto del día en escribir ó en meditar.

Mientras el cajero mayor de D. Diego de Padilla veía acercarse el término de su vida, reuniendo sus fuerzas para el último y supremo combate, D. Rodrigo de Arias y los otros Nazarenos que no habían sido reducidos á prisión, lejos de acobardarse con la noticia de las horrorosas pruebas que había sufrido D. Silvestre y con la sentencia de muerte pronunciada contra él, creyeron que estaba en su deber auxiliar á sus compañeros en aquel trance y hacer una tentativa para librarlos. Reuniéronse en la casa de D. Rodrigo, conferenciaron largamente; vieron que aun podían contar con unos ciento cincuenta hombres decididos y armados, y á propuesta del gobernador, resolvieron presentarse en la plaza de ahí á tres días, en el momento en que debía verificarse la ejecución de Don Silvestre. Tenían el proyecto atrevido de echarse sobre la escolta, libertar al reo y hacer frente á la fuerza, que se llevaría sin duda para proteger la ejecución de la sentencia. Todo

quedó, pues, arreglado, previniéndose á cada cual lo que debería hacer y señalándole el punto á donde tendría que acudir.

Por muy secretas que fueron aquellas disposiciones de los conjurados, no dejaron de comprender las autoridades que algo se meditaba. Los principales sujetos que se reunieron en casa de D. Rodrigo cuidaron de avisar á los que formaban la masa de los conspiradores lo que se había dispuesto, y eso no pudo hacerse sin que el Presidente y los suyos concibiesen algunas sospechas, y sin que acordasen, como era natural, tomar sus precauciones. El conde de Santiago estaba resuelto á hacer ejecutar la sentencia, aun cuando fuese necesario que corriese sangre por las calles de la ciudad. Tal era, pues, la situación de los ánimos cuando se aproximaba el momento en que debía tener lugar la ejecución.

Entretanto, la Audiencia había confirmado también la sentencia contra D. Pedro de Uceda, ó sea D. Dieguillo, que estuvo á punto de morir del susto cuando fué el juez á hacerle la notificación. Lloró, suplicó humildemente ; pero como debe suponerse, todo fué inútil. Entró en capilla el mismo día que Alarcón, y se ocupó en disponer su alma, dando muestras del más sincero arrepentimiento. Con el fin de no multiplicar las reuniones populares en la plaza y calles, pues aun faltaban otras ejecuciones, se dispuso que la de Alarcón y D. Dieguillo tuviesen lugar al mismo tiempo, en la plaza mayor, á las once de la mañana del miércoles 22 de abril de 1657. En la noche del martes estaba todo preparado para el acto. Dos horcas se levantaban frente á la puerta del ayuntamiento; colocábanse sillas en los balcones altos para las señoras, y las buenas gentes de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros, se acostaron aquella noche más temprano, para ir al siguiente día desde la madrugada á tomar lugar en la plaza, pues se anunciaba que la función estaría concurridísima y cada cual se proponía anticiparse á los demás. El pueblo

necesitaba espectáculos, y nuestros respetables abuelos, que aun no alcanzaron los que ha inventado una civilización más refinada, se divertían con las corridas de toros que se daban de tarde en tarde en la plaza mayor, con los juegos de cañas, alcancías, estafermo, sortija, carreras de entrada y parejas con que se solemnizaban las fiestas reales; y cuando nada de esto había, tenían que contentarse con ver ahorcar.

CAPÍTULO LXIII

Héroe, sofista y malvado.

Como se había previsto, desde muy temprano de la mañana del miércoles comenzó á llenarse de gente la plaza mayor. Las alturas de la catedral y el portal llamado de las panaderas, que quedaba enfrente de la iglesia, estaban coronados de hombres y mujeres, ansiosos de presenciar el espectáculo. Las familias de los individuos del ayuntamiento ocupaban el corredor alto de las casas consistoriales; las de los oidores, oficiales reales y otras de la nobleza, el del palacio. Doña Elvira de Lagasti no quiso presenciar aquella escena; y pretextando una indisposición, permanecía encerrada en sus habitaciones.

Don Silvestre estaba en la capilla de la cárcel de corte, en el real palacio, y D. Dieguillo en la de la plaza de Santiago, pues había en la antigua capital, según el testimonio de Fuentes, ocho lugares de prisión, situados en diferentes puntos que menciona. No faltaban espectadores en las calles por las cuales debía ser conducido D. Dieguillo; pero como la escena más dramática había de representarse en la plaza mayor, hacia aquel punto afluía en mayor número la concurrencia.

Dos compañías de infantería y el cuerpo de dragones estaban sobre las armas y en formación delante del palacio. Los conjurados, con espadas, trabucos y puñales, andaban por todas partes mezclados con los espectadores. Don Rodrigo de Arias estaba, con el conde de Santiago, el Adelantado de Filipinas,

los oidores, otros funcionarios y varios caballeros principales, en la galería del palacio. El gobernador debía bajar con cualquier pretexto en el momento convenido, que era cuando Alarcón pasase frente á la catedral, y poniéndose á la cabeza de los Nazarenos, que por supuesto, habían prescindido del uso del disfraz desde la delación de D. Fadrique, alzar el grito de sedición y arrebatar el reo á la justicia.

Á las diez en punto D. Dieguillo fué sacado de la prisión á la plaza de Santiago. Á su lado derecho iba el doctor Escalante, como juez de la causa, y al izquierdo el padre Manuel Lobo, superior de la compañía de Jesús, sabio y virtuoso eclesiástico, director espiritual y biógrafo del hermano Pedro. El reo vestía una hopa negra, y un capuz del mismo color le cubría el rostro. Llevaba en la mano derecha un crucifijo. Iba metido en un zurrón de cuero, colocado en un carretoncillo que tiraba un caballo. El pregonero conducía á la bestia del diestro, caminando paso á paso, y gritando en cada esquina el delito y la pena de D. Pedro de Uceda. Un pelotón de veinte soldados rodeaba aquel fúnebre carro y cerraban la marcha los hermanos de la piedad, que rezaban en voz alta el rosario. Las campanas de las treinta y tantas iglesias de la ciudad comenzaron á tocar á agonía desde que salió el reo de la cárcel, y en muchos de estos templos celebraban misas por los dos ajusticiados, pues Alarcón debía estar saliendo á la misma hora de la cárcel de corte, para ser paseado con igual aparato que D. Dieguillo, por las calles inmediatas á la plaza. El bufón era en aquel drama terrible el personaje secundario, y el interés de la numerosa concurrencia éstaba concentrado, por diversos motivos, en el cajero mayor de D. Diego de Padilla.

Pero por una ú otra razón Alarcón no salía de la cárcel. Eran las diez y media; las miradas de los espectadores estaban pendientes del lugar por donde habían de sacar al reo, y no aparecía. El público empezaba a impacientarse, como en el teatro, cuando se dilatan en levantar el telón.

— Han dado ya las diez y media y aun no sale, decía Don Domingo de Arrivillaga, á varios caballeros que formaban un grupo en la galería del palacio.

— Ya le sacarán, contestó D. Francisco Aguilar de la Cueva; no creo se haya acordado suspender la ejecución, pues en tal caso ¿para qué poner esas dos horcas

— ¡ Pobre D. Silvestre ! añadió D. Juan de Roa, no acierto á comprender cómo un sujeto tan avisado se dejó coger las vueltas hasta venir al lance apretado en que se encuentra.

— *Nemo mortalium omnibus horis sapit*, señor D. Juan, observó el canónigo Tafoya ; lo que traducido literalmente quiere decir que hay ocasiones en que los hombres más sabios *hacemos* grandes disparates.

— Y los *decimos* también, contestó el maligno D. Fadrique de Guzmán; observación que hizo sonreir á los caballeros y no dejó de correr al prebendado.

— Pero, ¿ y D. Dieguillo, qué os parece? preguntó D. Martín Guzmán, padre de D. Fadrique. ¿ Quién hubiera creído que fuera tan buena pieza?

— Ese es un malvado que no merece compasión, dijo Don Antonio de Estrada y Medinilla. Ladrón y fratricida, y además ingrato con sus bienhechores.

— *Ingratum si dixeris, omnia dicis*, agregó el doctor. Pero vedlo; ahí viene, añadió señalando á la esquina del palacio episcopal.

Era así efectivamente. En aquel momento el fúnebre cortejo desembocaba en la plaza y un sordo rumor se hacía oir entre los espectadores. Eran las once menos cuarto. Los quince minutos que faltaban debían emplearse en pasear al reo en torno de la plaza, en cuyas cuatro esquinas iba á leerse la sentencia.

Alarcón aun no salía. Don Rodrigo de Arias estaba sumamente inquieto y los otros conjurados iban y venían en diferentes direcciones, hablábanse en voz baja y nadie podía explicarse aquella incomprensible dilación.

Cuando D. Pedro de Uceda fué extraído del zurrón y se le levantó el capirote, pudo advertirse que el miserable estaba ya más muerto que vivo. El padre Lobo le dirigía devotas y patéticas exhortaciones, que el reo escuchaba apenas. Dos minutos antes de las once, el verdugo había terminado sus horrorosos preparativos. Un silencio profundo reinaba en toda la plaza. De repente se oyó la voz del pregonero que gritó :

« Esta es la justicia que, en nombre del rey nuestro Señor, mandan hacer el muy ilustre señor Presidente y los señores de la real Chancillería del reino de Guatemala, en la persona de D. Pedro de Uceda, por parricida y por ladrón. »

El verdugo retiró el banco sobre el cual estaba el reo, en pie, y quedó balanceándose en el aire, pendiente de la cuerda que le apretaba el cuello. La atención de todos los espectadores estaba en aquel momento fija en el espantoso espectáculo que se les ofrecía en medio de la plaza ; pero repentinamente uno de tantos lanzó un grito de horror y señaló hacia la esquina del palacio que hacía frente al portal de las panaderas. El cadáver de un hombre aparecía colgado por el cuello de una pesada viga apoyada sobre la baranda de hierro del corredor alto. Casi al mismo tiempo se oyó la voz de otro pregonero que gritaba, junto á aquel cadáver.

« Esta es la justicia que, en nombre del rey nuestro Señor, mandan hacer el muy ilustre señor Presidente y los señores de la real Chancillería del reino de Guatemala, en la persona de D. Silvestre Alarcón, por traidor y sedicioso. »

Las miradas de la multitud se dirigieron hacia el punto donde aparecía el cadáver del cajero mayor, que había sido colocado ahí, sin que se notase la operación, estando todos, como ya se ha dicho, atentos á la ejecución de D. Dieguillo. Don Rodrigo de Arias se puso pálido de ira al ver el cuerpo inanimado de D. Silvestre, y los demás conjurados lanzaron un grito de horror. Las dos compañías de infantería prepararon las armas y el cuerpo de dragones puso lanza en ristre. Pero nadie se

movió. Don Rodrigo comprendió que cualquiera tentativa carecía ya de objeto y que si estallaba la insurrección, no se haría más que derramar inútilmente la sangre. Permaneció, pues, inmoble en su puesto, anonadado bajo aquel golpe. La caballería comenzó á abrirse paso entre la multitud, y fué despejando la plaza.

Debemos explicar lo que había sucedido. La noche anterior, á una hora muy avanzada ya, el Presidente recibió aviso de que los conjurados proyectaban arretabar á D. Silvestre cuando fuese extraído de la cárcel para ser conducido al patíbulo, resueltos á dar en seguida el grito de insurrección. Á las tres de la mañana reunió el real acuerdo y dió cuenta de lo que se tramaba. Discutióse largamente lo que convendría hacer y por último se resolvió, para prevenir cualquier alboroto, que la ejecución de D. Silvestre se verificase en el interior de la cárcel, exponiéndose el cadáver á la vista del pueblo, á la hora señalada en la sentencia. Convínose en que aquella disposición se mantendría reservada, á fin de que los conjurados no tuviesen tiempo para combinar algún otro plan para salvar al reo. La Audiencia acordó también que el doctor Escalante diese cuenta de la actuación secreta contra D. Rodrigo de Arias, para examinarla y ver si había mérito suficiente para mandar prender al gobernador, medida que el Presidente juzgaba necesaria, para poner una vez por todas término á la inquietudes y alborotos. Debiendo tener lugar en los dos días siguientes cuatro ejecuciones de Nazarenos condenados al último suplicio, acordó el tribunal ver el proceso contra D. Rodrigo luego que se hubiesen ejecutado aquellas sentencias.

Á las once menos cuarto, cuando D. Pedro de Uceda llegaba á la plaza mayor, un ayudante del verdugo, muy hábil en el oficio, se presentó en la capilla de la cárcel de corte, con tres alguaciles, ocho soldados y un escribano. Don Silvestre comprendió que había llegado el momento supremo, y levantándose del banquillo en que estaba sentado, junto á la mesa, dijo :

— ¿Es hora? Estoy pronto.

— Venid, dijo el escribano.

Los alguaciles se disponían á sostener al reo, considerando que necesitaría apoyo, pero D. Silvestre les dijo con entereza :

— No es necesario. Vamos; y con paso firme salió de la capilla, rodeado de los alguaciles y los soldados, y precedido por el escribano.

Alarcón esparaba ser conducido á la plaza, conforme á lo provenido en la sentencia, que se le había leído; y así, se admiró al observar que se le volvía á llevar al calabozo. Pendiente de una viga del techo estaba una fuerte cuerda, bajo la cual habían colocado una mesa.

— Subid, dijo el escribano.

— ¿Y qué, preguntó Alarcón, aquí es donde ha de ejecutarse la sentencia?

— Aquí, contestó el escribano; así lo ha dispuesto esta mañana el real acuerdo.

— Sea cual fuere el motivo que haya originado esta disposición, dijo D. Silvestre, agradeced de mi parte á esos señores que me han ahorrado la mitad del camino. Cuando se ha de llegar, mientras más pronto tanto mejor.

Dicho esto, subió á la mesa, seguido del ayudante del verdugo, que acomodó el extremo de la cuerda en la garganta de D. Silvestre. Bajó, retiró la mesa y cinco minutos después estaba todo concluído. Se sacó el cadáver y se colocó en el corredor alto del palacio, como ya hemos dicho.

Así acabó la vida de aquel hombre, cuya enérgica voluntad no se doblegó ni ante la muerte. Sobre la mesa de la capilla se encontraron, junto con su testamento, las siguientes notas :

« He consagrado mi vida á la familia á quien debo cuanto soy.

« Por servir sus intereses y los del reino, organicé la asociación de los Nazarenos. Encontré abnegación y valor en la mayor parte de sus miembros; pero ni han faltado traidores

en su seno, ni el pueblo nos prestó la cooperación que debíamos esperar.

« Esta no es tierra para conjuraciones.

« ¡Ojalá que la suerte que me ha cabido sirva de ejemplo á algunos!

« No he hecho el mal por complacencia ni por un instinto depravado. Me he servido de él, como de uno de tantos elementos que he encontrado en actividad en el combate de las pasiones y de los intereses humanos.

« No tengo más que una deuda, y es mi acreedor D. Fadrique de Guzmán. Don César de Carranza queda encargado de chancelar ese crédito. »

Parécenos que esas pocas notas expresan bien las ideas y el carácter del personaje. Era un malvado, dirán algunos. Era un sofista, dirán otros. No faltará quien diga que fué un héroe. Quizá lo más seguro sería decir que fué héroe, sofista y malvado.

CAPÍTULO XLIV

La profesión.

Tres días después de la ejecución de D. Pedro de Uceda y de D. Silvestre Alarcón, el 25 de abril, á las nueve de la mañana, un inmenso gentío se dirigía á la iglesia de la Concepción, donde iba á tener lugar una fiesta que, aunque de carácter muy diverso del de aquella que tanto había llamado la atención el 22, excitaba vivamente la curiosidad del desocupado vecindario. Una novicia iba á pronunciar sus votos solemnes y á morir para el mundo. La juventud, la belleza y lo ilustre de la cuna de aquella religiosa eran circunstancias que daban interés especial al acto y lo hacían diferenciarse de la mayor parte de los monjíos tan frecuentes en aquella época. Nuestros lectores han comprendido sin duda que la joven que iba á cambiar aquel día el velo blanco de las novicias por el negro de las profesas, no era otra que Doña Violante de Padilla.

El haber visto á su anciano padre arrancado del pie de los altares por su amante, para conducirle al presidio, hirió á la desdichada Doña Violante en lo más íntimo del corazón. Si hubiese podido leer aquella noche en el alma de D. César, habría comprendido el doloroso sacrificio que costara al joven el cumplimiento de aquel deber; pero solo Dios puede juzgar las intenciones, y Doña Violante no veía sino el hecho material de que D. César servía de instrumento á la cruel venganza de los enemigos de su familia.

La madre Maldonado aprovechó hábilmente la situación de ánimo en que se hallaba Doña Violante. Le pintó con vivos colores los peligros del mundo, le habló con elocuencia de lo frágil y perecedero de los amores terrenos, y poco á poco fué infiltrando en aquel corazón impresionable el más delicado misticismo. Al concluir su año de noviciado, Doña Violante estaba resuelta á profesar y su alma, desprendida de las afecciones mundanas, se anegaba ya en las delicias inefables de la vida contemplativa.

Quince días antes del que estaba señalado para la profesión, los parientes de Doña Violante obtuvieron de la superiora del monasterio permiso para que la novicia saliese á la reja del locutorio, con el objeto de que se hiciese un retrato de tamaño natural. La obra fué encargada al hábil pincel de D. Antonio de Montúfar, que se prestó á ejecutarla por amistad con la familia. En poco tiempo la figura quedó trazada, dando vida los colores á aquel diseño, que representaba á la hija de Padilla en su traje de religiosa, con toda la poesía de que era susceptible tan interesante asunto. El artista llevó el lienzo á su estudio, para dar el complemento á la obra.

El 25 de abril estaba todo arreglado para que tuviese lugar la interesante y patética ceremonia. La iglesia aparecía adornada con lujo. El oro y la plata resplandecían en los altares, y las arañas se veían coronadas de bujías. El velo que cubría de ordinario la reja del coro estaba levantado, para que el pueblo pudiese presenciar la profesión. En el fondo entonaban las religiosas los himnos sagrados, al compás de los graves acentos del órgano. Doña Violante, pálida como la corona de rosas blancas que ceñía su frente y como la vela de cera que llevaba en la mano, pronunció los votos con voz débil, y en seguida fué á postrarse en medio del coro, mientras las religiosas entonaban la letanía de los santos. Después se acercó á la ventanilla del comulgatorio, por la cual recibió el velo que le presentó el sacerdote diciéndole:

Accipe, ancilla Christi, sancta velamina professionis tuæ, sacrum signaculum in perpetuum, cum quo feliciter valeas pervenire ad regna cœlorum.

Esto es: « Recibe, sierva de Cristo, el santo velo de tu profesión, señal sagrada y perpetua, con la cual llegarás felizmente al reino de los cielos. »

Al mismo tiempo cantaban las religiosas el *Veni Creator.* Había algo de tierno y sublime en aquella muerte voluntaria de una mujer joven, noble y bella, que volvía las espaldas al mundo para asegurarse, por medio de una vida de abnegación y olvido, los goces de la inmortalidad.

En el momento en que Doña Violante, despojada ya de la guirnalda, cubría su cabeza con el velo, un joven, cuyo semblante desencajado revelaba los más acerbos sufrimientos, se abría paso con rudeza entre la multitud apiñada delante del coro. Llegó por fin junto á la reja, y gritó:

— Adiós, adiós Violante ; hasta la eternidad. Hasta que nos reunamos allá donde desaparecerán los obstáculos que nos han separado en esta vida.

El desgraciado D. César, pues era él, como se habrá comprendido ya, golpeó con fuerza su frente pálida contra la reja del coro, haciéndose una incisión. Cayó el velo y se escucharon amortiguadas y confusas, las últimas notas del *Veni Creator.* Después todo quedó en el más profundo silencio y sacaron de la iglesia al pobre demente, cuyo rostro estaba bañado con la sangre que brotaba de la herida.

CAPÍTULO XLV

El legado de Don Silvestre.

Los hojalateros á quienes D. César de Carranza mandó hacer los veinte mil tejos de cobre con las planchas que encontró en el almacén de su casa, cuidaron de avisar á D. Tomás, antes de poner por obra aquel extraño encargo. Pero como los médicos habían recomendado que no se contrariase al joven, á fin de no exasperarle y agravar su locura, Don Tomás dijo á los artesanos que hiciesen lo que su hijo deseaba.

Con tal autorización, pronto fueron á entregar los veinte mil tejos á D. César, quien con todo sigilo fué llevándolos poco á poco en sacos á un sótano que había en la casa de Carranza, como en otras muchas de las de la antigua capital. Al siguiente día del de la profesión de Doña Violante, D. César, á quien la impresión de aquel acto había conmovido fuertemente y trastornado aun más la inteligencia, escribió un billete á D. Fadrique de Guzmán, suplicándole se viese con él aquella noche á las siete, pues quería cumplir un encargo de D. Silvestre Alarcón. Guzmán tenía ya noticia del apuntamiento encontrado entre los papeles del reo y de lo que decía acerca de la deuda, y tomando la especie al pie de la letra, imaginó que D. Silvestre, acosado por los remordimientos, había querido satisfacer el débito de los veinte mil pesos. Algo había oído decir acerca de síntomas de enajenación mental de D. César; pero

como la familia de Carranza procuraba tener secreta, hasta donde era dable, aquella desgracia, Guzmán ignoraba el verdadero estado de su amigo; por lo que se figuró que realmente había recibido aquella comisión de D. Silvestre, sabiéndose de pública notoriedad haber sido llamado por el reo á la capilla. Considerando pues, como casi seguro el recobro de la suma, se propuso acudir á la cita.

Á las siete en punto de la noche se presentó en casa de Carranza y encontró á D. César en su habitación. Hacía algunos días que los dos amigos no se veían, y así chocó vivamente á D. Fadrique la alteración profunda que advirtió desde luego en el semblante de D. César. Atribuyólo, sin embargo, á la emoción que debía haberle causado la profesión de Doña Violante, y no dió grande importancia á aquella alteración.

— Don Silvestre Alarcón, dijo D. César, os debía una suma, y me ha encargado que os la restituya.

— Efectivamente, contestó D. Fadrique, ese pobre hombre me debía unos veinte mil pesos, procedentes de cierto negocio que hicimos, y me alegro de ver que no haya querido irse al otro mundo con ese cargo sobre la conciencia.

— ¡Oh! todo debe pagarse en esta vida, dijo D. César. Venid añadió; voy á entregaros la cantidad.

Y diciendo esto, tomó una vela y salió del cuarto, seguido de D. Fadrique. Creyó éste que irían al escritorio y que la suma se le entregaría en alguna libranza de comercio, y se admiró no poco cuando vió que D. César se encaminaba hacia el interior de la casa. Siguióle, sin embargo, y luego llegaron al último patio, donde estaba la puerta del sótano.

— Aquí está, dijo el loco, entremos. Guzmán, aunque extrañando se le condujese á aquel lugar, no tuvo inconveniente en seguir á D. César, quien echó la llave por dentro y puso la vela sobre una mesa, en la cual se veían unos veinte sacos.

— Á fin de que nadie venga á interrumpirnos, dijo, voy a tapiar la puerta.

Inmediatamente fué colocando delante de la entrada una porción de cajas de mercaderías averiadas que habían relegado en el sótano como objetos inútiles. No dejó de alarmarse Guzmán, al advertir aquella operación; pero nada dijo aún á Don César : tanto más, cuanto que había contado ya los veinte sacos, cada uno de los cuales parecía, por el tamaño, contener mil pesos.

Luego que hubo acabado de colocar los cajones, dijo Don César.

— Tomo estas precauciones, porque este negocio es muy reservado y no debe saberlo nadie. Porque, os diré en mucha confianza, añadió bajando la voz, que el pobre Alarcón no tenía con qué pagaros, y ha sido preciso que yo mande fabricar la moneda para satisfacer esa deuda. Todo se ha hecho perfectamente, esos monederos son muy hábiles y los pesos no se diferencian en nada de los que vienen de España y de Méjico. Vais á verlo.

Al decir esto, comenzó á vaciar precipitadamente los sacos, echando sobre la mesa los tejos de cobre. Don Fadrique veía la operación con asombro, y comenzó á temer que ó D. César estaba loco rematado, ó que toda aquella era una escena preparada expresamente para burlarse de él.

Queriendo acabar de cerciorarse, acercó á la vela uno de los tejos, y después de haberlo examinado, exclamó con impaciencia.

— ¡Esto es cobre! Á un niño no se engañaría con semejante ficción.

Don César abrió desmesuradamente los ojos y los clavó en Don Fadrique con una expresión de ira que hizo estremecer á éste. Apretó los puños y dando sobre la mesa un golpe que hizo saltar los tejos, exclamó :

— ¿Cómo cobre? ¿Os atrevéis á decir que no es moneda tan

buena como la del rey la que voy á entregaros? ¿Conque decís que con esto no se engañaría á un niño? ¿No os he dicho que Alarcón no tenía con que pagar y yo he tenido que mandar fabricar la moneda á los más hábiles monederos de la ciudad? Contad el dinero, gritó furioso, y agarrando á D. Fadrique por los cabellos, le arrojó con violencia, golpeándole la cara contra la mesa.

Desde aquel momento Guzmán comprendió que si contrariaba á aquel frenético, era hombre perdido, y temblando de miedo, le dijo :

— Será, pues, como decís, y yo debo estar equivocado. Vámonos de aquí y mañana enviaré por este dinero.

— No, contestó el loco riéndose; no saldremos de aquí sino después que hayáis contado diez veces seguidas cada uno de esos sacos, pues yo soy hombre muy exacto y no quedaré satisfecho de otro modo. Cuatro horas bastan para contar la suma una vez, haciéndolo de prisa ; en cuarenta horas habremos concluído. Ea, manos á la obra y no perdamos tiempo.

— Yo me doy por muy satisfecho con contar una sola vez, murmuró D. Fadrique temblando.

— No se trata de satisfaceros á vos, sino á mí, bellaco, replicó D. César, lanzando rayos por los ojos. Contad, ¡vive Cristo! ú os aplasto la cabeza contra esa pared.

Viendo que D. César se disponía á ejecutar la amenaza, Guzmán no tuvo más arbitrio que ponerse á contar los tejos. Para abreviar, los tomaba en montoncillos de ocho ó diez, importándole muy poco, como debe suponerse, contar de más ó de menos. Pero el loco ponía sus cinco sentidos en la operación, y como advirtió que D. Fadrique trataba de salir del paso de cualquier modo, le dijo :

— ¿Queréis burlaros de mí, villano? ¿Es este el modo con que correspondéis al gran favor que os hago? Contad peso por peso, si no queréis que os desuelle vivo.

Diciendo esto, tiraba fuertemente por los cabellos á D. Fadrique, á quien el dolor arrancó un grito penetrante.

— ¡Silencio, malvado! dijo D. César. ¿No veis que si vienen y nos hallan aquí, van á tomarnos por monederos falsos? Seguid contando. Don Fadrique tuvo que obedecer y comenzó á contar tejo por tejo, como quería el loco. Como á las doce acabó de contar los veinte mil y dijo á D. César:

— He concluído, está cabal y me doy por satisfecho. ¿Queréis que os extienda el recibo?

— Os he dicho, replicó Carranza, que se ha de contar diez veces; va una y faltan nueve: seguid contando.

Guzmán estaba fatigado; pero temblaba ya de irritar al loco, y volvio á comenzar la operación. En esa segunda vez tuvo que emplear seis horas, pues la fatiga no le permitía hacerlo de prisa. Cuando terminó eran las seis de la mañana. Don César había tenido la precaución de llevar un mazo de velas, para que no les faltase luz, y puso una nueva, cuando estaba la primera para expirar. Hizo dos rayas en la pared con un carbón, y volvió á pronunciar la terrible frase: « seguid contando. »

Á las dos de la tarde dió fin á la tercera operación. El desgraciado sentía que las fuerzas le abandonaban. El loco, que no parecía sentir ni la fatiga ni el hambre, fué á hacer la tercera raya en la pared y dijo á D. Fadrique: seguid contando.

— ¿Queréis matarme? dijo Guzmán con voz desfallecida.

— No, dijo el loco, quiero pagaros solamente. Seguid contando.

Don Fadrique alargó la mano al montón de cobre y principió por cuarta vez la desesperadora operación. Tenía que detenerse á cada momento, falto de fuerzas. Á la once de la noche D. César hizo la cuarta raya. Guzmán estaba desencajado, tenía los ojos inyectados de sangre; las piernas le flaqueaban. Estaba deshecho por veintiocho horas de trabajo

incesante, sin ver la luz natural y sin tomar alimento alguno.

— Seguid contando, dijo D. César. Cuando hubo terminado la quinta operación, eran ya las diez de la mañana. Don Fadrique cayó al suelo privado de conocimiento.

— Seguid contando, dijo él mismo con voz sorda y acento sombrío. Seguid contando, repitió, y movía las manos, como si realmente estuviese contando los tejos. El infeliz era presa de un violento delirio. El loco, á quien sostenía la excitación cerebral, parecía superior á la fatiga.

— Pues si vos no podéis más, dijo, yo contaré hasta concluir. Estad atento.

Y comenzó á contar con precipitación.

— Van seis, dijo á eso de las dos de la tarde, y trazó la sexta línea.

Á las ocho de la noche concluyó la séptima operación. Don Fadrique, postrado en tierra, continuaba delirando é iba faltándole la vida. El loco seguía imperturbable su cuenta. Cuando D. César hacía la novena línea, Guzmán estaba ya en una verdadera agonía y poco antes de que concluyese la décima operación, había expirado.

Terminó el loco, trazó su línea y dirigiéndose á Guzmán, dijo :

— Hemos concluído. ¿Dormís ? Viendo que no le contestaba, añadió :

— Duerme. Mañana se llevará el legado de Alarcón; y diciendo esto, quitó los cajones, abrió la puerta del sótano y se marchó, dejando allí el cadáver del desventurado D. Fadrique.

CAPÍTULO XLVI

La actuación secreta.

Verificada la ejecución de otros cuatro de los principales conjurados, era tiempo de proceder al examen de la actuación secreta, creada para averiguar la participación de D. Rodrigo de Arias en la conjuración de los Nazarenos. De tal naturaleza eran los datos acumulados, que había mérito suficiente para prender al gobernador y aun para aplicarle las penas más severas. El conde de Santiago estaba resuelto á no retroceder ante ninguna consideración, y contaba con que un acto de justicia, por severo que fuese, siempre que pudiese aparecer fundado, no podría menos que ser aprobado por el rey. Las diligencias secretas, hábilmente seguidas por el doctor Escalante, proporcionaban, como hemos dicho, las pruebas que se necesitaban; y así, el Presidente y su hijo, empeñados en tomar una sangrienta venganza de D. Rodrigo, ansiaban porque llegase el momento en que la Audiencia examinase aquella actuación.

La ejecución de D. Silvestre y la de los otros cuatro conjurados y los rumores misteriosos que corrían de que iban á ser ajusticiados algunos otros sujetos de primera importancia, tenían al vecindario aterrorizado. La autoridad se presentaba fuerte y temible y los descontentos estaban amilanados. Solo el joven gobernador veía acercarse impávido la tempestad. No pudiendo ya contar con los Nazarenos, cuya asociación había

quedado disuelta, desde que faltó el que era el alma de la conjuración, D. Rodrigo había prescindido de sus proyectos contra el Presidente, y estaba resuelto á arrostrar las consecuencias de sus actos. Al revés de Alarcón, Arias se proponía confesar la parte más importante que había tomado en el compló y sufrir la muerte, si era necesario, con la misma serenidad que la que mostrara hasta el último momento el cajero mayor.

Pero había un ángel que velaba en silencio por D. Rodrigo de Arias ; una mujer que, encerrando en lo más recóndito de su alma un amor no correspondido y hasta ignorado, iba á ser por segunda vez la providencia del joven gobernador. Doña Guiomar de Escalante, sabiendo por la delación de D. Fadrique cuán comprometido estaba D. Rodrigo en la conjuración de los Nazarenos, después de haberle salvado de caer en manos de su padre, la noche en que fué éste á la casa de los espantos, procuraba espiar al oidor, á fin de prevenir, si le era dable, cualquier peligro que pudiera correr D. Rodrigo.

Como hemos dicho ya, el doctor Escalante trabajaba en su casa en la actución secreta, y cuando salía, cuidaba de encerrarla con llave en una gaveta de la mesa de su escritorio. Doña Guiomar, dominada por una sola idea, había echado los ojos dos ó tres veces á aquel expediente, cuando su padre lo tenía abierto sobre el bufete y se acercaba ella á hablarle con cualquier pretexto; y por algunas frases que pudo coger al vuelo, comprendió que aquel cuaderno era un terrible proceso contra el hombre á quien amaba. Formó, pues, el proyecto atrevido de sustraerlo y hacerlo desaparecer.

El doctor Escalante conservaba siempre en su bolsillo la llave de la gaveta donde estaba encerrada la actuación. Así, Doña Guiomar comprendió que no era posible apoderarse de ella, sino por la noche, mientras dormía su padre. La circunstancia de estar la alcoba del oidor comunicada con la de su hija por medio de otras piezas que quedaban abiertas en la noche,

ofrecía alguna facilidad para poner por obra el proyecto. Doña Guiomar lo calculó bien todo y resolvió ejecutar su plan.

La víspera del día en que debía verse la actuación en el tribunal, el doctor Escalante había estado hasta muy tarde de la noche hojeando el proceso y tomando apuntamientos. Como á las doce, Doña Guiomar fué á despedirse de su padre, que la abrazó y besó en la frente con ternura. La joven observó que el oidor trabajaba en el expediente. Retiróse, se acostó y estuvo aguardando á que el doctor se hubiese dormido. Poco más de la una sería cuando Doña Guiomar se levantó sin hacer el más ligero ruido, y tomando una lámpara se dirigió al dormitorio. Detúvose antes de entrar y por la respiración del anciano conoció que dormía. Entró con cautela, cubriendo con la mano derecha la tembladora llama de la lámpara. Vestía Doña Guiomar una bata de muselina blanca y su negra y ensortijada cabellera caía profusamente sobre sus espaldas. El jubón del oidor estaba en un taburete cerca de su cama. Lo tomó Doña Guiomar para buscar la llave de la papelera, en uno de los bolsillos, y cuando estaba ocupada en aquel registro, oyó que su padre decía clara y distintamente :

— Plena probanza... delito de alta traición... sentencia á muerte...

Tembló la joven al escuchar aquellas palabras incoherentes; pero significativas, escapadas al anciano durante el sueño. Encontró la llave y se dirigió poco á poco al gabinete, que era la pieza contigua. Abrió la gaveta y encontró el proceso. Se disponía á retirarse después de haber vuelto á echar la llave, cuando despertó el oidor, que creyó haber escuchado algún ligero ruido, que fué imposible evitar al abrir la papelera.

— ¿Quién va? dijo D. Juan Bautista, incorporándose.

La joven apagó la luz y fué á ocultarse detrás de la puerta que daba al dormitorio. El oidor se levantó en la oscuridad; entró en el gabinete y se detuvo delante de la mesa.

— Es raro, dijo; creí haber escuchado algún ruido en esta pieza, y se volvió á la alcoba.

Doña Guiomar permaneció detrás de la puerta más de media hora; y cuando conoció que su padre dormía otra vez, atravesó la alcoba en el mayor silencio y pasó las habitaciones, sin accidente alguno. Cuando llegó á su cuarto, respiró. Encendió una vela, cerró con llave la puerta que daba á las otras piezas y pegó fuego al proceso, que al cabo de un cuarto de hora, estaba reducido á cenizas. Impelida por el vivo interés que tenía por D. Rodrigo, Doña Guiomar ni imaginó siquiera que con aquel hecho comprometía gravemente á su padre. Recogió la ceniza en un pañuelo para arrojarla á la huerta de la casa.

Al siguiente día á las ocho de la mañana, el coche aguardaba al doctor Escalante para conducirle á palacio. Contra su costumbre, el oidor no bajaba, lo que causó no poca admiración á las gentes de la casa, habituadas á ver salir á su amo á las ocho en punto, sin que ningún motivo le hiciese retardar un minuto su salida. Inquieto y alarmado, buscaba la llave de la papelera para sacar la actuación, que debía verse aquel día en la audiencia. Registró hasta el último rincón del dormitorio y del gabinete; interrogó á su hija y á los criados; nadie sabía de la llave. Entonces hizo llamar á un cerrajero, para romper la cerradura.

Pronto estuvo abierta la gaveta. El oidor se puso pálido, al ver que había desaparecido la actuación. Recordó inmediatamente el ruido que creyó haber escuchado la noche anterior, y comprendió que el proceso había sido sustraído. ¿Pero por quién? He aquí lo que él no acertaba á imaginar. Imposible que hubiese sospechado de su hija; pues no tenía para ello el más ligero motivo. Supuso, pues, que alguno de los criados, ganado por D. Rodrigo, se había introducido, falseando la llave de su alcoba; que tomaría la de la papelera y robaría la actuación. Fijo en aquel pensamiento, se marchó sin decir palabra, al palacio, donde le aguardaba ya el tribunal reunido,

con el Presidente, extrañando la tardanza del puntualísimo doctor Escalante. Antes de entrar á la sala de acuerdos, extendió una orden de prisión contra todos los individuos de su servidumbre, hombres y mujeres, que en el acto fueron conducidos á las cárceles y puestos en calabozos, incomunicados.

En seguida se presentó el oidor en el salón donde estaba reunida la Audiencia. Mostraba en el semblante la agitación de su ánimo.

— Os aguardábamos, señor oidor, dijo el Presidente. No habréis olvidado que es hoy el día en que debemos ver la actuación secreta sobre la parte tomada por D. Rodrigo de Arias en la conjuración. Entregad el proceso al escribano de cámara, para que de cuenta.

Dicho esto, el Presidente tocó la campanilla, manifestando así que principiaba la sesión de la Audiencia.

El doctor Escalante, pálido y abrumado, dijo en voz balbuciente :

— Señor, es imposible ver hoy esa actuación porque... no la tengo.

— ¿Cómo que no la tenéis? dijo el conde de Santiago, arrugando el entrecejo. ¿Pues no está en vuestro poder?

— Lo ha estado, señor, contestó Escalante; pero anoche ha sido sustraída de la papelera donde la tenía yo guardada debajo de llave.

— ¡Sustraída! exclamaron al mismo tiempo, asombrados el Presidente y los oidores. Pero ¿cómo? ¿por quién?

— Eso es lo que yo no sabré explicaros, señores, dijo el anciano que lloraba de ira y de vergüenza.

En seguida refirió la disposición en que estaba su alcoba, comunicada únicamente con la habitación de su hija ; dijo que hasta las doce de la noche, había estado trabajando en aquel proceso, y que tenía plena seguridad de haberlo guardado en la gaveta, colocando la llave en el bolsillo de su jubón. Añadió que creía haber escuchado ruido en su gabinete, y que, habién-

dose levantado, no volvió á advertir nada. Contó la pérdida de la llave y el no haber encontrado la actuacion, después que hubo hecho romper la cerradura por un cerrajero. Manifestó sus sospechas de que alguno de sus criados, seducido sin duda, hubiese cometido el atentado y concluyó informando á la audiencia de haber hecho poner en prisión é incomunicados á todos los individuos de su servidumbre.

El Presidente oyó con visible desagrado aquella explicación. La rectitud del doctor Escalante era proverbial; pero tantas personas á quienes consideraba adictas se habían dejado arrastrar á tomar parte en la conjuración, que ya el conde no se fiaba de nadie. Una sospecha tan ofensiva como injusta, atravesó por su imaginación, y dijo:

— Todo eso es muy extraño, ciertamente, y necesita una averiguación. ¿Puede reponerse fácilmente la actuación secreta?

— No, señor, contestó Escalante con abatimiento. Eso es lo peor y lo que mayor congoja me causa. Las principales declaraciones contra D. Rodrigo, son las de los cuatro reos que sufrieron la pena del último suplicio tres días después de haber sido ejecutado Alarcón.

— Pues el asunto es más grave de lo que yo creía, contestó el Presidente con semblante severo. Retiraos, añadió, dirigiéndose al doctor Escalante. La Audencia va á deliberar sobre este hecho y vos no debéis estar presente.

— El orgulloso magistrado habría querido que se abriese la tierra y sepultarse en sus entrañas, antes que tener que sufrir aquella humillación. Creía perdido en un solo instante el fruto laboriosamente recogido en cuarenta años de carrera, y derramaba lágrimas de dolor y desesperación. Tuvo que retirarse á la antesala, mientras deliberaba el tribunal.

Una hora duró la sesión. Abrióse la puerta, y llamado el oidor, el Presidente le intimó la orden de detención en uno de los salones de la misma Audiencia, en tanto concluía la averi-

guación que iba a seguirse sobre la desaparición del proceso y se descubría el autor del robo; averiguación encomendada á otro de los oidores. Añadió que estando ya presos los criados del doctor Escalante, y habiendo lugar á vehementes sospechas respecto á la hija del mismo oidor, según la relación hecha por éste de la disposición en que estaban sus habitaciones, la Audiencia disponía se procediese inmediatamente á la prisión de Doña Guiomar de Escalante.

Aquel golpe fué el más duro y cruel para el desgraciado padre. Al escuchar las últimas palabras del Presidente, lanzó un grito y cayó sin conocimiento delante de la mesa del tribunal. Un cuarto de hora después, Doña Guiomar, conducida en coche por el escribano de cámara, era encerrada en uno de los salones del palacio, y el oidor quedaba en otro, sin comunicación con su hija.

La ciudad supo con asombro aquel grave acontecimiento; pero nadie pronunció una sola palabra, ni indagó lo que pudiese dar origen á tan severa medida, cuya causa debía permanecer reservada, según lo determinado por el real acuerdo.

CAPÍTULO XLVII

La llave.

Doña Guiomar ignoraba que su padre había sido puesto en prisión; y suponiendo que ella sola sufría las consecuencias de la sustracción del proceso, las sobrellevaba con paciencia contenta de haber salvado á D. Rodrigo de un grave peligro.

Por no confesar el hecho, se negó obstinadamente á declarar, cuando la requirió el oidor comisionado para instruir la averiguación. Por segunda vez fué el magistrado á la sala donde estaba arrestada la joven y volvió á preguntarle si sabía algo acerca de la desaparición del expediente, y guardó silencio. Entonces se abrió la puerta y apareció el doctor Escalante, pálido, abatido, llevando pintada en el semblante la expresión de la profunda pena que le torturaba el corazón. Acompañábanle el escribano de cámara y dos ministriles de justicia. Doña Guiomar dió un grito al ver á su padre, y el anciano, por más que procuró conservar serenidad, no pudo contener las lágrimas. Como un medio conducente á la averiguación del hecho, el oidor comisionado había dispuesto interrogar á la joven en presencia de su padre. El conflicto fué cruel para la infeliz, en aquel momento en que comprendió la verdadera situación de las cosas. Si confesaba que ella había sustraído la actuación, traicionaba su doloroso secreto; y si persistía en guardar silencio, prolongaba los sufrimientos de su padre. Fácilmente puede comprenderse cuán duro sería para una

señora de la condición de Doña Guiomar de Escalante, revelar la pasión que alimentaba su alma por un hombre que jamás había puesto los ojos en ella; y por otro lado, una hija tan tierna y amorosa, como ella era, debía sufrir cruelmente, viendo el abismo á donde había arrastrado al autor de sus días.

El doctor Escalante y Doña Guiomar permanecieron un rato sin decir una palabra, el uno frente á la otra; el anciano esforzándose en ahogar sus gemidos y la joven dejando correr libremente sus lágrimas.

— Señora, dijo el oidor encargado de seguir la averiguación, dirigiéndose á Doña Guiomar, por última vez os interrogo sobre la desaparición del proceso secreto. El examen minucioso practicado en vuestra casa, prueba que no es fácil que alguno de los criados sea el autor del hecho. No se ha encontrado indicio de fractura, ni que se haya abierto alguna puerta con llave falsa. Todo induce á creer que si no fuisteis vos quien, por un motivo que no se acierta á comprender, sustrajo ese expediente, ha sido vuestro mismo padre, cómplice oculto, sin duda, en el delito de traición de D. Rodrigo de Arias.

La joven tembló al escuchar aquellas palabras, y el doctor Escalante quedó anonadado bajo el peso de tan injusta y grave acusación.

— ¿ Confesáis ? dijo el magistrado á Doña Guiomar.

La infeliz señora no se atrevió á articular una sola palabra.

— Bien, añadió el oidor; tenemos medios para arrancaros á vos ó á él esa confesión que os obstináis en no hacer voluntariamente. Dirigiéndose en seguida al escribano, dijo:

— Poned al doctor Escalante en el tormento.

— ¡ Por el amor de Dios! gritó Doña Guiomar, ¡ deteneos! Mi padre es inocente; nada sabe; él dormía cuando fué sustraído el proceso. No le atormentéis.

La pobre joven cayó de rodillas y deshecha en lágrimas á los pies del magistrado. El doctor Escalante estaba pálido de

indignación. Sabía que tenía derecho á reclamar los privilegios de su clase, para no ser sometido á la tortura; pero no había olvidado que á pesar de aquellos privilegios, él mismo acababa de aplicar el tormento á personas de calificada nobleza, comprometidas en la conjuración; y no extrañaba se hiciese otro tanto con él, resuelta como parecía la Audiencia á llevar aquel asunto hasta el último extremo. Dirigiéndose á su cólega, dijo con fría y altiva dignidad:

— Os he dicho que ignoro quién ha sustraído ese proceso. El tormento que sufre mi alma desde el momento en que descubrí su desaparición, es más cruel que cuantos pudierais aplicar á mi cuerpo. Nada me importa, pues, lo que hagáis de mí.

— Llevadle, dijo el oidor.

Al escuchar aquella orden y al ver que se disponían á ejecutarla, Doña Guiomar no pudo más. El amor filial y el sentimiento de su deber le inspiraron una resolución heroica, y exclamó:

— No hagáis semejante iniquidad; mi padre es inocente; os lo juro; yo soy la culpable; yo sustraje la actuación secreta.

El doctor Escalante quedó confundido al oír aquella inesperada confesión, y aterrado, fijaba los ojos en su hija, á quien preguntó el magistrado:

— ¿Y cuál es el motivo que os ha impulsado á cometer tan grave falta?

— ¿Cuál? contestó Doña Guiomar; y después de haber vacilado un momento, añadió:

— Me había comprometido á ayudar á los conjurados en todo aquello que pudiera estar á mi alcance.

— ¡Oh! no lo creáis, exclamó el doctor Escalante, que comprendió al momento que su hija se perdía por salvarle; esa es una ficción que no tiene otro objeto que evitarme el tormento. ¿Buscáis un culpable? aquí le tenéis; yo soy; yo mismo he destruído la actuación secreta.

— No, señor, dijo la joven; mi padre dormía, yo entré furtivamente en su alcoba y tomé la llave de la gaveta donde estaba guardado el proceso: despertó al tiempo mismo que lo tomaba; me oculté detrás de la puerta del gabinete, y cuando se durmió otra vez, salí, volví á mi cuarto, quemé los papeles y arrojé las cenizas en la huerta de mi casa.

— ¡Imposible! exclamó el doctor Escalante; todo eso es una suposición; ¿quién puede creer que una joven de la edad y condición de mi hija, tomase parte en una conjuración en la cual no se sabe haya entrado mujer alguna? La Audiencia ha visto el proceso de la conjuración y sabe que no hay en ella el menor indicio de lo que asegura esta joven. Declaro que yo hice desaparecer el proceso; soy reo y estoy pronto á sufrir las consecuencias de mi delito. Pero salvad á mi hija; salvadla, continuó con acento desgarrador; por cuanto más améis en este mundo. Yo soy hombre, tengo valor y he vivido más de lo que pudiera esperar. Ella es inocente, es débil y se halla en la primavera de su vida. Salvadla, señor, y recaiga sobre mí únicamente el castigo que tengo merecido.

El juez estaba perplejo entre aquellas dos confesiones igualmente explícitas. Guardaba silencio, sin saber qué resolver, cuando Doña Guiomar, como si hubiese tenido repentinamente una inspiración, dijo:

— ¿Queréis una prueba de que yo fuí quien sustraje la actuación?

— Decid, contestó el magistrado.

— Aquí tenéis, añadió la joven, la llave de la gaveta donde estaba guardado el proceso. Id á probarla.

El doctor Escalante quedó aterrado al ver la llave que presentaba su hija y que conocía perfectamente.

— ¡Desgraciada! exclamó el anciano, y cayó sin conocimiento.

Cuando volvió en sí, ya había regresado el escribano, á quien previno el oidor encargado de la averiguación, fuese á ver si

con aquella llave se abría la gaveta. La prueba confirmó el dicho de Doña Guiomar. Había prevenido también el magistrado al escribano hiciese un registro escrupuloso en la huerta de la casa de Escalante, para ver si encontraba algunos restos de las cenizas del proceso ; lo que dió por resultado el hallazgo de dos ó tres pedacitos de papel, con las orillas quemadas, y en las cuales se leían las palabras: *conjuración*, *D. Rodrig*, *los Nazar*, *Alar;* que indicaban ser parte de algunas de las fojas de la actuación, que no habían sido completamente consumidas por el fuego.

El oidor comprendió por aquellas pruebas que quien había sustraído el proceso era efectivamente Doña Guiomar; pero antes de proceder á cualquiera otra medida, una vez que el doctor Escalante había insistido en declararse culpable, consideró prudente consultar á la Audiencia y darle cuenta del estado de la averiguación.

CAPÍTULO XLVIII

El relicario.

La real Audiencia mandó poner en libertad al doctor Escalante y que continuase la averiguación respecto á la complicidad de Doña Guiomar en el delito de sedición. No obstante la confesión de la joven, el Presidente, como los otros individuos del tribunal, dudaban de aquel hecho, que ningún otro dato comprobaba, y se perdían en conjeturas acerca del motivo que hubiese determinado á la hija del oidor á sustraer el proceso secreto, comprometiendo gravemente á su padre.

Pero quien más confundido estaba con aquellos extraordinarios acontecimientos, era el mismo Escalante. No podía ya abrigar la menor duda de que era su hija la que había robado y quemado el proceso, y no acertaba á comprender la causa oculta de aquella extraña y atrevida resolución ; pues no creía absolutamente en la pretendida connivencia de su hija con los conjurados.

Atormentado con aquella duda y vivamente afligido por la prisión de Doña Guiomar y por el giro peligroso que tomaba la averiguación, el desgraciado padre, luego que estuvo libre, se ocupó únicamente en imaginar algún arbitrio para salvar á su hija. Consideró, desde luego, que quien podría tal vez darle la clave de aquel misterio, era el mismo D. Rodrigo de Arias, y en la noche del día en que salió del arresto, se dirigió, con

cierta precaución, á la casa del gobernador, á quien por fortuna encontró solo.

Sabía D. Rodrigo la prisión del oidor y su hija; pero, como todos, ignoraba la causa de tan extraordinaria providencia. La aparición del doctor Escalante en su casa y á aquella hora, excitó, pues, vivamente se curiosidad. Recibió con atención cortesana al anciano, que se expresó en estos términos :

— Sabéis sin duda, caballero, la dura persecución de que hemos sido objeto en estos días mi hija y yo.

— Sí, señor doctor, contestó D. Rodrigo ; sé que habéis sufrido una prisión que ha sorprendido á todo el vecindario, que no aguardaba semejante procedimiento, cuya causa es un secreto para todos.

— La causa de nuestros procedimientos, señor de Arias, replicó el oidor, sois vos.

— ¿ Yo ? dijo el gobernador, asombrado. ¿En qué concepto? Explicaos.

— Voy á hacerlo, contestó Escalante. De hoy más, nada hay ya de común entre esos hombres y yo. La cruel é injustificada severidad con que he sido tratado, ha abierto un abismo que me separa de ellos para siempre. Así, no tengo por qué ocultaros nada.

Por disposición de la Audiencia, instruí una actuación secreta para averiguar la parte que habéis tomado en la conjuración de los Nazarenos y en los alborotos que ocurrieron con motivo del entredicho de la Concepción. Ese proceso, en el cual aparecía plenamente comprobada vuestra participación en aquellos sucesos, estaba en mi casa, encerrado cuidadosamente en una gaveta de mi papelera. En la noche víspera del día en que iba á verse aquella actuación en el tribunal, una persona que por entonces no pude saber quién era, entró en mi alcoba mientras yo dormía, tomó la llave de la gaveta, pasó al gabinete y extrajo el expediente ; hecho que no advertí sino hasta el siguiente día. Me fué preciso presentarme, abru-

mado de vergüenza, al tribunal y referir lo ocurrido, haciendo una relación exacta de la disposición de mis habitaciones y las de mi hija. Se sospechó fuese ésta la autora de la sustracción del proceso y se la redujo á prisión, lo que también se hizo conmigo, pues sobre mí recaían igualmente las sospechas.

— Parece, señor doctor, dijo D. Rodrigo, idea muy extraña la de achacar á vos ó á vuestra hija la desaparición de aquel proceso.

— Igual juicio formé yo, caballero. Seguro de mi inocencia, creía poder estarlo igualmente de la de mi hija ; pero desgraciadiamente me engañaba.

— ¿ Cómo ? preguntó el gobernador asombrado. ¿ Fué pues, vuestra hija quien sustrajo la actuación ?

— Fué ella, respondió el oidor con la expresión del más profundo abatimiento. No quise creerlo, aun después de haber escuchado la confesión de su propia boca; suponiendo que la idea generosa de salvarme del tormento, la inducía á condenarse. Pero ella misma suministró tales pruebas en apoyo de su declaración, que fué ya imposible dudar de su veracidad.

— ¿ Pero qué motivo puede haber inducido á vuestra hija á dar un paso tan grave ? dijo D. Rodrigo.

— El que ella ha manifestado, respondió el oidor, es que tenía conexiones con los conjurados y que se habia comprometido á ayudarlos en cuanto pudiera. Esto es, caballero, lo que me ha movido á venir á buscaros, para que por amor de Dios, me digáis si es cierto que la desgraciada Guiomar ha tenido la imprudencia de comprometerse de alguna manera en un asunto tan ajeno de su sexo. Yo no puedo, no debo creerlo ; necesito oirlo de vuestros labios para convencerme.

— Señor doctor, contestó D. Rodrigo, creo poder aseguraros que vuestra hija no tenía la menor conexión con los conjurados.

— Es lo que yo he creído, replicó Escalante. Pero entonces ¿ qué puede haberla inducido á sustraer la actuación secreta ?

— Lo ignoro absolutamente, respondió el gobernador; y después de un momento de silencio, como si le hubiese asaltado súbitamente una idea, añadió:

— Lo que me habéis dicho me ha hecho recordar un incidente en que de pronto no fijé mucho mi atención.

Y diciendo esto, abrió un registro de su papelera, sacó un relicario de oro y poniéndolo en manos del oidor, dijo:

— ¿Conocéis, por ventura, este relicario? ¿Sabéis á quién haya pertenecido?

El doctor Escalante aproximó á una vela el objeto que le presentó D. Rodrigo, y oprimiendo un resorte oculto que tenía la alhaja, se abrió ésta y dejó ver unos cabellos que cubrían dos letras, al parecer iniciales, grabadas en el fondo del relicario. El asombro se pintó en el semblante del doctor, que exclamó:

— ¡Dios mío! ¡el relicario de mi esposa! ¿Cómo ha venido esta alhaja á poder vuestro? ¿Quién os la ha dado?

— ¿Quién me la ha dado? contestó el joven, no sabré decíroslo. ¿Cómo ha venido á mis manos? De una manera harto misteriosa. Cayó sobre la mesa en torno de la cual celebraban sus reuniones los Nazarenos, con un papel que parecía escrito de mano de mujer, en el que se me avisaba que ibais á prendernos, la noche misma en que fuisteis á registrar la casa de los espantos, y pocos momentos antes de que llegaseis.

— Entonces, replicó el oidor, fué también mi hija la que os dió aquel aviso; pues ese relicario lo llevaba al cuello desde la muerte de su madre, cuyas iniciales están grabadas en el fondo de la cajilla que contiene sus cabellos. ¡Dios mío! añadió el anciano, golpeándose la frente con la palma de la mano; ¿cómo descifrar este tenebroso enigma? ¿cómo salvar á mi hija, si por un motivo ú otro es delincuente, habiendo auxiliado á los conspiradores?

El gobernador permaneció un rato pensativo, y luego dijo al oidor:

— Sólo vuestra hija misma podría explicar este misterio. Por lo demás, considero urgente pensar en salvarla.

— ¿Y cómo? preguntó el doctor con desesperación. ¿Qué arbitrio legal puede haber para defenderla, cuando ella misma ha confesado y ha suministrado las pruebas de su falta?

— Legal, ninguno, replicó Arias; pero no es tiempo ya de limitarse á los recursos que proporcionan las leyes. Es necesario recurrir á otros.

— ¿Á otros? no; dijo con disgusto el oidor, que á pesar de su vehementísimo deseo de salvar á su hija, experimentaba una repugnancia instintiva á salir del carril de la ley.

— Esos escrúpulos, señor doctor, replicó D. Rodrigo, pueden ser funestos á vuestra hija. Yo voy al fondo de las cosas; estoy seguro de que Doña Guiomar, al sustraer la actuación secreta, ha procedido por alguna causa noble y decorosa, que no alcanzamos á comprender ni vos ni yo. Esto debe bastaros.

— Pero las fórmulas, contestó el magistrado; las fórmulas, D. Rodrigo, ¿cómo salvarlas?

— Yo no entiendo de fórmulas, respondió el gobernador. ¿Queréis ó no salvar á vuestra hija de una pena severa é infamante?

— ¡Si lo quiero, decís! respondió el desdichado padre; aunque fuese á costa de mi vida le ahorraría yo el más pequeño sufrimiento.

— No es menester tanto, dijo D. Rodrigo. Haced lo que voy á indicaros y Doña Guiomar se librará de sus perseguidores.

— Explicaos, dijo el oidor con ansiedad.

— Tengo un medio seguro, replicó el gobernador, para sacar á vuestra hija de la prisión...

— ¡Una fuga! interrumpió asombrado el doctor Escalante.

— Precisamente, contestó Arias, una fuga; ¿qué otra cosa queréis que se haga, cuando ella misma se ha declarado culpable? Tomad esa pluma, añadió, señalando al tintero que

estaba sobre la mesa, y escribid á vuestra hija dos palabras. Decidle únicamente que haga todo lo que le indique el que le entregará ese papel.

El oidor tomó maquinalmente la pluma y después de haber trazado rápidamente unas pocas líneas, lo puso en manos de D. Rodrigo y le dijo :

— ¡Pero por Dios, caballero, explicadme vuestro proyecto; decidme lo que vais á hacer!

— Permitidme que aun no os revele mi plan, contestó el gobernador. Fiaos en mí y dejadme hacer. Vuestra hija se ha comprometido por salvarme. Ignoro el motivo que la ha inducido á hacerlo ; pero sea cual fuere, sería yo el más despreciable de los hombres, si no emplease en su favor todos los medios que están á mi alcance.

— Bien, caballero, dijo el oidor; á vuestra hidalguía y prudencia fío este asunto, que me interesa más que mi misma vida. Devolvedme á mi hija y pediré á Dios os colme de bendiciones.

Visiblemente conmovido el anciano, se despidió del gobernador, quien, en cuanto estuvo solo, se sentó á reflexionar durante un rato. La conducta de Doña Guiomar era un misterio para él; pues jamás había ni sospechado siquiera el amor profundo y silencioso que inspirara á aquella pobre joven, á quien había encontrado varias veces en el palacio del Presidente y en otras partes, fijándose apenas en ella. Una sola mujer ocupaba el alma del joven gobernador, y las demás apenas atraían sus miradas.

Don Rodrigo llamó á uno de sus lacayos y le previno fuese á palacio, procurase hablar con Adriano, el paje del Adelantado, sin que lo notase persona alguna, y lo llamase de su parte. En aquel joven, tan audaz como inteligente, y sobre quien ejercía D. Rodrigo mucha influencia, habiendo estado, como saben nuestros lectores, afiliado á la asociación de los Nazarenos, había pensado el gobernador, cuando formó el

proyecto atrevido de sacar de la prisión á Doña Guiomar. El lacayo volvió y dijo haber hablado con Adriano, quien le encargó manifestase á su señor serle imposible salir aquella noche, por estar en turno de servicio; pero que iría al día siguiente.

El paje cumplió su oferta. D. Rodrigo se encerró con él en su gabinete durante cerca de una hora, y todo quedó arreglado para la evasión de la joven, que debía verificarse en la noche del siguiente día, conforme al proyecto de D. Rodrigo, que no quiso comunicarlo al doctor Escalante, temeroso de que se opusiese á ello por considerarlo demasiado expuesto para su hija, cuya situación se agravaría, si el conato de fuga se frustraba y era descubierto.

CAPÍTULO XLIX

La fuga.

La noche señalada para que tuviese efecto la fuga de Doña Guiomar, á las siete en punto se dirigió Adriano á la sala donde estaba encerrada la joven, y era, como hemos dicho, una de las de la Audiencia. La parte del edificio que ocupaba el tribunal, estaba comunicada con el patio á donde caían las habitaciones del Presidente; y como el paje sabía dónde se guardaba la llave, como también la de la pieza que servía de arresto á la hija del oidor, pudo apoderarse de una y otra con facilidad y mandar hacer otras dos iguales, lo que se ejecutó inmediatamente, sabiéndose que Adriano era el paje de confianza del Adelantado.

Á la hora referida, pues, se dirigió á la puerta de comunicación, abrió y pasando á la parte del palacio ocupada por la Audiencia, penetró en la sala donde se hallaba Doña Guiomar de Escalante. La joven estaba pensativa y el abatimiento se pintaba en su semblante. Su salud, siempre delicada, se había resentido notablemente de la agitación violenta de su ánimo.

— Señora, dijo el paje, siguiendo las instrucciones de D. Rodrigo; vuestro padre me envía á proporcionaros los medios de escapar de esta prisión y de los peligros graves que os amenazan. Leed este papel, que acredita la delicada comisión que me ha sido encargada.

Tomó Doña Guiomar el billete cerrado, y después de haberlo abierto y leído, contestó al paje :

— Estoy pronta á hacer lo que mi padre manda; y puesto que poseéis su entera confianza, decidme qué debo hacer.

— Dejar el traje que lleváis, dijo Adriano y vestir, sin pérdida de un momento, el que aquí os traigo, y es uno de los míos.

Ruborizóse Doña Guiomar á la idea de cambiar de vestido delante de aquel joven; y comprendiendo éste el embarazo de la dama, agregó :

— Podéis hacer de cuenta que no estoy presente; y abriendo una ventana que daba á un patio interior de la Audiencia, se echó en el antepecho, volviendo la espalda á Doña Guiomar. Colocó ésta un antifaz delante de la vela, y en un rincón de la sala cambió su traje, y recogiendo sus cabellos negros y ensortijados bajo del sombrero de Adriano, quedó convertida en un agraciado joven de diez y seis años.

— Estoy pronta, dijo; ¿qué debo hacer ahora?

— Marcharos inmediatamente, contestó el paje. Seguid el corredor hasta llegar á la puerta pequeña que está en el extremo, y que encontraréis abierta. Pasad al otro patio por el corredor adonde caen las habitaciones de Doña Elvira, buscad la escalera excusada, bajad al patio y fácilmente hallaréis la puerta que da á la calle. Es hora en que aun está abierta; salid y dirigios á la esquina del portal del cabildo, donde encontraréis un coche con dos mulas negras. Entrad en él; ahí está vuestro padre y otra persona que se interesa por vos.

— ¿Y vos qué haréis? preguntó Doña Guiomar, sin fijarse en la última frase.

— Yo, dijo Adriano, ocuparé vuestro lugar mientras viene el mayordomo á traeros la colación. Según estoy informado, esto sucede todas las noches á las siete y media; son las siete y cuarto; partid sin perder un momento; van á tomaros por mí, engañados por el traje ; si os habla alguno ó quiere deteneros, seguid adelante sin hacer caso.

La joven comprendió que todo aquello era algo peligroso; pero la orden del oidor era terminante; y así no vaciló. Salió de la sala embozada en la capa y con el sombrero hasta los ojos.

Luego que Doña Guiomar hubo desaparecido, Adriano se puso los vestidos que ésta había dejado y se acostó en la cama, aguardando la llegada del moyordomo. Dejémoslo ahí, y veamos lo que sucedió á la hija del oidor.

Siguiendo fielmente el itinerario que le trazara el paje, la joven salió al patio á donde caía la vivienda del Presidente y su familia, y tomó el corredor, pasando delante de las habitaciones de Doña Elvira. Iba ya acercándose á la escalera, para bajar al piso inferior, cuando se abrió la puerta del gabinete de la esposa del Adelantado. Salía ésta en aquel momento, y viendo al paje de su marido, dijo:

— Adriano.

Doña Guiomar no contestó y apresuró el paso. Entonces Doña Elvira, extrañando aquella falta del paje, repitió:

— ¿Qué significa esto, Adriano? ¿No oyes que te llamo?

Doña Guiomar temblaba y quería continuar alejándose; pero Doña Elvira anduvo de prisa, y tomando la capa del que ella suponía ser el paje de su marido, dijo:

— Por cierto que extraño tu conducta, Adriano. Esta falta de respeto puede costarte muy cara.

La hija del oidor hacía por desasirse de Doña Elvira y no contestaba una sola palabra. Entonces ésta, más admirada de aquella persistencia, tiró fuertemente de la capa y dejó descubierto el rostro de Doña Guiomar, que iluminaba la luz de un reverbero, colocado en la extremidad del corredor.

La esposa del Adelantado dió un grito de asombro, y la joven se quedó como petrificada.

— ¿Sois vos, Doña Guiomar? dijo Doña Elvira; apenas puedo creerlo. ¿Cómo habéis salido de la prisión? ¿Qué significa este disfraz?

— Señora, contestó la joven, creo deber hablaros con entera franqueza y fiarme en vuestra generosidad. Mi padre me ha enviado un mensaje por medio de Adriano, diciéndome que hiciese puntualmente cuanto él me indicase. Me ha dicho que me pusiera este traje y que saliese del palacio, yendo á reunirme con él, que me aguarda en un coche en la esquina del portal del cabildo. He obedecido y mi desgracia ha querido que salieseis cuando yo pasaba. Haced de mí lo que os parezca; mi suerte está en vuestras manos.

Doña Elvira permaneció un momento pensativa. Había visto con cierta secreta complacencia la prisión de aquella joven, cuyo amor á D. Rodrigo le era perfectamente conocido. Ignoraba la causa de la prisión, pues se conservaba reservada, y aunque su marido la sabía, no estaban las relaciones de los dos esposos bajo aquel pie de intimidad que hace posibles y naturales las confidencias en un matrimonio. Quizá si hubiese sabido Doña Elvira que Doña Guiomar sufría por haber salvado á D. Rodrigo, los celos le hubieran inspirado algún pensamiento contrario á los impulsos de su natural generosidad; pero en aquel momento, no vió más que una mujer desgraciada, y dijo:

— Ignoro, Doña Guiomar, la falta de que se os acusa y que ha dado origen á vuestra prisión. Pero sea cual fuere, no soy yo quien hará más aflictiva vuestra situación. Venid, voy á conduciros hasta el piso bajo, no sea que os encontréis con alguno que, engañado por la apariencia como yo, quiera deteneros. Dicho esto, Doña Elvira se dirigió á la escalera, seguida de la hija del oidor. Llegaron sin accidente alguno á la galería baja del palacio, acompañando Doña. Elvira á Doña Guiomar hasta cerca de la puerta de la calle.

— Ya estáis en salvo, dijo la esposa del Adelantado.

— Jamás olvidaré, señora, lo que habéis hecho por mí esta noche, contestó la joven; y se dirigió á la puerta, mientras Doña Elvira, pensativa y preocupada, volvía á sus habitaciones.

La noche estaba oscura. Doña Guiomar atravesó precipitadamente la plaza y se encaminó á la esquina del portal del cabildo. Pronto distinguió el coche con las dos mulas negras; se acercó á él y abriendo la portezuela, tomó asiento en la testera y estrechó contra su pecho al doctor Escalante, que abrió los brazos para recibirla. La pobre joven que se deshacía en lágrimas, no advirtió de pronto que había otra persona en el carruaje; un caballero que estaba sentado al vidrio y á quien no pudo conocer, á causa de la oscuridad.

— Á casa de D. Antonio de Montúfar, dijo el desconocido, levantando un poco el vidrio y dirigiéndose al cochero.

Doña Guiomar se estremeció al escuchar aquella voz, cuyo acento le penetró hasta el corazón. El oidor, que aun tenía abrazada á su hija, dijo á la joven, como para tranquilizarla:

— Este caballero, hija mía, es D. Rodrigo de Arias, á quien debo tu salvación. Sin su intervención generosa, no tendría yo ahora el gusto de estrecharte entre mis brazos.

— Es mucha bondad, tartamudeó Doña Guiomar, en este caballero, el favorecer á una desgraciada como yo.

— Un deber sagrado, señora, replicó el gobernador, me prescribía hacer lo que he hecho; y lo que siento es que mi intervención haya venido tan tarde.

Doña Guiomar no dijo ya una sola palabra; y como la casa adonde se dirigían no estaba distante, pronto paró el coche delante de una puerta. Era la casa del capitán D. Antonio de Montúfar, donde habían convenido el oidor y D. Rodrigo que se ocultase Doña Guiomar, considerando que no era prudente fuese á la casa de su padre. El gobernador tenía íntima amistad y aun algún parentesco con la familia por los Maldonados, y fácilmente pudo allanar con D. Antonio el que recibiera en su casa á la hija del doctor Escalante. Había en aquella casa una especie de santuario al cual no penetraban sino muy de tarde en tarde los individuos de la familia, y era un saloncito donde D. Antonio trabajaba sus pinturas. Aquella fué la

pieza escogida para que se ocultase Doña Guiomar, á quien verían solamente de vez en cuando y con ciertas precauciones Don Antonio, su esposa y el doctor Escalante.

Dejémosla, pues, en aquel taller del artista, donde por lo pronto al menos se encuentra asegurada contra la persecución de los magistrados, y veamos que fué del paje de D. Enrique, que disfrazado con el traje de la joven, quedó aguardando la llegada del mayordomo de palacio.

CAPÍTULO L

Donde se ve el peligro que suele haber en parecer uno lo que no es.

Después de haber vuelto á cerrar con llave las dos puertas que había tenido necesidad de abrir para introducirse en la pieza donde estaba arrestada Doña Guiomar, Adriano se acostó en la cama de la joven, por precaución, y se cubrió la cara con un pañuelo, á fin de no ser conocido por el mayordomo. El astuto paje había tomado perfectamente sus informes con los criados que acompañaban á éste cuando se servía la comida á la hija del oidor, y sabía por ellos que Doña Guiomar no hablaba sino lo puramente necesario, y que las más veces no se cruzaba una sola palabra entre ella y los sirvientes. Contaba, pues, con que al ver en la cama á la fingida Doña Guiomar, se creería que estaba indispuesta y no se la molestaría.

Á las siete y media se abrió la puerta; pero la fatalidad hizo que no entrase solo el mayordomo de palacio. Iban con él el oidor encargado de la averiguación relativa á la pérdida de la actuación secreta y el escribano de cámara. Adriano se estremeció al ver á aquellos dos sujetos, suponiendo que irían sin duda á practicar alguna diligencia judicial con Doña Guiomar. Hasta entonces comprendió el aturdido mancebo todo el peligro de la aventura en que se había mezclado. Cerró los ojos para fingir que dormía.

— Señora, dijo el magistrado, acercándose á la cama; tengo

el sentimiento de venir á comunicaros que la Audiencia, persuadida de que al sustraer la actuación secreta, habéis procedido por alguna sugestión extraña, en la necesidad de averiguar quién os ha inducido á cometer semejante falta, para que recaiga sobre él todo el peso de la ley, me ha prevenido venga á interrogaros sobre este punto.

Adriano guardó silencio; visto lo cual, el oidor añadió:

— Reflexionad, señora, que os exponéis gravemente, si persistís en no confesar: debo decíroslo todo, estoy resuelto á aplicaros ahora mismo el tormento.

El pobre paje vió que su situación era aun más crítica que lo que había imaginado y no hallaba arbitrio humano para salir de aquel atolladero. No se atrevía á proferir una palabra, lo cual parecía ya muy extraño al oidor y á los que le acompañaban.

— ¿Persistís en callar, señora? dijo el magistrado; y como no recibiese respuesta, añadió:

— Seguidme.

Adriano permaneció en la cama sin moverse. El oidor entonces dijo al mayordomo y al escribano que obligasen á Doña Guiomar á levantarse y la condujesen al calabozo donde estaba el potro. Apresuráronse éstos á ejecutar la orden; pero al levantar al paje, viéndose descubierto, bajó precipitadamente de la cama, y cayendo de rodillas delante del magistrado, exclamó:

— ¡Por piedad, señor, salvadme!

Estupefactos quedaron el magistrado, el mayordomo y el escribano, al reconocer al paje del Adelantado.

— ¿Qué hacéis aquí? preguntó el oidor. ¿Qué significa ese disfraz? ¿Qué se ha hecho Doña Guiomar?

Adriano temblaba y no sabía cómo responder á aquellas preguntas. Por último dijo tartamudeando:

— Señor, todo ha sido una grandísima imprudencia de mi parte, bien lo conozco; un acto de compasión, cuyo peligro

no calculó. Doña Guiomar se ha fugado hace un instante.

—¿Y vos le habéis proporcionado la salida y probablemente vuestros propios vestidos? dijo el oidor.

— Sí, añadió el mayordomo; seguramente se contaba con que yo vendría solo, como todas las noches, á traer la colación á la prisionera, y engañado con el disfraz de este tunante, no le hablaría una sola palabra y todo pasaría sin la menor dificultad.

— Joven, dijo el oidor, dirigiéndose á Adriano: vuestra falta es grave. Vais á ser conducido al calabozo, en tanto que doy aviso á vuestro amo de lo ocurrido.

Diciendo esto el mayordomo de palacio y el escribano, sin dar tiempo al pobre mozo á que se despojase del traje de mujer, le asieron por los brazos, le obligaron á salir de la sala y le encerraron en un oscuro y estrecho calabozo.

El oidor pasó inmediatamente á ver á D. Enrique y estuvo encerrado durante un cuarto de hora con él, dándole cuenta de la extraordinaria ocurrencia que motivara la prisión de su paje. El Adelantado oyó con asombro la relación del magistrado y le recomendó encarecidamente procurase arrancar á Adriano, por cualquier medio, una explicación satisfactoria.

El pobre joven pasó la noche en el calabozo, y al siguiente día el oidor dió cuenta de lo ocurrido al tribunal. Se consideró que aquel no era un hecho aislado; que el paje debía haber procedido en combinación con otras personas y se encargó al magistrado agotase los recursos legales hasta descubrir á quien ó á quienes hubiese servido Adriano de instrumento.

El paje tenía ya preparada una historia, en la que aparecía haber procedido por inspiración propia y movido únicamente por la compasión que le causaban los padecimientos de Doña Guiomar. Contaba con que aquella excusa y su edad, harían considerar el hecho como disculpable; pero pronto conoció el pobre mozo que no se las había con un hombre á quien fuese

fácil engañar. El oidor no creyó una palabra de lo que dijo Adriano y le exigió confesase por consejo de quién había favorecido la fuga de Doña Guiomar. No quiso el joven comprometer á un personaje de tanta importancia como el gobernador y persistió en asegurar que no había procedido por sugestión ajena. Entonces el oidor se decidió á poner al paje en el potro. Adriano se estremeció al ver entrar á su antiguo conocido el verdugo, y á sus ayudantes, y al momento se le representaron los horrorosos padecimientos que en aquel mismo odioso aparato había visto sufrir á D. Dieguillo. Alistaron la máquina con la impasibilidad con que acostumbraban hacer aquellos preparativos, desnudaron al mozo y le ataron al potro. El oidor le requirió por última vez para que declarase; no quiso Adriano confesar, y á una señal del magistrado, las cuerdas se hundieron en las carnes del pobre joven, que lanzó un grito penetrante.

—¿Quién os instigó para que procuraseis la fuga de Doña Guiomar de Escalante? dijo el oidor.

Adriano guardó silencio. El torno dió una nueva vuelta, y el paje, vencido por el dolor, gritó:

— Don Rodrigo de Arias.

— Bien, dijo el magistrado; por fin os resolvéis á hablar la verdad. Decidlo todo, sin ocultar la más pequeña circunstancia, si queréis evitar nuevos sufrimientos.

El paje hizo entonces una relación exacta y detallada de su conversación con D. Rodrigo, cuando éste le llamó para disponer la fuga de Doña Guiomar; dijo cómo se había apoderado de las llaves, introduciéndose en la prisión, cambiando los trajes é indicando á la joven la dirección que debía seguir, hasta encontrar el coche donde la aguardaban el oidor y el mismo D. Rodrigo.

Después de aquella confesión, que pareció verídica al magistrado, mandó retirar del potro á Adriano, que ratificó todo cuanto había declarado en el tormento. El oidor refirió después

á D. Enrique la declaración de su paje ; y entendiendo por ella el Adelantado que D. Rodrigo era quien dirigiera la evasión de Doña Guiomar, al momento se propuso sacar partido de aquel incidente.

Llamó al mayordomo de palacio y le dijo sabía, por la declaración de Adriano, que aquel mozo atolondrado se había comprometido imprudentemente, instigado por otra persona, interesada en la evasión de la hija del doctor Escalante. Que tenía lástima de él y deseaba emplear su valimiento con los señores del tribunal, á fin de evitarle el castigo que tenía merecido. Pero que para no mostrarse demasiado blando, quería que Adriano suplicase y recurriese á la intervención de Dña. Elvira, haciendo á ésta una confesión franca y explícita de cuanto había ocurrido, sin ocultarle la más pequeña circunstancia. Dijo al mayordomo que fuese á ver al paje y le aconsejase aquel paso, como nacido de él mismo, y que mandase suplicar á Doña Elvira fuese á verle á la prisión. Hízolo así el mayordomo; pintó á Adriano la gravedad de la falta que había cometido y agregó que para evitarse un castigo severo, se acogiese á la clemencia de sus amos, suplicándoles interviniesen en su favor. El joven estaba sumamente afligido y quebrantado por el tormento. Tembló á la idea de sufrir un nuevo castigo y acogió con gratitud las indicaciones del mayordomo. En consecuencia, mandó suplicar á su señora fuese á verle, á lo que se prestó Doña Elvira, pues tenía afecto á aquel joven, que había sido siempre respetuoso y bueno con ella.

Pasó á la prisión y Adriano le hizo una relación completa de cuanto había ocurrido, concluyendo por suplicarle interviniese por él con el Adelantado.

Cuando oyó Doña Elvira que la evasión de Doña Guiomar había sido dispuesta por D. Rodrigo, y que éste aguardaba á la hija del oidor en un coche, para conducirla al lugar donde estaría oculta, sin duda, sintió que el aguijón agudo de los

celos le punzaba cruelmente el corazón. Sin atender ya á otra cosa, salió de la cárcel, donde quedó abandonado el pobre paje, que después de haber servido de instrumento para la evasión de Doña Guiomar, servía ahora á la venganza del Adelantado.

CAPÍTULO LI

El retrato de la monja.

Atormentada por la rabiosa furia de los celos, Doña Elvira no volvió á tener tranquilidad desde el momento en que Adriano le reveló todo lo ocurrido con respecto á la fuga de Doña Guiomar. Creyó descubrir cierta inteligencia entre D. Rodrigo y la hija del doctor Escalante y se consideró traicionada por el hombre á quien amaba. Dirigió todo su empeño á descubrir el punto donde se había ocultado Doña Guiomar, y valiéndose con habilidad de medios indirectos, llegó al fin á averiguar que el coche en el cual entrara la joven señora la noche en que se escapó de la prisión, había parado frente á la casa de D. Antonio de Montúfar. Una vez en posesión de aquel dato importante, la celosa dama trazó su plan para averiguar si realmente era aquella la casa donde se hallaba su rival.

Doña Elvira estaba relacionada con la esposa de D. Antonio, Doña Isabel Puerta Colindres, y la visitaba con frecuencia. Una mañana se presentó, pues, en casa de Montúfar, y encontró á la señora en conversación con su marido. Doña Elvira sabía que D. Antonio tenía su gabinete de trabajo en un punto retirado de las habitaciones de su familia, y aquella circunstancia le hizo sospechar se hubiese escogido aquella pieza para ocultar á la hija del doctor Escalante. Hizo recaer la conversación en Doña Violante de Padilla, cuya reciente profesión había llamado la atención pública algunos días antes, y

una vez en aquel terreno, Doña Elvira pudo desarrollar su plan con facilidad.

— Toda la ciudad, señor D. Antonio, dijo la esposa del Adelantado, hace grandes elogios de un retrato de Doña Violante, que se dice acabáis de concluir. Aseguran que es vuestra obra maestra.

— No siendo yo, señora, contestó Montúfar, más que un aficionado, es natural se vean con indulgencia mi pobres trabajos. En cuanto al retrato de esa religiosa, que he pintado por complacer á sus parientes inmediatos, puedo aseguraros que ha sido una de las obras que me han dado más trabajo. Había tal expresión de beatitud angélica y al mismo tiempo de acerbo sufrimiento en el rostro de Doña Violante, que el pincel era casi impotente para expresarla.

— Esa no es más que modestia, caballero, dijo Doña Elvira. Quien ha sabido reproducir tan al vivo y con tanta maestría en los cuadros del Calvario los diferentes pasos de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, ha dado grandes pruebas de que sabe vencer cualquiera dificultad. Yo me holgaría mucho, señor D. Antonio, de poder apoyar en el testimonio de mis propios ojos, el juicio que fundo en la idea justa que tengo de vuestra habilidad. ¿Queréis permitirme penetrar en vuestro estudio y ver el retrato de la monja?

Don Antonio y su esposa no aguardaban semejante solicitud. La que la hacía era una persona de harta importancia para poderle rehusar la satisfacción de un deseo tan natural y sencillo al parecer, y expresado además con tan exquisita urbanidad. Ambos esposos estaban sumamente embarazados y no hallaban cómo salir del apuro; embarazo que no se ocultó á Doña Elvira y que la confirmó en sus sospechas de que en aquella casa y en el estudio del pintor estaba oculta su aborrecida rival.

— Señora, dijo D. Antonio, no me atrevo á llevaros á una pieza desamueblada, revuelta, donde el olor de las pinturas

podría causaros un vértigo. Sólo el que esta habituado como yo, puede entrar sin disgusto en mi estudio.

— Dejad esos escrúpulos de cortesano, D. Antonio, contestó Doña Elvira riéndose con amabilidad. He visitado en Sevilla muchos estudios de artistas y jamás he sentido novedad alguna. Yo os pido, y si me es permitido expresarme así, exijo esta prueba de confianza de vuestra parte.

Al decir esto, la joven señora se puso en pie. Don Antonio y su esposa vieron que no era posible hacerla desistir y salieron de la sala, encaminándose todos hacia el estudio. Al llegar delante de la puerta, dijo D. Antonio en voz alta :

— Puesto que os empeñáis, señora Doña Elvira, en penetrar en esta pieza revuelta, habré de satisfacer vuestro deseo, por más pena que me cause introduciros en ella.

Dicho esto, abrió, entró Doña Elvira y tras ella D. Antonio y su esposa. Doña Guiomar, que escuchó perfectamente las palabras del capitán Montúfar, comprendió al momento lo que pasaba; echó en torno una mirada rápida y tomando prontamente su resolución, se ocultó detrás del retrato de la monja, que estaba ya colocado en su bastidor.

Doña Elvira se detuvo á poca distancia del cuadro, contemplándolo al parecer con admiración.

— Es asombroso, D. Antonio, dijo la esposa del Adelantado, y veo que la fama no exagera en lo más pequeño el mérito de vuestra última obra. ¡ Qué santa melancolía la de ese rostro, en que brilla la expresión del triunfo de la piedad sobre las pasiones del mundo ! ¡ Qué delicadeza de formas ! ¡ Qué acertada combinación de sombra y de colores ! La semejanza es perfecta, y sin embargo, no es ya una criatura humana; hay en esa figura un reflejo anticipado de la vida del cielo.

Don Antonio escuchaba complacido aquel breve y estusiasta análisis de su obra. El amor propio del artista, ampliamente satisfecho, le hizo olvidar por un momento el peligro que corría Doña Guiomar. Creyó haberse equivocado al pensar que

Doña Elvira hubiese tenido una intención oculta al pedirle con tan vivas instancias que le mostrase aquel cuadro. Pero pronto se disipó aquella ilusión. La esposa del Adelantado puso sus dos manos sobre los ojos, como para recoger la vista, y dijo :

— Pero me parece que esta magnífica obra no está á la luz que le corresponde. Con vuestro permiso, voy á variarle sitio; pues creo que así aun ganará más la pintura.

Diciendo esto, fué á quitar el cuadro del lugar en que estaba colocado. Don Antonio y su esposa, que calcularon desde luego dónde se había ocultado Doña Guiomar, se estremecieron al escuchar las últimas palabras de Doña Elvira. Pero cuando ponía ésta la mano en la orilla del bastidor, D. Antonio, su esposa y Doña Elvira oyeron á sus espaldas la voz de un hombre, temblorosa y agitada por la emoción, que dijo en tono imperioso :

— ¡ No la toquéis !

Los tres volvieron la cabeza, para ver quién había proferido aquellas palabras, y se encontraron con un hombre joven todavía, pero con el rostro surcado ya por hondas arrugas ; pálido, extenuado, fijaba en el retrato de Doña Violante sus negras y dilatas pupilas, con una expresión extraña de ternura y de terror. El traje de aquel joven, aunque de buenas telas y poco usado, estaba hecho jirones. Había entrado sin ser advertido y colocádose detrás del grupo que formaban el pintor y las dos señoras.

— ¡ Don César ! exclamaron al mismo tiempo Doña Elvira, Don Antonio y su esposa.

Era efectivamente el pobre loco. Antes de explicar su aparición en el estudio del artista en aquel momento, tenemos que volver un poco atrás en nuestra narración. Después de la escena terrible del sótano, de que dimos noticia en uno de los anteriores capítulos, las gentes de la familia de Carranza descubrieron el cadáver de D. Fadrique, á quien buscaban sus padres por todas partes. No faltó quien recordara haber visto

entrar á aquel joven en casa de D. Tomás el día mismo en que había desaparecido; y con aquel indicio, se le buscó hasta en el último rincón, encontrándose al fin el cuerpo de Guzmán, inanimado y frío, al pie de la mesa donde se veía un montón de tejos de cobre. Se interrogó á D. César y explicó sencillamente que habiendo tenido que pagar veinte mil pesos á Don Fadrique, por cierto legado del difunto D. Silvestre, se encerraron en el sótano para contar la suma, y que rendido Guzmán por el cansancio, por haberse repetido la operación cinco ó seis veces, se había quedado dormido. Comprendieron al momento que el desventurado D. Fadrique había sido víctima de aquel demente, cuya desaparición, que tuvo también en mortal inquietud á D. Tomás de Carranza y á su esposa, quedó ya perfectamente explicada. La familia de D. Fadrique no tuvo más que deplorar aquella desgracia, no pudiendo hacer cargo alguno á D. César, cuya enajenación mental era evidente. Nadie supo el secreto terrible que encerraba aquel hecho espantoso.

Don César continuó dando pruebas de demencia. Melancólico y retirado unas veces, pasaba los días y las noches encerrado en su habitación, sin dejarse ver y sin tomar alimento. Excitado otras, salíase á la calle y daba vueltas en torno de la Concepción, dirigiendo á las paredes miradas llenas de furor. En aquellos momentos se arrancaba los cabellos y rasgaba sus vestidos.

Un día recordó el loco haber oído decir que D. Antonio de Montúfar estaba haciendo, en vísperas de la profesión de Doña Violante, un retrato de la joven novicia, por encargo de su familia. Calculó que aun debía encontrarse el cuadro en el estudio del pintor, que estaría dando los últimos perfiles á la obra, y se dirigió á casa de D. Antonio. Don César conocía el gabinete donde trabajaba Montúfar, y se fué derecho hacia aquella pieza, cuya puerta vió abierta. La casualidad quiso que esto sucediese en el momento en que Doña Elvira de La-

gasti se encontraba en el estudio con D. Antonio y su esposa, y como éstos tenían en aquel instante vivamente excitada su atención, no advirtieron la entrada del loco, sino cuando gritó á Doña Elvira, que iba á retirar el cuadro: ¡No la toquéis! Aquel incidente salvó á Doña Guiomar. Don César se colocó resueltamente delante del cuadro, y repitió con tono amenazador:

— Nadie la toque, ¡vive Dios! porque se escapará del lienzo para volverse al cielo. No la toquéis, repitió sollozando; os lo pido, no con el derecho de esposo, porque aquel amor funesto era un crimen; sí, un crimen horrible; sino con el derecho que da la sangre; porque, ¿no lo sabéis? Violante y yo somos hermanos; ¡ja, ja, ja! y rompió en una carcajada estrepitosa y convulsiva. ¡Qué desenlace para la comedia que está componiendo García!

Don Antonio, que atribuyó aquellas palabras á la enajenación mental de D. César, le tomó la mano bondadosamente y dijo:

— Calmaos, amigo mío. Esta señora es prudente y no querrá ya ocasionar la desgracia que teméis, tocando esa pintura. Pero retirémonos de aquí, pues la vista de ese cuadro os hace daño.

Diciendo esto, Montúfar hizo seña á Doña Elvira y á su esposa para que saliesen del estudio. El loco cayó de rodillas delante del cuadro y poniendo sus labios en el pie descalzo de la monja, exclámo con acento desgarrador:

— ¡Adiós Violante; hermana mía, adiós.... hasta la eternidad!

Don Antonio, su esposa y Doña Elvira, cuyo corazón estaba devorado por los celos, no fueron dueños de contener el llanto. Montúfar se apresuró á poner término á aquella triste escena, y levantando á D. César, que bañaba con sus lágrimas el pie de la religiosa, le hizo salir del gabinete, siguiéndolos las dos señoras.

CAPÍTULO LII

Delirio.

Doña Elvira salió de casa D. Antonio de Montúfar consternada con el espectáculo que acababa de presenciar. El alma sensible de la esposa del Adelantado olvidó por un momento sus propios dolores ante el dolor inmenso de D. César. Pero el aguijón acerado de los celos volvió pronto á punzarle el corazón. La zozobra de D. Antonio y de su esposa en el momento en que ella iba á retirar el retrato de la monja, la persuadía de la certeza de su sospecha de que en aquella pieza estaba oculta la hija del oidor. Su imaginación alcalorada le fingía entrevistas misteriosas de D. Rodrigo y Doña Guiomar, en el estudio del artista, y el odio y la desesperación le desgarraban las entrañas y le sugerían ideas de venganza. Sabía que se buscaba con empeño á la fugitiva y el pensamiento de denunciarla á la justicia atravesó su espíritu agitado. En vano procuraba desechar aquel odioso proyecto ; la pasión volvía á sugerírselo, como el único medio de poner un muro de separación entre su amante y su rival.

Combatida por aquellas ideas, pasó el día en la mayor agitación, y cuando entró la noche se encerró en su alcoba, diciendo á sus camareras que se sentía indispuesta y deseaba estar sola. Se arrojó en su cama, vestida y derramando lágrimas de ira y de dolor.

— Se aman, decía, se aman ; pueden amarse sin remordi-

miento; y yo estoy condenada á devorar en el fondo de mi alma esta pasión criminal, y no tengo ni aun el derecho de quejarme y echarle en cara su traición. Y ella es feliz, es amada, le ve, y al fin unirá su suerte á la de ese hombre que me ha jurado tantas veces no ser de otra! ¡Oh! la odio, la detesto y daría la mitad de mi vida por hacerla sufrir la más pequeña parte de los tormentos que despedazan mi alma.

La esposa del Adelantado saltó de la cama como una pantera herida, abrió un escritorio y tomando papel y pluma, trazó con mano convulsiva las siguientes líneas:

" Doña Guiomar de Escalante está oculta en casa de D. Antonio de Montúfar, en el gabinete destinado á la pintura. "

Dobló rápidamente aquel papel en forma de esquela, y puso el sobrescrito, dirigido al oidor encargado del proceso instruído con motivo de la desaparición de la actuación secreta. Tiró del cordón de la campanilla, y habiéndose presentado un lacayo, Doña Elvira le previno se quitase la librea, fuese á casa del oidor y entregase aquella carta, sin decir quién la enviaba. Salió el criado á cumplir aquella orden y la esposa del Adelantado volvió á arrojarse en su lecho, satisfecha de haber puesto por obra aquel odioso pensamiento, sugerido por los celos. No habría pasado un cuarto de hora después de la salida del lacayo, cuando se oyeron dos golpes en la puerta de la alcoba. Dña. Elvira se estremeció. Era la manera en que había llamado Don Rodrigo en las muy raras entrevistas que había tenido con la joven en su habitación particular. Dudó un momento si abriría; pero el sentimiento que le inspiraba aquel hombre era harto poderoso para que no pudiese triunfar de cualquiera otro. Se levantó de la cama y poco á poco fué dirigiéndose á la puerta, y sin preguntar quién llamaba, como si estuviese segura de que no podía ser otro, abrió, y se encontró frente á frente con el gobernador.

Estaba pálido y parecía presa del más profundo abatimiento. Doña Elvira notó esta circunstancia; pero no podía adivinar lo

que la motivaba. Recibió á D. Rodrigo con semblante severo y dijo :

— ¿ Qué me queréis? ¿ Venís acaso á decirme lo que ya sé perfectamente? ¿ Á confesarme que amáis á otra y disculpar vuestra traición con el pretexto frívolo de la gratitud por el servicio que esa mujer os ha prestado? Todo lo sé, es inútil que me lo digáis y podéis retiraros. No quiero que estéis en mi presencia un minuto más.

Don Rodrigo escuchaba asombrado aquellas palabras. No pudiendo comprender lo que significaban, dijo :

— ¿ Qué queréis decir, Elvira ? ¿ De qué traición habláis y qué mujer es esa á quien os referís ?

— ¿ Quién ? replicó la joven, harto lo sabéis vos. Aquella por quien no habéis vacilado en comprometer villanamente al pobre Adriano, que ha pagado en el tormento el servicio que á vos y á ella os ha prestado.

El gobernador cruzó los brazos sobre el pecho y con acento de amarga reconvención contestó á Doña Elvira :

— Ahora os comprendo ya perfectamente, señora, y no extraño el lenguaje cruel que usáis conmigo. Imagináis que un sentimiento más tierno que el de la gratitud es el que me ha movido á procurar la libertad de esa joven y estáis muy engañada. No he hecho sino cumplir con un deber sagrado. Doña Guiomar, por algún motivo que no acierto á explicarme y que el tiempo aclarará tal vez, hizo desaparecer la actuación secreta que contra mí instruía su padre, comprometiendo gravemente con aquel hecho al oidor y comprometiéndose á sí misma. Sufría por mí y era mi deber pagarle el servicio que me prestara. Me valí de Adriano, muy ajeno de sospechar las tristes consecuencias que el paso ocasionara á este pobre joven. El doctor Escalante y yo condujimos á Doña Guiomar á casa de un amigo, donde está á cubierto de la persecución de la Audiencia y no he vuelto á verla desde la noche de su fuga. ¿ Qué es lo que encontráis en esto que pueda llamarse traición ?

¿Quién es el caballero que no habría hecho, en mi caso, lo que yo hice?

Había tal aire de serenidad en la manera en que se expresaba el gobernador, que Doña Elvira no pudo menos que convencerse, y avergonzada de sus sospechas, sintió un vivo remordimiento por haber denunciado tan precipitadamente á Doña Guiomar. Por desgracia era demasiado tarde para remediar el mal; pues calculó que en aquel momento se dispondría ya el registro de la casa de Montúfar. La esposa del Adelantado, sin proferir una sola palabra, inclinó la cabeza, sin atreverse á mirar de frente á D. Rodrigo, como si temiese que el noble joven sorprendiera en sus ojos el secreto de su poco hidalga acción.

Pero el gobernador, muy ajeno de imaginar hasta qué extremidad habían llegado los celos de Doña Elvira, estaba en aquel momento harto ocupado en una sola idea, para poder dar cabida á ningún otro pensamiento. Interpretando, pues, el silencio de la joven como una prueba de que había abandonado del todo sus desconfianzas, cambiando de tono, y con acento profundamente triste, dijo:

— Elvira, dejemos ya esos injustos y duros reproches y no amarguéis más con un rigor que no merezco, esta entrevista, que será probablemente la última que tendremos en este mundo.

Vivamente alarmada Doña Elvira, al escuchar aquellas palabras, contestó:

— ¿Qué queréis decir, Rodrigo? ¿Vais á partir acaso? Por Dios explicaos y haced que cese la inquietud mortal que me causa lo que acabáis de decirme.

— No voy á partir, replicó el gobernador; pero dudo mucho de que me sea dado volver á veros. Sé que la Audiencia se ha decidido al fin á adoptar una resolución meditada mucho tiempo ha y que ciertas consideraciones no habían permitido llevar á cabo. En una palabra, han resuelto prenderme; esta

misma noche me arrestarán y se me instruirá un proceso por traidor y sedicioso, como á Alarcón y los otros desgraciados que han acabado su vida en el patíbulo.

Doña Elvira se puso pálida como un muerto al oir lo que le comunicaba D. Rodrigo. Conocía perfectamente la disposición del Presidente y de la mayor parte de los oidores, para temer que ni el rango ni los antiguos servicios del gobernador alcanzarían á ponerle á cubierto de una sentencia semejante á la que había recaído sobre los otros conjurados. Con voz ahogada y temblorosa dijo á D. Rodrigo:

— Pero ¿ creéis que hay pruebas contra vos suficientes para condenaros?

— Pienso que sí, Elvira, contestó el gobernador; y por otra parte no soy hombre para excusarme con una mentira. No negaré lo que he hecho y me creo con suficiente fuerza de ánimo para sufrir la suerte que me toque, con la misma tranquilidad que ha mostrado hasta su último fin D. Silvestre Alarcón.

La idea de que el gobernador pudiese terminar su vida en un patíbulo, se presentó entonces con todo su horror al espíritu impresionable de la joven señora. Lanzó un grito de espanto y exclamó:

— ¡Oh Dios mío! Rodrigo, eso no puede ser y no será; porque... yo me moriría de dolor. Salvaos, huid; aun es tiempo; prefiero no volver á veros jamás; pero el patíbulo! ¡oh! el patíbulo! eso es espantoso. La desesperación me volvería loca, Rodrigo; me lanzaría contigo al cadalso, me abrazaría de tu cuello y sería necesario, te lo juro, hacerme pedazos, antes de que te separaran de mí. Huye, te lo pido; te lo ruego; si es necesario te lo mando; salva tu vida, sálvala.

Al decir esto la joven se retorcía los brazos y derramaba lágrimas de dolor.

— Elvira, dijo D. Rodrigo tomando la mano de la dama; calma, resignación. Es necesario no anticipar lo que acaso no sucederá.

— Pero ¿huiréis? replicó Doña Elvira. ¿Me prometéis ocultaros?

— No, Elvira, contestó el gobernador, no puedo ofreceros lo que no cumpliría. Ocultarme sería una mengua, un baldón en un hombre de mi carácter, cuando otros qué tenían menos obligación que yo de mostrarse animosos, han sabido conservar hasta el fin su honor ileso.

— ¡Oh! ¡el honor! dijo Doña Elvira con desesperación; ¡el honor! Á ese ídolo mentiroso lo sacrificáis todo vosotros los hombres, y no os curáis de las profundas heridas que vuestras falsas ideas abren en los corazones de los que os aman; en los nuestros sobre todo, pobres mujeres que no amamos la vanagloria, que no comprendemos lo que llaman razón de estado y para quienes se han quedado únicamente las amarguras del sacrificio. Pero vos no moriréis; no, os lo juro; yo os salvaré á pesar vuestro; decís que esta misma noche van á prenderos; pues bien, cuando os busquen no os encontrarán, porque sois mi prisionero y suceda lo que sucediere, no saldréis de aquí.

Diciendo esto, y antes de que D. Rodrigo pudiese estorbarlo, Doña Elvira, que estaba como poseída de un verdadero delirio, había corrido á la puerta, cerrádola y guardádose la llave en el seno.

— ¿Qué hacéis, señora? dijo D. Rodrigo espantado. ¿Queréis perderos para siempre, sin salvarme á mí? ¿No veis que yo no he de permanecer en vuestra habitación; que me hallaran al fin y que lo único que se logrará es hacer aun más grave mi situación y traeros vos las más funestas consecuencias? Dadme la llave.

— Estoy resuelta á todo, dijo Doña Elvira. No salís de aquí; y si habéis de ir al cadalso, iré yo también con vos, Rodrigo.

El gobernador se dirigió entonces á una ventana que daba á la calle, y abriéndola, dijo:

— Pues bien, ya que no queréis darme la llave, me arrojaré

á la calle por este balcón; pues prefiero que me encuentren muerto al pie de esta ventana, que oculto en vuestra alcoba.

— ¿Qué vais á hacer, insensato? exclamó Doña Elvira; deteneos, y puesto que lo exigís, tomad la llave.

Diciendo esto, detuvo al gobernador, que iba ya á precipitarse por la ventana, y entregándole la llave, añadió :

— Vete, cruel : ve á entregar al verdugo tu cabeza. La infeliz Elvira no podrá sobrevivirte y morirá contigo.

Sin fuerzas para sufrir aquella prueba dolorosa, la joven cayó desmayada á los pies del gobernador. Se inclinó éste y levantando la cabeza de Doña Elvira, puso sus labios abrasados sobre la frente fría y pálida de Doña Elvira. D. Rodrigo enjugó una lágrima que se desprendió de sus ojos, y embozándose en su capa, salió del dormitorio.

CAPÍTULO LIII

Plazo cumplido.

Como lo había dicho el gobernador á Doña Elvira, el Presidente estaba resuelto á extender la orden en virtud de la cual debía reducírsele á prisión aquella misma noche. El odio del Adelantado y su deseo de hacer mal á D. Rodrigo, triunfaron al fin de los escrúpulos del Presidente. Á pesar de la evidencia de la parte principal que el joven había tenido en la conjuración, desde que desapareciera la actuación secreta, vacilaba el conde de Santiago en tomar una resolución que acaso sería mal recibida en la corte, donde la familia de los Arias contaba aún con apoyos muy poderosos. Pero Don Enrique pintó á su anciano padre y á los individuos de la real Audiencia con tan vivos colores el cuadro de los funestos resultados que produciría una lenitud intempestiva, que al fin hubieron de resolverse á dictar aquella orden. La comisión de prender al gobernador debía encomendarse á D. Pedro de Lara Mogrovejo, comandante del cuerpo de dragones, sujeto cuya adhesión no podía ponerse en duda. Uno de los oidores, adicto á la familia de Padilla, dió aviso á D. Rodrigo, bajo la más absoluta reserva, de la resolución tomada; y así fué cómo pudo el gobernador asegurar á Doña Elvira que iba á prendérsele en la misma noche.

Á las once debía rodearse la casa y verificarse la captura. D. Rodrigo esperaba con tranquilidad, después de su entre-

vista con Doña Elvira, y había dado orden á su servidumbre para que franqueasen la entrada á cualquiera que se presentase de parte del Presidente ó de la real Audiencia.

Las diez y media acababan de sonar en los relojes públicos; las calles estaban, como de costumbre, oscuras, silenciosas y desiertas; pues á semejante hora, en aquellos tiempos, la mayor parte de la población estaba entregada al sueño. De repente interrumpieron aquel silencio los pasos precipitados de un hombre que habiendo salido del palacio del Presidente se dirigía casi corriendo á la casa del gobernador. Aquel hombre era un lacayo del oidor que había dado á D. Rodrigo el aviso de que iban á prenderle. Era portador de un billete de su amo, que debía entregar sin pérdida de tiempo.

Luego, pues, que aquel mensajero se dió á conocer y dijo la comisión de que estaba encargado, fué introducido en el gabinete donde esperaba el joven Arias á los que debían conducirle á la prisión.

— El señor oidor Reguera me ha ordenado ponga esta carta en manos de vuestra señoría, dijo el lacayo.

El gobernador rompió el nema de la esquela y leyó para sí el contenido, que se reducía á dos ó tres líneas, trazadas precipitadamente. Arias se puso pálido al leer aquel billete y permaneció durante un rato sin decir una sola palabra, ni volver en sí del asombro que le causara la noticia que se le anunciaba. Decía así:

"Al firmar la orden de prisión contra vos, el conde de Santiago ha caído muerto; víctima, según se cree, de un violento ataque de apoplejía."

— ¡Muerto! exclamó; ¡muerto repentinamente al firmar la orden!

— Parece, señor gobernador, dijo el lacayo, que el señor Presidente estaba encerrado en su gabinete con el señor capitán D. Pedro de Lara, y que al tomar la pluma para firmar un papel, cayó á plomo, diciendo solamente "¡Don Díego! ¡Don

Diego !" y no volvió á hablar ni á dar la menor señal de vida. El señor de Lara avisó inmediatamente al señor Adelantado de Filipinas; se llamaron médicos y sacerdotes; todo fué inútil; el señor conde había expirado. La real Audiencia está reunida en un salón junto al gabinete.

Poca atención prestó D. Rodrigo á aquella relación, abismado como estaba en sus meditaciones. El lacayo del oidor hizo una profunda cortesía y se retiró.

—¡ Muerto ! repitió D. Rodrigo, ¡ muerto ! é inclinó la cabeza bajo el peso de los graves pensamientos que abrumaban en aquel momento su imiginación.

El joven se dirigió lentamente á una ventana que daba á la calle, y abriendo la vidriera, fijó los ojos en el firmamento y comenzó á reflexionar en las vicisitudes de su agitada vida. Los peligros sin número que había corrido en sus combates con los indios bravos de la Talamanca; el riesgo en que estuvo de ser asesinado la noche en que se disponía á entrar al jardín del palacio; la manera misteriosa en que se había salvado de caer en manos del doctor Escalante, cuando ocupó éste con fuerza armada la casa de los espantos; la sustracción del proceso secreto por Doña Guiomar y por último aquella muerte del conde de Santiago, al firmar la orden de prisión contra él, eran acontecimientos que herían vivamente su alma y le hacían reflexionar sobre su extraño destino.

La ciudad estaba envuelta en profunda oscuridad, y ni aun el más leve ruido turbaba el silencio de las calles solitarias. El cielo aparecía débilmente iluminado por la opaca luz de las estrellas, veladas por nubes caprichosas. D. Rodrigo seguía con la mirada aquellos grupos fantásticos que cruzaban el firmamento en giro perezoso, al leve impulso de la brisa, ó se apiñaban sobre las crestas sombrías de las montañas que rodeaban el valle.

Cuando más ocupado estaba en sus meditaciones, que hacían nacer en su alma cierta indefinida y vaga aspiración á un

orden de cosas desconocido y exento de las contrariedades de la vida, oyó hacia el extremo de la calle el tañido de una campanilla. Dirigió maquinalmente la vista hacia el punto donde se escuchara aquel sonido, y vió una luz que iba acercándose poco á poco. El caballero sintió un estremecimiento, como el que experimentara el descuidado caminante que despertase á orillas de un abismo. El tañido y la luz fueron aproximándose, hasta que D. Rodrigo pudo ver distintamente á un hombre, que reconoció al momento. Era el misterioso personaje á quien encontrara una noche en el barrio de Santa Cruz y el mismo que le dirigió la incomprensible profecía en el momento en que se preparaba á entrar en el jardín del palacio, con lo cual, según había podido comprenderlo después D. Rodrigo, se había salvado de un peligro inminente. El hermano Pedro pasó por delante de la ventana donde estaba como clavado el joven caballero, y sin parecer fijarse en éste, entonó en voz suave y triste la misma cuarteta que cantaba la noche en que salvó á D. Rodrigo del puñal de los asesinos :

„Acordaos hermanos
que una alma tenemos
y si la perdemos
no la recobramos."

El gobernador sintió que la sangre se agolpaba precipitadamente en su cabeza, como las olas del mar agitadas por la tempestad. Cubrió su rostro con ambas manos y no pudiendo sostenerse en pie, cayó sin conocimiento. El siervo de Dios continuó su marcha lentamente, tocando de tiempo en tiempo la campanilla y repitiendo la estrofa con acento penetrante y melancólico.

Pero ya es tiempo de que nos ocupemos en el grave acontecimiento ocurrido en el palacio, que iba á cambiar la situación de las cosas en el reino y á influir poderosamente en la suerte de los personajes principales de nuestra narración.

Á las diez de la noche, el conde de Santiago se encerró en su gabinete con el Adelantado su hijo y estuvo durante media hora dictándole la orden de prisión contra D. Rodrigo de Arias y las instrucciones á que debía sujetarse el comandante del cuerpo de dragones, á quien se iba á encomendar tan delicada comisión. Se temía que D. Rodrigo quisiese oponer alguna resistencia con su servidumbre y algunos partidarios, que podrían acudir de momento; y á fin de evitar un conflicto, se tomaban algunas medidas precautorias.

Á las diez y media un paje del Adelantado entró en el gabinete del Presidente y dijo á su amo que las camareras de la señora avisaban haberla encontrado desmayada en su dormitorio. D. Enrique no contestó una sola palabra y continuó con la mayor tranquilidad escribiendo las instrucciones para la captura del gobernador, que iba á firmar el Presidente. Cuando estuvieron concluídas, el conde tocó la campanilla y dijo que llamasen al comandante del cuerpo de dragones, que aguardaba en la antesala. Un momento antes de que entrase Don Pedro de Lara, se retiró el Adelantado y se dirigió al dormitorio de su esposa. Doña Elvira había recobrado el conocimiento. Pálida, desencajada, estaba tendida en un canapé y apenas fijó la atención en su marido, en cuyos ojos habría podido leer la alegría cruel que experimentaba. D. Enrique permaneció un momento delante de su esposa, á quien contemplaba con una expresión de odio y de rencor difícil de definir, y cuando se disponía á dirigirle algunas palabras que expresasen el sentimiento que le dominaba, se oyó un gran ruido en las piezas inmediatas. Muchas personas corrían de un lado á otro y daban gritos, lo que hizo comprender á D. Enrique que había ocurrido algún suceso grave. Salió precipitadamente del dormitorio de Doña Elvira y se dirigió al gabinete del conde. La pieza estaba llena de gente, pues la servidumbre había acudido sin pérdida de tiempo. Apartáronse respetuosamente, y el Adelantado vió, tendido aun sobre el pavimento, á su padre, á

quien acababa de dejar lleno de vida y de vigor, y a quien encontraba tendido, convertido en un tronco inanimado. Al tomar la pluma para firmar la orden de prisión contra D. Rodrigo, el conde había caído como herido por un rayo, repitiendo dos veces, clara y distintamente el nombre de *D. Diego*. El comandante dió voces, llamó á la servidumbre, que se agolpó en torno del anciano; acudieron los médicos, aplicáronle sangrías ; pero todo fué inútil ; no era ya más que un cadáver.

Estupefacto quedó el Adelantado de Filipinas en presencia de tamaña desgracia, y luego comenzó á calcular el cambio notable que en su situación debía producir aquel suceso. Doña Elvira acudió también y derramó algunas lágrimas sobre los restos, fríos ya, de su padre político ; pero vivamente preocupada de la suerte de D. Rodrigo, sintió cierta secreta satisfacción al considerar que la muerte del conde pondría término á la persecución de que era objeto su amante. Una sola persona lloraba sinceramente la muerte del anciano : D. García, su nieto. Traspasado de dolor, el joven imprimió sus labios respetuosamente en la mano del conde y no se separó un momento del cadáver.

Inmediatamente se avisó á los oidores, que se reunieron en un salón contiguo al gabinete donde acababa de expirar el Presidente ; y después de una corta deliberación, acordaron que la real Audiencia ejerciera el gobierno, hasta que S. M. señalase sucesor al conde de Santiago y viniese el nombrado. Se dispuso en el acto no llevar adelante la orden de prisión contra D. Rodrigo de Arias y se mandó suspender la que se había librado ya para buscar á Doña Guiomar de Escalante en casa de D. Antonio de Montúfar. La muerte del conde de Santiago daba nueva vida á las esperanzas de los que trabajaban en favor de D. Rodrigo, y la Audiencia no juzgó prudente proceder contra quien, por sus relaciones y valiosos apoyos en la corte, podía ser designado para gobernar el reino.

Ordenaron los funerales con la pompa correspondiente al rango del difunto; exponiéndose el cadáver, embalsamado, en la capilla del palacio. Trasladado á los tres días á la catedral, fué sepultado en la bóveda de la capilla mayor. Terminada la triste ceremonia, la Audiencia volvió al salón donde celebraba sus sesiones, para abrir un pliego que conducía un correo del golfo. Era un despacho del gobernador del castillo de San Felipe, que contenía la noticia de la muerte de D. Diego de Padilla. Comparadas las fechas, se vió que el anciano caballero había salido de este mundo tres días antes que el conde de Santiago. Citado ante la presencia de Dios, desde la noche en que fué arrancado Padilla del templo para ser conducido á una costa mortífera, el Presidente, al caer para no levantarse jamás, tuvo tiempo tan sólo para recordar aquel terrible emplazamiento y murió pronunciando aterrorizado el nombre de D. Diego.

CAPÍTULO LIV

La miniatura.

Muerto el conde de Santiago, los dos bandos en que se hallaba dividido el reino, se marcaron perfectamente en el deseo y la esperanza que cada cual mostraba respecto á la persona que había de suceder al difunto capitán general. Los Carranzas y sus partidarios aclamaban al Adelantado de Filipinas y ponían en juego sus relaciones, á fin de que obtuviese el nombramiento. Los deudos y amigos de la casa de Padilla, no omitían esfuerzo para procurar que recayese el gobierno en Don Rodrigo de Arias. Balanceadas en poder ambas facciones, y considerándose igualmente bien apoyados á los dos candidatos, el triunfo parecía dudoso y la expectativa pública estaba pendiente de la real resolución. La Audiencia afectaba completa imparcialidad y se mostraba deferente con los jefes de los dos partidos, dispuesta á obedecer con gusto á aquel á quien S. M. se dignase agraciar con su confianza.

Por mostrar atención al Adelantado, la Audiencia le invitó á que continuase habitando en el real palacio, mientras permaneciese en Guatemala, pues D. Enrique hablaba siempre en el concepto de que regresaría á Méjico, donde residían los parientes de su padre. Aquello, sin embargo, no era sincero, pues abrigaba la esperanza de ser nombrado presidente, y en la expectativa, iba demorando su partida con diversos pretextos.

Comprendió perfectamente el Adelantado la necesidad que tenía de mostrarse obsequioso y complaciente con los funcionarios y vecinos principales; y así, á pesar de sú natural áspero y duro, se esforzaba en atender y agasajar á todo el mundo. Transcurridos los días de duelo riguroso, hizo que Doña Elvira volviese á abrir sus tertulias, y él entabló de nuevo los juegos, invitando á los sujetos principales, sin distinción de amigos ni enemigos, y aun á D. Rodrigo de Arias, encubriendo con las apariencias de una urbanidad cortesana el odio implacable que tenía al joven gobernador. Tres meses después de la muerte del conde, nadie se acordaba ya de él en aquellos salones, donde los ídolos rivales se disputaban los homenajes de los palaciegos.

¡Cuántos otros personajes de aquellos á quienes vimos figurar en primera línea en el estrado de Doña Elvira, ó en las salas de juego del Presidente, al principio de esta narración, habían desaparecido de la escena! D. Diego de Padilla, jefe de una familia ilustre y rica, acababa de terminar su vida en un presidio. Su cajero mayor, aquel hombre tan leal como insensible, tan valeroso como implacable, había muerto en un patíbulo, despidiéndose del mundo con un acto de la más fría y premeditada venganza. D. Fadrique de Guzmán, en quien estaban recopilados los peores instintos de la raza humana, fué víctima de la locura de D. César, en cuya desgracia tenía la parte principal. Doña Violante de Padilla había sepultado en un claustro su juventud, su belleza y sus decepciones, y D. César, en quien el destino se complaciera en acumular los más acerbos sufrimientos, arrastraba una existencia atormentada por las penas insufribles que causa el extravío de la razón.

Sin hacer cuenta de aquellas desgracias, la sociedad, que apenas puede detenerse á pagar un homenaje fugitivo de lágrimas y de sentimiento á las catástrofes que ella misma ocasiona, volvía á entregarse al placer y á la alegría, gozando la hora presente, completamente olvidada de los dolores de

ayer y sin pensar en los dolores de mañana. Las inquietudes de la ambición; los cuidados que origina el deseo del lucro; los goces y las amarguras que proporciona el amor; el tormento de los celos; todo lo que compone, en fin, la variada tela de la vida, aparecía de nuevo en actividad febricitante en aquellos salones, de donde se habían apresurado á arrancar las señales exteriores de duelo, menos efímeras aun que el pesar ocasionado por la muerte del conde.

Uno solo de los personajes de aquella pequeña corte guardaba en su alma intacta la religión de la gratitud y los recuerdos. D. García de Altamirano, poeta por las ideas y por el sentimiento, no tomaba parte en la alegría general y lloraba en silencio la pérdida del único ser humano que le amaba sobre la tierra. El desventurado veía la tempestad que agitaba el corazón de Doña Elvira, y no se le ocultaban el odio y los celos de su padre, mal encubiertos con las apariencias de la cortesía. El amor insensato que tenía á su madrastra era una especie de culto, que encerraba en lo más íntimo de su alma, despedazada por los más crueles sufrimientos. Seguía como una sombra á los dos amantes; y muchas veces la aparición repentina de aquel joven, de rostro pálido y enfermizo, estorbó entrevistas de D. Rodrigo y Doña Elvira, que atribuía al amor filial y al celo por la honra de su padre, una vigilancia que tenía sin embargo un origen menos desinteresado.

La situación de los otros personajes que figuran en primera línea en nuestra narración, apenas había cambiado; si se exceptúa la de dos ó tres de ellos. La familia de Carranza, por ejemplo, que acababa de obtener una ventaja considerable en posición. Presentado á D. Tomás el testamento de Palomeque en que instituía universal heredero de su fortuna á su hijo natural, si aparecía alguna vez, y acreditado judicialmente que aquel hijo era D. César, Carranza se hizo nombrar curador del demente y reclamó los bienes, que la real Hacienda tuvo que

devolver. Así, por un extraño y misterioso capricho de la suerte, el suceso mismo que privó á la familia de Carranza de ciento sesenta mil pesos, á que ascendían el capital y los intereses de la herencia de Balmaseda, fué á proporcionarle los ochocientos mil pesos de Palomeque, que nunca pudo imaginar quién sería llamado á recoger el fruto de su afanoso trabajo. La casa recobró la influencia y la importancia que había perdido y volvió á montarse bajo el pie del lujo y de la ostentación que le había sido tan doloroso abandonar. D. Tomás y los suyos eran siempre los más firmes apoyos del Adelantado de Filipinas y trabajaban sin descanso, por medio de sus relaciones en la corte, á fin de que fuese nombrado presidente de la Audiencia y capitán general del reino.

El joven Adriano fué puesto en libertad inmediatamente después de la muerte del conde, y Doña Guiomar de Escalante se restituyó á casa de su padre, libre de la persecución que la había obligado á permanecer oculta. Cuando D. Antonio de Montúfar volvió á tomar posesión de su estudio, encontró sus pinturas en los mismos sitios que las tenía colocadas; y de pronto no advirtió la falta de una, que aun no había terminado. Era una preciosa miniatura de D. Rodrigo de Arias, á la cual faltaban solamente los últimos retoques. Un día que buscó D. Antonio aquella obra, para concluirla, no la encontró en ninguna parte, por más que registró hasta los últimos rincones del gabinete. Sin poder explicarse la pérdida de la miniatura, el artista se propuso hacer otra, como había ejecutado la primera, sin conocimiento de D. Rodrigo, á quien deseaba sorprender con aquel obsequio.

Doña Guiomar de Escalante volvió á casa de su padre gravemente enferma. Su delicada constitución no pudo resistir las violentas emociones que le causaran los acontecimientos ocurridos desde que en mala hora había sustraído la actuación secreta. En pocos días se desarrolló una consunción, que alarmó vivamente al oidor, haciendo concebir serios temores por la

vida de su hija. Los más hábiles facultativos fueron consultados y declararon unánimes que el mal había avanzado mucho y atribuyeron su origen á algún pesar oculto. Aconsejaron á la enferma ejercicio, distracción y que respirara el aire libre del campo; lo cual se ejecutó al pie de la letra, llevando el doctor Escalante á su hija á la hacienda de uno de sus amigos, situada en el valle de Mixco. La infeliz joven procuraba conservar su vida, por amor á su padre; pero comprendió perfectamente su situación; sabía que no podía vivir, y veía acercarse la muerte, si no con alegría, al menos con la tranquila y dulce resignación con que la ven esas pobres almas para quienes la existencia ha sido una cadena de dolores y que no pueden aspirar á otro descanso que al del sepulcro.

En el momento en que se abrían de nuevo los salones del palacio de la presidencia, después del duelo riguroso por la muerte del conde de Santiago; cuando la juventud, ávida de distracciones, acudía á las tertulias y saraos de Doña Elvira de Lagasti, y la edad provecta se reunía en torno de las mesas de juego, excitada por el deseo de la ganancia, Doña Guiomar veía aproximarse su última hora, sin más compañía que la de su anciano padre y unos pocos fieles sirvientes.

Pocas veces iba D. Rodrigo á informarse de la salud de la joven, pues temiendo desagradar á Doña Elvira, se limitaba á lo que indispensablemente exigía la urbanidad. El gobernador consideraba pagado el servicio que le prestara Doña Guiomar, haciendo desaparecer la actuación secreta, con lo que él había hecho para salvarla de la prisión; y sin embargo, si se ha de valuar la importancia de un servicio por lo que cuesta al que lo hace, el que prestara Doña Guiomar, exponiendo su persona, su reputación y la vida y la honra de su padre, no podía sostener el parangón con lo que había hecho D. Rodrigo, por medio de Adriano. Pero el amor, ese *egoísmo de dos*, como lo llama un escritor, extravía el raciocinio y los instintos de las almas más nobles y generosas.

La pobre enferma advertía aquella indiferencia, y devoraba en silencio su dolor. Las fuerzas iban faltándole de día en día, y los médicos aconsejaron al doctor Escalante la hiciese regresar á la ciudad. La estación fría del año se acercaba y no conviniendo que Doña Guiomar permaneciese en el campo, en los primeros días de diciembre volvió el oidor con su hija á la capital.

Varias jóvenes señoras, amigas de Doña Guiomar, acudieron á visitarla ; y ya sea con el objeto de distraerla, ya porque cada cual habla de preferencia de aquello que más le ocupa, la conversación con la enferma versaba casi siempre sobre las brillantes reuniones de palacio y sobre las probabilidades de que fuese nombrado presidente D. Rodrigo de Arias ; asuntos que, como debe suponerse, destrozaban el corazón de aquella desgraciada. La ciudad andaba ocupada con las disposiciones para un suntuoso sarao que iba á dar Doña Elvira en la noche del primer día de Navidad, y Doña Guiomar tuvo conocimiento en su lecho de muerte de los preparativos de aquella fiesta.

El 20 recibió la enferma los auxilios espirituales, y sintiendo que su fin se aproximaba ya, se ocupó únicamente en prepararse para el momento supremo. El doctor Escalante estaba traspasado de dolor. La intensidad del mal siguió aumentando; el 25 por la mañana Doña Guiomar se despidió tiernamente del anciano y comenzó la agonía, que se prolongó hasta las doce de la noche. Á aquella hora la pobre joven expiró con la mayor tranquilidad, en brazos de su padre. El oidor tomó la mano derecha de su hija, que ésta habia conservado constantemente sobre su corazón en los últimos días, y al levantar aquella mano inanimada ya, cayó una pequeña plancha de marfil, que recogió el doctor Escalante. Era la miniatura de D. Rodrigo de Arias, cuya desaparición advirtió D. Antonio de Montúfar.

— ¡Desgraciada! exclamó sollozando el oidor, al ver aquella

pintura y después de haber reflexionado un momento. ¡Desgraciada! le amaba y ese amor le ha dado la muerte!

En los momentos en que aquella alma, purificada en el crisol del sufrimiento, se elevaba solitaria á los pies de su Creador, el sarao de palacio ofrecía el aspecto más brillante y animado. Los adornos del salón, los ricos y vistosos trajes de la época, la iluminación, la música y los perfumes, formaban un conjunto que deslumbraba los sentidos y hacía palpitar los corazones. En una de las evoluciones de la danza, D. Rodrigo de Arias tomó la mano de Doña Elvira y deslizó un pequeño billete que la joven se apresuró á ocultar. Ninguno de los que bailaban advirtió aquel incidente; pero la mirada de D. García de Altamirano, que desde el alféizar de una ventana seguía hasta los más pequeños movimientos de su madrastra, comprendió, ó mejor dicho adivinó lo que había pasado. La sangre se agolpó con violencia en las mejillas y las sienes descoloridas del joven, y dió dos pasos como para lanzarse sobre D. Rodrigo; pero se encontró con el Adelantado, cuyo rostro contraía una sonrisa infernal. Estaba en acecho como D. García, y lo mismo que él, había podido percibir la entrega del billete.

CAPÍTULO LV

Dos almas rescatadas.

El Adelantado de Filipinas, ya sea que sospechase que el billete de D. Rodrigo tuviese por objeto dar una cita á Doña Elvira, ya que, sin aquella sospecha, desease proporcionar á los dos amantes una oportunidad para que pudiesen verse y realizar él sus planes de venganza, al siguiente día á la noche del baile, muy temprano de la mañana se puso en traje de camino y mandó alistar caballos. D. Enrique, no se había acostado en toda la noche. Luego que concluyó el sarao y que se hubieron retirado todos los convidados, á eso de las dos de la mañana, llamó á un lacayo y le dió una orden secreta, que el sirviente fué á cumplir en el acto. D. Enrique sumamente agitado, permaneció en el gabinete, paseándose y abriendo de tiempo en tiempo una ventana que daba á la calle, como si aguardase impaciente á alguna persona que tardase en llegar. Por último, á las tres y cuarto, cuando el Adelantado asomaba la cabeza al balcón, quizá por la vigésima vez, después de haber fijado la vista en tres hombres que se acercaban á la puerta del palacio, dijo con alegría feroz :

— Ellos son ; llegan al fin ; y cerró la madera de la ventana.

Pocos minutos después, dos hombres entraban en el gabinete : *Mano de fierro* y el *Desorejado;* aquellos dos bandidos que se habían apostado al pie del muro del palacio, la noche en que iba á verificarse una entrevista entre Doña Elvira y Don

Rodrigo, salvado por la intervención del hermano Pedro.

Un cuarto de hora conversó D. Enrique con aquellos dos malvados, y luego los despidió, dándoles algunas monedas de oro y diciéndoles :

— Cuidado con no faltar. Á las doce, en la plaza de Jacotenango.

Los dos bandidos se inclinaron en señal de que estaban prontos á obedecer aquella orden y se retiraron, conduciéndolos hasta la puerta de la calle el mismo criado que había ido á llamarlos.

Luego que estuvo solo el Adelantado hizo venir á su ayuda de cámara, pidió un traje de camino y mandó enjaezasen tres caballos. Hecho esto, llamó al mayordomo de palacio y le previno que luego que la señora se hubiese levantado, le dijese que, invitado por algunos de sus amigos para ir á una cacería á una posesión inmediata, se había marchado y regresaría tres días después. Mandó también que diesen igual aviso á D. García, y á las cinco de la mañana montó á caballo y salió de la ciudad, seguido por dos criados.

Doña Elvira no sospechó la red que le tendía el Adelantado. La desgraciada había llegado en su pasión culpable á aquel estado de paroxismo que embota la inteligencia y hace imposible la previsión. Consideró aquel viaje como una feliz casualidad y tomó sus disposiciones para tener una entrevista con D. Rodrigo aquella misma noche, aprovechando la mayor libertad que le proporcionaba la ausencia de D. Enrique. Á las nueve hizo llamar al portero y le previno que luego que hubiese cerrado la puerta de los coches, le llevase la llave, pues tenía que despachar al siguiente día, antes de amanecer, á uno de los lacayos con un mensaje para el Adelantado. Cumplió el portero la orden, y á las diez fué á entregar la llave á su señora. Media hora después reinaba profundo silencio en el palacio, pues Doña Elvira manifestó que sintiéndose fatigada con el desvelo de la noche anterior, quería recogerse temprano.

Una hora permaneció Doña Elvira aguardando la llegada de D. Rodrigo. Á las once abrió la ventana de su dormitorio que daba á la calle, alumbrada débilmente por la luna menguante. Un hombre se acercaba con precaución al pie de la ventana. Doña Elvira le reconoció y le arrojó la llave. Cinco minutos después, el gobernador subía la escalera y se dirigía, por las galerías solitarias del palacio, hacia las habitaciones de la joven señora. Al mismo tiempo se abría la puerta del cuarto de D. García y daba paso á éste, que salía embozado en su capa y con la espada en la cintura. El joven se encaminaba hacia la escalera interior, buscando el jardín, preocupado con la idea de que si debía haber esa noche una entrevista de su madrastra y D. Rodrigo, el sitio de la cita había de ser el bosquecillo de naranjos. Al llegar á la cabeza de la escalera, Don García dominaba el corredor al cual caían las habitaciones de Doña Elvira. Cuando ponía el pie en el primer peldaño, el joven dirigió la vista con tristeza hacia la puerta por donde calculaba saldría dentro de poco su madrastra. Iba á continuar bajando; pero se detuvo, creyendo percibir un bulto negro, que seguía lentamente el corredor, como buscando las habitaciones de la esposa de su padre. Fijó más la atención ; y como en aquel momento la luna, desembarazada de algunas nubes opacas que interceptaban la luz, alumbrase la galería, vió perfectamente el bulto negro, y advirtió era un hombre embozado en una capa de color oscuro. D. García se estremeció de ira y de dolor, y apretó involuntariamente con la mano derecha la empuñadura de su espada. Volvió hacia atrás precipitadamente, y con toda la ligereza de que era capaz, corrió hacia donde se descubría aquel hombre. Pero el embozado estaba ya demasiado cerca de la puerta del dormitorio, para que D. García hubiese podido alcanzarle. El desventurado joven pudo ver entreabrirse la puerta y volverse á cerrar, luego que hubo entrado el desconocido, que no lo era ya para él. Á tres varas de distancia de la puerta, D. García oyó el ligero ruido que

hizo la llave, que echaron por dentro. Detúvose como herido por un rayo, apoyó su cabeza contra la pared, y temblando de ira y desesperación, desnudó la espada y permaneció en pie á diez pasos de la puerta.

— ¡Elvira! exclamó el gobernador luego que hubo echado la llave. ¡Elvira! bien mío; vengo á renovarte mi juramento de amor eterno, inextinguible! Sí, inextinguible, repitió, y abrió los brazos á Doña Elvira, que se arrojó en ellos, diciendo :

— ¡Oh Rodrigo! te amo, te amo con delirio y habría pagado, aun cuando fuera con la vida, este momento de felicidad inefable. Rodri... ¡ay! gritó la desgraciada con acento desgarrador, y levantando los brazos, los retorció con desesperación.

Don Rodrigo se estremeció al oir aquel grito, y más aún al advertir á la luz de la lámpara que alumbraba el dormitorio, la palidez mortal que cubrió de repente el rostro de la joven. Llevó ésta rápidamente una mano al corazón, cerró los ojos y dejó caer su cabeza, inanimada ya, sobre el pecho del gobernador. La esposa infiel había muerto en los brazos de su amante.

Don Rodrigo, fuera de sí ante aquel horroroso espectáculo, dejó caer el cuerpo exánime de Doña Elvira, y después de haberla llamado repetidas veces, con desesperación, quitó la llave á la puerta y se lanzó al corredor.

Don García, al ver salir á D. Rodrigo, avanzó precipitadamente hacia la puerta, y tendiendo la espada, dijo con acento sombrío :

— ¡Deteneos! No saldréis de aquí sin pasar sobre mi cadáver.

— ¡Apartaos, insensato! gritó con rabia el gobernador.

— No, replicó D. García ; no saldréis de aquí como habéis entrado. Como un cobarde ladrón habéis venido á asaltar la honra de un caballero. Os exijo una satisfacción. Si rehusáis batiros conmigo, os declararé un villano y un menguado.

Don Rodrigo no fué ya dueño de sí mismo, al escuchar tan

insultantes provocaciones. Desenvainó su espada y poniéndose en guardia, dijo :

— Puesto que os empeñáis, sea ; y cruzó su acero con el de D. García.

Diez minutos duró el combate. Sostenido con igual ardor por ambos adversarios, el resultado estuvo indeciso, hasta que D. Rodrigo más diestro, ó más sereno que el joven poeta, logró herir en el brazo derecho á D. García, cuya espada cayó á los pies del gobernador.

— Estáis vencido, dijo éste.

— Matadme, gritó D. García con desesperación. No quiero la vida. Antes la muerte que ver otra vez á esa mujer.

— ¡ Ay ! exclamó el gobernador, con voz sorda y conmovida ; á ella no la veréis más. Entrad, desventurado, y encontraréis allí un cadáver !

— ¡ Muerta ! dijo D. García, con espanto.

— ¡ Muerta ! exclamó D. Rodrigo, y apartando al joven, marchó precipitadamente buscando la escalera.

Don García se lanzó al dormitorio y se detuvo delante del cadáver de su madrastra. Erizáronsele los cabellos ; un sudor frío corrió por su frente y las fuerzas le abandonaban.

— ¡ Muerta ! repitió con voz sorda, é hincando una rodilla, puso sus labios sobre la frente de Doña Elvira, fría como la losa de un sepulcro.

El joven salió del dormitorio y fué á encerrarse en su habitación. Vendó su herida con un pañuelo : tomó papel y trazó con mano convulsiva unas pocas líneas, que quedaron medio borradas por sus lágrimas. En seguida pasó á la cuadra, enjaezó él mismo un caballo, montó y salió del palacio por la puerta de los coches, por la cual había pasado poco antes D. Rodrigo.

Después de su encuentro con D. García, el gobernador, sin capa y sin sombrero, y llevando en la mano la espada teñida con la sangre del hijo de D. Enrique, salió á la calle, como un loco, sin saber qué hacer ni adónde dirigirse. Dobló una esquina

y á poca distancia vió á un hombre que llevaba una linterna en la mano izquierda y en la derecha una campanilla. D. Rodrigo se detuvo involuntariamente delante de aquel hombre, á quien reconoció al momento. El siervo de Dios avanzó lentamente hacia el gobernador y le dijo con dulzura:

— ¿Adónde vais, señor don Rodrigo de Arias, y de dónde venís á esta hora y en ese traje?

El gobernador procuraba dominar la extraña influencia que ejercía sobre él aquel personaje misterioso; é irritado con su aparición en aquellos momentos, le contestó con aspereza:

— ¿Adónde voy? ¿de dónde salgo, decís? ¿y qué os importa? ¿Quién os ha dado derecho para perseguirme y para investigar mis acciones?

— El que tiene en su mano poderosa vuestra vida y la mía, caballero, contestó el hermano Pedro con bondad.

— Mi vida, exclamó con impaciencia D. Rodrigo, es una carga insoportable. Quiero morir; apartaos.

— No, joven, replicó el siervo de Dios; os lo he dicho y debo repetíroslo: vos no debéis morir aún; y ahora, en nombre de Jesucristo, os mando que volváis atrás.

—¡Jamás! gritó D. Rodrigo con desesperación, y quiso seguir hacia adelante.

El hermano Pedro le cerró el paso y le dijo:

— No pasaréis de aquí.

Fuera de sí el gobernador, levantó la espada sobre la cabeza del santo, é iba á descargar el golpe, cuando el hermano Pedro exclamó:

—¡Desgraciado! ¿No os basta dejar atrás un cadáver y traer ese acero teñido con la sangre del hijo de aquel cuyo honor habéis ultrajado, y queréis haceros reo de un nuevo crimen?

Detuvo el brazo D. Rodrigo al escuchar aquellas terribles palabras, y dejó caer le espada. Un frío mortal heló la sangre en sus venas.

— En nombre de Dios, dijo el hermano Pedro con autoridad, venid conmigo.

El gobernador no pudo resistir al imperio de aquella voz. Inclinó la cabeza y siguió lentamente al hermano Pedro. Entró éste al palacio por la puerta que había dejado abierta D. Rodrigo ; subió la escalera y siguiendo la galería, se encaminó á las habitaciones de Doña Elvira. Entró en el dormitorio y se detuvo un momento á contemplar el rostro de la joven señora, que aun no había desfigurado la muerte. D. Rodrigo no se atrevía á fijarse en aquel cadáver.

El hermano Pedro levantó los ojos al cielo ; su rostro apareció como circundado de una brillante aureola ; se inclinó ; hizo la señal de la cruz sobre el pecho de Doña Elvira, y le dijo :

— Levantaos.

La joven señora abrió los ojos, y como quien despierta de un profundo letargo, se incorporó poco á poco; se puso en pie ; contempló con asombro al siervo de Dios y cayó á sus plantas de rodillas, deshecha en lágrimas.

— ¡ Misericordia, padre mío, misericordia ! exclamó Doña Elvira.

— ¡ Misericordia ! dijo D. Rodrigo, arrodillándose también y poniendo sus labios mortecinos en la mano del santo hombre.

— Pedidla, hijos míos, dijo el hermano Pedro, á Aquel que llamó á la vida á Lázaro y al hijo de la viuda de Nain ; á Aquel que se ha valido ahora de su siervo para rescatar vuestras almas del imperio de las tinieblas y de las sombras de la muerte. Pedidla al Dios que castiga y que perdona.

Doña Elvira juntó las manos en actitud suplicante y se arrodilló delante de una imagen de Jesucristo que estaba pendiente de la pared. El hermano Pedro salió del dormitorio siguiéndole D. Rodrigo y pronto estuvieron en la calle.

Habrían caminado unos veinte pasos, cuando vieron tres hombres que se aproximaban. Detuviéronse al divisar al siervo

de Dios y al gobernador y avanzó uno de ellos solamente. Luego que el hombre estuvo á pocos pasos de distancia, se vió que era el Adelantado de Filipinas, que se acercó con un puñal en la mano.

— ¡Don Rodrigo de Arias! exclamó, y ciego de cólera, casi no advirtió la presencia del hermano Pedro. Don Enrique, sin pronunciar una sola palabra más, echó mano á un silbato de plata que llevaba pendiente del cuello, é iba á hacer uso de él para llamar á *Mano de fierro* y al *Desorejado*, pues ellos eran los otros dos que se habían quedado atrás; pero el santo hombre le detuvo la mano y dijo :

— Aquí no hay ya D. Rodrigo de Arias; el que aquí veis, señor Adelantado, es el hermano Rodrigo de la Cruz, que desde esta misma noche vuelve la espalda al mundo y es mi compañero en la obra de asistir á los enfermos, doctrinar á los niños y conquistar almas para el cielo. ¿No es verdad, hermano mío ?

— Sí, padre, contestó D. Rodrigo arrodillándose. Recibid el voto que hago de renunciar gloria, honores, riquezas y afectos mundanos, y de servir á Jesucristo, consagrándole desde este instante todas las horas de mi vida.

El siervo de Dios levantó la mano derecha sobre la cabeza del gobernador y dijo :

— Dios acepta ese voto, hermano Rodrigo de la Cruz; levantaos y venid conmigo.

El Adelantado estaba sobrecogido de asombro, en presencia de tan extraordinario espectáculo. Parecíale imposible que aquel gallardo y altivo gobernador, á quien había visto la noche antes, en el sarao del palacio, objeto de las atenciones de los caballeros y de las simpatías de las damas, fuese el mismo que pronunciara aquellas palabras. Sin volver en sí del asombro que aquel extraordinario suceso le causara, D. Enrique, cuyo corazón estaba un momento antes lleno de saña, dió un paso atrás, y descubriendo su cabeza, se inclinó en señal de respeto,

cuando pasó delante de él el siervo de Dios, seguido por D. Rodrigo. El Adelantado los vió alejarse, y cuando hubieron desaparecido, se dirigió á los asesinos que le aguardaban impacientes. Les entregó un bolsillo lleno de oro y les dijo :

— Retiraos.

Don Enrique les volvió la espalda y entró al palacio, encaminándose desde luego al dormitorio de su esposa. Doña Elvira, cuyo rostro conservaba la palidez de la muerte, oraba todavía a los pies del crucifijo.

CONCLUSIÓN

Tres días después de la noche en que se verificó la conversión de D. Rodrigo de Arias, y á los seis meses justos de muerto el conde de Santiago, la real Audiencia se reunía en la sala de acuerdos para abrir dos pliegos del rey que acababa de traer un correo de Méjico. Contenía el uno el aviso de haberse dignado S. M. proveer la presidencia y capitanía general del reino, en D. Jerónimo Garcés Carrillo de Mendoza, conde de Priego, cuya pronta venida anunciaba el despacho. El otro pliego era una real cédula en que S. M., para premiar el mérito y servicios de D. Rodrigo de Arias Maldonado, le agraciaba con el título de marqués de la Talamanca, asignándole doce mil ducados anuales de renta.

Una comisión de la Audiencia pasó al hospital de convalecientes á participar al agraciado la real concesión. Recibióla el hermano Rodrigo con respetuosa urbanidad, y manifestó que habiendo renunciado al mundo, elevaría á S. M. su dimisión de aquella merced.

Hízolo así en efecto, según consta por la historia, á la cual nos hemos ceñido fielmente, al referir la milagrosa conversión de aquel ilustre caballero. El hermano Pedro sujetó á D. Rodrigo á las más duras pruebas, para asegurarse de su vocación á la vida religiosa, y de todas salió triunfante y más acrisolada la virtud del joven. Acompañó al hermano Pedro hasta su muerte en las obras de caridad y abnegación, y más tarde se vió cum-

plida la profecía del siervo de Dios, siendo el hermano Rodrigo el verdadero fundador de la orden de los Bethlemitas; quien negoció su aprobación en Roma y en Madrid, el que la extendió en ambas Américas, y su primer prefecto general, por nombramiento del Papa Inocencio XI. Fr. Rodrigo de la Cruz falleció en Méjico el 23 de diciembre de 1716, á los setenta y nueve años de edad y á los cincuenta de su conversión. Un retrato de tamaño natural de aquel venerable religioso, que aun se conserva en el beaterio de Belén de esta capital, deja ver en la nobleza y dignidad de las faccionnes, la energía y elevación de su alma.

El Adelantado de Filipinas, viéndose defraudado en sus esperanzas de obtener la presidencia del reino, dispuso partir á España y lo verificó, en compañía de Doña Elvira, que si no llegó á hacerse amar de D. Enrique, al menos conquistó su estimación con su conducta prudente y afectuosa.

Don García, á quien hemos visto salir de la ciudad, abrumado de dolor, después de haber contemplado el cadáver de Doña Elvira, se dirigió á Méjico, de lo cual dejó aviso á su padre en el billete que escribió un momento antes de partir. Penetrado de lo ilusorio de las afecciones terrenas, se decidió á abrazar la carrera eclesiástica y andando el tiempo, llegó á ser obispo de Durango, según vemos en una nota marginal de la crónica de Fuentes.

Tres años se prolongó la vida de D. César, acibarada por los más crueles sufrimientos; pues jamás recobró la inteligencia. Su familia procuraba proporcionarle todos los alivios de que su situación era susceptible, y se le mantenía encerrado en su casa, sin que él manifestase deseos de salir á la calle. Un día, á eso de las seis de la mañana, un grupo de curiosos rodeaba á un hombre que vestía un traje decente, aunque roto, y que estaba echado con la cara en tierra, al pie del muro del monasterio de la Concepción. Uno de tantos levantó á aquel hombre, á quien se había tomado por un ebrio, y se encontró

un cadáver. Era D. César, que escapado de su casa la noche anterior, había expirado al pie del convento donde se hallaba su nunca olvidada Violante.

No debemos pasar en silencio el fin de otro de los personajes que han figurado en esta historia.

Seis meses después de verificados los sucesos de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, un caballero español, dueño de una mina muy rica, á poca distancia de Guadalajara, volvía de aquella ciudad al mineral, á eso de las seis de la tarde. Al pasar por una estrecha garganta, que formaban dos montañas en medio de las cuales estaba abierto el camino, dos individuos de muy mala traza salieron de improviso de entre las rocas, y cayendo sobre el desgraciado hidalgo, le dieron de puñaladas, sin que tuviera tiempo para defenderse ni para llamar á su criado. Ejecutado el crimen, desaparecieron, sin tocar ninguno de los objetos de valor que llevaba consigo el caballero, pues sin duda aquel fué únicamente un acto de venganza. Cuando llegó el negro, que por alguna casualidad se había quedado atrás de su amo, acababa éste de expirar. En aquel momento, un oficial de la hermandad con cuatro alguaciles, que había ido al mineral á practicar ciertas diligencias de justicia, llegaron al punto donde se había cometido aquel atroz asesinato. Encontraron, pues, el cadáver del caballero á los pies del negro. Las sospechas recayeron, naturalmente, sobre éste; fué conducido preso á la ciudad, y como no pudo acreditarse que otros y no él fueron los asesinos, se le condenó á muerte de horca. Poco antes de morir, aquel hombre declaró ser un esclavo prófugo de Guatemala y que su verdadero nombre era Macao. Después de haber andado errante por diversas provincias de la Nueva España, se había acomodado, bajo un nombre supuesto, al servicio de aquel español, cuya muerte se le achacaba. La sentencia se ejecutó y Macao, asesino de Don Juan de Palomeque, sufrió la muerte por un delito que no había cometido. La justicia humana se engaña así fre-

cuentemente; pero la justicia divina nunca se equivoca.

El conde de Priego murió al llegar á las fronteras del reino, y continuó el gobierno á cargo de la Audiencia. El tiempo, que todo lo cambia, fué haciendo se aplacase el odio de Padillas y Carranzas; y hoy apenas queda en los antiguos códices, que sólo unos pocos curiosos se toman el trabajo de consultar, consignado en breves palabras, el recuerdo de las acerbas discordias que han prestado materia á esta narración.

Véase *La Hija del Adelantado*,
3er tomo de las Obras completas de don José Milla.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

		Páginas
Advertencia de la edición de 1867		v
Prólogo		vii
Capítulo	I. — Donde el lector comienza á hacer conocimiento con uno de los ricoshombres de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala	1
—	II. — El voto	6
—	III. — La cadena	11
—	IV. — La tertulia del Presidente	17
—	V. — Los juegos de palacio	24
—	VI. — Donde verá el lector curioso quién era D. Rodrigo de Arias	31
—	VII. — Un odio hereditario	38
—	VIII. — Tres amigos. — Nuevas complicaciones	44
—	IX. — Lo que encontró D. Rodrigo de Arias en la casa de los espantos	50
—	X. — El verdadero jefe de los Nazarenos	57
—	XI. — El cajero mayor	63
—	XII. — Padre é hijo	70
—	XIII. — Entrevista. — Esperanza frustrada	78
—	XIV. — Un siervo de Dios	85
—	XV. — Preparativos. — Una historia interrumpida	92
—	XVI. — El libro verde. — Fin de una historia comenzada	100
—	XVII. — Un sepulcro vacío	108
—	XVIII. — Donde se ve cómo perdiendo un camino, puede llegar á descubrirse un secreto importante	115
—	XIX. — Dos negociantes	122
—	XX. — Primeras operaciones de Alarcón para recobrar la herencia de Balmaseda	130
—	XXI. — El tormento	139
—	XXII. — La pesca con anzuelo	147

Páginas

Capítulo XXIII. — Palomeque y Macao 153
— XXIV. — La caza del tigre 161
— XXV. — La bóveda de plata 166
— XXVI. — El convento 173
— XXVII. — La cita 180
— XXVIII. — Una profecía 186
— XXIX. — La sepultura abierta 190
— XXX. — La punta de la capa 194
— XXIX. — Una piel de tigre intacta 200
— XXXII. — Revelación 206
— XXXIII. — Donde se ve la diferencia que hay entre la tinta y el agua 213
— XXXIV. — Un duelo y sus consecuencias 218
— XXXV. — El entredicho 225
— XXXVI. — Un peligro 233
— XXXVII. — Otro peligro 239
— XXXVIII. — Un juez y un delator 245
— XXXIX. — Hallazgo de D. Dieguillo 253
— XL. — *Malo mori quam fœdari* 259
— XLI. — El paquete de la cinta negra 265
— XLII. — En capilla 271
— XLIII. — Héroe, sofista y malvado 278
— XLIV. — La profesión 285
— XLV. — El legado de D. Silvestre 288
— XLVI. — La actuación secreta 294
— XLVII. — La llave 301
— XLVIII. — El relicario 306
— XLIX. — La fuga 313
— L. — Donde se ve el peligro que suele haber en parecer uno lo que no es 319
— LI. — El retrato de la monja 325
— LII. — Delirio 331
— LIII. — Plazo cumplido 338
— LIV. — La miniatura 345
— LV. — Dos almas rescatadas 352

Conclusión 361

París. — Imprenta de la Vª de Ch. Bouret.